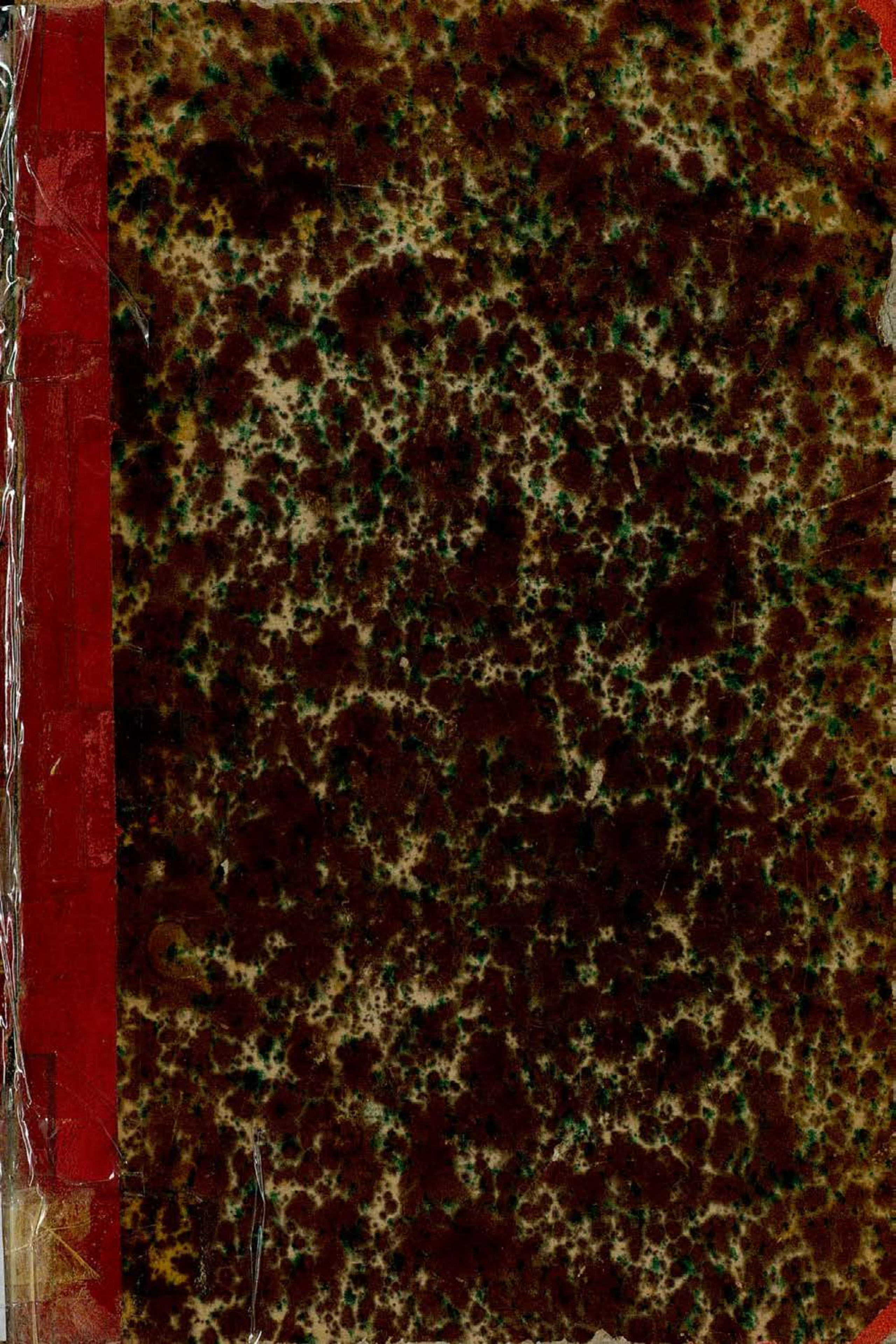




Indice.

Ricardo III (2ª parte de La Hija de Eduardo) drama en 5 actos arreglado por D. Ramon Valladares y D. Luciano Sanchez.

Almanaque ilustrado para 1857.

Primera entrega de la Leyenda de Oro.

Hoja suelta: año de 1855.

Discursos pronunciados por el Gobernador y el Alcalde en el acto de poner la primera piedra de la estatua de Luis Cornelio Balbo el menor el 19 de Noviembre de 1855.

La Moda: periódico literario correspondiente al 3 de Febrero de 1856. (Se ocupa de la Guía de Cádiz).

Oda dedicada a las niñas Bolhum por D. Manuel Sanchez. 1856.

Representacion sobre el Ferrocarril Gaditano — 1856.

La Moda, correspondiente al 15 de Junio y al 27 de Julio de 1856.

Discurso pronunciado al colocar la primera piedra de la estatua de Fr. Domingo de Silos Moreno: 8 de Setiembre de 1856.

La Moda, correspondiente al 22 de Febrero de 1857 y al 24 de Enero de 1858. (Se ocupa de la Guía de Cádiz).

Memoria acerca de la estatua de Fr. Domingo de Silos Moreno — 1858.

Programa de una funcion en el teatro Principal. — Agosto de 1858.

La Moda, correspondiente al 30 de Enero de 1859. (Se ocupa de la Guía de Cádiz.)

Representacion á S. M. de todas las corporaciones acerca del punto de empalme del Ferrocarril en Sevilla.-1859, (Febrero)

La Moda, correspondiente al 17 de Abril de 1859.

Soneto dedicado en Lisboa al artista español [illegible] en su beneficio. 1859.

La Moda, correspondiente al 14 de Agosto y 4 de Diciembre de 1859.

Boletin oficial de 15 de Noviembre 1860, con la instruccion para el Censo.

La Amistad: poesía de Víctor Caballero.-1863.

Programa de la Festividad del Corpus.-1864.

Adios á Cádiz por Carolina Civili.-1864.

Programa de la Festividad de Corpus.-1865.

Programa de los Festejos de Carnaval.-1866.

La Cuestion electoral de Cádiz.-1866.

Programa de la Festividad de Corpus.-1866.

Programa de los festejos verificados para solemnizar la llegada de la fragata Villa de Madrid.-Noviembre de 1866.

Poesías dedicadas á los Marinos de la Villa de Madrid.-Noviembre 1866.

Poesía dedicada á D. Juan Bautista Topete.-Diciembre de 1866.

Semana Santa en Sevilla en 1867.

Proyecto del Instituto del Amor de Dios.-1867.

Convite para la novena de Jesus Nazareno.-1868.

Reglamento para la procesion de Jesus Nazareno.-1868.

Prospecto de la procesion de Jesus Nazareno.-1868.

Procesiones de Sevilla en la Semana Santa de 1868.

Lista del Restaurant Oriental en la Feria de Sevilla.-1868.

La Cuestion de los derribos en Sevilla, por D. Francisco Mateos Gago.-Octubre de 1868.

Invitacion para las oposiciones á la Canongía Doctoral de esta Santa Iglesia.-Agosto de 1869.

Prospecto de la Academia preparatoria para el ingreso en la Escuela Naval flotante._1869.
Número 1.º del Consultor del Censo._Madrid 1870.
Estatuto de la Archicofradía de la Divina Pastora._1870.
Programas de la oposicion á la Canongía Lectoral._1871.
Circular de D. Juan Valverde sobre la traida de Aguas._1871.
Memoria sobre el Instituto de Cádiz._1871.
Petitorio del Obispo y Cabildo._1871.
Programa de una corrida de novillos por aficionados._Setiembre de 1871.
Lista de una compañía de zarzuela que actuó en el teatro Principal. 1871.
Manifiesto de la Empresa del Gran Teatro._1871.
Memoria leida en la apertura de la fábrica de tabacos._1872.
Programa del aniversario de Cervantes._1872.
Programa de una funcion efectuada en el Gran Teatro por aficionados á beneficio de los heridos en la campaña de Cuba. 1872.
Poesías leidas en la misma funcion.
Programa del Colegio de San Cayetano._1872.
Catálogo de una Galería de Figuras de cera._1872.
Lista de precios de un Café-restaurant de la Velada._1872.
Los Concejales se presentan al público._1872.
Programa del Colegio de San Felipe._1872.
Al público los Diputados provinciales._1873.
Coleccion de la Revista tauromáquica El Látigo, correspondiente á los años de 1868, 1869, 1870, 1871 y 1872.

LA CRUZ EN LA SEPULTURA.

PERSONAS.

EUSEBIO.	ARMINDA, *Criada.*		MENGA.	UN POETA.
JULIA Y	ALBERTO, *Sacerdote.*		TERESA.	UN PINTOR.
LISARDO, *hijos de*	CELIO.		GIL. *Villanos.*	UN ASTRÓLOGO.
CURCIO.	RICARDO.	*Bandoleros.*	BRÁS.	BANDOLEROS.
OCTAVIO, *Criado.*	LEONCIO.		BATO.	VILLANOS.

La accion pasa en Italia, en la ciudad de Sena y sus alrededores, á principios del siglo XII.

JORNADA PRIMERA.

El teatro representa una montaña en el fondo, y al pié de ella, árboles y matorrales, entre los que se descubrirá una cruz rústica.

ESCENA PRIMERA.

MENGA Y GIL, *(Dentro).*

MENG. Mera por do va la burra.
GIL. ¡Jó dimuño, jó malina!
MENG. Ya verá por do camina:
arre acá, el diablo te aburra.
GIL. ¿No hay quien de la cola tenga,
pudiendo tenerla mil?
MENG. *(Saliendo)* Buena hacienda has hecho, Gil.
GIL. *(Idem)* Buena hacienda has hecho, Menga;
tú, tú la culpa tuviste,
que como ibas caballera,
que en el lodo se cayera,
al oido le dijiste,
por hacerme regañar.
MENG. Tú, por verme caer á mí,
se lo dijiste, eso sí.
GIL. ¿Cómo la hemos de sacar?
MENG. ¿Pues en el lodo la dejas?
GIL. No puede mi fuerza sola.
MENG. Yo tiraré de la cola;
tira tú de las orejas.
GIL. Mejor remedio seria
hacer el que aprovechó
á un coche, que se atascó
en la córte esotro dia.
Este coche, Dios delante,
que arrastrado de dos potros,
parecia entre los otros,
pobre coche vergonzante;
y por maldicion muy cierta
de sus padres ¡trance esquivo!
iba de estribo en estribo,
ya que no de puerta en puerta;
en un arroyo atascado,
con ruegos el caballero,
con azotes el cochero,
ya de fuerza, ya de grado,
ya por gusto, ya por miedo,
que saliesen les rogaban:
por mas que se lo mandaban,
mi coche, quedo que quedo.
Viendo que no importan nada
cuantos remedios hicieron,
delante el coche pusieron
un harnero de cebada.
Los caballos por comer,
de tal manera tiraron,
que luego el coche arrancaron;
y esto podemos hacer
para que la burra salga,
que tanta hambre la inquieta,
como al coche de un poeta.
MENG. Calla, el demuño te valga,
que nunca valen dos cuartos
tus cuentos.
GIL. Menga, yo siento
que haya un animal hambriento,
donde hay animales hartos.
MENG. Voy al camino á mirar,
si pasa de nuestra aldea
gente, cualquiera que sea,
porque te venga á ayudar,
pues te das tan pocas mañas.
GIL. ¿Vuelves, Menga, á tu porfía?
MENG. ¡Ay burra del alma mia!

ESCENA II.

GIL.

¡Ay burra de mis entrañas!
¿Mas que ruido es este? Allí
de dos caballos se apean
dos hombres, y hácia mí vienen,
despues que atados los dejan.
¿Descoloridos, y al campo
de mañana? cosa es cierta
que comen barro, y están
opilados: mas si fueran
bandoleros ¡aquí es ello!
de los que en esta aspereza
andan á pedir limosna
por Dios, con una escopeta....
Pero sean los que fueren,
aquí me escondo, que llegan,
que van, que vienen, que andan,
que salen, que corren, que entran.
(Escóndese.)

ESCENA III.

LISARDO Y EUSEBIO.

LISARD. No pasemos adelante,
que aquesta estancia encubierta,

y apartada del camino,
es para mi intento buena.
Sacad, Eusebio, la espada,
que yo de aquesta manera
á los hombres como vos
saco á reñir.

Euseb. Aunque tenga
bastante causa en haber
salido al campo, quisiera
saber lo que á vos os mueve;
decid, Lisardo, la queja,
que de mí teneis.

Lisard. Son tantas
que falta voz á la lengua,
razones á la razon,
y al sufrimiento paciencia.
¿Conoceis estos papeles?

Euseb. Arrojadllos en la tierra,
yo los alzaré.

Lisad. Tomad, *(Ddselos.)*
¿que os suspende? ¿que os altera?

Euseb. ¡Malhaya el hombre, mal haya
mil veces aquel que entrega
sus secretos á un papel,
porque es disparada piedra,
que se sabe quien la tira,
y no se sabe á quien llega!

Lisard. ¿Habeíslos ya conocido?

Euseb. Todos están de mi letra,
que mal los puedo negar.

Lisard. Pues yo soy Lisardo, en Sena,
hijo de Lisardo Curcio:
bien escusadas grandezas
de mi padre consumieron
en breve tiempo la hacienda;
pero la necesidad,
aunque ultrage la nobleza,
no escusa de obligaciones
á los que nacen con ellas.
Pero al fin, Julia es mi hermana;
¡pluguiera á Dios no lo fuera!
y advertid, que no se sirven
las mugeres de sus prendas
con ilícitos recados,
con palabras lisongeras,
con amorosos papeles,
ni con infames terceras.
No os culpo en el todo á vos,
que yo confieso que hiciera
lo mismo, á darme una dama,
para servirla licencia.
Pero cúlpoos en la parte
de ser mi amigo, y en esta
con mayor causa comprendo
la culpa que tuvo en ella.
Si mi hermana os agradó
para muger, que no era
posible, ni yo lo creo
que os atreviéseis á ella
con otro fin, ni con ese,
pues ¡vive Dios! que quisiera,
antes que con vos casada,
mirarla á mis manos muerta.
En fin, si vos la elegísteis
para muger, bueno fuera
descubrir vuestros intentos
á mi padre, antes que á ella.
Este era lícito medio,
y entónces mi padre viera,
si le estaba bien el darla,
que pienso que no lo hiciera:
porque un caballero pobre,
cuando en cosas como estas
no puede medir iguales
la calidad con la hacienda,
por no deslucir su sangre,
á una clausura encomienda
con reclusion de sus hijas
las faltas de su pobreza.
Y porque no será bien,
que una religiosa tenga
prendas de tan loco amor,
y de voluntad tan necia,
á vuestras manos las vuelvo,
con resolucion tan ciega,
que no solo he de estorbarlas,
mas tambien la causa de ellas.
Sacad la espada, y aquí
el uno de los dos muera:
vos, porque no la sirvais,
ó yo, porque no lo vea.

Euseb. Tened, Lisardo, la espada,
y pues yo he tenido flema
para oir tantos desprecios,
oidme ahora la respuesta.
Yo no sé quien fué mi padre;
pero sé que mi primera
cuna fué el pié de una cruz,
y el primer lecho una piedra.
Raro fué mi nacimiento,
segun los pastores cuentan,
que de esta suerte me hallaron
en la falda de esta sierra.
Tres dias, dicen, que oyeron
mi llanto, y á la aspereza
donde estaba no llegaron
por temor de tantas fieras,
y ninguna me hizo daño;
¿pero quien duda que era
por respeto de la cruz,
que tenía en mi defensa?
Hallóme un pastor, que acaso
buscó una perdida oveja
en la espesura del monte,
y trayéndome á la aldea
de Eusebio, que no sin causa
estaba entónces en ella,
le contó mi prodigioso
nacimiento, y la clemencia
del cielo asistió á la suya:
mandó, en fin, que me trajera
á su casa, y como á hijo
me dió la crianza en ella.
Eusebio fuí de la cruz,
y fué mi cama primera:
murió Eusebio, y yo quedé
poderoso con su hacienda.
Si prodigioso en el parto,
no lo fué menos la estrella,
que animosa me acobarda,
y piadosa me reserva.
Tierno infante era en los brazos
de una ama, cuando mi fiera
condicion, bárbara en todo,

dió de sus rigores muestra;
pues con solas las encías,
no sin diabólica fuerza,
partí el pecho de quien tuve
el dulce alimento, y ella,
del dolor desesperada,
y de la cólera ciega,
en un pozo me arrojó,
sin que ninguno me viera;
pero oyéndome llorar,
bajaron á él, y cuentan
que estaba sobre las aguas,
y que con las manos tiernas
tenía formada una cruz,
y sobre los pechos puesta.
Y un dia que se quemaba
la casa, y la llama fiera
cerraba el paso á la vida,
y á la salida la puerta,
entre las llamas estuve
libre, sin que me ofendieran;
y advertí despues, dudando
si hay en el fuego clemencia,
que era dia de la cruz.
Tres lustros contaba apenas,
cuando por el mar fuí á Roma,
y en una fiera tormenta,
ya derrotada mi nave,
chocó en una oculta peña,
en pedazos dividida,
por los costados abierta.
Abrazado de un madero
salí venturoso á tierra,
y este madero tenía
forma de cruz. Por las sierras
de Moncayo caminaba
con otro hombre, y en la senda
que dos caminos partía
una cruz estaba puesta:
en tanto que me quedé
haciendo oracion en ella,
se adelantó el compañero,
y despues, dándome priesa
para alcanzarle, le hallé,
á poco espacio de tierra,
agonizando en su sangre,
muerto á las manos sangrientas
de bandoleros. Un dia,
en una feroz pendencia,
de una estocada caí,
sin que hallase resistencia,
en el suelo; y cuando todos
pensaron hallarla agena
de remedio, solo hallaron
señal de la punta fiera
en una cruz que tenia
al cuello, que en mi defensa
recibió el golpe. Cazando
un dia por la aspereza
de ese monte, se cubrió
el cielo de nubes negras,
y amenazando con truenos
al mundo espantosa guerra,
lanzas arrojaba en agua,
balas disparaba en piedras.
Todos hicieron las hojas
contra las nubes defensa;
y un rayo que fué en el viento
caliginoso cometa,
volvió en cenizas los dos
que de mí estaban mas cerca.
Ciego, turbado y confuso,
vuelvo á mirar lo que era,
y ví á mi lado una cruz,
que pienso que fué la mesma
que asistió á mi nacimiento,
y la que yo tengo impresa
en el pecho, porque el cielo
me ha señalado con ella
para públicos efectos
de alguna causa secreta.
Pero aunque no sé quien soy,
tal espíritu me alienta,
tal inclinacion me anima,
y tal ánimo me esfuerza,
que por mí me dá valor
para que á Julia merezca.
Y pues quereis estorbar
que yo su marido sea,
aunque un convento la guarde,
y aunque en su casa la tenga,
de mí no ha de estar segura;
y la que no ha sido buena
para muger, lo será
para dama; así desea
desesperado mi amor,
y ofendida mi paciencia,
castigar vuestro delito
y satisfacer mi afrenta.

LISAR. Eusebio, donde la espada
ha de hablar, calle la lengua:

(Sacan las espadas y riñen; cae LISARDO *y procurando levantarse, torna á caer.)*

herido estoy.

EUSEB. ¿Y no muerto?

LISAR. No, que en los brazos me queda
aliento para...¡ay de mí!
faltó á mis plantas la tierra.

EUSEB. Y falte á tu voz la vida.

LISAR. No me mates, por aquella
cruz en que Cristo murió.

EUSEB. Aquesa voz te defienda
de la muerte; alza del suelo,
que si por la cruz me ruegas,
falta rigor á la ira,
y falta á la mano fuerza:
alza del suelo.

LISARD. No puedo,
porque ya en mi sangre envuelta,
voy despreciando la vida,
y el alma pienso que en ella
va á salir, porque entre tantas,
no sabe cual es la puerta.

EUSEB. Pues fíate de mis brazos,
y arrímate, que aquí cerca,
unos religiosos santos
viven, penitentes cuevas,
donde podrás confesarte,
si vivo á sus puertas llegas.

LISARD. Pues yo te doy mi palabra,
por esa piedad que muestras,
que si yo merezco verme
en la divina presencia
de Dios, pedirle que tú

sin confesarte no mueras.
(Llévale en brazos Eusebio.*)*

ESCENA IV.

Gil *sale de donde estaba escondido, y despues* Brás, Bato, Menga y Teresa *por otro lado.*

Gil. ¿Han visto lo que le debe?
¡La caridad está buena!
Pero yo se lo perdono;
mátale y llévale á cuestas.
Teres. ¿Aquí decís que quedó?
Meng. Aquí se quedó con ella.
Bato. Miradle allí embelesado.
Meng. ¡Ah Gil, qué tienes?
Gil. ¡Ay Menga!
Bato. ¿Qué te ha sucedido?
Gil. ¡Ay Bato!
Teres. ¿Qué es lo que has visto?
Gil. ¡Ay Teresa!
Brás. ¿Qué es lo que miras?
Gil. ¡Ay Brás!
No lo sé mas que una bestia;
matóle y cargó con él;
sin duda á salar le lleva.
Meng. ¿Quién le mató?
Gil. Que sé yo.
Teres. ¿Quién cargó?
Gil. No sé quien era.
Brás. ¿Quién le llevó?
Gil. No sé quien.
Bato. ¿Y quién se murió?
Quien quiera.
Pero porque lo veais,
venid todos.
Meng. ¿Dó nos llevas?
Gil. No lo sé, pero venid,
que los dos van aquí cerca.

ESCENA V.

Habitacion de Julia.

Julia y Arminda.

Julia. ¡Déjame, Arminda, llorar
una libertad perdida,
que donde acaba la vida,
bien es que acabe el pesar!
Deja que llore el rigor
de un padre.
Armin. Señora, advierte....
Julia. ¿Qué mas venturosa muerte
hay, que morir de dolor?
Armin. Qué novedad obligó
tu llanto?
Julia. ¡Ay Arminda mia!
cuantos papeles tenia
de Eusebio, mi hermano halló
en mi escritorio.
Armin. ¿Pues él
supo que estaban allí?
Julia. Como aqueso contra mí
hará mi suerte cruel,
llegó á mí descolorido,
y entre apacible y turbado,
me dijo que habia jugado,
Arminda, y que habia perdido;
que una joya le prestase,
para volver á jugar:
por presto que la iba á dar,
no aguardó que la sacase.
Tomó la llave, y abrió
con una cólera inquieta,
y en la primera gaveta
con los papeles topó.
Miróme, volvió á cerrar,
y sin hablar nada ¡ay Dios!
buscó á mi padre, y los dos,
sin duda para tratar
mi muerte, gran rato hablaron
cerrados en su aposento:
salieron, y hácia el convento
los dos los pasos guiaron,
segun Octavio me dijo;
y si lo que está tratado,
hoy mi padre ha efectuado,
con justa causa me aflijo:
porque si de aquesta suerte,
que olvide á Eusebio desea,
antes que monja me vea,
yo misma me daré muerte.

ESCENA VI.

Dichas y Eusebio.

Euseb. (Ninguno tan atrevido,
sino tan desesperado,
viene á tomar por sagrado
la casa del ofendido.
Antes que sepa la muerte
de Lisardo, Julia bella,
hablar quisiera con ella,
porque á mi tirana suerte
algun remedio consigo,
si ignorando mi rigor,
puede obligarla el amor
á que se vaya conmigo.)
¿Hermosa Julia?
Julia. ¿Qué es esto?
¿Tú en esta casa?
Euseb. El rigor
de mi desdicha y tu amor
en tal estremo me han puesto.
Yo he sabido cuanto ofende
á tu padre nuestro amor,
y con violencia y rigor
meterte monja pretende.
Si ha sido verdad, si ha sido
amor el que me has mostrado,
si es cierto que me has amado,
si es verdad que me has querido,
vente, pues, conmigo, y piensa
que ya en mi poder, es justo,
que haga de la fuerza gusto,
y obligacion de la ofensa.
Villas tengo en que guardarte,
gente con que defenderte,
hacienda para ofrecerte,
y una alma para adorarte.
¿Qué respondes? ¿Qué deseas?
Si es verdadero tu amor,

atrévete, ó el dolor
hará que mi muerte veas:

JULIA. ¡Ay Eusebio!

ARMIN. Mi señor
viene, señora.

JULIA. ¡Ay de mí!

EUSEB. ¿Pudiera hallar contra mí
la fortuna mas rigor?
¿Qué haré?

JULIA. Esconderte es forzoso.

EUSEB. ¿Dónde?

JULIA. En aqueste aposento;
presto que sus pasos siento.
(Escóndese Eusebio.)

ESCENA VII.

DICHOS Y CURCIO.

CURC. Hija, si por el dichoso
estado que tu codicias,
y que ya seguro tienes,
no das á mis parabienes
la vida y alma en albricias
del deseo que he tenido,
no agradeces el cuidado:
todo queda efectuado,
que solo falta ponerte
la mas bizarra y hermosa
para ser de Cristo esposa.....
mira que dichosa suerte.
¿Qué dices?

JULIA. ¿Qué puedo hacer?

EUSEB. (¡Yo me doy la muerte aquí,
si ella responde que sí!)

JULIA. (No sé como responder.)
¿Pues que supiera antes yo
tu intento, no fuera bien,
y que tú, señor, tambien
supieras mi gusto?

CURC. No;
que solo mi voluntad
en lo justo ó en lo injusto
has de tener por tu gusto.

JULIA. Bien sé yo la autoridad
de padre, que es preferida:
imperio tiene en la vida,
pero no en la voluntad.
Yo lo veré, y no te espante
ver que término te pida,
que órden de toda la vida
no se toma en un instante.

CURC. ¡Calla infame, calla loca,
que haré de aquese cabello
un lazo para tu cuello,
ó arrancaré de tu boca
con mis manos la atrevida
lengua, que de oir me ofendo!

JULIA. La libertad te defiendo,
señor, pero no la vida;
la libertad que me dió
el cielo, es la que te niego.

CURC. A este punto á creer llego
lo que el alma imaginó,
que no fué buena tu madre,
y manchó mi honor alguno,
que hoy el dolor importuno,
ofende el honor de un padre,
á quien el sol no igualó
en esplendor y belleza,
sangre, honor, lustre y nobleza.

JULIA. Eso no he entendido yo,
por eso no he respondido.

CURC. Arminda, salte allá fuera.

ESCENA VIII.

JULIA Y CURCIO.

CURC. Y ya que mi pena fiera
tantos años he tenido
secreta, de mis enojos
la fiera pasion me obliga
á que la lengua te diga,
lo que te han dichos mis ojos.
La señoría de Sena
por dar á mi sangre fama,
en su nombre me envió
á dar la obediencia al papa
Urbano tercio: tu madre,
que con opinion de santa
fué en Sena comun ejemplo
de las matronas romanas,
y de las nuestras.... (no sé
como mi lengua la agravia,
¡mas ay infelice! tanto
la satisfaccion engaña.)
En Sena quedó, y yo estuve
en Roma con la embajada
ocho meses, porque entonces
por concierto se trataba
que esta señoria fuese
del pontífice... Dios haga
lo que al estado convenga,
que aquí importa poco ó nada.
Volví á Sena, y hallé en Sena
á tu madre tan preñada,
que para el infame parto
la hora infelice tarda.
Ya me habia prevenido
por sus cautelosas cartas
esta desdicha, diciendo,
que cuando me fuí quedaba
con sospechas: yo las tuve
de mi deshonra tan claras,
que discurriendo en mi agravio,
imaginé mi desgracia.
¿Que ley culpa al inocente?
¿Que opinion al libre agrávia?
¡Miente la ley, que no es
deshonra, sino desgracia!
Digo, que miente otra vez,
mil veces, porque no iguala
los misterios al efecto
quien no previene la causa.
Bueno es que en leyes de honor
se comprenda tanta infamia,
al Mercurio que la roba,
como al Argos que la guarda.
¿Que déja el mundo, que deja,
si así al inocente agrávia
de deshonra para aquel
que lo sabe y que lo calla?
Yo entre desdichas tan grandes,

yo entre confusiones tantas
ni ví regalo en la mesa,
ni hallé descanso en la cama.
Tan divertido conmigo
estuve, que me trataba
como ageno el corazon,
y como á tirano el alma.
Y aunque á veces discurría
en mi agravio, y aunque hallaba
verosímil la disculpa,
pudo en mi tanto la instancia
del pensar que me ofendia,
que con saber que fué falsa,
tomé de sus pensamientos,
no de sus culpas venganza.
Y porque con mas secreto
fuese, previne una caza
fingida, porque á un celoso
todo lo fingido agrada.
Llevé á Rolmira, tu madre,
por una senda apartada
de ese bosque, á cuyo albergue
el sol ignoró la entrada,
porque se la defendian
rústicamente enlazadas,
por no decir que amorosas,
árboles, hojas, y ramas.
Solos los dos....

ESCENA IX.

Dichos y Octavio.

Octav. Si el valor
que te han dado honradas canas
en la desdicha presente,
no te niega, ó no te falta,
ecsámen será el valor
de tu ánimo.

Curc. ¡Qué causa
te obliga á que así interrumpas
mi razon?

Octav. Señor...

Curc. Acaba,
que mas la duda me ofende.
¿Por qué te suspendes? habla.

Octav. A Lisardo mi Señor....

Curc. ¡Eso solo me faltaba!

Octav. Bañado en su sangre traen,
en una silla por andas,
cuatro rústicos pastores
¡ay Dios! muerto á puñaladas;
mas ya à tu presencia llega.
No le veas!

ESCENA X.

Curcio. Julia, Octavio y Villanos.

(*Entran los villanos trayendo á Lisardo muerto en una silla.*)

Curc. ¡Ay Cielos! ¡Tantas
pruebas para un desdichado!

Octav. Detente, señor.

Curc. ¡Aparta!
Déjame ver ese cadáver frío,
depósito infeliz de heladas venas,
ruina del tiempo, estrago del impio
hado, retrato funesto de mis pènas:
¡qué sangriento furor ¡ay hijo mio!
trágico monumento en las arenas
construyó, porque hiciese ¡quejas vanas!
mortaja triste de mi tristes canas?
¿Por cual boca fatal, por cual herida
el hado triste en rigurosa suerte,
el alma, clara lengua de la vida,
pronunció desengaños á la muerte?
¿Quién fué, amigos, el bárbaro homicida,
que al sangriento furor, que al golpe fuerte
dos vidas sujetó? Pues si lo advierto,
no sé cual es el vivo, ó cual el muerto.
Decid, decid, pastores, que habeis sido
testigos fieles de mi triste llanto,
¿de cual Etna cruel habeis traido
dolor al alma, y á la vida espanto?
¿Quién fué el autor cruel?

Meng. Gil, que escondido
estaba lo dirá.

Gil. Yo no sé tanto
como pescuda.

Curc. Dí, y en mis enojos
con los oidos partirán mis ojos.

Gil. Yo, señores, no sé de fin violento,
de cadáver, estrago, ni de braga,
de ruin tiempo, infeliz, ni hado sangriento,
ni para responder sé lo que haga.
Jueves Santo conozco el monumento;
mi autor cruel es el que me paga;
pero si me preguntas quien á muerto
á Lisardo, señor, esto es lo cierto.
Menga, que iba en la burra caballera,
se metió toda junta en un pantáno;
fuése á llamar quien ayudar viniera;
solo quedé, salieron á lo llano:
Eusebio le llamó, no sé quien era;
mucho hablaron, metieron despues mano,
dióle, cargo con él, vinieron, fuimos,
hallámosle en la ermita, y le trajimos.

Curc. ¿Eusebio fué? ¡Detente, no prosiga
tu lengua la sentencia de mi muerte!
Eusebio es quien me ofende y me castiga;
destruyendo mi honor, mi sangre vierte:
mira, Julia, que bien Eusebio obliga
á tu amor, pues, tirano de una suerte,
de sangre y honra tal poder alcanza,
que hace la ofensa, y toma la venganza.
Disculpa ahora tú de sus crueles
deseos la ambicion de que concibe
casto amor, pues á falta de papeles,
los torpes gustos con mi sangre escribe.

Julia. Señor.....

Curc. No te disculpes como sueles:
hoy á ser religiosa te apercibe,
ó apercibe tambien á tu hermosura
con Lizardo temprana sepultura.
Los dos á un tiempo el sentimiento esquivo
en este dia sepultar intenta:
él, muerto al mundo, en mi memoria vivo:
tú, viva al mundo, en mi memoria muerta;
y en tanto qne el entierro os apercibo,
porque no huyas, cerraré esta puerta:
queda con él, porque de aquesta suerte
lecciones al morir te dé su muerte.

ESCENA XI.

JULIA, EUSEBIO Y LISARDO *muerto.*

JULIA. Mil veces procuro hablarte,
tirano Eusebio, y mil veces
el alma duda, el aliento
falta, y la lengua enmudece.
No sé, no sé como pueda
hablar, porque á un tiempo vienen
envueltas iras piadosas
entre piedades crueles.
¡Mal, Eusebio, solicitas
á mi gusto de esta suerte;
que en vez de apacibles bodas,
tristes exequias me ofreces!
¿Qué gusto tendré en tus brazos,
si cuando llegas á verme
para casarte, tu mano
bañada en mi sangre viene?
¿Qué dirá el mundo de mí,
sabiendo que tengo siempre,
sino presente el agravio,
quien le cometió presente?
Pues cuando quiera al olvido
sepultarle, solo el verte
entre mis brazos, será
memoria que me lo acuerde.
Aquí acabó nuestro amor,
Eusebio; déjame y vete
luego, que hoy me perdiste,
porque quisiste perderme,
que yo haré para mi vida
una celda prision breve,
sino sepulcro, pues yá
mi padre enterrarme quiere.
Allí lloraré desdichas
de un hado tan inclemente,
de una fortuna tan fiera,
de una inclinacion tan fuerte,
de un amor tan obstinado,
de una estrella tan rebelde,
que me ha quitado la vida,
y no me ha dado la muerte;
porque entre tantos pesares
siempre viva, y muera siempre.

EUSEB. Si acaso mas que tus ojos
son ya tus manos crueles
para tomar la venganza,
rendido á tus pies me tienes.
Preso me trae mi delito,
tu amor es la cárcel fuerte,
las cadenas son tus ojos,
prisiones que el alma tiene.
Y diga entónces la fama
en su pregon: «Este muere,
porque quiso», pues que solo
fué mi delito quererte.
Y si quisieres matarme,
porque mas tu amor se vengue,
diré á tu padre que estoy
en tu aposento.

JULIA. Detente;
y por última razon,
que he de hablarte eternamente,
has de hacer lo que te pido.

EUSEB. De guardarlo te promete
el alma, que es quien te adora.

JULIA. Pues, Eusebio, al punto vete.

EUSEB. ¿Pues por donde me he de ir?

JULIA. Esta ventana, que tiene
salida al jardin, podrá
darte paso; por ahí puedes
salir, y no esperes mas
volver á hablarme, ni verme.

EUSEB. ¿Pues aquel pasado amor?

JULIA. ¿Pues esta sangre presente?
La puerta abren....vete, Eusebio.

EUSEB. Ya me voy.

JULIA. Acaba, vete.

EUSEB. ¡Qué no he de volver á hablarte!

JULIA. ¡Qué no he de volver á verte!

JORNADA SEGUNDA.

La primera decoracion de la primera jornada.

ESCENA PRIMERA.

EUSEBIO, CELIO Y RICARDO.

EUSEB. Pasó el plomo ardiente
el pecho.

CELIO. Y hace el golpe mas valiente,
que con su sangre la tragedia imprima
en tierna flor.

EUSEB. Pónle una cruz encima,
y perdónele Dios.

RICAR. (Las devociones
nunca faltan del todo á los ladrones.)

ESCENA II.

EUSEBIO.

Que pues mis hados fieros
me traen á capitan de bandoleros,
llegarán mis delitos
á ser como mis penas, infinitos.
Como si diera muerte
á Lisardo á traicion, de aquesta suerte
mi patria me persigue,
porque su furia, y mi despecho obligue
á que guarde una vida,
siendo de tantas, bárbaro homicida.
Mis villas me han quitado,
mi hacienda han confiscado,
y á tanto rigor llegan
que el sustento me niegan:
y pues lo he de buscar desesperado,
no toque pasagero
el término del monte, si primero
no deja hacienda y vida.

ESCENA III.

EUSEBIO Y RICARDO.

RICARD. Llegando á ver el golpe de la herida,
escucha, capitan, el mas estraño
suceso.

EUSEB. Ya deseo el desengaño.

RICAR. Hallé el plomo deshecho
en este libro que tenia en el pecho,

y aquí el plomo encerrado,
y al caminante solo desmayado;
vesle aquí sano y bueno.

EUSEB. ¡De espanto estoy, y admiraciones lleno!
¿quien eres venerable
caduco, á quien los cielos admirable
han hecho con prodigio milagroso?

ALBER. Yo soy, ¡Oh capitan! el mas dichoso
de cuantos hombres hay que he merecido
ser sacerdote indigno; paso á Roma
á ciertas pretenciones,
mas tu saña atrevida,
quita el hilo á mi suerte y á mi vida.

EUSEB. ¿Que libro es este, padre?

ALBER. Este es el fruto
que rinden mis estudios por tributo.
Tratado verdadero,
de aquel divino y celestial madero;
de aquel madero fuerte,
con que peleando Dios, venció la muerte:
el libro en fin se llama
origen de la cruz.

EUSEB. ¡Que bien la llama
de aquel plomo inclemente,
mas que la cera se mostró obediente!
¡Pluguiera á Dios, mi mano,
antes que blanco ese papel hiciera
y mi brazo inhumano,
entre las llamas vivamente ardiera!
Llevad, padre, el dinero
y la vida; este libro solo quiero
para consuelo mío.

ALBER. Iré rogando
al señor, te dé luz para que veas
el error en que vives.

EUSEB. Si deseas
mi bien, pídele á Dios no me permita
muera sin confesion.

ALBER. Yo te prometo
ser ministro en tan piadoso efeto,
y te doy mi palabra,
tanto en mi pecho tu clemencia labra,
que si me llamas en cualquiera parte,
dejaré mi desierto
por ir á confesarte.
Sena mi patria es, mi nombre Alberto.

EUSEB. ¿Tal palabra me das?

ALBER. Y la confieso
con la mano.

EUSEB. Otra vez tus plantas beso.

ESCENA IV.

EUSEBIO Y LEONCIO.

LEONC. Hasta llegar á hablarte,
el monte atravesé de parte á parte.

EUSEB. Leoncio, que hay de nuevo?

LEONC. Dos nuevas harto malas.

EUSEB. A mi dolor el sentimiento igualas;
dí presto.

LEONC. Que al padre de Lisardo
han dado.....

EUSEB. Acaba, que el efecto aguardo.

LEONC. Comision de matarte, ó de prenderte.

EUSEB. ¡Que poco eso me espanta!

LEONC. ¿Pues no es nada, señor, prision ó muerte,
viniendo contra tí con gente tanta,
como va convocando en las aldeas?
Huye si verte destruido no deseas.

EUSEB. Esotra nueva temo
mas, porque ya con un confuso estremo,
al corazon parece que camina
toda el alma, adivina
de algun futuro daño.
¿Que ha sucedido?

LEONC. Julia....

EUSEB. No me engaño
en prevenir tristezas,
si para ver mi fin por Julia empiezas.
En fin, Julia, prosigue.

LEONC. Que ya seglar en un convento vive,
entre tanto que el hábito recibe.

EUSEB. ¿Que el Cielo me castigue
con tan fieras venganzas
de muertas esperanzas,
que de los mismos Cielos
por quien me deja, vengo á tener celos?
Mas yo tan atrevido,
que viviendo matando,
me sustento robando,
no puedo ser peor de lo que he sido:
asaltaré el convento que la guarda,
ningun grave delito me acobarda.
Llama á Celio y Ricardo. ¡Amando muero!

LEONC. Yo voy por ellos.

EUSEB. Díles que aquí espero.

ESCENA V.

EUSEBIO, MENGA Y GIL

MENGA. ¿Mas que topamos con él,
segun mezquina nací?

GIL. Menga, ¿yo no voy aquí?
No temas á ese cruel
capitan de buñoleros,
ni el toparle te alborote,
que honda llevo yo y garrote.

MENGA. Temo, Gil, sus hechos fieros,
ó sinó, á mirarlo ponte;
de Teresa se contó,
que doncella al monte entró,
y salió dueña del monte.

GIL. ¿De ese peligro te pesa?

MENG. Y aun por eso lo confieso.

GIL. ¡Ay Menga! y aun por eso
al monte vino Teresa.
(*A Eusebio.*) Ah señor, que va perdido,
señor, eche por aquí,
que anda Eusebio por ahí.

EUSEB. (Estos no me han conocido,
y quiero disimular.)

MENG. Señor, vuelva por acá.

GIL. Señor, eche por allá.

EUSEB. ¿Con qué os podré yo pagar
el aviso?

GIL. Con huir
de ese bellaco; si os coge,
señor, aunque no le enoje
ni vuestro hacer ni decir,
luego os matára, y creed
que con poner tras la ofensa
una cruz encima, piensa

que os hace mucha merced.

ESCENA VI.

Menga, Gil, Eusebio, Ricardo y Leoncio.

Ricard. ¿Dónde le dejaste?
Leonc. Aquí.
Gil. Es un ladron, no le esperes.
Ricard. ¿Eusebio, Eusebio?
Euseb. ¿Qué quieres?
Gil. ¿Eusebio le llamó?
Euseb. Sí.
Eusebio soy, quién os mueve
contra mí? ¿No hay quién responda?
¿No tienes garrote y honda?
Gil. ¡Tengo el diablo que me lleve!

ESCENA VII.

Dichos y Celio.

Celio. (A *Eusebio*) Por los apacibles llanos
que hace del monte la falda
á quien guarda el mar la espalda,
ví un escuadron de villanos
que armado contra tí viene
segun tu gente imagina,
que así Curcio determina
la venganza que previene.
Mira que piensas hacer,
junta tu gente y salgamos.
Euseb. Mejor es que ahora huyamos,
que esta noche hay mas que hacer.
Celio. Mira que habrán ya llegado.
Euseb. Villanos, vida teneis
solo porque le lleveis
á mi enemigo un recado.
Decid que es vana ocasion
buscarme de aquesta suerte,
pues no dí á Lisardo muerte
con engaño, ó con traicion.
Cuerpo á cuerpo le maté
sin ventaja conocida,
y antes de acabar la vida
en mis brazos le llevé
á donde se confesó,
digna accion para estimarse,
y que si quiere vengarse,
que he de defenderme yo.
Y ahora, porque no vean
aquestos por donde vamos,
atadlos entre estos ramos,
vendados sus ojos sean,
porque no avisen.
Leonc. Aquí
traigo un cordel. *(Atalos.)*
Celio. Llegad presto.
Gil. De San Sebastian te han puesto.
Meng. ¿De San Sebastian á mí?
Euseb. Pues la noche es tan oscura
tendiendo su negro velo,
Julia, aunque te guarde el Cielo,
he de gozar tu hermosura.

ESCENA VIII.

Gil y Menga *(atados.)*

Gil. ¿Quién habrá que ahora nos vea,
Menga, aunque caro nos cueste,
que no crea que es aqueste
Peralvillo de la aldea.
Meng. Vete llegando hácia mí,
Gil, que yo no puedo andar.
Gil. Vénme, Menga, á desatar,
yo te desataré á tí
luego al punto.
Meng. Ven primero,
Gil, que ya estás importuno.
Gil. Es decir que vendrá alguno.
Que falta hace un harriero
hoy en aqueste camino
lo que en ninguno faltó,
mas la culpa tendré yo.
Celio. *(Dentro)* Hácia esta parte imagino
que oigo la voz, llegad presto.
Gil. Señor, en buena hora acuda
á desatar una duda
en que ha rato que estoy puesto.
Meng. Si acaso teneis, Señor,
necesidad de un cordel,
yo os podré servir con él.
Gil. Este es mas fuerte y mejor.
Menga. Yo por ser muger espero
remedio en las ansias mias.
Gil. No repare en cortesias....
desáteme á mí primero.

ESCENA IX.

Gil, Meng, Curcio, Octavio, Bato, Brás, y Villanos *armados.*

Curcio. Hácia aquesta parte suena
la voz.
Gil. Que te quemas.
Bato. Gil,
¿qué es esto?
Gil. El diablo es sutil....
desata, Bato, y mi pena
te diré despues.
Curcio ¿Qué es esto?
Gil. Venga en buen hora, señor,
á castigar un traidor.
Curcio. ¿Quién de esta suerte os ha puesto?
Gil. Eusebio aquí nos ató,
mas há de cuarenta horas.
Bato. ¿Pues dime, Gil, de qué lloras
si aquí á Menga te dejó?
Gil. Causa hay, Bato, de que tenga
pena.
Bato. Yo la causa ignoro:
¿mas qué causa?
Gil. ¡Pues no, si lloro
de que no se llevó á Menga?
Cuando no hay muger segura
lo está la mia.... ¿pues no
es bien que llore?
Curcio. ¡Quién vió
tan notable desventura!
¿Que cosa habrá que no intente?

de suceso tan estraño.

EUSEB. (Este es simple, y de mi daño
cualquier suceso sabré,
con hacerme ahora su amigo,
pues podré saber aquí
cuanto trata contra mí
en mi agravio mi enemigo.)
Gil, yo te tengo aficion
desde que otra vez te ví,
¿quiéreste quedar aquí?

GIL. ¡Pardiez, que tiene razon!
Quédome acá, que diz que es
holgada vida, y no andar
todo el año á trabajar.

EUSEB. Quédate conmigo pues.

ESCENA III.

EUSEBIO, GIL, JULIA, RICARDO, UN PINTOR, UN ASTROLOGO Y UN POETA.

(*Julia vestida de hombre, armada y con el rostro cubierto.*)

RICARD. En lo bajo del camino
que esa montaña atraviesa
ahora hicimos esta presa,
que, segun es, imagino
que te dé gusto.

ESUEB. Está bien;
despues de ella trataremos;
sabe ahora que tenemos
un nuevo soldado.

RICARD. ¿Quien?

GIL. ¿No me ves?

EUSEB. Este villano,
aunque parece inocente,
conoce notablemente
esta tierra, monte y llano,
y en él será nuestra guia;
fuera de esto al campo irá
de mi enemigo, y será
en él mi perdida espia.
Vestido le podeis dar,
y armas tambien.

RICARD. Ya está aquí.

GIL. Tengan lástima de mí,
que me quedo á bandolear.

EUSEB. ¿Qien eres tú?

PINLOR. Yo, señor,
soy de nacion genovés,
paso á Florencia, y es
mi ejercicio el de pintor.
Llevo á Celio Batistela,
un florentin poderoso,
aqueste retrato hermoso,
qué es de madama Florela,
que él me mandó que lo hiciese.

EUSEB. Muestra, á ver: ¡hermosa dama!
¿Cómo dice aqui madama
Florela?

GIL. Oye, el cuento es ese
de un pintor que hizo un retrato
de un gato, y porque supiese
de quien era quien le viese,
puso abajo: «aqueste es gato.»

PINTOR. No es defecto en la pintura
traer escrito su nombre,
que á nadie habrá que no asombre
esta imitada pintura.
Y soy yo el que á pintar
enseño los naturales
árboles, y frutas tales,
que se pueden admirar
los hombres; pues, cuando imito
la variedad, y la veo,
queda sin hambre el deseo,
sin deseo el apetito.

EUSEB. Si en tí perfeccion tan bella
ha alcanzado la pintura,
gran género de locura
es no aprovecharte de ella.
Atadle aquí, y si mirare
la variedad de las flores,
dadle puntas y colores,
coma de lo que pintare.

RICARD. Vamos.

GIL. Llevad de camino
aquesta epígrama brava
. . . . (1)
hizo un ingenio divino:
«Galanes, damas hermosas
baratas suelo vender
saliendo de mi poder
estas y otras muchas cosas.
Fabio, con mano no escasa
pon tu muger en la tienda,
que aunque mil veces se venda
siempre te se queda en casa.»

EUSEB. ¿Y tú quién eres?

ASTRÓL. Yo soy
Astrólogo.

EUSEB. Buen oficio.

ASTRÓL. Aunque se tiene por vicio;
pero ahora á Francia voy
á enseñar astrologia.

EUSEB. ¿Y tú la sabes?

ASTRÓL. Yo he sido
quien los pasos ha medido
al Sol, que ilumina el dia.

EUSEB. ¿Si pudo tu ciencia ver
tanto, por qué no previno
lo que en aqueste camino
te habia de suceder?

ASTRÓL. Ya tenia yo mirado,
que en el camino que sigo
habia de topar contigo.

EUSEB. ¿Pues dime que has alcanzado
de lo que he de hacer por tí?

ASTROL. Ya he visto en efectos llanos,
que he de morir á tus manos.

EUSEB. Vete libre, porque así
conozcas de tu ignorancia
el error, que desde el suelo
no se ha de medir el cielo,
que hay infinita distancia.

GIL. Escuchame. A un licenciado
en estrellas mató un dia
una bestia: así decia
á donde estaba enterrado:
«Yace un astrólogo, cuya
ciencia á todos anunciaba
la suerte, y nunca acertaba
á pronosticar la suya»

Un cadáver vió en cenizas
su cadáver, que desvelo
tal entender pudo al cielo,
mas no á las caballerizas.

EUSEB. ¿Y tú?

PINTOR. Español: mi ejercicio
hacer versos; soy poeta
en efecto, que esta seta
algunos la han hecho oficio.

EUSEB. Muchos he oido decir
que ocupan aquesta parte.

GIL. Como se escribe sin arte
son fáciles de escribir.

PINTOR. ¿Qué mas arte ha detener,
señor, que haber de agradar
entero á todo un lugar,
pues jueces vienen á ser
el discreto, el ignorante,
que juzgan sin atencion
de mirar á cuyos son,
pues quieren que un principiante
tenga el mismo estilo y ciencia
que un anciano, sin mirar
que á eso se han de aventajar
ochenta años de esperiencia?

EUSEB. En tus razones se vé
que siempre en vosotros lidia
envidia y pasion.

POETA. Si envidia
quien no tiene para qué,
déjame envidiar á mí.

EUSEB. Con irte vivo y dejarte,
tu envidia ha de castigarte.

GIL. Copia hay tambien para mí.
De la comedia es dudoso
el fin, qué indeterminada,
lo que al ignorante agrada,
causa al fin al ingenioso.
Busca, Lisardo, otros modos,
si fama quieres ganar,
que es difícil de cortar
vestido que venga á todos.

EUSEB. ¿Y quien es el gentil hombre
que el rostro cubre?

RICARD. No ha sido
posible que haya querido
decir la pátria y el nombre,
porque al capitan no mas
dice que lo ha de decir.

(Hace Eusebio una seña y vánse todos.)

ESCENA IV.

EUSEBIO Y JULIA.

EUSEB. Bien te puedes descubrir,
con el capitan estás.

JULIA. Eusebio, saca la espada,
pues de esta suerte te digo
que soy quien vengo á matarte.

EUSEB. Con la defensa resisto
el enojo, no la duda,
pues por defenderme riño,
que si te mato no sé
porqué, y sucede lo mismo
si yo muero en esta empresa.
Descúbrete.

JULIA. Bien has dicho,
porque en venganzas de honor,
sino consta el homicidio
al que fué ofensor, no queda
satisfecho el ofendido

(Descubriéndose.)

¿Conócesme? ¿qué te espantas?
¿De qué te admiras?

EUSEB. Lo mismo
que diera por verte ahora,
diera por no haberte visto.
¿Tú, Julia, tú en este monte?
¿Tú con profano vestido?
¿Tú de esta suerte? ¿Qué es esto?
¿Dí, como hasta aqui has venido?

JULIA. Ofendida de un agravio,
haciendo torpes delitos,
por ver si con mas torpezas
que con virtudes te animo.
Y porque veas que es flecha
disparada, ardiente tiro,
veloz rayo, la muger
que corre tras su apetito,
no solo me han dado gloria
los pecados cometidos
hasta ahora, mas tambien
me la dá si los repito.
Tras tí salí del convento,
y apartada del camino
caminé varias malezas,
guiada de mi destino.
Llegué á una pobre cabaña,
á cuyo techo pagizo
juzgué pabellon dorado
en la paz de mis sentidos.
Un liberal huésped fué
bella serrana conmigo,
compitiendo en la piedad
con un pastor su marido.
A la hambre y al cansancio
dejé en su albergue vencidos
con blanda cama, aunque pobre,
manjar, aunque humilde, limpio.
Pero al despedirme de ellos,
habiendo ántes prevenido
que si me buscan no puedan
decir «nosotros la vimos,»
al cortés pastor, que al paso
salió á enseñarme el camino,
maté, y vuelvo luego á donde
hice a la muger lo mismo.
Pero á un caminante pobre,
que cortesmente previno
á las ancas de un caballo
á tanto cansancio alivio,
á la vista de una aldea,
porque entrar en ella quiso,
huyendo el pobre, pagó
con la muerte el beneficio.
Y considerando entonces,
que era aquel pobre vestido
el que mas me descubria,
mudármelo determino,
y entrando en aqueste monte,
me puse aqueste vestido
de un cazador, cuyo sueño,
no imágen, trasunto vivo

fué de la muerte; pasé
adelante, y mi destino
me trajo ante tu presencia:
de aquesta suerte he venido,
despreciando inconvenientes
y atropellando peligros.

ESCENA V.

JULIA, EUSEBIO, RICARDO, CELIO, LEONCIO Y *Bandoleros.*

RICARD. Preven, señor. la defensa,
que apartados del camino,
al monte Curcio y su gente
en busca tuya han venido:
jura llevarte en venganza
preso á Sena, muerto ó vivo.
De todas esas aldeas,
tanto el número ha crecido,
que vienen hoy contra tí
viejos, mugeres y niños.
EUSEB. Amigos, este es el dia.
esta es la ocasion, amigos,
en que muestre el corazon
aliento, el ánimo brio.
Considerad que seremos
en un infame suplicio
afrentados si nos prenden,
y que nuestros enemigos
se vengarán de nosotros;
pues mas vale entre estos riscos
perder la vida en defensa
del honor. A ellos, amigos.
JULIA. (Cubro el rostro, que gran gente
á nosotros ha venido.)
CURC. *(Dentro.)* ¿A donde, Eusebio, te escondes?
EUSEB. No me escondo: ya te sigo.
(Oyense tiros dentro.)

ESCENA VI.

GIL, *de bandolero.*

Por estar seguro, apenas
soy bandolero novicio,
cuando por ser bandolero
me veo en tanto peligro.
Cuando era de los villanos,
eran ellos los vencidos,
y hoy que soy bandolero
va sucediendo lo mismo.
Sin ser avariento, traigo
la desventura conmigo
pues tan desgraciado soy,
que mil veces imagino
que á ser yo judio, fueran
desgraciados los judios.

ESCENA VII.

GIL, MENGA, BRÁS Y BATO *armados.*

MENG. A ellos, que van huyendo.
BATO. No ha de quedar uno vivo.
BRÁS. Tened el paso, que aquí
uno se quedó escondido.
MENG. Muera pues, dadle, serranos.
GIL. Yo soy.
BATO. Ya nos ha dicho
el trage, que es bandolero.
GIL. El trage les ha mentido
como muy grande bellaco.
MENGA. Dale tú.
BATO. Pégale digo.
GIL. Bien dado estoy y pegado,
que ya no puedo sufrirlo.
MENG. Dale por ahí.
GIL. Mirad
que soy Gil, voto á Cristo.
MENG. ¿Pues no habláras antes, Gil?
BATO. ¿Antes no lo hubieras dicho?
GIL. ¿Qué mas antes, si soy yo,
os dije desde el principio?
MENG. ¿Que traje es este?
GIL. Es el diablo;
maté uno, y su vestido
me puse.
MENG. ¿Pues cómo, dí,
no está de sangre teñido
si le mataste?
GIL. Matéle
de hambre, y aquesto ha sido
la ocasion.
MENG. Ven con nosotros,
que victoriosos seguimos
los bandoleros, que ahora
cobardes nos han huido.
GIL. No mas vestido, aunque vaya
tiritando de frio.

ESCENA VIII.

EUSEBIO Y CURCIO, *con las espadas desnudas.*

CURC. Gracias al Cielo, que estamos
solos en este camino.
EUSEB. No ha sido en esta ocasion
piadoso el cielo contigo
en haberme hallado á mí,
pues puedo haber remitido
á agena mano tu ofensa,
aunque si en verdad te digo,
no sé que respeto ó miedo
me causas cuando te miro.
Nombra otro hombre que por tí
cumpla aqueste desafio,
que tú como viejo, tienes
en mi no sé que dominio
que me dá temor.
CURC. Eusebio,
no digas en este sitio
que te dan temor mis canas,
pues te lo dá el brazo mio:
el uno ha de quedar muerto,
¿qué aguardas? ¿que es de tus brios?
EUSEB. Bien te pudiera matar,
pero si verdad te digo,
la victoria que deseo
es á tus plantas rendido
pedirte perdon; mi espada
hoy á tus canas humillo. *(Deja la espada en el suelo.)*
CURC. Valor, Eusebio, me sobra;
no hás de pensar, que me animo

á matarte con ventaja:
ven á los brazos conmigo. *(Abrázanse.)*

EUSEB. Por abrazarte me atrevo.

CURC. ¿Cielos, qué es este prodigio,
que no sé, Eusebio, que efecto has hecho
en mí, que el corazon dentro del pecho,
à pesar de venganzas y de enojos,
en lágrimas se asoma por los ojos?

EUSEB. Yo en confusion tan fuerte
quisiera por vengarte, darme muerte,
para lo cual, rendida
á tus plantas, señor, está mi vida.

CURC. Guárdate, Eusebio; porque ya mi gente
victoriosa á la tuya va siguiendo.

EUSEB. Yo solamente á tí te estoy temiendo,
pues si mi brazo aquesta espada cobra,
verás cuanto valor en tí me falta,
que en tu gente me sobra.

ESCENA IX.

Dichos, OCTAVIO, BATO, BRÁS, GIL, MENGA *y villanos*.

OCTAV. Desde el mas hondo valle á las mas alta
cumbre de aqueste monte no ha quedado
un hombre solo, y se nos ha escapado
Eusebio, porque huyendo aquesta tarde.....

EUSEB. ¡Mientes, que Eusebio nunca fué cobarde!

OCTAV. ¿Aqui está Eusebio? ¡muera!

CURC. ¡Detente, Octavio, aguarda, escucha, espera...

OCTAV. ¿Pues tú, señor, que habias
de animarnos, ahora desconfias?

BRÁS. ¿A un hombre que atrevido
toda aquesta campaña ha destruido?

BATO. ¿A un hombre que en tu sangre y en tu honra
trajo á un tiempo la muerte y la deshonra?

GIL. ¿A quién en las aldeas no ha dejado
melon, doncella, á quien no haya calado,
cómo así le defiendes?

OCTAV. ¿Señor, qué es lo que haces?

BATO. ¿Qué pretendes?

CURC. Escuchad..... esperad ¡terrible esceso!
¿Cuanto es mejor que á Sena vaya preso?
Date á prision, Eusebio, y te prometo
como honrado ampararte,
siendo abogado tuyo, aunque soy parte.

EUSEB. Como á Curcio no mas yo me rindiera,
mas como juez no puedo,
porque aquello es respeto, y esto es miedo.

OCTAV. Dirémos, pues tu quieres
valerle, que á tu patria traidor eres.

CURC. En confusion tan fuerte
perdona, Eusebio, porque yo el primero
tengo de ser en tu infelice muerte.

EUSEB. Quítate de delante,
señor, porque tu vista no me espante,
que viéndote, no dudo
que te traerá esa gente por escudo.

OCTAV. Muera, Eusebio, serranos.

EUSEB. ¡Llegad, pues, al rigor de aquestas manos!
(Vánse todos peleando con Eusebio.)

ESCENA X.

CURCIO.

CURC. Apretándole van. ¡Oh quien pudiera
darte ahora la vida,
Eusebio, aunque la suya misma diera,
que aquella sangre fria
mucho tiene de mia!
Vóite á librar si puedo.

ESCENA XI.

EUSEBIO.

(Baja EUSEBIO *despeñado con la espada desnuda y herido, yendo á caer al pié de la cruz.)*

EUSEB. Cuando de la vida incierto
me despeña la mas alta
cumbre, creo que me falta
tierra donde caiga muerto;
pero si en mi culpa advierto
pena que es tan merecida,
no el ver la vida perdida
me atormenta, sino ver
como ha de satisfacer
tantas culpas una vida.
Ya me vuelve á perseguir
este escuadron vengativo,
pues no puedo quedar vivo,
he de matar y morir;
aunque mejor será ir
donde al cielo perdon pida;
pero mis pasos impida
la cruz, porque desta suerte,
ellos me den breve muerte,
y ella me dé eterna vida.
Arbol donde el cielo quiso *(Arrodillándose.)*
dar el fruto verdadero
contra el pecado primero;
flor del nuevo paraiso,
arco de luz, cuyo aviso
en piélago mas profundo
la paz publicó del mundo;
planta hermosa, fértil vid,
Jenath del nuevo David,
tabla del Moises segundo;
pecador soy, tus favores
pido por justicia yo,
pues Dios en tí padeció
por todos los pecadores:
á mí me debes loores,
pues Dios en tí no muriera,
si yo pecado no hubiera;
luego eres tú cruz por mí,
que Dios no muriera en tí,
si yo pecador no fuera.
Mi natural devocion
siempre os pidió con fé tanta,
no permitiérais, cruz santa,
muriera sin confesion:
no será el primer ladron
que en vos se confiesa á Dios,
y pues que ya somos dos,
y yo no te he de negar,
tampoco me ha de faltar
redencion que se obró en vos.
Lisardo, cuando en mis brazos
pude ofendido matarte,
lugar dí de confesarte,
antes que en tan breves plazos

se deshiciesen los lazos
mortal, y eterno; y si advierto
en aquel santo, aunque muerto,
piedad de los dos aguardo:
mira que muero Lisardo,
mira que te llamo Alberto.

ESCENA XII.

Eusebio y Curcio.

Curc. Hácia aquesta parte está.
Euseb. Si es que venis á matarme,
muy poco hareis en quitarme
vida que no tengo yá.
Curc. (¡Que bronce no ablandará
tanta sangre derramada!)
Eusebio, rinde la espada.
Euseb. ¿A quien?
Curc. A Curcio.
Euseb. *(Dándosela)* Esta es.
Y yo tambien á tus pies
de aquella ofensa pasada
te pido perdon; no puedo
hablar mas, porque una herida
quita el aliento á la vida,
cubriendo de horror y miedo
el alma.
Curc. ¡Confuso quedo!
¿será en ella de provecho
remedio humano?
Euseb. Sospecho
que la mejor medicina
para el alma es la divina.
Curc. ¿Donde es la herida?
Euseb. En el pecho.
Curc. Déjame poner en ella
la mano, á ver si resiste
el aliento, ¡Ay de mí triste!
¿qué señal hermosa y bella
es esta, que al conocella,
toda el alma se alteró?
Euseb. Son las armas que me dió
esta cruz, á cuyo pié
nací, porque mas no sé
de mi nacimiento yo.
Mi padre, que no señalo,
aun la causa me negó,
que sin duda imaginó
que habia de ser muy malo;
aquí nací.
Curc. Y aquí igualo
el dolor con el contento,
con el gusto el sentimiento
efectos de un hado impio
y agradable ¡ay hijo mio!
pena y gusto en verte siento.
Tú eres, Eusebio, mi hijo,
si en tantas señas advierto,
que para llorarte muerto
con justa causa me aflijo.
de tus razones colijo
lo que el alma adivinó;
tu madre aquí te dejó
cuando naciste, y airado
donde cometí el pecado
el cielo me castigó.
Bien mi desdicha previene
informacion de mi error;
¿pero que señal mejor
que ver que esta cruz conviene
con otra que Julia tiene?
que de aquesta suerte el cielo
os señaló, por que al suelo
fueseis prodijios los dos.
Euseb. No puedo hablar, padre, adios,
porque ya de un mortal velo
se cubre el alma, y la muerte
negó pasando veloz,
para responderte voz,
vida para conocerte,
alma para obedecerte:
ya llegó el golpe mas cierto.
Curc. Advierto que hoy lloro muerto
á quien aborrecí vivo.
Euseb. Oye, Alberto....
Curc. ¡Trance esquivo!
¡suerte injusta!
Euseb Alberto... Alberto... *(Muere)*
Curc. Ya con el último acento
rindió el vital aliento,
¿por qué así en mis blancas canas
causaste tanto dolor?
¡Mas ya son mis quejas vanas!

ESCENA XIII.

Curcio y Octavio.

Octav. Señor, no te maltrates de esa suerte.
Curc. Hoy, Curcio, advierte
la fortuna en los males de tu estado,
cuantos puede sufrir un desdichado.
Octav. El Cielo sabe cuanto hablarte siento.
Julia, señor, hoy falta del convento.
Curcio. El mismo pensamiento no pudiera
con el discurso hallar pena tan fiera:
no, que es mi suerte avara,
sucedida, peor que imaginada.
Aquese cuerpo, ese cadáver frio,
este que veis, Octavio, es hijo mio;
mira si basta en confusion tan fuerte
cualquiera pena de estas á una muerte.

ESCENA XIV.

Dichos, Brás, y *villanos armados*

Gil. Señor.....
Curcio. ¿Hay mas dolor?
Gil. Los bandoleros
que fueron castigados,
en busca tuya vuelven animados
de un demonio de un hombre,
que encubre de ellos mismos rostro y nombre.
Curcio. Ahora que mis penas fueron tales
que son lisonjas los mayores males,
el cuerpo se retire lastimoso
de Eusebio, en tanto que un sepulcro honroso
á sus cenizas da mi desventura.
Brás. ¿Pues como piensas darle sepultura
hoy en lugar sagrado,
cuando sabes que ha muerto escomulgado?
Quien de esta suerte ha muerto,

digno sepulcro sea este desierto.

CURCIO. ¡Oh, villana venganza,
tanto rigor en tí la ofensa alcanza,
que en confusion tan fuerte
pasas de los umbrales de la muerte!
(Vàse llorando.)

OCTAV. Mejor será que hagamos
rústica sepultura de estos ramos.
Tú, Gil, aquí te queda,
porque sola tu voz avisar pueda
si algunas gentes vienen
de las que huyeron.
(Cubren á Eusebio con ramas y vánse.)

ESCENA XV.

GIL, EUSEBIO Y *despues* ALBERTO.

GIL. ¡Linda flema tienen!
Antes, si ser pudiera,
escusar esta comision quisiera.
¿Qué es esto? ¿aquí han enterrado
á Eusebio, y aquí solo me han dejado?
Señor Eusebio, acuérdese le digo
que un tiempo fuí su amigo;
pero mi miedo grande culpa tiene,
ó grande multitud de gente viene.

ALBERT. Viniendo de Roma dejo
perdido el camino, y voy
solo por aqueste monte
en la muda confusion
de la noche; este lugar
es aquel donde me dió
vida Eusebio: bandoleros
vienen aquí ¡qué temor
me cubre de horror, y miedo
el alma! ¡que confusion!

EUSEB. Alberto....

ALBERT. ¡Ay triste de mí!
¡Cielos! ¿que tremenda voz
es esta que escucho?

EUSEB. Alberto.....

ALBERT. Mas otra vez pronunció
mi nombre ¡válgame el cielo!
Voz que discurres veloz
el viento, ¿quien eres? dí.

EUSEB. Llégate, que Eusebio soy,
llega, levanta estos ramos,
no temas.

ALBERT. No temo yó;
ea, ya estás descubierto, *(Descúbrelo.)*
dime de parte de Dios,
que me quieres.

EUSEB. De su parte
mi fé, Alberto, te llamó
para que antes de morir
me oyeses en confesion; *(Levantándose.)*
gran rato ha que hubiera muerto,
pero libre se quedó
mi espíritu en el cadáver
antes que muriese yo,
que tanto con Dios alcanza
de la cruz la devocion.

ALBERT. Pues yo cuantas penitencias
he hecho hasta aquí te doy,
para que en tus culpas sean
de alguna satisfaccion. *(Ocúltanse tras la cruz.)*

GIL. Por Dios que va por su pié;
sepan todos de mi voz
este milagro tan grande,
á decirlo á todos voy.

ESCENA XVI.

ALBERTO JULIA, CELIO, LEONCIO RICARDO *y bandoleros*, *despues* CURCIO OCTAVIO GIL *y villanos.*

JULIA. Ahora que descuidados
la victoria los dejó
entre los brazos del sueño,
os dan bastante ocasion.

OCTAV. *(Dentro)* Si has de salirles al paso,
por aquí será mejor,
que ellos salen por aquí.

CURC. *(Saliendo.)* A ellos que pocos son.

GIL. *(Saliendo)* Gente hay á todas partes,
¡que terrible confusion!
De donde estaba enterrado
Eusebio se levantó,
llamando un clérigo á voces,
¿mas para qué cuento yo
lo que todos podeis ver?
Mirad con la devocion
que está hincado de rodillas
á sus pies.

JULIA. ¡Divino Dios!
¿qué maravillas son estas?

CURC. ¡Quien vió milagro mayor!
así como el santo viejo
hizo de la absolucion
la forma, segunda vez
muerto á sus plantas quedó.

ALBERT. *(Saliendo.)* Entre sus grandezas tantas,
sepa el mundo la menor
maravilla de las suyas,
porque la enzalce mi voz.

CURC. ¡Ay, hijo del alma mia!
no fuiste infelice, no:
así Julia conociese
sus culpas.

JULIA. (¡Qué confusion
es esta de que hoy me alumbra
el Cielo! ¡válgame Dios!
¡Yo soy hermana de Eusebio,
y amante de Eusebio soy!
¡Yo soy Julia, yo soy Julia
de las malas la peor)

CURCIO. ¡Oh ejemplo de las maldades!
con mis propias manos hoy
te mataré, porque sean
tu vida y tu muerte atroz.

JULIA. Valedme vos, cruz divina,
que yo mi palabra os doy,
de que si ha sido comun
mi pecado, desde hoy
lo será mi penitencia:
yo iré pidiendo perdon
al mundo del mal ejemplo,
de la mala vida á Dios. *(Vase)*

CURCIO. Fatigada de la vista
se va perdiendo, y mi amor
como puede vá á buscarla.

ALBERT. Vé á su convento, que hoy
será religiosa en él

con humilde contricion.
Y aquí, senado, tendrá
(si perdonais tanto error)
LA CRUZ EN LA SEPULTURA
dichoso fin, y su autor
de las faltas que ha tenido
os pide humilde perdon.

FIN.

CASA CON DOS PUERTAS
MALA ES DE GUARDAR.

PERSONAS.

LISARDO.	LAURA.	HERRERA, *escudero.*
D. FELIX.	FABIO, *su padre.*	LELIO, *criado.*
MARCELA, *su hermana.*	CALABAZAS, *lacayo.*	SILVIA Y CELIA, *criadas.*

La accion pasa en Ocaña en tiempo de Felipe IV.

JORNADA PRIMERA.

Decoracion de calle.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA Y SILVIA *con mantos, como recelandose, y detras* LISARDO Y CALABAZAS.

MARC. ¿Vienen tras nosotras?
SILVIA. Sí.
MARC. Pues párate: caballeros,
desde aquí habeis de volveros,
no habeis de pasar de aquí;
porque si intentais así
saber quien soy, intentais
que no vuelva donde estais
otra vez; y si esto no
basta, volveos, porque yo
os suplico que os volvais.
LISARD. Dificilmente pudiera
conseguir, señora, el sol,
que la flor del girasol
su resplandor no siguiera;
dificilmente quisiera
el norte, fija luz clara,
que el iman no le mirára,
y el iman dificilmente
intentára, que obediente
el acero le dejára.
Si sol es vuestro esplendor,
girasol la dicha mia;
si norte vuestra porfía,
piedra iman es mi dolor;
si es iman vuestro rigor,
acero mi ardor severo,
¿pues cómo quedarme espero,
cuando veo que se van
mi sol, mi norte y mi iman,
siendo flor, piedra y acero?
MARC. A esa flor hermosa y bella
término el dia concede,
bien como á esa piedra puede
concederlos una estrella:
y pues él se ausenta y ella,
no culpeis la ausencia mia;
decid á vuestra porfía,
piedra, acero ó girasol,
que es de noche para el sol,
para la estrella de dia.
Y quedaos aquí, porque
si este secreto apurais,
y á saber quien soy llegais,
nunca á veros volveré
á aqueste sitio, que fué
campaña de nuestro duelo;
y puesto que mi desvelo
me trae á veros aquí,
creed de mí, que importa así.
LISARD. De vuestro recato apelo,
señora, á mi voluntad;
y supuesto que seria
no seguiros cortesía,
tambien será necedad:
necio ó descortés, mirad,
cual mayor defecto es,
vereis que el de necio, pues
no se enmienda; y así, á precio
de no ser, señora, necio,
tengo de ser descortés.
Seis auroras esta aurora
hace que en este camino
ciego el amor os previno
para ser mi salteadora;
tantas há que á aquella hora
os hallo á la luz primera
oculto sol de mi esfera,
de su campo rebozada
ninfa, deidad ignorada
de su hermosa primavera.
Vos me llamásteis, primero
que á hablaros llegára yo,
que no me atreviera, no,
tan de paso y forastero:
con estilo lisonjero,
áspid, ya de sus verdores,
no deidad de sus primores,
desde entonces fuisteis, pues
áspid. que no deidad, es
quien da muerte entre las flores.
Dijísteisme, que volviera
otra mañana á este prado,
y puntual mi cuidado
me trajo como á mi esfera:
no adelanté la primera
ocasion, porque bastante
no fué mi ruego constante
á que corriese la fé,
que adora lo que no vé,
ese velo de delante.
Viendo pues, que siempre es nuevo
el riesgo, y el favor no,
quiero á mí deberme yo
lo que á vuestra luz no debo;

y así, á seguiros me atrevo,
que hoy he de veros, ó ver
quien sois.

MARC. Hoy no puede ser,
y así, dejadme por hoy,
que mi palabra os doy
de que muy presto saber
podais mi casa, y entrar
á verme en ella.

CALAB. Y á ella,
doncella de esa doncella,
(la verdad en su lugar,
que yo no quiero infernar
mi alma) ¿hay cosa que la obligue
á taparse?

SILVIA. Y si me sigue,
tenga por muy cierto....

CALAB. ¿Qué?

SILVIA. Que me persigue, porque
quien me sigue, me persigue.

CALAB. Ya sé el caso, vive Dios.

SILVIA. ¿Qué va que no le declaras?

CALAB. Muy malditísimas caras
debeis de tener las dos.

SILVIA. Mucho mejores que vos.

CALAB. Y está bien encarecido,
porque yo soy un cupido.

SILVIA. Cupido somos yo y tú.

CALAB. ¿Cómo?

SILVIA. Yo el pido, y tú el cú.

CALAB. No me está bien el partido.

MARC. Esto os vuelvo á asegurar
otra vez.

LISARD. ¿Pues qué fianza
le dajais á mi esperanza
de las dos que he de lograr?

MARC. La de dejarme mirar. *(Descúbrese)*

LISARD. Usar de esa alevosía,
para turbar mi osadía,
ha sido traicion; pues ya
viéndoos, ¿cómo os dejará
quien sin veros os seguia?

MARC. Quedad, pues, de mí seguro,
que en breve tiempo sabreis
mi casa, y entendereis
cuanto serviros procuro;
esto otra vez aseguro.

LISARD. Ya en seguiros soy de hielo.

MARC. Y yo sin algun recelo,
de que agradecida estoy,
por esta calle me voy.

LISARD. Id con Dios.

MARC. Guárdeos el cielo.

ESCENA II.

LISARDO Y CALABAZAS.

CALAB. Linda tramoya, señor:
sigámosla, hasta saber
quien ha sido una muger
tan embustera.

LISARD. Es error,
Calabazas, si en rigor
ella se recata así,
seguirla.

CALAB. ¿Eso dices?

LISARD. Sí.

CALAB. Vive Dios, que la siguiera
yo, aunque hasta el infierno fuera.

LISARD. ¿Qué me debe, necio, dí,
de haber cuatro dias hablado
conmigo en este lugar,
para darla yo un pesar,
de quien ella se ha guardado?

CALAB. Debe el haber madrugado
estos dias.

LISARD. Ya que estamos
solos, y que así quedamos,
sobre lo que podrá ser
tan recatada muger,
discurramos.

CALAB. Discurramos:
dime tú, ¿qué has presumido
de lo que has visto y notado?

LISARD. De estilo tan bien hablado,
de trage tan bien vestido,
lo que he pensado y creido
es que esta debe de ser
alguna noble muger,
que donde no es conocida,
disimulada y fingida,
gusta de hablar y de ver;
y por forastero, á mí
para este efecto eligió.

CALAB. Mucho mejor pienso yo.

LISARD. Pues no te detengas, dí.

CALAB. Muger que se viene así
á hablar con quien no la vea,
donde ostentarse desea
bachillera é importuna,
que me maten, si no es una
muy discretísima fea,
que por el pico ha querido
pescarnos.

LISARD. ¿Y si la hubiera
visto yo, y un ángel fuera?

CALAB. ¡Vive Dios, que me has cogido!
la dama duende habrá sido,
que volver á vivir quiere.

LISARD. Aun bien, sea lo que fuere,
que mañana se sabrá.

CALAB. ¿Luego crees que vendrá
mañana?

LISARD. Si no viniere,
poco ó nada habrá perdido
la necia esperanza mia.

CALAB. El madrugar á otro dia
poca pérdida habrá sido.

LISARD. El negocio á que he venido,
á madrugar me ha obligado;
no lo debo á este cuidado.

ESCENA III.

Sala en casa de Don Feliz.

Dichos, Don FELIX *vistiéndose, y su* ESCUDERO.

CALAB. Cerca de casa vivió,
pues de vista se perdió,
cuando á casa hemos llegado.

LISARD. Y tarde debe de ser.

CALAB. Sí, pues vistiéndose sale

quien á los dos nos mantiene,
sin ser los dos justas leales.

LISARD. Don Feliz, bésoos las manos.

FELIX. El cielo, Lisardo, os guarde.

LISARD. ¿Tan de mañana vestido?

FELIX. Un cuidado que me trae
desvelado, no permite
que sosiegue ni descanse;
pero vos que os admirais
de que á esta hora me levante,
¿no me dijisteis anoche
que á dar unos memoriales
habíais de ir á Aranjuez?
¿pues cómo á Ocaña os tornastes
desde el camino?

LISARD. Si bien
me acuerdo, regla es del arte,
que la pregunta y respuesta
siempre un mismo caso guarden;
y puesto que á mi pregunta
fué la respuesta mas fácil
un cuidado de la vuestra,
otro cuidado me saque,
que es quien á Ocaña me vuelve.

FELIX. ¿Apenas ayer llegásteis,
y hoy teneis cuidado?

LISARD. Sí.

FELIX. Pues por obligaros, antes
que me obligueis á decirle,
este es el mio, escuchadme.

CALAB. ¿En tanto que ellos me pegan
dos grandísimos romances,
tendreis, Herrera, algo que
se atreva á desayunarme?

ESCUD. Vamos hácia mi aposento,
Calabazas, que al instante
que hayais vos entrado en él,
no faltará algo fiambre.

ESCENA IV.

DON FELIX Y LISARDO.

FELIX. Bien os acordais de aquellas
felicísimas edades
nuestras, cuando los dos fuimos
en Salamanca estudiantes.
Bien os acordais tambien
del libre, el glorioso ultrage
con que de Venus y amor
traté las vanas deidades;
de su hermosura y sus flechas,
tan á su pesar, triunfante,
que de rayos y de plumas
coroné mis libertades.
O nunca hubieran, Lisardo,
luchado tan desiguales
fuerzas, porque nunca hubieran
podido los dos vengarse:
ó hubiera sido su golpe,
puesto que á todos alcance
por costumbre solamente,
flecha disparada al ayre,
y no por venganza flecha,
bañada en venenos tales,
que salió del arco pluma,
corrió por el viento ave,
llegó rayo al corazon,
donde se alimenta áspid.
La primer vez que sentí
este golpe penetrante,
que sabe herir sin matar,
y aun esto es lo que mas sabe,
en la juventud del año,
una tarde fue agradable
del Abril; pero mal dije,
al alba fué, no os espante
ser por la tarde y al alba,
que con prestados celages,
si bien me acuerdo, aquel dia
amaneció por la tarde.
Este, pues, como otros muchos,
por divertirme y holgarme,
salí á caza, y empeñado,
llegué de un lance á otro lance
al Real Sitio de Aranjuez,
que como poco distante
está de Ocaña, él es siempre
nuestro prado y nuestro parque.
Quise entrar á sus jardines,
sin saber que me llevase
á ver lo que tantas veces
habia visto, que esto es fácil
todo el tiempo que no asisten
al sitio sus Magestades.
En el de la Isla entré:
¡oh cómo, Lisardo, sabe
la desdicha prevenirse,
el daño facilitarse!
Pues como la mariposa,
que halagüeñamente hace
tornos á su muerte, cuando
sobre la llama flamante
las alas de vidrio mueve,
las hojas de carmin bate;
así el infeliz, llevado
de su desdicha al exámen,
ronda el peligro, sin ver
quien al peligro le trae.
Estaba en la primer fuente,
que es un peñasco agradable,
donde temiendo el diluvio
de sus cruzados cristales,
parece que van viniendo
á él todos los animales,
una muger, recostada
en la siempre verde márgen
de murta, que la guarnece,
como cenefa ó engaste
de esmeralda, á cuyo anillo
es toda el agua diamante.
Tan divertida en mirar
su hermosura en el estanque
estaba, que puse duda
sobre si es muger ó imágen,
porque como ninfas bellas
de plata bruñida hacen
guarda á la fuente, tan vivas,
que hay quien espere que hablen;
y ella miraba tan muerta,
que no pudo esperar nadie,
que se pudiese mover;
la naturaleza al arte,
me pareció que decia:

«no blasones, no te alabes
de que lo muerto desmientes,
con mas fuerza en esta parte,
que yo desmiento lo vivo,
pues en lo contrario iguales,
sé hacer una estatua yo,
si hacer tú una muger sabes,
ó mira una alma sin vida,
donde está con vida un jaspe»
Al ruido que entre las hojas
hice ¡ay de mí! por llegarme
á mirarla de mas cerca,
del estásis agradable
(no fuese de amor) volvió
con algun susto á mirarme.
No me acuerdo si la dije,
que ufana no contemplase
tanta beldad, por el riesgo
de ser de sí misma amante,
que donde hubo ninfa y fuente,
no fué posible escaparme
del concepto de Narciso.
Ella, honestamente grave,
sin responderme, volvió
la espalda, y siguió el alcance
de una tropa de mugeres,
que andaba mas adelante,
midiendo de los jardines,
ya los cuadros, ya las calles,
hasta que su pié llegó
á hacer á todos iguales,
porque al pequeño contacto,
flores produjo fragantes
tantas la arena, que ya
no pudo determinarse
si eran calles ó eran cuadros
el jardin por todas partes,
pues fueron rosas despues
las que eran veredas antes.
El trage que se vestia
era un bien mezclado trage,
ni bien de corte, ni bien
de aldea, sino á mitades,
de señora en el aliño,
de aldeana en el donaire.
En un airoso sombrero
llevaba un rizo plumage,
á quien tuvieron accion
la tierra despues y el aire,
por el matiz ó la pluma,
sobre si era flor ó ave.
Seguíle, hasta que llegó
á la cuadrilla, que errante
coro tejido de ninfas,
á los templados compases
de hojas, pájaros y fuentes
sonoramente suaves,
cada paso era un festin,
cada descuido era un baile.
A todas las conocia,
en fin, como naturales
de Ocaña, y solo ignoré
quien era de mis pesares
la ocasion; que ya lo era,
porque desde el mismo instante
que la ví, sentí en el alma
todo lo que hoy siento. Nadie
diga que quiso dos veces,
que aunque aquí mire, allí hable,
aquí festeje, allí escriba,
aquí pierda, y allí alcance,
no ha de querer mas que una,
que no pueden ser iguales
en el mundo dos afectos,
si de una causa no nacen.
De algunas de las que iban
con ella pude informarme
de quien era, y hallé en ella
mas calidad por su sangre,
que por su beldad; la causa
de no haberla visto antes,
fué, por haberse criado
en la corte con su padre,
hasta que á Ocaña se vino
porque viva donde mate.
No os digo, que la serví
feliz y dichoso amante,
porque dichas que se pierden
son las desdichas mas grandes.
Solo digo, que obligada
á mis finezas constantes,
á mis servicios corteses,
y á mis afectos leales,
merecí que alguna noche
por una reja me hablase
de un jardin, donde testigos
fueron de venturas tales
la noche y jardin, que solo
á los dos quise fiarme,
porque al jardin y á la noche,
que son el vistoso alarde,
ya de flores, ya de estrellas,
hiciera mal de negarles,
á las unas lo que influyen,
á las otras lo que saben;
puesto que estrellas y flores
siempre en amorosas paces,
enlazadas unas de otras,
eran terceras de amantes.
Desta suerte, pues, teniendo
la fortuna de mi parte,
viento en popa del amor
corrí los inciertos mares,
hasta que el viento mudado,
levantaron huracanes
de una tormenta de zelos
montes de dificultades.
Tormenta de zelos dije,
ved, si alguna vez amasteis,
¿qué esperanza hay del piloto?
¿qué seguro de la nave?
Bien creereis, Lisardo, bien
cuando así escucheis quejarme
de los zelos, que soy yo
quien los tiene: no os engañe
el afecto de sentirlos
desta suerte, porque antes
soy quien los he dado, y ellos
son en sus efectos tales,
que me matan dados ¿cómo
temidos pueden matarme?
¿ó á qué nacen los que á ser
dados, ni tenidos nacen?
Hay una dama en Ocaña,

á quien yo rendido amante
festejé un tiempo; esta, pues,
por darme muerte y vengarse
se ha declarado con ella,
fingiendo finezas grandes,
que á mi amor debe: ¡ay Lisardo,
qué prontamente, qué fácil
en los zelos las mentiras
sientan plaza de verdades!
Con esto se ha retirado
tal, que aun para disculparme
no permite que la vea,
no me deja que le hable.
Mirad, pues, si este cuidado
consentirá que descanse,
cercado de tantas penas,
cargado de tantos males,
muerto de tantos disgustos,
lleno de tantos pesares;
y finalmente, teniendo
sin culpa ofendido á un ángel,
pues el padecer sin culpa
es la desdicha mas grande.

LISARD. Don Félix, aunque los zelos,
de quien así os quejais, basten
á dar pesadumbre dados,
en no ser tenidos, traen
anticipado el consuelo;
que el dolor es tan distante
desde darlos á tenerlos,
cuanto hay de ser un amante
la persona que padece,
ó la persona que hace.
Con lástima empecé á oiros,
cuando lo zelos nombrásteis;
mas cuando dijisteis que eran
engaños y no verdades,
la lástima se hizo envidia;
porque no hay gusto tan grande,
cuando hay desengaño, como
hacer damas y galanes,
ó paces para reñir,
ó reñir para hacer paces.
Id á ver á vuestra dama;
que yo sé, aunque mas se guarde,
pues ella tiene los zelos,
que ella está en aqueste instante
mas que vos desengañarla,
deseando desengañarse.

ESCENA V.

Dichos, MARCELA Y SILVIA *abriendo una puerta, que estará cubierta con una antepuerta, y quedándose las dos detras de ella.*

MARC. Por esta puerta, que al cuarto
de mi hermano, Silvia, sale,
desde el mio á verle vengo,
porque aunque el esté ignorante
de que he salido hoy de casa,
con esto he de asegurarle.

SILVIA. Detente, que está con el
el tal huesped, y ya sabes,
que no quiere mi señor
que llegue á verte ni hablarte.

MARC. Y aun esa fué mi desdicha;
oigamos desde esta parte.

LISARD. Y si en tanto que este gusto
lega, quereis que yo trate
de divertiros; pues fué
concierto que os escuchase
un cuidado, y que os dijese
el mio, oidme, escuchadme.

MARC. Oye.

LISARD. Despues que troqué
el hábito de estudiante
al del soldado, la pluma
á la espada, la suave
tranquila paz de Minerva
al sangriento horror de Marte,
la escuela de Salamanca
á la campaña de Flandes;
y despues, en fin, que hube
(sin valedor que me ampare)
merecido una gineta,
premio á mis servicios grande.
por haberme reformado
entre otros capitanes,
ya la campaña acabada.
(que no me viniera antes)
pedí licencia, y partí
á España, por ver si honrarme
merezco el pecho con una
de las cruces militares,
que sobre el oro del alma
son el mas noble realce.
Con esta pretension vine,
y su magestad, que guarde
el cielo, para que sea
Fénix de nuestras edades,
remitió mi memorial,
á tiempo que á desahogarse
de molestias cortesanas,
vino á Aranjuez, admirable
dosel de la primavera;
¿mas que mucho que se alabe
de serlo, si la mas bella,
la mas pura, mas fragante
flor, la flor de lis, la reyna
de las flores, tras si trae
cuantas á envidia del sol,
rayos brillan, luz esparcen.
Seguí la corte, traido
mas de mi afecto constante,
que de mi necesidad,
porque de ministros tales
hoy el Rey se sirve, que
no es al mérito importante
la asistencia, porque todos
acudir á todo saben;
gracias al zelo de aquel
con quien el peso reparte
de tanta máquina, bien
como Alcides con Atlante.
Llegué, en efecto, á Aranjuez,
donde vos me visitasteis
en una posada, y viendo
tan incómodo hospedage,
como tienen en los bosques
escuderos y pleiteantes,
que me viniese con vos
á Ocaña me aconsejasteis;
pues los dias de la audiencia,

dos leguas era tan fácil
andarlas por la mañana.
y volverlas por la tarde.
Yo, por vuestro gusto mas,
que por mis comodidades
obedecí: todo esto
ya vuestra amistad lo sabe;
pero importa haberlo dicho,
para que de aquí se enlace
la mas estraña novela
de amor que escribió Cervantes.

MARC. Aquí entro yo ahora.

LISARD. Un dia,
que madrugué vigilante,
por llegar antes que el sol
nuestro horizonte rayase,
junto á un convento, que está
de Ocaña poco distante,
entre unos álamos verdes
ví una muger de buen aire;
saludéla cortesmente,
y ella, antes que yo pasase,
por mi nombre me llamó,
volví en oyendo nombrarme,
y diciendo á Calabazas,
que con el rocin me aguarde,
llegué, diciendo: dichoso
el forastero á quien saben
su nombre las damas, y ella
con mas cuidado en taparse,
me respondió á media voz:
caballero de esas partes
no es forastero en ninguna,
y añadió favores tales,
que me obliga la vergüenza,
por mí mismo, á que los calle;
porque no sé como hay hombres
tan vanos, tan arrogantes,
que de que ha habido mugeres
que los buscaron, se alaben.

SILVIA. El cuenta nuestro suceso.

MARC. ¡Oh quien pudiera estorbarle,
antes que en Félix las señas
alguna malicia causen!

FÉLIX. Proseguid.

LISARD. Ella en efecto,
siempre embozado el semblante,
me despidió con decirme,
que como no examinase
quien era, ni la siguiese,
otro dia estaria á hablarme.
Seis veces, pues, corrió al sol
las cortinas orientales,
sumiller del alba, y seis
tapada hallé entre unos sáuces
esta muger; yo enfadado
de recato semejante,
determiné de seguirla
hoy, cuando á Ocaña tornase;
pero no pude, porque
volviendo ella por instantes,
me vió, y no quiso pasar
de la vuelta desta calle.

FÉLIX. ¿Desta calle?

LISARD. Y á la cuenta
vive hácia aquí, que al instante
la perdí de vista, aquí
me dijo que la dejase
otra vez, porque su vida
aventuraba mi exámen.

FÉLIX. ¡Estraña muger!

MARC. Ya es fuerza,
que las señas me declaren.

FÉLIX. Proseguid.

LISARD. Yo, pues....

ESCENA VI.

Dichos y CELIA *con manto.*

CELIA. ¿Don Félix,
podrá una muger á parte
hablaros?

FELIX. ¿Pues por qué no?

MARC. ¡O á qué buen tiempo llegaste,
muger ó ángel para mí!

CELIA. Luego irá el cuento delante,
permitid ahora, por Dios,
que con esta muger hable,
que es criada de la dama
que os dije.

LISARD. Pues que me maten,
si ello no es lo que yo he dicho;
ved el recado que os trae,
y á Dios, porque para estotro
no importa que tiempo falte.

ESCENA VII.

CELIA, FÉLIX, MARCELA *y* SILVIA *al paño.*

CELIA. No te admires ni te espantes
que no me atreva á venir
á verte, porque si sabe
mi señora que te he visto,
no habrá duda que me mate.

FÉLIX. ¿Tan cruel conmigo está?

CELIA. Viniendo yo hácia esta parte
á un recado, no he querido
dejar de verte y hablarte.

FÉLIX. ¿Y qué hace tu hermoso dueño?

CELIA. Sentir es lo que mas hace
tu ingratitud

FÉLIX. Plegue á Dios,
si la ofendí, que él me falte.

CELIA. ¿Por qué á ella no se lo dices?

FÉLIX. Porque no quiere escucharme.

CELIA. Si tú hubieras de callar,
yo me atreviera à llevarte
donde la habláras.

FÉLIX. ¡Ay Celia!
no habrá mármol que asi calle.

CELIA. Pues vente ahora conmigo,
yo haré una seña, si sale
mi señor, y dejaré
la puerta abierta: tú entrarte
hasta su cuarto podrás.

FELIX. Dasme nuevo aliento, dasme
nueva vida.

CELIA. Aquesta es
la hora mejor: mas no aguardes,
vente tras mí.

FELIX. Tras tí voy.

CELIA. (¡Ay, bobillos, y qué fácil

á la casa de su dama
es de llevar un amante*)*

ESCENA VIII.

MARCELA *y* SILVIA.

MARC. Yo salí de lindo susto.
SILVIA. ¿Pues cómo afirmas que sales?
si luego han de verse, luego
proseguirá el cuento.
MARC. Antes
lo habré remediado.
SILVIA. ¿Cómo?
MARC. Escribiéndole que calle,
hasta que se vea conmigo,
y esto ha de ser esta tarde.
SILVIA. ¿Declarada por quien eres?
MARC. ¡Jesus, el cielo me guarde!
SILVIA. ¿Pues qué has de hacer?
MARC. ¿No es mi hermano
de Laura, mi amiga, amante?
¿no sabe lo que es amor?
pues hoy he de declararme
con ella, y hoy has de ver,
Silvia, el mas estraño lance
de amor, porque yo fingida....,
pero no quiero contarle,
que no tendrá despues gusto
el paso contado antes.

ESCENA IX.

Sala en casa de Fabio.

LAURA Y FABIO.

FABIO. Notable es la tristeza
que el rosicler turbó de tu belleza:
¿qué tienes estos dias,
que entregada ¡ay de mí! á melancolías
tales, á todas horas
triste suspiras y rendida lloras?
LAURA. Si yo, señor, supiera
la causa de mi mal, (¡á Dios plugiera,
no la supiera tanto!)
el consuelo mayor, menor el llanto
fuera, pues fuera entonces el sabella
el primer aforismo de vencella:
pero la pena mia
es, señor, natural melancolía;
y así, el afecto hace,
sin que llegue á saber de lo que nace,
que esta distancia dió naturaleza
en la melancolía y la tristeza.
FABIO. No sé lo que te diga,
sino que á tanto tu dolor obliga,
que riguroso y fuerte,
padeces tú el dolor, y yo la muerte;
pues ya vivir no espero,
mientras tan triste á tí te considero.

ESCENA X.

LAURA.

¿Qué haré yó, que rendida.
á pesar de mi vida,
vivo? ¿qué es esto, cielos?
mas bien se deja ver que estos son zelos,
porque una ardiente rabia,
que el sentimiento agravia;
una rabiosa ira,
que la razon admira;
un compuesto veneno,
de que el pecho está lleno;
una templada furia,
que el corazon injuria;
¿qué áspid, qué monstruo, qué animal, qué fiera,
qué veneno y qué ira, que no fuera
compuesta de tan varios desconsuelos
la hidra de los zelos?
pues ellos solos son á quien los mira,
furia, rabia, veneno, injuria é ira.
¡Oh quien antes supiera
aquella voluntad feliz primera
tuya, que no empeñara
tanto la mia, que hasta el fin llegara!
pues aunque no sabia
de amor, cuando tan libre ¡ay Dios! vivia:
tampoco no ignoraba,
que tarde ó nunca el que lo fué se acaba,
quiere á Nise en buen hora,
pero déjame á mí morir.

ESCENA XI.

LAURA Y CELIA *quitándose el manto*,

CELIA. ¿Señora?
LAURA. ¿Celia, qué hay?
CELIA. Que ya he hecho
mi papel, y sospecho
que no muy mal, así tu beldad viva:
entré en su casa, díjele que iba
á un recado, y que acaso
pasando por su calle, auque de paso,
le quise ver: con un suspiro entonces
que ablandara los mármoles y bronces,
me preguntó por tí turbado y ciego:
encarecíle luego
tu enojo, y que si acaso tú supieras
que lo habia ido á ver, muerte me dieras;
y como que salia
de mí, le dije ¿por qué no venia
por instantes á darte
satisfacciones, y desenojarte?
dijo, que porque estabas
tal, que no le escuchabas:
díjele que viniera,
que yo, aunque á tanto riesgo me pusiera,
hasta tu mismo cuarto le entraria,
con tal que no dijese en algun dia
que yo le habia traido:
juró el secreto, y muy agradecido,
el caso se concierta,
y está esperando enfrente de la puerta
la seña, voyla á hacer, pues no está en casa
mi señor: esto es todo lo que pasa:

ESCENA XII.

LAURA.

Llámale, pues, que aunque de Nise creo
los zelos que me dá, tanto deseo
ver como se disculpa,
que quiero hacerle espaldas á la culpa;
pues la que mas zelosa
se muestra, mas colérica y furiosa,
mas entonces desea
satisfaciones, aunque no las crea,
que es dolor el de zelos tan estraño,
que se deja curar aun del engaño,
pues cuando el desengaño no consiga,
conseguiré á lo menos que él lo diga.

ESCENA XIII.

LAURA, CELIA Y FÉLIX.

CELIA. Fuera está de casa Fabio,
mi señor, el tiempo es este
mejor para entrar hablarla.
FÉLIX. Vida y ventura me ofreces.
CELIA. Disimula, que llamado
de mí, á entrar aquí te atreves:
señor Don Félix ¿qué es esto?
¿cómo os entrais?
FÉLIX. Celia, tente.
CELIA. ¿Hasta aquí?
FÉLIX. Celia, por Dios,
que calles.
LAURA. ¿Qué ruido es ese?
CELIA. ¿Qué ha de ser, que hasta esta sala
se ha entrado el señor Don Félix,
sin mirar, sin advertir,
que si acaso ahora viniese
mi señor, tú.....
LAURA. Caballero,
¿pues que atrevimiento es ese?
¿cómo en mi casa, en mi cuarto,
os entrais de aquesta suerte?
FÉLIX. Como quien morir desea
nada mira, nada teme;
y si mi muerte ha de ser
venganza de tus desdenes,
quiero morir á tus ojos,
por hacer feliz mi muerte.
LAURA. Tú tienes la culpa de esto.
CELIA. ¿Yo, señora?
LAURA. Si tuvieses
cerrada esa puerta tú.
CELIA. Cerrada estaba.
FÉLIX. No tienes
que reñir á Celia, que ella
¿de mi error que culpa adquiere?
yo solo tengo la culpa,
ríñeme á mi solamente,
castígame solo á mí,
sino es ya que á reñir llegues
á Celia por la costumbre
con que la inocencia ofendes.
LAURA. Dices bien, error es mio,
de que me he dejado siempre
llevar, pues no habiendo tú
escrito á Nise papeles,
no habiendo entrado en su casa,
y no habiendo ella ido á verte
á la tuya, yo cruel,
colérica é impaciente,
inocente te persigo,
que eres tú muy inocente.
Y siendo así que yo soy
tan desigual, tan aleve,
tan injusta, tan mudable,
¿qué me buscas? ¿qué me quieres?
FÉLIX. Solo quiero persuadirte
al engaño que padeces
de tus zelos.
LAURA. ¿Quién te ha dicho
que yo tengo zelos, Félix?
FÉLIX. Tú misma te contradices.
LAURA. ¿De qué suerte?
FÉLIX. De esta suerte;
ó tienes zelos, ó no:
¿si dices que no los tienes,
para que finges enojos,
Laura, de lo que no sientes?
¿si los tienes, por qué Laura,
desengañarte no quieres,
pues ninguno al desengaño
zeloso la espalda vuelve?
luego para disculparme,
ó para satisfacerte,
si los tienes has de oirme,
ó hablarme si no los tienes,
LAURA. Si fuera argumento tal
que negarte no pudiese
quién está enojada, está
zelosa, muy sutilmente
arguyeras; mas si no
se sigue precisamente,
pues puedo estar enojada,
sin que á estar zelosa llegue,
ni yo tengo que escucharte,
ni tú que decirme tienes.
FÉLIX. Pues, vive Dios, que has de oirme
antes que de aquí me ausente,
zelosa ó quejosa.
LAURA. ¿Iráste,
si te oigo?
FÉLIX. Sí.
LAURA. Pues dí, y vete.
FÉLIX. Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise.....
LAURA. Oye, detente;
¿y es estilo de obligarme,
modo de satisfacerme,
decirme, cuando aguardaba
mil rendimientos corteses,
mil finezas amorosas,
fuesen verdad, ó no fuesen,
que hay duelos de amor adonde
queda bien puesto el que miente,
decirme en mi misma cara
que á Nise has querido? advierte
que con lo mismo que piensas
que desenojas; ofendes.
FÉLIX. Si no me oyes hasta el fin.
LAURA. ¿De esto disculparte puedes?
FÉLIX. Sí.
LAURA. (Plegue á amor.....)
FÉLIX. Oye, pues.

LAURA. ¿Iraste?
FÉLIX. Sí.
LAURA. Pues dí, y vete.
FÉLIX. Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise, fuera error:
mas pensar tú que este amor
es como el que te he tenido,
mayor error, Laura, ha sido,
pues si á Nise un tiempo amé,
no fué amor, ensayo fué
de amar tu luz singular,
que para saber amar
á Laura, en Nise estudié.
LAURA. A ciencias de voluntad
las hace el estudio agravio,
pues amor, para ser sabio,
no vá á la universidad;
porque es de tal calidad,
que tiene sus libros llenos
de errores propios y agenos;
y así, en su ciencia verás,
que los que la cursan mas,
son los que la saben menos.
FÉLIX. Pues esplíqueme mejor
otro ejemplo: nace ciego
un hombre, y discurre luego
como será el resplandor
del sol, planeta mayor,
que rumbos de záfir gira;
y cuando por fé le admira,
cobra en una noche bella
la vista, y es una estrella
la primer cosa que mira.
Admirando al tornasol
de la estrella, dice: sí,
este es el sol, que yo así
tengo imaginado el sol;
pero cuando su arrebol
tanta admiracion le ofrece,
sale el sol, y le oscurece:
pregunto yo: ¿ofenderá
una estrella que se vá
á todo un sol que amanece?
Yo así, que ciego vivia
de amor, cuando no te amaba,
como ciego imaginaba
como aquel amor seria:
adoraba lo que via,
presumiendo que era así
el amor; mas ¡ay de mí!
que no ví al sol, ví una estrella,
y entretúveme con ella,
hasta que el sol mismo ví.
LAURA. Eso no, pues si me doy
por entendida contigo,
que Nise fué mi sol digo,
y que yo su estrella soy:
pruébelo, pues si yo estoy
contigo la noche fria,
y ella de dia te envia
á llamar, y estás con ella,
¿quien será el sol ó la estrella,
cuya es la noche ó el dia?
FÉLIX. Vive Dios, Laura, que son
engaños tuyos... y plegue
al cielo, que si la he visto,
que un rayo me dé la muerte,
desde que á Ocaña viniste:
¿qué mas desengaños quieres
de lo que cuenta de mí,
que escuchar que ella lo cuente,
pues es el mayor desaire
del duelo de las mugeres,
confesar sus zelos donde
lo escucha de quien los tiene?
LAURA. Yo sé que han sido verdades,
y no engaños aparentes.
FÉLIX. ¿De qué lo sabes?
LAURA. De que
es mal que á mí me sucede,
y no puede ser mentira;
porque de los males suele
decirse, Félix, que fueron
astrólogos escelentes,
porque siempre adivinaron,
y dijeron verdad siempre.
FÉLIX. Por lo menos ya confiesas
que son zelos, y los sientes.
LAURA. ¿Si me estás dando tormento,
es mucho que los confiese?
FÉLIX. ¿Si tanto aprietan fingidos,
ciertos qué...?
CELIA. Mi señor viene.
LAURA. Vete por aquesa puerta
de estotro cuarto, pues tiene
puerta á la calle.
FÉLIX. Dí ¿cómo
quedamos?
LAURA. Como quisieres.
FÉLIX. Yo querré desenojada.
LAURA. A verme esta noche vuelve,
que quiero verte esta noche,
aunque de Nise me acuerde.
FÉLIX. ¡Ay Laura, cuanto te engañas!
LAURA. ¡Ay cuanto me agravias, Félix!
CELIA. ¡Ay cuanto nos sirve una
casa, que dos puertas tiene!

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Fabio.

ESCENA PRIMERA.

LAURA y CELIA *por una puerta, y por otra* MARCELA y SILVIA *con mantos, y el* ESCUDERO.

LAURA. Tú seas muy bien venida
á esta casa.
MARC. Y tú seas,
amiga, muy bien hallada.
LAURA. Con tal visita, ya es fuerza
que lo esté.
MARC. Yo pienso antes,
que te has de hallar mal con ella,
que vengo á darte un cuidado.
LAURA. Yo lo tengo, hasta que sepa
en qué te puedo servir:
llega aquesas sillas, Celia,
que aquí estaremos mejor
que en el estrado.
ESCUD. Quisiera
saber á qué hora vendré.
MARC. Al anochecer, Herrera,

podrá venir.
ESCUD. El sereno
á esa hora tiene mas fuerza.

ESCENA II,

Dichas, menos el ESCUDERO.

MARC. Mi amiga eres, Laura hermosa,
á quien dió naturaleza
noble sangre, claro ingenio:
¿pues de quien con mas certeza
me fiaré, que de quien es
mi amiga, noble y discreta?
LAURA. Con tan grandes prevenciones
la proposicion empiezas,
que ya mas, que tú decirla,
estoy deseando saberla.
MARC. ¿Estamos solas?
LAURA. Si estamos:
Celia, salte tú allá fuera.
MARC. No importa que Celia oiga.
LAURA. Prosigue pues.
MARC. Oye atenta.
Mi hermano Don Félix, Laura,
por amistad que profesan
él, y un noble caballero
desde sus edades tiernas,
le trajo á casa estos dias,
de Aranjuez, sagrada esfera
del cuarto Felipe, cifra
la luz del cuarto planeta.
Este hospedage, en efecto,
fué con tan vana advertencia,
que para traerle á casa,
la primer cosa que ordena,
es que retirada yo
á un cuarto pequeño de ella,
les deje á los dos el mio,
y que tal recato tenga,
que escondida siempre de él,
ni alcance, Laura, ni entienda
que vivo en casa, que así,
¡mas qué accion tan poco atenta!
pensó sanear la malicia
de que Ocaña no dijera,
que traia á casa un huésped
tan mozo, teniendo en ella
una hermana por casar;
y fué aquesto de manera,
que retirada á este cuarto
que te he dicho, aun una puerta,
que sale al cuarto de Félix,
porque nunca presumiera
que habia mas casa, la hizo
cubrir con una antepuerta,
y por ella á aderezarle
solo Silvia sale y entra.
Dejemos, pues, á Lisardo,
que sin que jamás entienda
que hay muger en casa, vive
con este descuido de ella.
Dejemos tambien á Félix,
que con esto solo piensa
que curó en salud el daño
de que me hable y que me vea;
y vamos á mí, que viendo
la prevencion con que intenta
mi hermano ocultarme, hice
de la privacion ofensa;
porque no hay cosa que tanto
desespere á la mas cuerda,
como la desconfianza.
¡Cuanto ignora, cuanto yerra
en esta parte el honor!
que es como el que olvidar piensa
una cosa, que el cuidado
de olvidarla, es quien la acuerda:
es como el que desvelado
se quiere dormir por fuerza,
que llamando al sueño, es
el sueño quien le despierta;
y es como el que halla en un libro
borradas algunas letras,
que por solo estar borradas,
le dá gana de leerlas.
Este recato, en efecto,
en Félix, mi hermano; esta
curiosidad, Laura, en mí,
ó este destino en mi estrella,
despertaron un deseo
de saber si el huésped era
como gallardo, entendido,
cosa que quizá no hiciera
á no habérmelo vedado,
que en fin la culpa primera
de la primera muger
esto nos dejó en herencia.
Y para poder mejor
hablarle, sin que supiera
quien era la que le hablaba,
fuí una mañana á esas huertas,
paso de Aranjuez, por donde
habia de pasar por fuerza.
Llaméle, pensando, Laura,
que el hablarle no tuviera
mayor empeño, que hablarle
por curiosidad ó tema.
¡Mas, ay! que es fácil la entrada,
cuanto dificil la vuelta
del mas hermoso peligro:
dígalo el mar desde afuera,
convidando con la paz
á cuantos á verle llegan,
cuando jugando las ondas
unas con otras se encuentran,
pues el que mas confiado
pisó su inconstante selva,
ese lloró mas perdido
la saña de sus ofensas.
Yo así apacible juzgué
del mar de amor, pero apenas
reconocí sus halagos,
cuando sentí sus violencias.
Pensareis que este cuidado
solo alcanza, solo llega
á hallarme hoy enamorada:
pues mas mal hay que el que piensas;
porque de amor y de honor
estoy corriendo tormenta.
Hoy, pues, Lisardo á Don Félix,
que yo detrás de la puerta
que te he dicho lo escuchaba,
de todo le daba cuenta,

si (no importa declararme)
no se lo estorbara Celia:
doblada quedó la hoja,
y temo que por las señas
del rostro, que ya me vió
Lisardo, ó por la cautela
con que le hablé, ó por haber
seguídome hasta tan cerca
de casa, puedan en Félix
moverse algunas sospechas;
y así, antes que el discurso
á enlazarse, Laura, vuelva,
me importa hablar á Lisardo,
para cuyo efecto queda,
Silvia ya con un papel,
en que le digo que venga
á verme á esta casa, donde
yo he de estar.

LAURA. Detente, espera,
que has usado neciamente,
Marcela, de la licencia
de la amistad, pues primero
que á ese Lisardo escribieras,
ni á mi casa le llamaras,
debieras mirar, debieras
advertir desde la tuya
los inconvenientes de esta.

MARC. Ya, Laura, los he mirado,
sin que corran por tu cuenta.

LAURA. ¿De qué manera? si yo....

MARC. Escucha, de que manera:
tu casa tiene dos cuartos,
y del uno cae la puerta
á otra calle, á Silvia dije
que le trajese por ella:
de suerte, que entrando, Laura,
por donde saber no pueda,
en fin, como forastero,
si es casa tuya, ¿qué arriesgas?

LAURA. Arriesgo el que lo pregunte,
y lo que hoy no sabe, sepa
mañana, y piense que yo
soy la tapada.

MARC. Que adviertas,
te pido, que yo he de estar
de visita y descubierta,
como si fuera mi casa,
dentro de la tuya mesma.

LAURA. Cuando el verte á tí me libre
á mi con esa cautela,
¿cómo me podré librar
del peligro de que venga
mi padre y halle aquí un hombre?

MARC. ¿Luego ha de venir por fuerza
hoy, y luego han de cogernos
en el primer hurto? Esta
fineza has de hacer por mí;
pues es tan digna fineza
de tu sangre y mi amistad.

LAURA. (Oh quien decirla pudiera
el tercer inconveniente,
pues no es el de menos pena,
que acierte á venir Don Félix,
y me hallé á mi hecha tercera
de su hermana y de su amigo)

ESCENA III.

Dichas, y SILVIA *con manto.*

SILVIA. A Ocaña he dado mil vueltas
hasta hallarle.

MARC. Silvia, ¿qué hay?

SILVIA. Que dí tu papel, y apenas
le leyó, cuando tras mí
vino, y queda ya á la puerta
que me dijiste.

MARC. Ya, Laura,
no hay como escusarte puedas.

LAURA. De mala gana te sirvo
en esto.

MARC. Quítame, Celia,
este manto; llama, Silvia,
tú á Lisardo, y tú no quieras
verle, que eres muy hermosa
para criada. (*Vase Silvia.*)

LAURA. Ya quedas
hecha dueña de mi casa,
Marcela, mira por ella.
(¡Oh á qué de cosas se obliga
quien tiene una amiga necia!)

ESCENA IV.

MARCELA, *y por otra puerta* SILVIA *con* LISARDO.

SILVIA. Esta es la casa, señor,
de aquella dama encubierta
que ya descubierta veis.

LISARD. ¿Quien vió dicha como esta?

MARC. Estariades, señor
Lisardo, muy olvidado
de que iria mi cuidado
á buscaros.

LISARD. Mi temor
confieso, y que la esperanza
de esta ventura perdí,
que siempre andar juntos ví,
fortuna y desconfianza.

MARC. Aunque es verdad que pudiera,
hoy, por el gusto de hablaros,
señor Lisardo, llamaros
á mi casa, no lo hiciera,
á no tener que reñiros
un descuido contra mí.

LISARD. ¿Descuido contra vos?

MARC. Sí,
de que me importa advertiros.

LISARD. Si vos misma disculpais
mi ignorancia con que ha sido
descuido mal advertido,
ya importa que le digais,
porque no vuelva á incurrir
en lo que ignorante estoy.

MARC. ¿A quien empezásteis hoy
nuestro suceso á decir,
que os estorbó una criada
la relacion?

LISARD. Ya os entiendo,
y aunque pueda, no pretendo
satisfaceros en nada;
porque muger, que de mí,
donde no soy conocido,

tanta noticia ha tenido;
muger que se guarda así
de un hombre, de quien yo soy
amigo; muger que tiene
criada en su casa, que viene
con las nuevas que le doy,
harto callando le digo,
harto con irme la muestro;
porque antes, que galan vuestro,
fuí de Don Félix amigo.

MARC. Habeis sin duda pensado,
por las nuevas que yo os doy,
que dama de Féliz soy;
pues estais muy engañado,
y esto me habeis de creer,
si algo cree quien dice que ama,
que no solo soy su dama,
mas que no lo puedo ser.

LISARD. Si los principios negais,
mal argumento teneis;
¿de quien mi nombre sabeis,
y de mí informada estais?
¿de quien, pues, habeis sabido
decir puedo en un momento,
lo que en su mismo aposento,
á los dos ha sucedido?

MARC. Para que aquí se concluya
lo que á dudar os obliga,
sabed que yo soy amiga
de una hermosa dama suya.
Esta hablando, pues, conmigo
en Félix, nuevas me dió
de vos, porque en vos habló,
como de Félix amigo;
y aunque él es tan caballero,
en nadie un secreto cupo
mejor que en quien no le supo;
y así, suplicaros quiero,
que á Don Félix no le deis,
señor, mas señas de mí,
ni le digais que yo os ví,
ni que mi casa sabeis;
porque me ván en rigor,
á una sospecha creida,
hoy por lo menos la vida,
y por lo mas el honor.

LISARD. Bien pensareis que ha cesado
de mis dudas la razon,
y antes mayor confusion
es la que me habeis dejado:
porque si no sois.....

ESCENA V.

Dichos y CELIA.

CELIA. ¿Señora?

MARC. ¿Qué hay, Celia?

CELIA. Que mi señor
viene por el corredor.

MARC. Esto me faltaba ahora:
¿podrá salir?

CELIA. No, que viene
por la puerta que él entró:
y saber que hay otra, no
es posible, ni conviene;
hasta aquí entra ya.

LISARD. ¿Qué haré?

CELIA. Esconderos es forzoso
en esta cuadra.

LISARD. Dudoso
estoy.

MARC. Presto, que si os vé...

LISARD. Vive Dios, que estoy perdido.

ESCENA VI.

Escóndese en un aposento y sale LAURA.

MARC. Cercada de penas muero.

LAURA. Ves, Marcela, en el primero
hurto, al fin nos han cojido:
en buena ocasion me has puesto.

MARC. ¿Quien pudiera prevenir,
que ahora hubiese de venir
tu padre?

ESCENA VII.

Dichos y FABIO.

FABIO. Celia, ¿qué es esto?
esta puerta cuando abierta
sueles, por dicha, tener?

LAURA. Vínome Marcela á ver
y por estar esa puerta
la mas cerca de una casa
adonde ella estaba, yo
la hice abrir, por ella entró,
y quedose así: esto pasa.

FABIO. Perdonad, bella Marcela,
que como la luz del dia
ya se va á poner, no os via.

LAURA. (¡Gran daño el alma recela!)

CELIA. (¡Qué confusion!)

SILVIA. (¿Qué temor?)

MARC. ¡Yo, habiendo ahora sabido
la tristeza que ha tenido
Laura, me trajo mi amor
á verla, y ver si merezco
de sus penas consolar
la tristeza y el pesar.

LAURA. Son tantas las que padezco,
que me añade mas dolor
el remedio prevenido;
que antes pienso que has venido
á hacérmele tu mayor,
que crece con el remedio
este accidente

FABIO. No sé
que te diga, ni sabré
hallar á tus males medio:
ola, traed luces aquí.

ESCENA VIII.

Dichos y CELIA *con luces: ponelas sobre un bufete, y sale* HERRERA.

CELIA. Ya aquí las luces están.

ESCUD. Las ocho y media serán,
¿habemos de irnos de aquí
esta noche, pues que ya
ha anochecido, señora?

¿no es de recojernos hora?
MARC. Pena el dejarte me dá, *(Aparte á Laura)*
Laura, con este cuidado,
pero escusarle no puedo.
LAURA. Yo, en fin, á pagar me quedo
las culpas que no he pecado.
MARC. ¿Qué puedo hacer? ¡ay de mí!
Dame licencia.
FABIO. Yo iré
sirviéndoos.
MARC. No hay para qué
me trateis, señor, así;
quedad con Dios.
LAURA. Mejor es *(Ap. á Marc.)*
dejarle ir, para que pueda
irse este hombre que aquí queda.
FABIO. Yo tengo de ir con vos.
MARC. Pues
me honrais tanto, replicar
á vuestra gran cortesia
pareciera groseria.
FABIO. La mano me habeis de dar.
MARC. Sois tan galan, que no puedo
negaros ese favor.

ESCENA IX.

LAURA Y CELIA.

LAURA. ¿Hay Celia, pena mayor,
que la pena con que quedo?
¿quién creerá que yo encerrado
aquí tengo un hombre qué
no conozco? y si me vé,
quedará desengañado
de que Marcela no ha sido
el dueño de aquesta casa.
CELIA. Todo cuanto aquí nos pasa
fácil enmienda ha tenido
con irse ahora mi señor;
retírate tú de aquí,
yo le sacaré de allí,
sin que pueda del error
en que está desengañarse,
pues él sin veros se irá,
ni á tí, ni á Marcela.
LAURA. Yá
solo falta efectuarse;
la puerta abre; mas detente,
que parece que he sentido
en esta sala ruido.
CELIA. Ya es otro el inconveniente.

ESCENA X.

Dichos y FÉLIX.

FÉLIX. Apenas la sombra fria
tendió, Laura, el manto negro,
capa de noche, que viste
para disfrazarse el cielo,
cuando á tu puerta me hallaron
las estrellas, que el deseo
tanto anticipa las horas,
que á verte á estas horas vengo;
haciendo el tiempo en tu calle,
porque no se pierda el tiempo,
vi que mi hermana salía
de tu casa, y advirtiendo
que tu padre la acompaña,
á entrar hasta aquí me atrevo,
porque las paces de hoy
me tienen con tal contento,
que no quise dilatar
solo un instante, un momento,
el verte desenojada.
LAURA. Pues no haces bien, si es que advierto
que un enojo apenas quitas,
cuando otro vas disponiendo:
¿tanto podia tardar
(apenas á hablarle acierto)
en recogerse la casa,
que temerario y resuelto
te entras aquí, sin mirar
que ha de volver al momento
mi padre?
FÉLIX. Solo he querido
que sepas, Laura, que espero
en la calle á que sea hora
para hablarte, porque luego
no digas que de otra parte
vengo, cuando á verte vengo;
en la calle, pues, estoy.
LAURA. Eso sí, vuélvete presto,
que al punto que se recoja
mi padre, hablarnos podemos
mas despacio; no me tengas
con tanto susto, que creo
que sospechoso ¡ay de mí!
está ya del amor nuestro,
tanto que á esa puerta falsa
la llave ha quitado (esto
digo, por asegurar
el paso al que está acá dentro)
y anda todos estos dias
á casa yendo y viniendo.
FÉLIX. Por quitarte ese temor
me voy, en la calle espero.
FABIO. *(Dentro)* Ola, bajad una luz.
LAURA. El viene ya. *(Toma Celia una*
CELIA. Dicho y hecho. *luz y vase.)*

ESCENA XI.

LAURA Y FÉLIX.

FÉLIX. Si de esotra puerta dices
que quitó la llave, es cierto
que no hay por donde salir;
y así en aqueste aposento
me esconderé. *(Va á entrar donde está Lisardo, y Laura lo impide.)*
LAURA. Aguarda, espera,
que no has de entrar aquí dentro.
FÉLIX. ¿Por qué?
LAURA. Porque siempre aquí
está mi padre escribiendo
mucha parte de la noche.
FÉLIX. Vive Dios, que no es por eso,
porque al entreabrir la puerta,
he visto un bulto allá dentro.
LAURA. Mira.
FÉLIX. ¿Aquí qué hay que mirar?
LAURA. Advierte.

FÉLIX. Ya nada temo.
LAURA. Que entra ya mi padre.
FÉLIX. (¡Ay triste,
en qué gran duda estoy puesto!
si aquí hago alboroto, á Fabio
de sus ofensas advierto;
si callo, sufro las mias.)

ESCENA XII.

LAURA, FÉLIX FABIO Y CELIA.

FABIO. ¿Vos aquí, Félix, qué es esto?
LAURA. Mira, por Dios, lo que haces, *(Ap. á Félix)*
pues en quien es caballero,
el honor de las mugeres
siempre ha de ser lo primero.
FÉLIX. (Es verdad, disimular
tomo por mejor acuerdo,
si zelos se disimulan.)
Buscando á mi hermana vengo,
que me dijeron que aquí
estaba.
FABIO. Ya yo la dejo
en su casa, y vengo ahora
de servirla de escudero.
LAURA. Eso es lo mismo que yo
le estaba, señor, diciendo.
FÉLIX. Dios os guarde por la honra
que á mi hermana le habeis hecho.
FABIO. Ella os espera ya en casa.
FÉLIX. (No sé, ¡ay Dios! lo que hacer debo:
estarme aquí, es necedad;
irme, si aquí un hombre dejo,
es desaire; alborotar
aquesta casa desprecio;
pues esperarle en la calle,
si hay dos puertas ¿cómo puedo
yo solo? ¡oh, quien á Lisardo,
que es amigo verdadero,
consigo hubiera traido!)
mas ya he pensado el remedio:
quedad con Dios.
FABIO. El os guarde.
FELIX. (Hoy he de ver, vive el Cielo,
si es verdad que la fortuna
ayuda al atrevimiento.) *(Váse muy de priesa, Fabio lo acompaña hasta la puerta.*
FABIO. Alumbra, Celia, á don Félix; *(Celia toma una*
Laura, éntrate tú acá dentro, *luz y lo sigue.)*
que tengo que hablar á solas
contigo *(Tomando otra luz.)*
LAURA. (¡Otro susto, Cielos!
¿mi padre, qué me querrá?
¿Laura, en qué ha de parar esto?)

ESCENA XIII.

CELIA *con la luz que llevó* ; *despues* LISARDO.

CELIA. (Sin esperar que bajara
á alumbrarle, en un momento
se me desapareció Félix;
bien se deja ver su intento,
que es de dar presto la vuelta
á la calle; mas primero
que él llegue, ya habrá salido
este otro; que en su aposento
está mi señor con Laura,
no hay que esperar.) Caballero,
en gran confusion estamos
por vos.
LISARD. Ya sé lo que os debo;
que aunque he entendido muy poco
del caso, porque aquí dentro
llegaban muertas las voces,
he entendido, por lo menos,
los empeños de esta casa.
CELIA. Vamos de aquí.
LISARD. Vamos presto.
CELIA. (Salga él una vez de casa,
y mas que sucedan luego
muertes de hombres en la calle.) *(Apaga la luz y llévale.)*

ESCENA XIV

D. FÉLIX.

En un esconce pequeño
que hace la escalera, antes
que la luz bajara, muerto
de zelos y de desdichas
pude quedarme encubierto:
poco lugar han tenido
de echar á este hombre, y no creo
que sabiendo que en la calle
estoy, se atrevan á hacerlo:
el fin con que me he quedado,
á mis desdichas atento,
es de sacarle conmigo
hasta la calle, fingiendo
que soy criado de casa,
y que sé todo el suceso. *(Llégase á la puerta.)*
Esta es la puerta, y está
abierta: Ce, caballero,
seguidme, seguro soy:
¿no me respondeis? ¿qué es esto,
obligareisme, callando,
vive Dios, á que entre dentro? *(Entra.)*

ESCENA XV.

LAURA *con una luz.*

Nada me queria mi padre,
que fuese de mas momento,
que decirme, que mañana
ha de ir á un cercano pueblo,
á donde su hacienda tiene,
y yo á mis desdichas vuelvo.
Celia, Celia, ¿dónde estás?
pondré que se han ido huyendo
todos, y que me han dejado
en el peligro, y es cierto
pues nadie parece ¡ay triste!
¿qué he de hacer en tanto aprieto?
Félix estará en la calle,
cuando este otro está aquí dentro;
pero aunque todo lo arriesgue,
esto ha de ser, que primero
soy yo, perdone Marcela
esta vez: Cé, caballero,
á quien necia una muger

en tanto peligro ha puesto,
no os espanteis de mirarme.

ESCENA XVI.

Abre la puerta, y sale Don Félix *embozado.*

Félix. ¿Cómo puedo, cómo puedo
dejar de espantarme, Laura,
de mirarte?
Laura. ¡Ay Dios, qué veo!
Félix. ¿Tan mudable?
Laura. ¡Ay infelice!
Félix. ¿Y tan falsa?
Laura. ¡Ay Dios, qué es esto!
Félix. Esto es, Laura, esto es,
(si es que yo á decirlo acierto)
el desengaño mayor
que á un hombre han dado los zelos;
pero miento, que no son
zelos, sino agravios estos. *(Paséase, y ella tras él.)*
Laura. Yo estoy muerta: Félix mio,
mi bien, mi señor, mi dueño.
Félix. Mi mal, mi muerte, mi ofensa,
¿qué me quieres?
Laura. ¿Qué te quiero?
te quiero no mas.
Félix. Y yo,
pues tú lo dices, lo creo,
porque no habiendo tenido
un hombre en este aposento,
no habiendo dicho que estaba
cerrado el paso por esto,
no habiendo venido tú
á hablarme por él, no habiendo
visto yo..... ¿qué he de haber visto?
nada digo, nada entiendo:
mal haya yo, porque estuve
antes á tu honor atento,
y no.... adios, Laura; adios, Laura.
Laura. Detente, porque primero
que te vayas, has de oirme.
Félix. ¿Puede ser mentira esto?
Laura. Sí, bien puede ser mentira.
Félix. ¿Mentira lo que estoy viendo?
Laura. ¿Qué viste?
Félix. El bulto de un hombre,
que estaba en este aposento.
Laura. Algun criado seria.

ESCENA XVII.

Dichos, y Celia *muy alborotada.*

Celia. Señora, ya por lo menos
nada sucederá en casa,
que ya en la calle los dejo. *(Ve á Don Félix, y túrbase.)*
Félix. Mira si era algun criado.
Celia. ¿Pues esto ahora tenemos?
¿cómo aquí?.... No puedo hablar.
Laura. ¿Ves, Félix, con cuanto aprieto
se eslabonan mis desdichas?
pues culpa ninguna tengo.
Félix. Pues yo la culpa tendré.
Laura. Tanto te estimo y te quiero,
que aun no quiero yo decirlo,
porque te está mal saberlo.
Félix. ¡Qué antiguo sagrado es ese
de un culpado, en no teniendo
que responder! Esto, en fin,
se acabó, Laura, esto es hecho:
adios, adios.
Laura. Mira.
Félix. Suelta.
Laura. No has de irte asi.
Félix. Vive el cielo,
que dé voces, que despierten
á tu padre, al mundo entero,
diciendo quien eres.
Laura. Félix....
Félix. Harás que pierda el respeto
á tu hermosura, porque
nadie le tuvo con zelos. *(Vase.)*
Laura. Tenle, Celia.
Celia. ¿Yo tenerle?
Laura. Pues aunque vayas huyendo,
yo te buscaré: ¡ay Marcela,
en qué de dudas me has puesto!

ESCENA XVIII.

Sala en casa de Don Félix.

Lisardo *y* Calabazas.

Calab. Señor, ¿qué es lo que tienes?
de donde, ó cómo á tales horas vienes?
Lisard. Ni sé de donde vengo,
Calabazas, ni sé lo que me tengo.
Calab. Despues de haberte ido
sin mí, cosa que nunca ha sucedido,
ni héchose con lacayo
de bien, vuelves á casa como un rayo,
casi al amanecer, descolorido,
colérico, furioso, acontecido,
airado...
Lisard. No me mates,
ni empieces á decirme disparates,
sino pon las maletas, porque luego
me tengo de ir, y en tanto que á esto llego,
á esotra cuadra pasa:
mira si hablar á Félix puedo.
Calab. En casa
él no está, que aunque ya ha amanecido,
creo que no ha venido
á acostarse hasta ahora.
Lisard. Feliz él, que habrá estado, ¿quién lo ignora?
celebrando las paces con su dama,
que es la felicidad del que bien ama;
y yo infeliz, á quien han sucedido
tantas cosas.
Calab. ¿Qué han sido?
Lisard. Oye, porque me dejes,
con condicion, que luego no aconsejes.
Llamóme por un papel
aquella dama tapada,
á que en su casa la viese,
á verla fuí, y la criada
por un jardín me guió,
hasta que llegué á una sala
de estrado, donde la misma,
que ví en las huertas, estaba
tan bella como entendida,
esto que te diga basta.

Muy á los primeros lances
me dió á entender enojada,
no se bien qué quejas, cuando
su padre á la puerta llama.
Méterme en un aposento
donde despues de pasadas
algunas conversaciones,
de que poco entendí ó nada,
porque como retirado
estaba, á puerta cerrada,
llegaban á mi confusas
las voces sin las palabras.
La puerta un hombre entreabrió,
la capa tercié, y la espada
empuñé, y al mismo instante
me volvieron á cerrarla
por defuera, sin poder
ver el talle, ni la cara
del hombre. De allí á otro rato,
triste, confusa y turbada
otra moza me sacó
hasta la calle, con varias
prevenciones de que Félix
no supiera de esto nada.
Yo, pues, cercado de dudas,
y de sospechas contrarias
estoy, sin saber que hacerme
en confusion tan estraña;
porque si á Félix le callo
el lance, ya acreditada
la sospecha de que ha sido
dama suya, será ingrata
correspondencia, que él tenga
á su enemigo en su casa.
Si se lo digo, y no es
su dama, sino otra dama
que de mí se fia, el decirlo
es de mi nobleza infamia:
y asi, entre hablar y callar,
la opinion mas acertada
es, pues dos daños me embisten,
volver á los dos la espalda.
A si con esto á don Félix
no ofende lo que se calla,
ni lo que se dice ofende
á la muger. Luego trata
de poner toda la ropa,
que antes que amanezca el alba,
con ocasion de que ya
hecha mi consulta baja,
de Ocaña me tengo de ir,
aunque me deje en Ocaña
en un ingenio la vida,
y en una hermosura el alma.

CALAB. Honrada resolucion.

LISARD. Porque apruebas, y no cansas,
toma aquel vestido, que hice
de camino, Calabazas.

CALAB. Tus manos, señor, te beso
de resulta de las plantas,
no tanto por el vestido,
aunque es dádiva estremada,
como por dármele hecho;
y en tanto que se levanta
quien la ropa me ha de dar,
escúchame en dos palabras
lo que hecho un vestido ahorra: *(Mudando las vocse.)*
Señor maestro, ¿cuantas varas
de paño son menester
para mí?—Siete y tres cuartas.
—Con seis y media lo hace
Quiñones —¡Pues que le haga!
mas si el saliere cumplido,
yo me pelaré las barbas.
—¿Que tafetan?—Ocho—Siete
han de ser.—No quite nada
de siete y media—¿Ruan?
—Cuatro.—No.—Si un dedo falta,
no puede salir.—¿De seda?
—Dos onzas, treinta de lana.
—¿Bocací á los vebederos?
—Media vara.—¿Angeo?—Otra tanta.
—¿Botones?—Treinta docenas.
—¿Treinta?—¿Habrá mas que contarlas?
—Cintas, faltriqueras, hilo,
vamos con todo esto á casa.
—Junte vuesarced los pies,
ponga derecha la cara,
tienda el brazo.—¿Señor maestro,
son matachines?—¡Qué gracia
hará el calzon!—Oye usted,
la ropilla ancha de espaldas,
derribadica de hombros
y redondita de falda.
—Frisa para las faldillas
haber sacado nos falta.
—Póngala usted, que me place.
—¡Ah! si, esto se me olvidaba,
entretelas.—Deste viejo
ferreruelo me las haga.
—Voy á cortarlo al momento.
—¿Cuando vendrá esto?—Mañana
á las nueve.—La una es:
¡oh cuanto este sastre tarda!
Señor maestro, todo el dia
me ha tenido usted en casa.
—No he podido mas, que he estado
acabando unas enaguas,
que como mil paños llevan,
no fué posible acabarlas.
—Ah, caballero, muy seca
está esta obra.—Remojarla.
—Angosto vino el calzon.
—De paño es, no importa nada,
que luego dará de sí.
—Esta ropilla está ancha.
—No importa nada, es de paño;
que ella embeberá: así basta,
que los paños dan y embeben,
como el sastre se lo manda.
—El ferreruelo está corto.
—Mas he media liga tapa,
y ahora no se usan largos.
—¿Qué se debe?—Poco ó nada:
veinte del calzon, y veinte
de la ropilla y sus mangas,
diez del ferreruelo, treinta
de los ojales.—Y tantas
impertinencias, en fin,
que me venga ó que me vaya,
quien me da un vestido hecho
me da la mejor alhaja;
á componer voy las tuyas,
aquí gloria y despues gracia.

ESCENA XIX.

LISARDO.

¡Qué locuras! ¡quien tuviera
tu alegria, y no llegara
hoy á sentir los estremos
de tantas penas, de tantas
confusiones y sospechas!
Válgate Dios por tapada,
toda misterios, y toda
prevenciones, sin que haya
nunca visto la verdad.

ESCENA XX.

LISARDO Y CALABAZAS.

CALAB. Ya le dije á una criada
que nos sacase la ropa,
porque hoy nos vamos á Irlanda.
LISARD. En efecto me destierran
antes de tiempo de Ocaña
tramoyas de una muger.

ESCENA XI.

Los mismos MARCELA *con manto y* SILVIA *sin él, quedando ambas á la puerta.*

SILVIA. Mira á que te atreves.
MARC. Nada
me digas, porque no estoy
para escucharte palabra:
¿qué hoy se vá no dices?
SILVIA. Sí.
MARC. ¿Pues, Silvia, de que te espantas
que haga locuras mi amor?
sin duda le dijo Laura
quien soy, y de mí va huyendo.
SILVIA. ¿Pues si eso temes, qué tratas?
MARC. Hablarle ya claramente.
Puesto que á esta hora falta
mi hermano, no vendrá
hasta que le lleven capa
y valona, ó sea de noche:
tú, Silvia, á esa puerta aguarda. *(Vase Silvia.)*

ESCENA XXII.

LISARDO, CALABAZAS Y MARCELA.

LISARD. Mira si ha venido Félix.
CALAB. Félix no, pero la dama
tapada, si que ha venido.
LISARD. ¿Que dices?
CALAB. Ecce quam amas.
MARC. Señor Lisardo, no sé
que sea accion cortesana
el iros, sin despediros
hoy de una muger que os ama.
LISARD. ¿Tan presto tuvisteis nueva
de mi partida?
MARC. Las malas
vuelan mucho.
CALAB. Vive Dios,
que con los demonios habla:
¿si es Catalina de Acosta,
que anda buscando su estátua.
MARC. ¿En fin, os vais?
LISARD. Si, y huyendo
de vos, que vos sois la causa.
MARC. De eso infiero que sabeis
ya quien soy (estoy turbada)
y si el haberlo sabido
anticipa la jornada,
id con Dios; pero advirtiendo
que fué en mí, y en vos la caus
imposible de decirla,
é imposible de callarla.
LISARD. No os entiendo, pues no sé
de vos (esta es verdad clara)
mas de lo que sé de vos;
y antes la desconfianza
que haceis de mí, es quien me mueve
á irme....
CALAB. Cé, por la sala *(Mira Calabazas dentro.)*
entra Don Félix.
MARC. ¡Ay triste!
LISARD. ¿Qué os turba? ¿qué os embaraza?
conmigo estais.
MARC. Es verdad;
mas puesto que mis desgracias
unas con otras tropiezan,
y tan en mi alcance andan,
sabed que yo soy... no puedo,
no puedo hablar mas palabra,
que entra ya, mi vida está
en vuestras manos, guardadla,
que yo aquí me escondo. *(Escóndese.)*
LISARD. Cielos,
sacadme de dudas tantas,
ella es su dama, sin duda,
pues que tanto de él se guarda.

ESCENA XXIII.

LISARDO, FÉLIX Y CALABAZAS

FELIX ¿Lisardo?
LISARD. ¿Qué hay? ¿qué traeis,
Don Félix?
FELIX Traigo un pesar,
y véngole á consolar
con vos, que me aconsejeis.
LISARD. Cuando, por haber faltado
de casa (vete de aquí) *(Vase Calabazas.)*
toda la noche, creí
que habiades celebrado
las paces con vuestra dama,
¿al amanecer venis
con el pesar que decis?
FELIX. Sí, que un mal á otro mal llama:
¡ay Lisardo!, bien dijisteis
cuando hablasteis de los zelos,
que sus mortales desvelos,
y que sus efectos tristes,
eran tan otros tenidos,
que dados, cuanto se ofrece
entre quien hace y padece,
pues padecen mis sentidos
el daño que antes hicieron:
¡oh quien un siglo los diera,
y un punto no los tuviera!

LISARD. ¿Pues cómo, ó de qué nacieron?
(Vive Dios, que él ha seguido
esta dama, y que sus zelos,
son de mí y de ella.)
MARC. (Los cielos
den mis penas á partido.)
FELIX Muy rendido ayer llegué,
donde ¡ay de mí! satisfice
con los estremos que hice,
las lágrimas que lloré,
las mal fundadas sospechas
que de mí ¡ay cielos! tenía
la hermosa enemiga mía;
y cuando ya satisfechas
estaban, y yo esperaba
de los sembrados rigores
coger el fruto en favores,
de la calle en que aguardaba,
entré á verla muy contento,
y porque fué fuerza así,
un aposento entreabrí,
(mal haya mi sufrimiento)
y en él ¡qué torpes desvelos!
el bulto de un hombre ví.
LISARD. (Esto es lo que anoche á mí
me pasó, viven los cielos.)
FELIX. ¡Oh! mal haya yo, porque
aunque su padre viniera,
y aunque su honor se perdiera,
á darle muerte no entré:
quedarme pude escondido,
con ánimo de volver
á buscar el hombre, y ver
quien era.
LISARD. ¿Habeislo sabido?
FELIX. No, porque ya una criada
le habia sacado de allí;
tras él al punto salí,
pero no pude hallar nada.
Así hasta el mediodia
toda la mañana he estado,
mirad qué necio cuidado,
pensando que volveria.
Ved si habrá en el mundo quien
tenga el dolor que yo tengo,
pues hoy aquí á tener vengo
zelos, sin saber de quien.
LISARD. (En ese punto creí
todo cuanto imaginé,
la dama esta dama fué,
y yo el encerrado fuí:
las señas son, mas supuesto
que él no sabe que fuí yo,
ni que ella aquí se ocultó,
ponga fin á todo esto
mi ausencia, puesto que así
todo el silencio lo sella;
pues no sabrá agravios de ella,
ni tendrá quejas de mí.)
FELIX. ¿Ahora suspenso estais?
¿Cómo no me respondeis?
LISARD. Como admirado me habeis,
aun mas de lo que pensais.
FELIX. ¿Qué puedo hacer?
LISARD. Olvidar.
FELIX. Ay Lisardo, quien pudiera....

ESCENA XXIV.

Dichos, CALABAZAS *y despues* LAURA.

CALAB.. Señor, una dama ahí fuera
dice que te quiere hablar.
FELIX. Ella es que habrá venido
á verme, yo no he de vella.
LISARD. Mirad primero si es ella. *(Sale Laura tapada.)*
FELIX. ¿No he de haberla conocido?
Ella es, que en conclusion
querrá ahora que yo crea
que todo mentira sea.
LISARD. Ya es otra mi confusion:
si esta es la que Félix ama,
y dentro en su casa vió
un hombre, y este fuí yo,
¿quien es, quien, estotra dama?
LAURA. Lisardo, por caballero,
os ruego que os ausenteis,
y con Félix me dejeis,
porque hablar con Félix quiero.
FELIX. ¿Quien te ha dicho, que querrá
el Félix hablarte á tí?
LAURA. Dejadnos solos.
LISARD. Por mi
obedecida estais ya:
(fuerza es dejar encerrada
la otra dama despues,
y estar á la vista: nada
tengo ya que temer, pues
no es su dama mi tapada.)

ESCENA XXV.

LAURA Y FÉLIX.

LAURA. Ya que estamos los dos solos;
Don Félix, y que podré
decir á lo que he venido,
escúchame.
FELIX. ¿Para qué?
ya sé que quieres decirme,
que ilusion, que engaño fué
cuanto allí ví y cuanto oí:
y si esto, enfin, ha de ser,
ni tu tienes que decir,
ni yo tengo que saber.
LAURA. ¿Y si nada de eso fuese,
sino todo eso al reves?
FELIX. ¿Cómo?
LAURA. Escucha, oiráslo.
FELIX. ¿Iráste,
si te escucho?
LAURA. Sí.
FELIX. Di pues.

ESCENA XXVI

Dichos y MARCELA *al paño.*

LAURA. Negarte que estaba un hombre
en mi aposento....
FELIX. Deten,
¿y es estilo de obligar,
modo de satisfacer,
decirme, cuando esperaba

un rendimiento cortés,
una disculpa amorosa,
confesar la ofensa. ¿Ves
como otra vez la repites,
porque la sienta otra vez?
LAURA. Si no me oyes hasta el fin.
MARC. (¡Quien vió lance mas cruel!)
FÉLIX. ¿Qué he de escuchar?
LAURA. Mucho.
FÉLIX. ¿Iraste
si te escucho?
LAURA. Sí.
FELIX. Di pues.
LAURA. Negarte que estaba un hombre
en mi aposento, y tambien
que Celia le abrió la puerta,
no fuera justo, porque
negarle á un hombre en su cara
lo mismo que escucha y vé,
es darle á un desesperado
para consuelo un cordel;
mas pensar tú que fué agravio
de tu amor y de mi fé,
es pensar que cupo mancha
en el puro rosicler
del sol, porque con mi honor
aun es sombra todo él.
FELIX. ¿Pues quien aquel hombre era?
LAURA. No puedo decirte quien.
MARC. (¡Quien vió confusion igual!)
FELIX. ¿Por qué?
LAURA. Porque no lo sé.
FELIX. ¿Qué hacia escondido allí?
LAURA. No lo sé tampoco.
FELIX. ¿Pues
donde la satisfacion
está?
LAURA. En no saberlo.
FELIX. Bien,
no saberlo es la disculpa,
la culpa el saberlo es;
¿pues cómo quieres que venza
lo que sé á lo que no sé?
Laura, Laura, no hay disculpa.
LAURA. Félix, Félix, dejame,
que aunque lo puedo decir,
tú no lo puedes saber.
FELIX. Otra vez me has dicho ya
(baldon ó despecho fué)
esto mismo, y vive Dios
de no escucharlo otra vez,
porque aquí me has de decir
la verdad de esto.
MARC. (¿Qué haré?
que por disculparse á sí,
me ha de echar á mí á perder.)
FELIX. Que nada me está peor
que el pensarlo.
LAURA. Si diré.
MARC. (No dirás, porque primero
tus voces estorbaré
con esta resolucion.
Amor ventura me dé,
como me dá atrevimiento:
solo esto he querido ver.) *(Pasa por delante tapada, como jurándosela á Don Felix, él quiere seguirla, y Laura le detiene.*

ESCENA XXVI.

FELIX Y LAURA.

FELIX. ¿Qué muger es esta?
LAURA. Hazte
de nuevas.
FELIX. Déjame que
la siga, y la reconozca.
LAURA. Eso quisieras tú, porque
pudieras desenojarlas,
diciéndola á ella despues,
que me dejaste, por ir
tras ella; pues no ha de ser.
FELIX. Laura mia, mi señora,
el cielo me falte, amen,
si sé qué muger es esta.
LAURA. Yo sí, yo te lo diré,
Nise era, que al pasar
yo la conocí muy bien.
FELIX. Ni era Nise, ni sé yo
como estaba aquí
LAURA. Muy bien,
la disculpa es no saberlo,
la culpa el saberlo es;
¿pues como quieres que venza
lo que sé á lo que no sé?
adios, Félix.
FELIX. Si no basta
el desengaño que ves,
¿cómo quieres que yo crea
lo que tú, Laura, no crees?
LAURA. Porque yo digo verdad,
y soy quien soy.
FELIX. Yo tambien,
y ví en tu aposento un hombre.
LAURA. Yo en el tuyo una muger.
FELIX. No sé quien fué.
LAURA. Yo tampoco.
FELIX. Sí supiste, Laura, pues
ya me lo ibas á decir.
LAURA. Ya sin decirlo me iré,
por no dar satisfacciones
á un hombre tan descortés.
FELIX. Mira, Laura.
LAURA. Suelta, Félix.
FELIX. Vete, que es cosa cruel
haber de rogar quejoso.
LAURA. Quédate, que es rabia haber
de llevar traiciones, cuando
finezas vine á traer.
FELIX. Yo disculpado estoy.
LAURA. Si á eso vamos, yo tambien.
FELIX. Pues ví en tu aposento un hombre.
LAURA. Yo en el tuyo una muger.
FELIX. Si esto, cielos, es amar....
LAURA. Si esto, fortuna, es querer.....
LOS DOS. Fuego de Dios en el querer bien,
amen, amen.

JORNADA TERCERA.

Aposento de Marcela.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA Y SILVIA.

SILVIA. Grande atrevimiento fué.
MARC. Como perdida me ví,
cuando ya á Laura escuché
que iba á descubrir allí
cuanto en su casa pasé,
estorbar la relacion
quise con tan loca accion,
que ya preciso un pesar,
algo se ha de aventurar.
SILVIA. Asi es verdad.
MARC. La razon
que me animó mas, fué ver
á Lisardo, que esperaba
mas afuera, al parecer,
en qué el suceso paraba
de su encerrada muger,
y como yo lo sabia,
no temí la empresa mia;
pues á no suceder bien,
ya en Lisardo, al menos, quien
me defendiese tenia:
y en fin, ello sucedió
mejor que esperaba yo;
pues yo á mi cuarto pasé,
y en los zelos que dejé,
el lance se barajó,
de suerte, que ni Lisardo
se empeñó por mí gallardo,
ni Laura el caso contó,
ni Félix me conoció,
ni yo mayor susto aguardo.
SILVIA. Digo que fué estraño cuento,
y si escarmiento ha dejado,
será de mas fundamento.
MARC. ¿Pues cuando dejó escarmiento,
Silvia, un peligro pasado?
antes él haber salido
de este tan bien, me ha movido
á pensar, cómo pudiera
ser que Lisardo volviera
á verme.
SILVIA. Oye, que hacen ruido. (*Por la puerta escondida sale D. Felix.*)

ESCENA II.

Dichas y D. FÉLIX.

FÉLIX. ¿Marcela?
MARC. ¿Qué novedad
es entrar tú en mi aposento?
FÉLIX. Es venir mi voluntad
por luz á tu entendimiento,
por consuelo á tu piedad:
á noche, cuando saliste
de ver á Laura, yo entré
en su casa ¡ay de mi triste!
y ví en su casa, y hallé.....
MARC. Dí ¿qué hallaste? dí ¿qué viste?
FÉLIX. Un hombre.
MARC. ¿Tal pudo ser?
FÉLIX. Vínome á satisfacer,
y una muger que salió
de mi alcoba lo estorbò.
MARC. ¡Miren la mala muger!
FÉLIX. Que con Lisardo debia
de estar, él cuerdo y discreto,
presumiendo que ofendia
de mi casa asi el respeto,
dice que tal no sabia.
En fin, sea lo que fuere,
que no hay nadie que lo diga,
zelosa Laura, no quiere
que desengaños consiga,
ni que disculpas espere.
Yo, por no dar á torcer
tampoco mi sentimiento,
no la quiero hablar, ni ver,
pero quisiera saber
hasta el menor pensamiento
suyo; para esto ha pensado
una industria mi cuidado.
MARC. ¿Y es, si me la has de decir?
FÉLIX. Que tú, hermana, has de fingir,
que un gran disgusto, un enfado
conmigo has tenido, y que
en tanto que esto se pasa,
te quieres ir á su casa;
y asi una espía tendré
para el fuego que me abrasa,
pues tú á la mira estarás,
y á pocos lances verás
quien este embozado es,
y con secreto despues
de todo me avisarás.
MARC. Aunque hay bien que replicar,
hoy me iré á su casa.
FÉLIX. No
puede hoy ser, que por mostrar
cuán poco mi mal sintió
ó por darme este pesar,
hoy de su casa ha salido,
y al mar de Antígola ha ido.
MARC. Pues digo, que iré mañana.
FÉLIX. La vida me das, hermana,
tuya desde hoy habrá sido.
MARC. ¿Hay cosa como llegar
rogándome lo que yo
puedo, Silvia desear?
pero mira quien se entró
en el cuarto sin llamar.

ESCENA III.

Dichas, LAURA *y* CELIA *con capotillos y sombreros.*

MARC. Laura mia, ¿á aquesta hora?
LAURA. No te espantes de esto, amiga,
que á tanto una pena obliga.
MARC. ¿Quien lo duda? ¿quien lo ignora?
LAURA. De la suerte que de mí
te fuiste ayer á valer,
vengo á valerme de tí.
CELIA. Aprended, damas, de aquí
lo que va desde hoy á ayer.
LAURA. Aquel hombre que dejaste

cerrado, Marcela mia,
en mi casa, vió don Félix.

MARC. ¡Jesus!

LAURA. No importa que diga
el cómo ó el cuando, puesto
que bastaba ser desdicha,
para que ella se estuviese
desde luego sucedida;
quísele satisfacer,
y vine á tu casa, amiga,
sin mirar á los respetos
á que el ser quien soy me obliga.
Entré en su aposento, y cuando
á representarle iba
disculpas, que no tocasen
en tu opinion, ni en la mia,
una muger que detras
de su aposento tenia,
y que era, sin duda, Nise....

MARC. ¿Quien duda que ella sería?

LAURA. Salió á dar zelos por zelos.

MARC. ¡Hay tan gran bellaquería!
¿y qué hizo Féliz á eso?

LAURA. Él, aunque quiso seguirla,
yo no le dejé: en efecto,
las dos quejas repetidas,
ni las suyas quise oir,
ni él saber quiso las mias.
Por mostrar que estaba ¡ay cielos!
gustosa y entretenida,
¡oh, cuan á costa del alma,
Marcela, un triste se anima!
al mar de Antígola hoy
salí con unas amigas,
donde, aunque debió alegrarme
su hermosa apacible vista,
no pudo, que para mí
ya se murió la alegría,
tanto, que ni al ver la Reina,
que infinitos siglos viva,
para que flores de Francia
nos den el fruto en Castilla,
como en su verde carroza,
que caballos del sol tiran,
barado bajel de tierra,
llegó á abordar á la orilla.
Ni el ver tan ufano entonces
ese breve mar, que imita
del Océano las ondas,
encrespadas y movidas
de los céfiros suaves,
cuando al mirar quien las pisa,
como plata las entorcha,
y como vidrio las riza.
Ni el ver que ya el bergantin,
coche del mar, pues le guian,
como caballos, los remos,
à quien el freno registra
de un timon, abrió el estribo
de su hermosa barandilla,
para que su popa ocupe,
para que su esfera admita
un sol, á quien hizo guarda
no menos, que el alba misma.
Ni el ver las hermosas damas,
que como flores seguian
la rosa, bien asi como
tejido coro de ninfas,
en las selvas de Diana
profanas fábulas pintan.
Ni el ver, en fin, que tan bello
ya el bajel bogando iba
el piélago de cristal,
que al acercarse á la isla
del cenador, que con tantas
flores el estanque habita,
no pudo determinar
desde aparte, no, la vista
cual el bergantin, ó cual
era el cenador; pues via
flores en cualquiera, tantas,
que unas á otras competidas,
naval batalla de flores
se dieron muertas y vivas,
me pudo aliviar; pues toda
esta pompa hermosa y rica,
en los cristales bullicio,
en las flores alegria,
en los vientos suavidad,
en las hojas armonía,
en las damas hermosura,
y en todos los campos risa,
llanto fué, llanto en mis ojos;
zelosa de Félix, mira
si á quien esto no divierte,
bastantemente peligra.
Yo no he de hablarle; porque
es triste cosa, es indigna
accion darle yo á torcer
mis zelos, y asi querria
de una industria aqui valerme,
si es que mi amistad codicias;
y es, para que yo vea
si Nise en su cuarto habita,
le he de acechar esta noche
por aquella puerta, amiga,
que dijiste, y que á su cuarto
cae, y él tiene escondida:
¿cómo faltar de mi casa
podré? es fuerza que aquí digas,
y responderete yo,
que hoy mi padre fué á una villa,
adonde su hacienda tiene,
y no vendrá en cuatro dias.
Asi, que éstas noches puedo
ser tu huéspeda, si obliga
mi amistad á esta fineza;
pues es fineza de amiga
tan principal, tan discreta,
tan noble y tan entendida.

MARC. ¿Cómo te podré negar,
Laura, lo que solicitas,
si con mi razon me arguyes?
¿si con mi dolor me obligas?
solo hay un inconveniente;
mas si tú lo facilitas,
ven desde luego á mi casa,
mal dije, á la tuya misma.

LAURA. ¿Cual es el inconveniente?

MARC. Tanto mi hermano te imita
en el dolor y en la causa,
no importa que te lo diga,
primero somos nosotras,
que hoy me ha pedido que finja

con él un enojo, y vaya
á ser por algunos dias
tu huéspeda porque yo
allá de adalid le sirva;
pues si no voy á tu casa
yo, porque estás tú en la mia,
dirá...

LAURA. Escucha, antes mejor
es que desde luego finjas
tú el enojo, y que te vayas;
pues con aquesto le obligas
á que él esté mas seguro
de que yo en su casa asista.

MARC. Dices bien, que con mi ausencia
se sanea esta malicia.

LAURA. ¿Cómo se ha de hacer?

MARC. Así:
dame el manto, y dirás, Silvia,
que fuí en casa de Laura;
que para ser mas creida
la causa, quise ir de noche, *(Pónese el manto.)*
y despues, aparte, mira
busca á Lisardo, y dirasle,
como mi afecto le avisa,
que á verme vaya esta noche,
y quédate donde sirvas
á Laura. Tú, Celia, ven
conmigo, pues nos obliga
esto á trocar con las casas
las criadas.

LAURA. ¿Tan aprisa?

MARC. Estas cosas mas se aciertan,
mientras menos se imaginan.

LAURA. Marcela, á mi casa vas,
por ella y por mi honor mira.

MARC. Por ella mira y mi honor,
pues te quedas tú en la mia;
¿en qué ha de parar aqueste
trueco?

CELIA. ¿Quiéres que lo diga?
en algun lance, que á todas,
ó nos case ó nos aflija. *(Vanse por una parte Celia y Marcela, y por la otra Silvia y Laura.*

ESCENA IV.

Sala en casa de D. FÉLIX.

LISARDO y CALABAZAS.

LISARD. ¿Qué papel es ese?

CALAB. Es
el que ha de ser, es y ha sido
del tiempo que te he servido
cuenta estrecha.

LISARD. Dime, pues,
¿á qué propósito ahora?

CALAB. A propósito de que hoy
de tu servicio me voy.

LISARD. ¿Por qué causa?

CALAB. ¿Quién le ignora?
porque andas aquestos dias
muy discreto.

LISARD. ¿Qué has querido
decir?

CALAB. Que andas divertido.

LISARD. Tales son las penas mias.

CALAB. Y no ha de ser tan discreto
el amo, que ha de pensar
que no le puede guardar
Calabazas el secreto.
Tú te andas solo contigo,
contigo solo te estás,
contigo vienes y vás;
y en fin, contigo y sinmigo
en cualquier parte te ven,
que parecemos, señor,
el dinero y el amor,
mira con quien y sin quien.
Si alguna tapada viene
á verte: «salte allá fuera;»
si vas á verla: «aqui espera
porque ir allá no conviene.»
Pues esto ha de ser así,
pesar de quien me parió,
¿para qué te sirvo yo?
y así, quiero desde aquí
buscar amo mas humano;
porque para mí, en rigor,
ninguno será peor,
aunque sea un luterano,
aunque sea un presumido
de docto, siendo menguado,
con ingenio un desdichado,
sin él un entremetido,
un poeta que hace trazas
de comedias, y seamos
los criados y los amos
todo en casa Calabazas;
aunque sea un lindo compuesto,
que habla melífluo y despacio,
y aunque galantee en Palacio,
que es peor que todo esto.

LISARD. Las cosas que me han pasado,
tan públicas han venido,
Calabazas, que me ha sido
forzoso haberlas contado,
para que las sepas, pues.
hablar aquella tapada
en el campo, tan guardada
verla en su casa despues,
adonde me sucedió
aquel lance parecido
al de Félix, que escondido
en su casa me pasó.
Venir á verme á la mia,
adonde desengañado
de que estotra me ha dejado,
la que Don Félix queria;
salir de allí tan veloz,
irse, en fin, como se fué,
ello se dice y se vé,
sin que aquí tenga mi voz
que contar; pues aunque quiera,
no te puedo decir mas
de lo que tú viendo estás.

CALAB. Ella es gentil embustera,

LISARD. En cuanto á que estoy pensando
qué es lo que me ha sucedido,
es verdad, y estoy corrido
de estar creyendo y dudando
qué muger es esta, pues
cuando yo ser presumia
dama de Félix, vivia

sin discurrir; mas despues
que estando conmigo ella,
de Félix la dama entró,
y que me desengañó
de que era otra dama aquella,
mayor deseo me ha dado
de saber quien es, pues puedo
perder á su honor el miedo,
que por Félix le he guardado.

CALAB. Yo bien pudiera decir
quien es.

LISARD. ¿Tú?

CALAB. Yo.

LISARD. Dilo pues,

CALAB. Vive Dios, que sé quien es.

LISARD. Pues no me hagas discurrir.

CALAB. ¿Ella no es enredadora?
quien es sé: ¿no es embustera?
quien es sé: ¿no es bachillera?
quien es sé: ¿no es habladora?
la misma razon enseña
quien es, sí, jurado á Dios.

LISARD. Dilo.

CALAB. Aquí para los dos.

LISARD, Prosigue.

CALAB. Es alguna dueña.

LISARD. ¡Qué disparate!

ESCENA V.

Dichos y SILVIA.

SILVIA. Lisardo,
que aquí me escucheis os pido.

CALAB. Muger, ¿de donde has caido?

LISARD. Ya lo que quieres aguardo.

SILVIA. Una dama, de quien vos
la casa, señor, sabeis,
que á su ventana llameis
esta noche os pide: adios.

ESCENA VI.

LISARDO *y* CALABAZAS.

CALAB. Tapada de las tapadas,
oye.

LISARD. Tente, ¿donde vas?

CALAB. Deja, que no quiero mas
de darle dos bofetadas,
que las lleve á su señora.

LISARD. ¿Hay quien tus locuras crea?

CALAB. Porque otra vez no me sea
dueña enjerta

LISARD. Escucha ahora,
pues que ya la noche fria,
en mal distinto arrebol,
da priesa, diciendo al sol
que se vaya con el dia,
y á mi esperandome estan,
dame un broquel, y tu aquí
me espera.

CALAB ¿Yo esperar?

LISARD. Sí.

CALAB. Espere un judío de Oran,
que á casa donde encerrado
estuviste, y aun corrido,
y hay padre de conocido,
y galan de imaginado,
no has de ir solo.

LISARD. Si he de ir.

ESCENA VII.

Dichos y D. FÉLIX.

FÉLIX. ¿Donde, Lisardo?

LISARD. No sé
como callaros podré,
ni como os podré decir
lo que en Ocaña me pasa;
¿teneis que hacer ahora?

FÉLIX. ¿Yo?
ni en toda esta noche.

LISARD. ¿No?

FÉLIX. No, que el fuego que me abrasa,
por acrecentar su ardor,
treguas por ahora ha dado.

LISARD. Pues yo quiero mi cuidado
fiaros ya sin temor,
que si hasta aquí he suspendido
la relacion que empecé,
respeto que os tuve fué;
pero habiendo ya sabido
que nada os puede tocar,
y sois quien sois, en efeto,
de mi amor todo el secreto
hoy os tengo de fiar.
Venid conmigo, y sabreis,
porque el tiempo no perdamos,
estraños sucesos.

LISARD. Vamos,
que mucha merced me hareis
en divertir el dolor
de que mi pecho está lleno,
porque de amor el veneno
cure triaca de amor.

CALAB. ¿Yo qué he de hacer?

LISARD. Esperar
aquí en casa á que vengamos. *(Vánse.)*

CALAB. Buenos, paciencia, quedamos,
sin ver, ni oir; á callar:
¡cuando no tiene el servir
otro gusto, otro placer,
que escuchar para saber
y saber para decir,
aun de este gusto me priva
el recatarse de mí!
pues no ha de pasar así,
así Calabazas viva.
Que por aquel mismo caso
que aquí de mí se guardó,
tengo de seguirle yo,
tras ellos paso entre paso
tengo de irme rebozado,
porque si yo cual sospecho,
no le murmuro y acecho,
¿para que soy su criado?

ESCENA VIII.

Decoracion de campo.

Ruido dentro, y salen como tropezando Fabio *y* Lelio *criado.*

Lelio. Aliéntate, que ya estás
cerca de Ocaña, señor.
Fabio. Es tan notable el dolor,
Lelio, que no puedo mas;
que aunque yo, por descansar,
de la yegua me apeé,
y quise venir á pié
este rato, por dejar
con ejercicio, vencido
el dolor de la caida,
te confieso, que en mi vida
no me he visto tan rendido.
Lelio. Ello fué dicha, señor,
pues apenas una legua
andada, cayó la yegua,
porque pudieras mejor
volverte á tu casa, donde
con mas cuidado podrás
curarte.
Fabio. A esta pierna mas
todo el dolor corresponde,
que fué la que me cogió
debajo.
Lelio. Súbete, pues,
irás antes.
Fabio. Mejor es
andar otro poco, y no
dejar, Lelio, resfriar
la caida.
Lelio. Dices bien,
mas considera tambien
que ya ha empezado á cerrar
la noche, y que lo que andando
en tal parte se mejora,
se llega mas á deshora
á tu casa, y quizás, cuando
ya recogida, no habrá
modo de curarte.
Fabio. Bien
dices, la yegua preven,
que atada á ese tronco está,
y vamos, si esto restaura
mi salud, aunque yo creo,
que ir á casa no deseo,
por no dar cuidado á Laura;
que me quiere de manera,
que temo que hoy ha de ser
su fin, si me ve volver
con una pena tan fiera.
Lelio. Como hija, claro está
que lo sienta mi señora.
Fabio. Pondré que aquesta es la hora
que está recogida ya.
Lelio. ¿Quien lo duda?
Fabio. ¡Oh, cuanto siento
haberla de despertar!
mas no lo puedo escusar;
lo que haré será que atento
á su quietud, llamaré
por la puerta principal,
pues con prevencion igual
podrá ser, pues que se ve
de su cuarto mas distante,
no oirme.
Lelio. Dispon ahora
tu salud, que mi señora
lo estimará.
Fabio. No te espante
verme con tanta fineza,
que soy en mi senectud
amante de su virtud,
como otros de su belleza.

ESCENA IX.

Decoracion de calle.

Lisardo y D. Félix.

Félix. Mucho me he holgado de oiros,
por ser la novela estraña.
Lisard. Esto es por mayor, que dejo
de contar mil circunstancias,
por no cansaros, don Félix;
y pues sabeis que me aguarda,
idos con Dios, que ya es hora.
Félix. Decirme á mí que una dama
vais á ver, y haberme dicho
que tuvisteis en su casa
riesgo, y decir que me quede,
son dos cosas muy contrarias,
pues no soy de los amigos
yo, con quien solo se hablan
las cosas, que precio mas
las obras que las palabras;
id á lograr vuestro amor
norabuena, que hasta el alba
yo sabré estar en la calle.
Lisard. A amistad, Don Félix, tanta,
mal hiciera en resistirme.

ESCENA X.

Dichos, y Calabazas *como acechando.*

Calab. Si cual veo lo que andan,
lo que hablan viera, yo viera
lo que andan y lo que hablan:
llegarme quiero.
Lisard. ¿Qué es esto?
Félix. Un hombre, si no me engaña
la vista, que tras nosotros
viene.
Lisard. Pues sacad la espada.
Félix. ¿Quien vá?
Calab. Nadie ya, porque
no diz que va el que se para.
Felix. ¿Quien sois?
Calab. Un hombre de bien.
Lisard. Pues pase, si acaso pasa.
Calab. No paso, que me hago hombre.
Félix. Pues juraré yo de espadas.
Lisard. Dadle la muerte.
Calab. Detente,
¡ay! ¡ay! señor, que me matas,
que soy Calabazas.
Félix. ¿Quien?

Calab. Calabazas.
Lisard. ¿Calabazas,
qué es esto?
Calab. Es venir á ver
donde vais. *(Dánle los dos.)*
Felix. Por Dios.
Calab. Ya basta.
Lisard. Dejadle, no alboroteis;
porque está cerca la casa
que buscamos.
Félix. ¿Hácia aquí
vive, Lisardo, la dama
que venis á ver?
Lisard. Sí, Félix.
Félix. ¿Y es bizarra?
Lisard. Muy bizarra.
Félix. ¿Tiene padre?
Lisard. Sí.
Félix. ¿Y aquí
os cerrasteis en la cuadra?
Lisard. Sí.
Felix. ¿Y estando ella con vos,
entró la que me buscaba?
Lisard. Sí.
Félix. Ved que como la noche
llena está de sombras pardas,
mas obscura que otras veces,
pues aun la luna le falta,
podrá ser que os engañeis.
Lisard. No me engaño, á esta ventana
he de llamar, y esta puerta
han de abrir.
Calab. Ya sé la casa.
Felix. (¡Esta ventana, esta puerta!
¡ay de mí, el cielo me valga!
que estas las de Laura son,
para mí dos veces falsas.)
Lisard. Retiraos, porque yo *(Hace la seña*
la seña, que es esta, haga. *á la reja.)*
Felix. Si mal no me acuerdo ¡ay triste!
en la relacion pasada
dijísteis que la muger
que para hablaros aguarda,
es la que hoy escondida
dentro de mi cuarto estaba.
Lisard. Es verdad.
Felix. Y que la otra
que vino....

ESCENA XI.

Dichos y Celia *á la ventana.*

Celia. Cé.
Lisard. Ya me llaman.
Celia. ¿Es Lisardo?
Lisard. Sí, yo soy.
Felix. (Celia es esta.)
Celia. Pues aguarda,
abriré la puerta.
Lisard. Ya
conmigo habló la criada,
y dice que viene á abrirme
la puerta.
Felix. Antes que la abra,
decid.... *(Abre la puerta Celia)*
Lisard. No puede ser antes,
Felix. Si es....
Lisard. Adios, porque me aguarda.
Félix. ¿La dama?
Celia. Entrad presto.
Lisard. Luego
hablaremos. *(Al entrar Lisardo, quiérelo hacer D. Felix y Celia lo impide cerrando la puerta.)*

ESCENA XII.

D. Felix y Calabazas.

Felix. En la cara
con la puerta me dió Celia.
Calab. Con cerradura no agravia
una puerta, aunque es de palo,
que el tener hierro la salva.
Felix. ¿Qué es lo que pasa por mí?
¿quien vió confusiones tantas?
¿en casa de Laura, cielos,
viene buscando la dama,
que hoy de mi cuarto salió,
cuando entró en mi cuarto Laura?
luego ella no puede ser:
¿mas quien ser puede en su casa?
¡Oh, quien no le hubiera dicho
á Marcela que dejára
para mañana el venir
aquí, que ella lo apurára!
pero mientras mas discurro,
mas lugar doy á mi infamia;
pues no discurramos, zelos,
sino á ver la verdad clara
caminemos mas apriesa,
pues ella es Laura, ó no es Laura:
sino es ella, ¿qué se pierde
en desengañar mis ánsias?
¿y qué se pierde, si es ella,
en perder la vida y alma,
despues de Laura perdida?
La puerta en el suelo caiga.
¿Pero cómo á esto me atrevo,
si á Lisardo la palabra
le he dado? ¿Pero qué importa
la amistad, la confianza,
el respeto ni el decoro?
que donde hay zelos, se acaba
todo, porque no hay honor,
ni amistad que tanto valga. *(Da golpes á la puerta, como para derribarla, y á este tiempo, se oyen á lo lejos otros golpes.*
Calab. ¿Qué haces, señor?
Félix. Darte muerte.
Calab. Si es posible, no lo hagas.
Felix. ¿Mas qué golpes son aquellos?
Calab. ¿De que te admiras y espantas?
otro será en otra parte,
que le habrá dado otra rabia,
y da golpes á otra puerta.
Fabio. *(Dentro.)* Abre aquí, Celia; abre, Laura.
Celia. *(Dentro.)* Mi señor es, ¡ay de mí!
Félix. Fabio es aquel. *(Cuchilladas dentro.)*
Fabio. *(Dentro.)* ¿Esta infamia
llego á ver?
Calab. Por Dios, que allá
ya han llegado á las espadas.

recogida y retirada.
¿y dices que estás con ella?
LAURA. ¿Pues tú, Marcela, me agravias?
MARC. Sí, que soy primero yo. *(Ap. á Laura.)*
LAURA. Pues tanto me apuras, salgan
verdades á luz: Marcela
ha sido..... *(Llaman dentro.)*
SILVIA. A la puerta llaman.
LISARD. Abrid, Don Félix. *(Dentro.)*
FÉLIX. Ahora
verás que todo se acaba,
pues tu galan, Laura, viene.
LAURA. Ahí tengo yo mi esperanza.
MARC. Aquí se deshace todo:
¿quien á Lisardo avisára
de mi peligro?

ESCENA XVIII.

Dichos y LISARDO.

LISARD. Don Félix,
porque ninguno llegára
á seguirme, tardé: ¿donde
habeis puesto aquella dama?
FELIX. Veisla aqui; pero primero
que acabe con mi esperanza
el verla en vuestro poder,
me habeis de sacar el alma.
LISARD. Hasta ahora no creí,
que caballeros engañan
de vuestras obligaciones,
á los que de ellos se amparan;
la dama que os entregué
os pido.
FELIX. ¿No es esta dama
la que me entregásteis?
LISARD. No.
FELIX. Solo aquesto me faltaba
para acabar de perder
la paciencia.
MARC. (¡Ay desdichada!)
LISARD. Si esta suponeis, Don Félix,
porque os obliga otra causa,
hablad mas claro conmigo.
LAURA. Yo de confusiones tantas
os sacaré; di, Lisardo,
¿es esta á quien buscas y amas?
LISARD. Esta es, sí, aquí la teneis,
¿qué os ha obligado á ocultarla?
LAURA. Mira si se está en su cuarto
recojida y retirada;
primero soy yo, Marcela.
FÉLIX. Corrido estoy, esta daga
dé á una vil hermana muerte.
MARC. Lisardo, mi vida ampara.
LISARD. ¿Hermana de Félix sois? *(Poniéndose delante de ella.)*
FELIX. Y en quien tomaré venganza.
LISARD. Sabeis quien soy, y es preciso
defenderla y ampararla
por muger.
FÉLIX. Tambien sabeis
quien soy, y que de mi casa,
menos que quien sea su esposo,
no ha de atreverse á mirarla.
LISARD. Luego con serlo quedamos
bien los dos.

ESCENA XIX.

Dichos, FABIO *y gente.*

FABIO. Esta es la casa,
entrad.
FELIX. ¿Qué es esto?
FABIO Esto, Félix,
es honor.
CALAB. ¡Qué linda danza
se va urdiendo!
FABIO. ¿Dónde está
un Lisardo, camarada
vuestro?
LISARD. Yo soy, porque nunca
á nadie escondí la cara.
CALAB. Nunca la cara escondió,
pero volvió las espaldas.
FABIO. ¡Oh traidor!
FELIX. Fabio, teneos,
que la cólera os engaña;
el enojo que traeis,
si ha sido la ocasion Laura,
es conmigo, y me ha tocado,
como á mi esposa guardarla.
FABIO. No tengo que responderos,
si Laura con vos se casa.
FELIX. Pues para que veais si es cierto,
aquesta es mi mano, Laura;
y pues el haber tenido
dos puertas esta y tu casa,
causa fué de los engaños,
que á mí y Lisardo nos pasan,
de la CASA CON DOS PUERTAS
aquí la comedia acaba.

FIN.

EL ALCALDE DE ZALAMEA.

PERSONAS.

El Rey Felipe II.
D. Lope de Figueroa.
D. Alvaro de Ataide, *capitan*.
Un Sargento.
Pedro Crespo.
Juan, | *sus hijos*.
Isabel. |
Ines, *prima de estos*.
D. Mendo, *hidalgo*.
Nuño, *su criado*.
La Chispa.
Rebolledo, *soldado*.
Un escribano.
Soldados.
Labradores.
Acompañamiento del Rey.

La accion pasa en Zalamea el mes de Agosto de 1580.

JORNADA PRIMERA.

Decoracion de campo.

ESCENA PRIMERA.

Rebolledo, Chispa *y soldados*.

Reb. ¡Cuerpo de Cristo con quien
de esta suerte hace marchar
de un lugar á otro lugar,
sin dar un refresco!
Todos. Amen.
Reb. ¿Somos gitanos aquí
para andar de esta manera?
¿Una arrollada bandera
nos ha de llevar tras sí,
con una caja?
Sold 1º ¿Ya empiezas?
Reb. Que este rato que cayó
nos hizo merced de no
rompernos estas cabezas.
Sold 2º No muestres de esto pesar,
si ha de olvidarse, imagino
el cansancio del camino
á la entrada del lugar.
Reb. ¿A qué entrada si voy muerto,
y aunque llegue vivo allá
sabe mi Dios si será
para alojar? pues es cierto,
llegar luego al comisario
los alcaldes á decir,
que si es que se pueden ir,
que daran lo necesario.
Respóndeles lo primero,
que es imposible, que viene
la gente muerta; y si tiene
el consejo algun dinero,
decir: señores soldados,
órden hay que no paremos,
luego al instante marchemos;
y nosotros muy menguados
á obedecer al instante
órden, que es en caso tal,
para él órden monacal,
y para mí mendicante.
Pues ¡vive Dios! que si llego
esta tarde á Zalamea,
y pasar de allí desea
por diligencia ó por ruego,
que ha de ser sin mí la ida,
pues no con desembarazo
será el primer tornillazo
que habré yo dado en mi vida.
Sold 1º Tampoco será el primero,
que haya la vida costado
á un miserable soldado;
y mas hoy si considero,
que es el cabo de esta gente
Don Lope de Figueroa,
que si tiene fama y loa
de animoso y de valiente,
la tiene tambien de ser
el hombre mas desalmado,
jurador y renegado
del mundo, y que sabe hacer
justicia del mas amigo,
sin fulminar el proceso.
Reb. ¿Ven ustedes todo eso?
pues yo haré lo que yo digo.
Sold 1º ¿De esto un soldado blasona?
Reb. Por mí muy poco me inquieta;
pero por esta pobreta,
que viene tras la persona.
Chisp. Seor Rebolledo, por mí
voacé no se aflija, no,
que, como ya sabe, yo
barbada el alma nací,
y ese temor me deshonra,
pues no vengo yo á servir
menos que para sufrir
trabajos con mucha honra;
que para estarme en rigor
regalada, no dejára
en mi vida, cosa es clara,
la casa del regidor,
donde todo sobra, pues
al mes mil regalos vienen,
que hay regidores que tienen
menos cuenta con el mes;
y pues á venir aquí
á marchar y padecer
con Rebolledo, sin ser
postema me resolví:
¿por mí, en que duda ó repara?
Reb. ¡Viven los cielos! que eres
corona de las mugeres.
Sold 1º Aquesta es verdad bien clara.
¡Viva la Chispa!
Reb. Reviva;
y mas si por divertir
esta fatiga de ir
cuesta abajo y cuesta arriba,
con su voz el aire inquieta

una jácara ó cancion.
CHISP. Responda á esa peticion
citada la castañeta.
REB. Y yo ayudaré tambien;
sentencien los camaradas
todas las partes citadas.
SOLD. 1º Vive Dios, que ha dicho bien. *(Cantan Chispa y Rebolledo.)*
CHISP. Yo soy titiri, titiri, tina,
flor de la jacarandina.
Vaya á la guerra el alférez,
y embárquese el capitan.
REB. Mate moros quien quisiere,
que á mí no me han hecho mal.
CHISP. Vaya y venga la tabla al horno,
y á mí no me falte pan.
REB. Huéspeda, máteme una gallina,
que el carnero me hace mal.
SOLD. 1º Aguarda, que ya me pesa,
que íbamos entretenidos
con nuestros mismos oidos,
de haber llegado á ver esa
torre, pues es necesario
que donde paremos sea.
REB. ¿Es aquella Zalamea?
CHISP. Dígalo su campanario.
No sienta tanto voacé,
que cese el cántico yá;
mil ocasiones habrá
en que lograrlo; porque
esto me divierte tanto,
que como de otras no ignoran,
que á cada cosita lloran,
yo á cada cosita canto,
y oirá uced jácaras ciento.
REB. Hagamos alto aquí, pues
justo hasta que venga es
con la órden el sargento,
por si hemos de entrar marchando
ó en tropas.
SOLD. 1º El solo es quien
llega ahora; mas tambien
el capitan esperando
está.

ESCENA II.

Dchos, el CAPITAN *y el* SARGENTO.

CAPIT. Señores soldados,
albricias puedo pedir;
de aquí no hemos de salir,
y hemos de estar alojados
hasta que Don Lope venga
con la gente que quedó
en Llerena, que hoy llegó
órden de que se prevenga
toda, y no salga de aquí
á Guadalupe, hasta que
junto todo el tercio esté,
y el vendrá luego, y así
del cansancio bien podrán
descansar algunos dias.
REB. Albricias pedir podias.
TODOS. ¡Víctor nuestro capitan!
CAPIT. Ya está hecho el alojamiento,
el comisario irá dando
boletas, como llegando
fueren.
CHISP. Hoy saber intento,
por qué dijo, ¡voto á tal!
aquella jacarandina,
huéspeda, máteme una gallina,
que el carnero me hace mal.

ESCENA III.

El CAPITAN *y el* SARGENTO.

CAPIT. Señor sargento, ha guardado
las boletas para mí,
que me tocan?
SARG. Señor, sí.
CAPIT. ¿Y dónde estoy alojado?
SARG. En la casa de un villano,
que el hombre mas rico es
del lugar, de quien despues
he oido, que es el mas vano
hombre del mundo, y que tiene
mas pompa y mas presuncion
que un infante de Leon.
CAPIT. Bien á un villano conviene
rico aquesta vanidad.
SARG. Dicen, que esta es la mejor
casa del lugar, señor;
y si vá á decir verdad,
yo la escogí para tí,
no tanto porque lo sea,
como porque en Zalamea
no hay tan bella muger....
CAPIT. Dí.
SARG. Como una hija suya.
CAPIT. ¿Pues
por muy hermosa, y muy vana,
será mas que una villana,
con malas manos y pies?
SARG. ¿Que haya en el mundo quien diga
eso?
CAPIT. ¿Pues no, mentecato?
SARG. ¿Hay mas bien gastado rato
á quien amor no le obliga,
sino ociosidad no mas,
que el de una villana, y ver
que no acierta á responder
á propósito jamás?
CAPIT. Cosa es, que en toda mi vida,
ni aun de paso me agradó;
porque en no mirando yo
aseada y bien prendida
una muger, me parece,
que no es muger para mí.
SARG. Pues para mí, señor, sí,
cualquiera que se me ofrece.
Vamos allí, que por Dios,
que me pienso entretener
con ella.
CAPIT. ¿Quieres saber
cual dice bien de los dos?
El que una belleza adora,
dijo, viendo á la que amó,
aquella es mi dama, y no,
aquella es mi labradora.
Luego si dama se llama
la que se ama, claro es ya,
que en una villana está

vendido el nombre de dama.
Mas ¿qué ruido es ese?

SARG. Un hombre,
que de un flaco rocinante
á la vuelta de esta esquina
se apeó, y en rostro y talle
parece aquel don Quijote
de quien Miguel de Cervantes
escribió las aventuras.

CAPIT. ¡Qué figura tan notable!

SARG. Vamos Señor, que ya es hora.

CAPIT. Lléveme el sargento antes
á la posada la ropa,
y vuelva luego á avisarme.

ESCENA IV.

Decoracion de calle: á un lado puerta y ventana de la casa de CRESPO.

MENDO, *hidalgo ridículo*, y NUÑO.

MEND. ¿Cómo vá el rucio?

NUÑO. Rodado,
pues no puede menearse.

MEND. ¿Dijiste al lacayo, dí,
que un rato le pasease?

NUÑO. ¡Qué lindo pienso!

MEND. No hay cosa,
que tanto á un bruto descanse.

NUÑO. Aténgome á la cebada.

MEND. ¿Y qué los galgos no aten
dijiste?

NUÑO. Ellos se holgarán,
mas no el carnicero.

MEND. Baste,
y pues han dado las tres
cálzome palillo y guantes.

NUÑO. ¿Si te prenden el palillo
por palillo falso?

MEND. Si alguien
que no he comido un faisan
dentro de sí imagináre,
que allá dentro de sí miente,
aquí y en cualquiera parte
lo sustentaré.

NUÑO. ¿Mejor
no seria sustentarme
á mí, que al otro, que en fin
te sirvo?

MEND. ¡Qué necedades!
¿En efecto, que han entrado
soldados aquesta tarde
en el pueblo?

NUÑO. Sí, señor.

MEND. ¡Lástima da el villanage
con los huéspedes que espera!

NUÑO. Mas lástima dá y mas grande,
con lo que no espera....

MEND. ¿Quién?

NUÑO. La hidalguez, y no te espante,
que si no alojan, señor,
en cas de hidalgos á nadie;
¿por qué piensas que es?

MEND. ¿Por qué?

NUÑO. Porque no se mueran de hambre.

MEND. En buen descanso esté el alma
de mi buen señor y padre,
pues, en fin, me dejó una
ejecutoria tan grande,
pintada de oro y azul,
escepcion de mi linaje.

NUÑO. Tomáramos que dejára
un poco del oro aparte.

MEND. Aunque si reparo en ello,
y si va á decir verdades,
no tengo que agradecerle
de que hidalgo me enjendrase;
porque yo no me dejára
enjendrar, aun que él porfiase,
sino fuera de un hidalgo
en el vientre de mi madre.

NUÑO. Fuera de saber difícil.

MEND. No fuera sino muy fácil.

NUÑO. ¿Cómo, señor?

MEND. Tú, en efecto,
filosofía no sabes,
y así ignoras los principios.

NUÑO. Sí, señor, y aun los antes
y postres desde que como
contigo, y es que al instante
mesa divina es tu mesa,
sin medios, postres, ni antes.

MEND. Yo no digo estos principios:
has de saber, que el que nace,
sustancia es del alimento
que antes comieron sus padres.

NUÑO. ¿Luego tus padres comieron?
esa maña no heredaste.

MEND. Eso despues se convierte
en su propia carne y sangre;
luego si hubiera comido
el mio cebolla, al instante
me hubiera dado el olor,
y hubiera dicho yo: «tate,
que no me está bien hacerme
de escremento semejante.»

NUÑO. Ahora digo que es verdad.

MEND. ¿Qué?

NUÑO. Que adelgaza la hambre
los ingenios.

MEND. ¡Majadero!
¿téngola yo?

NUÑO. No te enfades,
que sino la tienes, puedes
tenerla, pues de la tarde
son ya las tres, y no hay greda
que mejor las manchas saque,
que tu saliba y la mia.

MEND. ¿Pues esta es causa bastante
para tener hambre yo?
Tengan hambre los gañanes,
que no somos todos unos;
que á un hidalgo no le hace
falta el comer.

NUÑO. ¡Oh, quién fuera
hidalgo!

MEND. Y mas no hables
de esto, pues ya de Isabel
vamos entrando en la calle.

NUÑO. ¿Por qué si de Isabel eres
tan firme y rendido amante,
á su padre no la pides?
pues con esto tú, y su padre

remediareis de una vez
entrambas necesidades;
tú comerás y él hará
hidalgos sus nietos.

MEND. No hables
mas, Nuño, en eso: ¿dineros
tanto habian de postrarme,
que á un hombre llano, por fuerza
habia de admitir?

NUÑO. Pues antes
pensé, que el ser hombre llano
para suegro era importante,
pues de otros dicen que son
tropezones en que caen
los yernos, y si no has
de casarte ¿por qué haces
tantos estremos de amor?

MEND. ¿Pues no hay sin que yo me case
Huelgas en Burgos á donde
llevarla cuando me enfade?
Mira si acaso la ves.

NUÑO. Temo si acierta á mirarme
Pedro Crespo....

MEND. ¿Qué ha de hacerte
siendo mi criado nadie?
Haz lo que manda tu amo.

NUÑO. Si haré, aunque no he de sentarme
con él á la mesa.

MEND. Es propio
de los que sirven refranes.

NUÑO. Albricias, que con su prima
Inés á la reja sale.

MEND. Dí, que el bello Oriente
coronado de diamantes
hoy, repitiéndole el sol
amanece por la tarde.

ESCENA V.

MENDO Y NUÑO, ISABEL É INES *á la ventana.*

INES. Asómate á esa ventana,
prima, asi el Cielo te guarde,
verás los soldados que entran
en el lugar....

ISAB. No me mandes
que á la ventana me ponga,
estando ese hombre en la calle,
Ines, pues ya cuanto el verle
en ella me ofende, sabes.

INÉS. ¡En notable tema ha dado
de servirte y festejarte!

ISAB. No soy mas dichosa yo.

INÉS. A mi parecer, mal haces
de hacer sentimiento de esto.

ISAB. ¿Pues qué habia de hacer?

INÉS. Donaire.

ISAB. ¿Donaire de los disgustos?

MEND. Hasta aqueste mismo instante (*A Isabel.*)
jurara yo á fé de hidalgo,
que es juramento inviolable,
que no habia amanecido;
¿mas qué mucho que lo estrañe
hasta que á vuestras auroras
segundo dia les sale?

ISAB. Ya os he dicho muchas veces,
Señor Mendo, cuan en balde
gastais finezas de amor,
locos estremos de amante
haciendo todos los dias
en mi casa y en mi calle.

MEND. Si las mugeres hermosas
supieran cuanto las hace
mas hermosas el enojo,
el rigor, desden y ultrage,
en su vida gastarian
mas afeite que enojarse.
¡Hermosa estais por mi vida!
decid, decid mas pesares.

ISAB. Cuando no baste el decirlos,
Don Mendo, el hacerlos baste
de aquesta manera: Inés,
éntrate acá dentro, y dale
con la ventana en los ojos. (*Vase.*)

INES. Señor caballero andante,
que de aventurero entrais
siempre en lides semejantes,
porque de mantenedor
no era para vos tan fácil,
amor os provea. (*Cierra la ventana.*)

MEND. Ines,
las hermosuras se salen
con cuanto ellas quieren. ¿Nuño?

NUÑO. ¡Oh, que desairados nacen
todos los pobres!

ESCENA VI.

MENDO, NUÑO, PEDRO CRESPO *y despues su hijo* JUAN.

CRESP. (¡Qué nunca
entre y salga yo en mi calle,
que no vea este hidalgote
pasearse en ella muy grave.)

NUÑO. Pedro Crespo viene aquí.

MEND. Vamos por estotra parte,
que es villano malicioso.

JUAN. (Qué siempre que venga, halle
ese fantasma á mi puerta,
calzado de frente y guantes?)

NUÑO. Pero acá viene su hijo.

MEND. No te turbes ni embaraces.

CRESP. (Mas Juanito viene aquí.)

JUAN. (Pero aquí viene mi padre.)

MEND. Disimula. Pedro Crespo,
Dios os guarde.

CRÉSP. Dios os guarde.

ESCENA VII.

Decoracion de sala: una puerta á cada lado otra en el fondo que dá á la calle.

PEDRO CRESPO *y* JUAN.

CRÉSP. (El ha dado en porfiar,
y alguna vez he de darle
de manera que le duela.)

JUAN. Algun dia ha de enojarme,
¿De donde bueno, señor?

CRÉSP. De las eras, que esta tarde
salí á mirar la labranza,
y están las parvas notables
de manojos y montones,

que parecen, al mirarse
desde lejos, montes de oro,
y aun oro de mas quilates
pues de los granos de aqueste
es todo el cielo el contraste.
Allí el vielgo, hiriendo á soplos
el viento en ellos suave,
deja en esta parte el grano,
y la paja en otra parte,
que aun allí lo mas humilde
dá lugar á lo mas grave.
¡Oh, quiera Dios, que en las trojes
yo llegue á encerrarlo, antes
que algun turbion me lo lleve,
ó algun viento me lo tale.
Tú, que has hecho?

JUAN. No sé como
decirlo sin enojarte:
á la pelota he jugado
dos partidos esta tarde,
y entrambos los he perdido.

CRESP. Haces bien, si los pagaste.

JUAN. No los pagué, que no tuve
dineros para ello, antes
vengo á pedirte, señor.

CRESP. Pues escucha antes de hablarme;
dos cosas no has de hacer nunca:
no ofrecer lo que no sabes
si has de cumplir, ni jugar
mas de lo que está delante,
porque si por accidente
falta, tu opinion no falte.

JUAN. El consejo es como tuyo,
y porque debo estimarle
he de pagarte con otro:
en tu vida no has de darle
consejo al que ha menester
dinero.

CRESP. Bien te vengaste.

ESCENA VIII.

Dichos y el SARGENTO *con una maleta.*

SARG. ¿Vive Pedro Crespo aquí?

CRESP. ¿Hay algo que V. le mande?

SARG. Traer á su casa la ropa
de Don Alvaro de Ataide,
que es el capitan de aquesta
compañía, que esta tarde
se ha alojado en Zalamea.

CRESP. No digais mas, esto baste,
que para servir al Rey,
y al Rey en sus capitanes,
está mi casa y mi hacienda:
y en tanto que se le hace
el aposento, dejad
la ropa en aquesta parte, *(Deja la maleta.)*
é id á decirle que venga
cuando su merced mandáre,
á que se sirva de todo.

SARG. El vendrá luego al instante

ESCENA IX.

CRESPO Y JUAN.

JUAN. ¿Qué quieras siendo tan rico
vivir á estos hospedages
sugeto?

CRESP. ¿Pues como puedo
escusarlos ni escusarme?

JUAN. Comprando una ejecutoria.

CRESP. Dime por tu vida, hay alguien
que no sepa que yo soy
si bien de limpio linage,
hombre llano? No por cierto.
¿Pues qué gano yo en comprarle
una ejecutoria al Rey,
sino le compro la sangre?
¿Dirán entonces que soy
mejor que ahora? Es dislate.
¿Pues qué dirán? que soy noble
por cinco ó seis mil reales,
y esto es dinero y no es honra,
que honra no la compra nadie.
¿Quieres, aunque sea trivial,
un ejemplillo escucharme?
Es calvo un hombre mil años,
y al cabo de ellos se hace
una cabellera: este
en opiniones vulgares,
¿deja de ser calvo? No,
pues que dicen al mirarle;
«bien puesta la cabellera
trae fulano,» ¿pues qué hace
si aunque no le vean la calva,
todos que la tiene saben?

JUAN. Enmendar su vejacion,
remediarse de su parte,
y redimir las molestias
del sol, del yelo y del aire.

CRESP. Yo no quiero honor postizo,
que el defecto ha de dejarme
en casa: villanos fueron
mis abuelos y mis padres,
sean villanos mis hijos;
Llama á tu hermana.

JUAN. Ella sale.

ESCENA X.

CRESPO, JUAN, ISABEL É INES.

CRESP. Hija, el Rey nuestro señor,
que el cielo mil años guarde,
vá á Lisboa, porque en ella
solicita coronarse
como legítimo dueño,
á cuyo efecto, marciales
tropas caminan con tantos
aparatos militares,
hasta bajar á Castilla
el tercio viejo de Flandes,
con un don Lope, que dicen
todos, que es español Marte.
Hoy han de venir á casa
soldados, y es importante
que no te vean, así, hija,
al punto has de retirarte

en estos desvanes donde
yo vivia.

ISAB. A suplicarte
me dieses esa licencia
venia: yo sé que el estarme
aquí, es estar solamente
á escuchar mil necedades.
Mi prima y yo en este cuarto
estarémos, sin que nadie,
ni aun el mismo sol, hoy sepa
de nosotras.

CRESP. Dios os guarde.
Juanico, quédate aquí:
recibe á huéspedes tales,
mientras busco en el lugar
algo con que regalarles. *(Vase.)*

ISAB. Vamos, Ines.

INÉS. Vamos, prima;
mas tengo por disparate
el guardar á una muger,
si ella no quiere guardarse.

ESCENA XI.

JUAN, *el* CAPITAN *y el* SARGENTO *desde la puerta de fondo.*

SARG. Esta, señor, es la casa.

CAPIT. Pues del cuerpo de guardia al punto pasa
toda mi ropa.

SARG. Quiero
registrar la villana lo primero. *(Vase el Sargento por la puerta de la derecha.)*

ESCENA XII.

JUAN *y el* CAPITAN.

JUAN. Vos seais bien venido
á aquesta casa, que ventura ha sido
grande venir á ella un caballero
tan noble, como en vos lo considero.
(¡Qué galan, qué alentado,
envidia tengo al trage del soldado!)

CAPIT. Vos seais bien hallado.

JUAN. Perdonareis no estar acomodado,
que mi padre quisiera,
que hoy un alcázar esta casa fuera.
El ha ido á buscaros
que comais, que desea regalaros,
y yo voy á que esté vuestro aposento
aderezado.

CAPIT. Agradecer intento
la merced y el cuidado.

JUAN. Estaré siempre á vuestros pies postrado.

ESCENA XIII.

EL CAPITAN *y el* SARGENTO.

CAPIT. ¿Qué hay, sargento? ¿Has visto
á la tal labradora?

SARG. ¡Vive Cristo!
que con aquese intento,
no he dejado cocina ni aposento,
y no la he encontrado.

CAPIT. Sin duda el villanchon la ha retirado.

SARG. Pregunté á una criada
por ella, y respondióme, que ocultada
su padre la tenia
en ese cuarto alto, y que no habia
de bajar nunca acá, que es muy zeloso.

CAPIT. ¿Qué villano no ha sido malicioso?
si acaso aquí la viera,
de ella caso no hiciera;
y solo porque el viejo la ha guardado,
deseo ¡vive Dios! de entrar me ha dado
donde está.

SARG. ¿Pues qué haremos
para que allá, señor, con causa entremos
sin dar sospecha alguna?

CAPIT. Solo por tema la he de ver, y una
industria he de buscar.

SARG. Aunque no sea
de mucho ingenio para que la vea
hoy, no importa nada,
que con esto será mas celebrada.

CAPIT. Oyela pues ahora.

SARG. Dí, que ha sido.

ESCENA XIV.

CAPITAN, SARGENTO, REBOLLEDO *y la* CHISPA.

CAPIT. Tú has de fingir.... mas no, pues ha venido
este soldado, que es mas despejado;
él fingirá mejor lo que he trazado.

REB. Con este intento vengo *(A Chispa.)*
á hablar al capitan, por ver si tengo
dicha en algo.

CHISP. Pues háblale de modo, *(A Rebo.)*
que le obligues, que en fin, no ha de ser todo
desatino y locura.

REB. Préstame un poco tú de tu cordura.

CHISP. Poco y mucho pudiera.

REB. Mientras hablo con él, aquí me espera.
Yo vengo á suplicarte... *(Al Capitan.)*

CAPIT. En cuanto pueda
ayudaré, por Dios, á Rebolledo,
porque me ha aficionado
su despejo y su brio.

SARG. ¡Gran soldado!

CAPIT. ¿Pues qué hay que se ofrezca?

REB. Yo he perdido
cuanto dinero tengo y he tenido,
y he de tener; porque de pobre juro
en presente, pretérito y futuro:
hágaseme merced de que por via
de ayudilla de costa, aqueste dia
el alférez me dé....

CAPIT. Diga, qué intenta.

REB. El juego del boliche por mi cuenta,
que soy hombre cargado
de obligaciones, y hombre al fin honrado.

CAPIT. Digo que esto es muy justo,
y el alférez sabrá que este es mi gusto.

CHISP. (Bien le habla el capitan. ¡Oh, si me viera
llamar de todos ya la bolichera!)

REB. Daréle este recado.

CAPIT. Oye primero
que lo lleves: de tí fiarme quiero
para cierta invencion que he imaginado
con que salir espero de un cuidado.

REB. ¿Pues qué es lo que se aguarda?

Lo que tarda en saberse, es lo que tarda
en hacerse.

CAPIT. Escúchame: yo intento
subir á ese aposento,
por ver si en él una persona habita,
que de mí hoy esconderse solicita.

REB. ¿Por qué á él no subes?

CAPIT. No quisiera,
sin que alguna color para esto hubiera,
por disculparlo mas, y así, fingiendo
que yo riño contigo, has de irte huyendo
por ahí arriba; entonces yo enojado
la espada sacaré, tú muy turbado
has de entrarte hasta donde
la persona que busco se me esconde.

REB. Bien informado quedo.

CHISP. (Pues habla el capitan con Rebolledo
hoy de aquesta manera,
desde hoy me llamarán la bolichera.)

REB. ¡Vive Dios! que han tenido
esta ayuda de costa que he pedido,
un ladron, un gallina y un cuitado;
y ahora que la pide un hombre honrado
no se la dan.

CHISP. *(Ya empieza su tronera.)*

CAPIT. ¿Pues cómo me habla á mí desta manera?

REB. ¿No tengo de enojarme
cuanto tengo razon?

CAPIT. ¡No, ni ha de hablarme,
y agradezca que sufro aqueste esceso!

REB. Usted es mi capitan... solo por eso
callaré; mas por Dios, que si tuviera
la vengala en la mano.....

CAPIT. ¿Qué me hiciera?

CHISP. ¡Tente, señor! (Su muerte considero.)

REB. Que me hablára mejor.

CAPIT. *(Sacando la espada.)* ¿Quées lo que espero,
que no doy muerte á un pícaro atrevido?

REB. Huyo por el respeto que he tenido
á esa insignia.

CAPIT. Aunque huyas
te de matar.

CHISP. (Ya él hizo de las suyas.)

SARG. ¡Tente, Señor!

CHISP. Escucha...

SARG. Aguarda... espera.

CHISP. (¡Ya no me llamarán la bolichera! *(Vase el capitan acuchillando á Rebolledo.)*

ESCENA XV.

SARGENTO, CHISPA, CRESPO Y JUAN *con espadas.*

JUAN. Acudid todos presto.

CRESP. ¿Qué ha sucedido aquí?

JUAN. ¿Qué ha sido esto?

CHISP. Que la espada ha sacado
aquí el capitan para un soldado,
y esta escalera arriba
sube tras él.

CRESP. (¿Hay suerte mas esquiva?)

CHISP. Subid todos tras él.

JUAN. (¡Accion fué vana
esconder á mi prima y á mi hermana!)

ESCENA XVI.

Aposento de Isabel.

ISABEL, INES Y REBOLLEDO *entrando precipitado.*

REB. Señoras, pues siempre ha sido
sagrado el que es templo, hoy
sea mi sagrado aqueste,
puesto que es templo de amor.

ISAB. ¿Quién á huir de esta manera
os obliga?

INES. ¿Qué ocasion
teneis de entrar hasta aquí?

ISAB. ¿Quién os sigue, quién os busca?

ESCENA XVII.

Dichos, el CAPITAN *y el* SARGENTO.

CAPIT. Yo,
que tengo de dar la muerte
al pícaro. ¡Vive Dios!
si pensaste....

ISAB. Deteneos,
siquiera porque, señor,
vino á valerse de mí,
que los hombres como vos
han de amparar las mugeres,
sino por lo que ellas son,
porque son mugeres, que esto
basta, siendo vos quien sois.

CAPIT. No pudiera otro sagrado *(Envaina la espada.)*
librarle de mi furor,
sino vuestra gran belleza....
por ella vida le doy;
pero mirad, que no es bien
en tan preciosa ocasion
hacer vos el homicidio,
que no quereis que haga yo.

ISAB. Caballero, si cortés
poneis en obligacion
nuestras vidas, no zozobre
tan presto la intercesion.
Que dejeis este soldado
os suplico, pero no
que cobreis de mí la deuda
á que agradecida estoy.

CAPIT. No solo vuestra hermosura
es de rara perfeccion,
pero vuestro entendimiento
lo es tambien, porque hoy en vos
alianza están jurando
hermosura y discrecion.

ESCENA XVIII.

ISABEL, INES, REBOLLEDO, CAPITAN, SARGENTO, *la* CHISPA *y* CRESPO *y* JUAN *con espadas.*

CRESP. ¿Cómo es esto, caballero?
Cuando pensó mi temor
hallaros matando un hombre,
os hallo.....

ISAB. (¡Válgame Dios!)

CRESP. Requebrando una muger?
¡Muy noble sin duda sois,

pues que tan presto se os pasan
los enojos!

CAPIT. Quien nació
con obligaciones, debe
acudir á ellas, y yo
al respeto de esta dama
suspendí todo el furor.

CRESP. Isabel es hija mia,
y es labradora, señor,
que no dama

JUAN. (¡Vive el Cielo,
que todo ha sido invencion
para haber entrado aquí!
¡Corrido en el alma estoy
de que piensen que me engañan,
y no ha de ser!) Bien, Señor
Capitan, pudiérais ver
con mas segura atencion
lo que mi padre desea
hoy serviros, para no
haberle hecho este agravio.

CRESP. ¿Quién os mete en esto á vos,
rapaz? ¿qué disgusto ha habido?
Si el soldado le enojó,
¿no habia de ir tras él? Mi hija
estima mucho el favor
del haberlo perdonado,
y el de su respeto yo.

CAPIT. Claro está que no habrá sido
otra causa, y ved mejor
lo que decís.

JUAN. Yo lo he visto
muy bien.

CRESP. ¿Pues cómo hablais vos
así?

CAPIT. Porque estais delante,
mas castigo no le doy
á este rapaz.

CRESP. Detened,
señor capitan, que yo
puedo tratar á mi hijo
como quisiere, y no vos.

JUAN. Y yo sufrirle á mi padre,
mas á otra persona nó.

CAPIT. ¿Qué habiais de hacer?

JUAN. Perder
la vida por la opinion.

CAPIT. ¿Qué opinion tiene un villano?

JUAN. Aquella misma que vos,
que no hubiera un capitan,
sino hubiera un labrador.

CAPIT. ¡Vive Dios, que ya es bajeza
sufrirlo! *(Saca la espada.)*

CRESP. Ved que yo estoy
de por medio.

REB. Vive Cristo,
Chispa, que ha de haber hurgon.

CHISP. ¡Aquí del cuerpo de guardia!

REB. Don Lope, ojo avizor.

ESCENA XIX.

Dichos, D. LOPE *con hábito y vengala*,

LOPE. ¿Qué es aquesto? ¿la primera
cosa que he de encontrar hoy,
acabado de llegar,
ha de ser una cuestion?

CAPIT. (¡A que mal tiempo don Lope
de Figueroa llegó!)

CRESP. (¡Por Dios que se las tenia
con todos el rapagon!)

LOPE. ¿Qué ha habido.... qué ha sucedido?
Hablad, porque, ¡vive Dios!
que á hombres, mugeres y casa
eche por un corredor.
¿No me basta haber subido
hasta aquí con el dolor
de esta pierna, que los diablos
lleváran, amen; sino
no decirme, aquesto ha sido?

CRESP. Todo esto es nada, señor.

LOPE. Hablad, decid la verdad.

CAPIT. Pues es que alojado estoy
en esta casa: un soldado...,

LOPE. Decid.

CAPIT. Ocasion me dió
á que sacase con él
la espada; hasta aquí se entró
huyendo, entréme tras él
donde estaban estas dos
labradoras, y su padre,
ó su hermano, ó lo que son,
se han disgustado de que
entrase hasta aquí.

LOPE. Pues yo
á tan buen tiempo he llegado,
satisfaré á todos hoy.
¿Quién fué el soldado, decid,
que á su capitan le dió
ocasion de que sacase
la espada?

REB. (¿Que pago yo
por todos?)

ISAB. Aqueste fué
el que huyendo hasta aquí entró.

LOPE. Dénle dos tratos de cuerdas

REB. ¿Traqué han de darme, señor?

LOPE. Tratos de cuerda.

REB. Yo hombre
de aquestos tratos no soy.

CHISP. (¡De esta vez me lo estropean!)

CAPIT. ¡Ah, Rebolledo por Dios! *(Ap. á Reboll.)*
que nada digas: yo haré
que te libren.

REB. ¿Cómo no *(Ap. al Capitan)*
lo he de decir, pues si callo,
los brazos me pondrán hoy
atrás como mal soldado?
El capitan me mandó *(A D. LOPE.)*
que fingiese la pendencia,
para tener ocasion
de entrar aquí.

CRESP. Ved ahora
si hemos tenido razon.

LOPE. No tuvisteis, para haber
así puesto en ocasion
de perder este lugar.
Ola, echad un vando, tambor, *(Mirando á*
que al cuerpo de guardia vayan *dentro.)*
los soldados cuantos son,
y que no salga ninguno,
pena de muerte, en todo hoy.
Y para que no quedeis *(A Crespo.)*

con aqueste empeño vos,
y vos con este disgusto, *(Al Capitan.)*
y satisfechos los dos,
buscad otro alojamiento,
que yo en esta casa estoy
desde hoy alojado, en tanto
que á Guadalupe me voy,
donde está el rey.

CAPIT. Tus preceptos
órdenes precisas son
para mí. *(Vase con los suyos.)*

CRESP. *(A sus hijos.)* Entraos allá dentro.

ESCENA XX.

DON LOPE *y* CRESPO.

CRESP. Mil gracias, Señor, os doy,
por la merced que me hicísteis
de escusarme la ocasion
de perderme.

LOPE. ¿Como habíais,
decid, de perderos vos?

CRESP. Dando muerte á quien pensára
ni aun el agravio menor.

LOPE. ¿Sabeis ¡vive Dios! que es
capitan?

CRESP. Sí, ¡vive Dios!
y aunque fuera el general,
en tocando á mi opinion,
le matára.

LOPE. A quien tocára,
ni aun al soldado menor
solo un pelo de la ropa,
¡viven los Cielos! que yo
le ahorcara.

CRESP. A quien se atreviera
á un átomo de mi honor,
¡viven los Cielos! tambien,
que tambien lo ahorcara yo.

LOPE. ¿Sabeis que estais obligado
á sufrir, por ser quien sois,
estas cargas?

CRESP. Con mi hacienda,
pero con mi fama no.
Al Rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sola es de Dios.

LOPE. ¡Vive Cristo! que parece
que vais teniendo razon.

CRESP. Sí, ¡vive Cristo! porque
siempre la he tenido yo.

LOPE. Yo vengo cansado, y esta
pierna, que el diablo me dió,
ha menester descansar.

CRESP. ¿Pues quien no os dice que nó?
Ahí me dió el diablo una cama,
y servirá para vos.

LOPE. ¿Y dióla hecha el diablo?

CRESP. Sí

LOPE. Pues á deshacerla voy,
que estoy ¡voto á Dios! cansado.

CRESP. Pues descansad ¡voto á Dios!

LOPE. (¡Testarudo es el villano,
tambien jura como yo!)

CRESP. (¡Caprichudo es el Don Lope....
no haremos migas los dos!)

JORNADA SEGUNDA.

Decoracion de calle: á un lado puerta y ventana de casa de Crespo.

ESCENA PRIMERA.

MENDO y NUÑO.

MEND. ¿Quien te contó todo eso?

NUÑO. Todo esto contó Ginesa,
su criada.

MEND. El capitan,
despues de aquella pendencia
que en su casa tuvo, fuese
ya verdad, ó ya cautela,
ha dado en enamorar
á Isabel.

NUÑO. Y es de manera,
que tan poco humo en su casa
él hace, como en la nuestra
nosotros: en todo el dia
se ve apartar de la puerta....
no hay hora que no la envie
recados; con ellos entra
y sale un soldadillo
confidente suyo.

MEND. Cesa,
que es mucho veneno, mucho,
para que el alma lo beba
de una vez.

NUÑO. Y mas, no habiendo
en el estómago fuerzas
con que resistirlo.

MEND. Hablemos
un rato, Nuño, de veras.

NUÑO. ¡Pluguiera á Dios fueran burlas!

MEND. ¿Y qué le responde ella?

NUÑO. Lo que á tí, porque Isabel
es deidad hermosa y bella,
á cuyo cielo no empañan
los vapores de la tierra.

MEND. Buenas nuevas te dé Dios.

NUÑO. A tí te dé mal de muelas,
que me has quebrado los dientes;
mas bien has hecho, si intentas
reformarlos por familia,
que no sirve, ni aprovecha.
El capitan... *(Mirando á dentro.)*

MEND. ¡Vive Dios!
si por el honor no fuera
de Isabel, que le matára.

NUÑO. Mas mira por tu cabeza.

ESCENA II.

MENDO, NUÑO, *el* CAPITAN, *el* SARGENTO Y REBOLLEDO.

MEND. Escucharé retirado;
aquí á esta parte te llega.

CAPIT. Este fuego, esta pasion,
no es amor solo, que es tema,
es ira, es rabia, es furor.

REB. ¡Oh, nunca, señor, hubieras
visto á la hermosa villana,

que tantas ánsias te cuesta!
CAPIT. ¿Qué te dijo la criada?
REB. ¿Ya no sabes sus respuestas?
MEND. Esto ha de ser, pues ya tiende
la noche sus sombras negras,
antes que se haya resuelto
á lo mejor mi prudencia,
ven á armarme.
NUÑO. Pues qué, ¿tienes
mas armas, señor, que aquellas
que están en un azulejo
sobre el marco de la puerta?
MEND. En mi guardarnés presumo
que hay para tales empresas
algo que ponerme.
NUÑO. Vamos
sin que el capitan lo sienta.

ESCENA III.

El CAPITAN, *el* SARGENTO Y REBOLLEDO.

CAPIT. ¿Qué en una villana haya
tan hidalga resistencia?
¡Qué no me haya respondido
una palabra siquiera
apacible!
SARG. Estas, señor,
no de los hombres se prendan
como tú. Si otro villano
la festejára y sirviera,
hiciera mas caso de él;
fuera de que son tus quejas
sin tiempo. ¿Si te has de ir
mañana, para qué intentas
que una muger en un dia
te escuche y te favorezca?
CAPIT. En un dia el sol alumbra
y falta: en un dia se trueca
un reino todo: en un dia
es edificio una peña:
en un dia una batalla,
pérdida y victoria ostenta:
en un dia tiene el mar
tranquilidad y tormenta:
en un dia nace un hombre
y muere; luego pudiera
en un dia ver mi amor
sombra y luz como planeta,
pena y dicha como imperio,
gente y brutos como selva,
paz é inquietud como mar,
triunfo y ruina como guerra,
vida y muerte como dueño
de sentidos y potencias:
y habiendo tenido edad
en un dia su violencia
de hacerme tan desdichado,
¿por qué, por qué no pudiera
tener edad en un dia
de hacerme dichoso? ¿es fuerza
que se engendren mas despacio
las glorias que las ofensas?
SARG. ¿Verla una vez solamente
á tanto estremo te fuerza?
CAPIT. ¿Qué mas causa habia de haber,
llegando á verla, que verla?
De sola una vez á incendio
crece ya breve pavesa:
de una vez sola un abismo
sulfúreo volcan revienta:
de una vez se enciende el rayo
que destruye cuanto encuentra:
de una vez escupe horror
la mas reformada pieza:
de una vez amor ¿qué mucho,
fuego de cuatro maneras,
mina, incendio, pieza y rayo,
postre, abrase asombre y hiera?
SARG. ¿No decíais que villanas
nunca tuvieron belleza?
CAPIT. Y aun aquesta confianza
me mató, porque el que piensa
que va á un peligro, ya vá
prevenido á la defensa:
quien va á una seguridad
es el que mas riesgo lleva,
por la novedad que halla,
acaso un peligro encuentra.
Pensé hallar una villana;
¿si hallé una deidad, no era
preciso que peligrase
en mi misma inadvertencia?
¡En toda mi vida ví
mas divina, mas perfecta
hermosura! ¡Ay, Rebolledo,
no sé que hiciera por verla!
REB. En la compañía hay soldado
que canta por escelencia,
y la Chispa, que es mi alcaide
del boliche, es la primera
muger en jacarear:
haya, Señor, grita y fiesta,
y música á su ventana,
que con esto podrás verla
y aun hablarla.
CAPIT. Como está
don Lope allí, no quisiera
despertarle.
REB. ¿Pues don Lope
cuando duerme con su pierna?
Fuera, señor, que la culpa
si se entiende, será nuestra
no tuya, si de rebozo
vas en la tropa.
CAPIT. Aunque tenga
mayores dificultades,
pasa por todas mi pena.
Juntaos todos esta noche,
mas de suerte, que no entiendan
que yo lo mando. (¡Ah, Isabel,
que de cuidados me cuestas!)

ESCENA IV.

REBOLLEDO *y la* CHISPA.

CHISP. Téngase.
REB. Chispa, ¿qué es esto?
CHISP. Ahí un pobrete que queda
con un rasguño en el rostro.
REB. ¿Pues por qué fué la pendencia?
CHISP. Sobre hacerme alicantina
del barato de hora y media,

que estuve echando las bolas,
teniéndome muy atenta
à si eran pares ó nones;
canséme y dile con esta. (*Sacando*
Mientras que con el barbero, *una daga.*)
poniéndose en puntos queda,
vamos al cuerpo de guardia,
que allá te daré la cuenta.

REB. ¡Bueno es estar de mohina
cuando vengo yo de fiesta!

CHISP. ¿Pues qué estorba el uno al otro?
Aqui está la castañeta....
¿qué se ofrece que cantar?

REB. Ha de ser cuando anochezca,
y música mas fundada:
vamos y no te detengas;
anda acá al cuerpo de guardia.

CHISP. Fama ha de quedar eterna
de mí en el mundo, que soy
Chispilla la bolichera.

ESCENA V.

Decoracion de jardin.

Don LOPE *y* CRESPO.

CRESP. En este paso que está (*Mirando á dentro.*)
mas fresco, poned la mesa
al Señor don Lope. Aquí (*A don Lope.*)
os sabrá mejor la cena,
que al fin, los dias de Agosto
no tienen mas recompensa
que sus noches.

LOPE. Apacible
estancia en estremo es esta.

CRESP. Un pedazo es del jardin
en que mi hija se divierta.
Sentaos, que el viento suave,
que en las blandas hojas suena
de estas parras y estas copas,
mil cláusulas lisonjeras
hace al compás de esta fuente,
cítara de plata y perlas,
porque son en trastes de oro
las guijas templadas cuerdas.
Perdonad, si de instrumentos
solos la música suena
sin cantares que os deleiten,
sin voces que os entretengan,
qne como músicos son
los pájaros que gorgean,
no quieren cantar de noche,
ni yo puedo hacerles fuerza.
Sentaos, pues, y divertid
esta contínua dolencia.

LOPE. No podré, que es imposible
que divertimiento tenga.
Válgame Dios!

CRESP. ¡Válgame, amen!

LOPE. Los cielos me den paciencia.
Sentaos Crespo.

CRESP. Yo estoy bien.

LOPE. Sentaos.

CRESP. Pues me dais licencia, (*Sientase.*)
digo, Señor, que obedezco,
aunque escusarlo pudiérais.

LOPE. ¿No sabeis qué he reparado?
qué ayer la cólera vuestra
os debió de enagenar
de vos.

CRESP. Nunca me enagena
á mi nada, señor.

LOPE. ¿Pues
como ayer, sin que os dijera
que os sentárais, os sentásteis,
y aun en la silla primera?

CRESP. Porque no me lo dijísteis,
y hoy, que lo decis, quisiera
no hacerlo; la cortesia
tenerla con quien la tenga.

LOPE. Ayer todo erais reniegos,
por vidas, votos y pésias,
y hoy estais mas apacible,
con mas gusto y mas prudencia.

CRESP. Yo, señor, respondo siempre
en el tono y en la letra
que me hablan: ayer vos
así hablábais, y era fuerza
que fuera de un mismo tono
la pregunta y la respuesta.
Demás de que yo he tomado
por política discreta,
jurar con aquel que jura,
rezar con aquel que reza.
A todo hago compañia;
y era aquesto de manera,
que en toda la noche pude
dormir, en la pierna vuestra
pensando, y amanecí
con dolor en ambas piernas,
que por no errar la que os duele,
si es la izquierda ó la derecha,
me dolieron á mí entrambas:
decidme por vida vuestra
cual es, y sépalo yo,
porque una solo me duela.

LOPE. ¿No tengo mucha razon
de quejarme, y há ya treinta
años, que asistiendo en Flandes
al servicio de la guerra,
el invierno con la escarcha,
y el verano con la fuerza
del sol, nunca descansé,
y no he sabido qué sea
estar sin dolor una hora?

CRESP. Dios, señor, os de paciencia.

LOPE. ¿Para qué la quiero yo?

CRESP. No os la dé.

LOPE. Nunca acá venga,
sino que dos mil demonios
carguen conmigo y con ella.

CRESP. Amen, y sino lo hacen
es por no hacer cosa buena.

LOPE. ¡Jesus mil veces, Jesus!

CRESP. Con vos y conmigo sea.

LOPE. ¡Vive Cristo que me muero!

CRESP. ¡Vive Cristo que me pesa!

ESCENA VI.

Don LOEE, CRESPO Y JUAN *con la mesa y luces.*

JUAN. Ya tienes la mesa aquí.

LOPE. ¿Cómo á servirla no entran
mis criados?
CRESP. Yo, señor,
dije con vuestra licencia,
que no entráran á serviros,
y que en mi casa no hicieran
prevenciones, que á Dios gracias,
pienso que no os falte en ella
nada.
LOPE. Pues no entran criados,
hacedme merced que venga
vuestra hija aquí á cenar
conmigo.
CRESP. Dila que venga
tu hermana al instante, Juan.

ESCENA VII.

Don LOPE y CRESPO.

LOPE. Mi poca salud os deja
sin sospecha en esta parte
CRESP. Aunque vuestra salud fuera,
señor, la que yo os deseo,
me dejara sin sospecha:
agravio haceis á mi honor,
que nada de esto me inquieta,
pues decirla que no entrára
aquí, fué con advertencia
de que no estuviese á oir
ociosas impertinencias,
que si todos los soldados,
cortéses, como vos, fueran,
ella habia de asistir
á servirlos la primera.
LOPE. (¡Qué ladino es el villano!
¡Oh, como tiene prudencia!)

ESCENA VIII.

Don LOPE, CRESPO, JUAN, ISABEL, É INÉS.

ISAB. ¿Qué es, señor, lo que mandais?
CRESP. El señor don Lope intenta
honraros: él es quien os llama.
ISAB. Aqui está una esclava vuestra.
LOPE. Serviros intento yo.
(¡Que hermosura tan honesta!)
Que cenеis conmigo quiero.
ISAB. Mejor es que á vuestra cena
sirvamos las dos.
LOPE. Sentaos.
CRESP. Sentaos; haced lo que ordena
el señor don Lope.
ISAB. Está
el mérito en la obediencia. (*Siéntanse*)
LOPE. ¿Qué es aquello? (*Tocan dentro guitarras.*)
CRESP. Por la calle
los soldados se pasean
tocando y cantando.
LOPE. Mal
los trabajos de la guerra,
sin aquesta libertad
se llevåran, que es estrecha
religion la de un soldado,
y darla ensanchas es fuerza.
JUAN. Con todo esto es linda vida.
LOPE. ¿Fuérades con gusto á ella?
JUAN. Sí, señor, como llevåra
por amparo á vuescelencia.
UNO. (*Dentro.*) Mejor se cantará aquí.
REB. (*Idem.*) Vaya á Isabel una letra;
y porque se despierte, tira
á su ventana una piedra.
CRESP. (A ventana señalada
vá la música.... ¡paciencia!)
(*Cantan dentro.*) Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
y mañana serán miel.
LOPE. (Música, vaya; mas esto
de tirar es desverguenza.
y á la casa donde estoy
venirse á dar cantaletas;
pero disimularé
por Pedro Crespo y por ella.)
¡Qué travesuras!
CRESP. Son mozos.
(Si por don Lope no fuera,
yo les hiciera....)
JUAN. (¡Si yo,
una rodelilla vieja,
que en el cuarto de Don Lope
está colgada, pudiera
sacar!) (*Hace que se vá.*)
CRESP. ¿Donde vais, mancebo?
JUAN. Voy á que traigan la cena.
CRESP. Allá hay mozos que la traigan.
TODOS. (*Dentro.*) Despierta, Isabel, despierta.
ISAB. (¿Qué culpa tengo yo, cielos,
para estar á esto sugeta?
LOPE. ¡Ya no se puede sufrir, (*Arroja la*
porque es cosa muy mal hecha! *mesa.)*
CRESP. Pues y como que lo es. (*Arroja la silla.)*
LOPE. Llevéme de mi impaciencia.
¿No es, decidme, muy mal hecho,
que tanto una pierna duela?
CRESP. De eso mismo hablaba yo.
LOPE. Pensé que otra cosa era....
¿cómo arrojásteis la silla?
CRESP. Como arrojásteis la mesa
vos, no tuve que arrojar
otra cosa yo mas cerca.
(Disimulemos, honor.)
LOPE. (¡Quien en la calle estuviera!)
Ahora bien, cenar no quiero;
retiraos.
CRESP. En hora buena.
LOPE. Señora, quedad con Dios.
ISAB. El cielo os guarde
LOPE. (¿A la puerta
de la calle no es mi cuarto,
y en él no está una rodela?)
CRESP. (¿No tiene puerta el corral,
y yo una espadilla vieja?)
LOPE. Buenas noches.
CRESP. Buenas noches.
(Encerraré por defuera
á mis hijas.) (*Váse.*)
LOPE. (Dejaré
un poco la casa quieta.) (*Váse.*)
ISAB. ¡Oh, mal, cielos, los dos
disimulan que les pesa!
INES. Mal el uno por el otro

van haciendo la deshecha.

CRESP. (*Dentro.*) ¡Ola, mancebo?

JUAN. ¿Señor?

CRESP. Acá está la cama vuestra.

ESCENA IX.

Decoracion de calle: á un lado puerta y ventana de la casa de Crespo. Es de noche.

El CAPITAN, *y el* SARGENTO, *la* CHISPA *y* REBOLLEDO *con guitarras, y soldados acompañando.*

REB. Mejor estamos aquí....
el sitio es mas oportuno....
forme rancho cada uno.

CHISP. ¿Vuelve la música?

REB. Sí.

CHISP. Ahora estoy en mi centro.

CAPIT. ¿Qué no haya una ventana
entreabierto esta villana?

SARG. ¡Pues bien lo oyen allá dentro!

CHISP. Espera.

SARG. Será á mi costa.

REB. No es mas de hasta ver quien es
quien llega.

CHISP. ¡Pues qué, no ves
un ginete de la costa? (*Siguen tocando*)

ESCENA X.

Dichos, MENDO *con adarga* Y NUÑO

MEND. ¿Ves bien lo que pasa?

NUÑO. Yo
no veo bien, pero bien
lo escucho.

MEND. ¿Quien, Cielos, quien
esto puede sufrir?

NUÑO. Yo.

MEND. ¿Abrirá acaso Isabel
la ventana?

NUÑO. Sí abrirá.

MEND. ¡No hará villano!

NUÑO. No hará.

MEND. ¡Ah zelos, pena cruel!
Bien supiera yo arrojar
á todos á cuchilladas
de aquí, mas disimuladas
mis desdichas han de estar,
hasta ver si ella ha tenido
culpa de ello.

NUÑO. Pues aquí
nos sentemos.

MEND. Bien, así
estaré desconocido.

REB. Pues ya el hombre se ha sentado
si ya no es, que ser ordena
algun alma, que anda en pena
de las cañas que ha jugado,
con su adarga acuestas, dá
voz al aire.

CHISP. Ya él la lleva.

REB. Va una jácara tan nueva
que corra sangre.

CHISP. Sí hará.

ESCENA XI.

Dichos, DON LOPE Y CRESPO, *salen á un tiempo con espadas y broqueles.*

CHISP. (*Canta.*) Erase cierto Sampayo,
la flor de los andaluces,
el jaque de mayor porte
y rufo de mayor lustre:
este pues á la Chillona
hallo un dia....

REB. (*Canta.*) No le culpes
la fecha, que el asonante
quiere que haya sido en lunes.

CHISP. Halló, dijo, á la Chillona,
que brindando entre dos luces,
ocupaba con el Garlo
la casa de las azumbres.
El Garlo que siempre fué
en todo lo que le cumplé,
rayo de tejado abajo,
porque era rayo sin nube,
sacó la espada y á un tiempo
un tajo y revés sacude.

CRESP. (*Acuchillándolos.*) ¿Seria de esta manera?

LOPE. (*Idem.*) Que seria así no duden. (*Vánse todos acuchillados por don Lope y Crespo.*)

ESCENA XII.

Don LOPE *y luego* CRESPO.

LOPE. (Huyeron, y uno ha quedado
de ellos que es el que está aquí.)

CRESP. (Cierto es, que el que queda allí,
sin duda es algun soldado.)

LOPE. (Ni aun este se ha de escapar
sin almagre.)

CRESP. (Ni este quiero
que quede, sin que mi acero
la calle le haga dejar.)

LOPE. Huid con los otros.

CRESP. (*Riñen.*) Huid vos,
que sabreis huir mas bien.

LOPE. (¡Vive Dios, que riñe bien!)

CRESP. (¡Bien pelea, vive Dios!)

ESCENA XIII.

CRESPO, *Don* LOPE Y JUAN *con espada.*

JUAN. (Quiera el cielo que le tope.)
Señor, á tu lado estoy. (*Acometiendo á D. Lope.*)

LOPE. ¿Es Pedro Crespo?

CRESP. Yo soy;
¿es Don Lope?

LOPE. (*Dejando de pelear.*) Sí, es Don Lope.
¿Qué no habiais, no dijísteis,
de salir? ¿qué hazaña es esta?

CRESP. Sean disculpa y respuesta,
hacer lo que vos hicísteis.

LOPE. Aquesa era ofensa mia,
vuestra no.

CRESP. No hay que fingir,
que yo he salido á reñir
por haceros compañia.

UNO (*Dentro.*) A dar muerte nos juntemos

á estos villanos.

ESCENA XIV.

Dichos, el Capitan, *el* Sargento, *la* Chispa, Rebolledo *y soldados.*

Capit. Mirad.
Lope. ¿Aquí no estoy yo? Esperad,
¿qué son estos estremos?
Capit. Los soldados han tenido,
porque se estaban holgando
en esta calle, cantando
sin alboroto y sin ruido,
una pendencia, y yo soy
quien los está deteniendo.
Lope. Don Alvaro, bien entiendo
vuestra prudencia, y pues hoy
aqueste lugar está
en ojeriza, yo quiero
escusar rigor mas fiero;
y pues amanece ya,
órden doy que en todo el dia,
para que mayor no sea
el daño de Zalamea,
saqueis vuestra compañía;
y estas cosas acabadas,
no vuelvan á ser, porque
otra vez la paz pondré,
¡vive Dios! á cuchilladas.
Capit. Digo que por la mañana
la compañía haré marchar.
(¡La vida me has de costar,
hermosísima villana!) (*Vase con los suyos.*)
Cresp. (¡Caprichudo es el don Lope...
ya haremos migas los dos.)
Lope. (*A Crespo.*) Venios conmigo vos,
y solo ninguno es tope.

ESCENA XV.

Mendo *y* Nuño *herido. Vá amaneciendo.*

Mend. ¿Es algo, Nuño, la herida?
Nuño. Aunque fuera menor, fuera
de mí muy mal recibida,
y mucho mas que quisiera.
Mend. Yo no he tenido en mi vida
mayor pena ni tristeza.
Nuño. Yo tampoco.
Mend. Que me enoje
es justo, que su fiereza
luego te dió en la cabeza.
Nuño. Todo este lado me coje.
Mend. ¿Qué es esto? (*Tocan cajas dentro.*)
Nuño. La compañía
que hoy se vá.
Mend. Y es dicha mia,
pues con esto cesarán
los zelos del capitan.
Nuño. Hoy se ha de ir en todo el dia.

ESCENA XVI.

Mendo, Nuño, el Capitan y el Sargento.

Capit. Sargento, vaya marchando
antes que decline el dia
con toda la compañía,
y con prevencion, que cuando
se esconda en la espuma fria
del occeano español
ese luciente farol,
en ese monte le espero;
porque hallar mi vida quiero
hoy en la muerte del sol.
Sarg. Calla, que está aquí una figura
del lugar.
Mend. Pasar procura
sin que entienda mi tristeza....
no muestres, Nuño, flaqueza.
Nuño. ¿Puedo yo mostrar gordura?

ESCENA XVII.

El Capitan *y el* Sargento.

Capit. Yo he de volver al lugar,
porque tengo prevenida
una criada, á mirar
si puedo por dicha hablar
á aquesta hermosa homicida.
Dádivas han grangeado,
que apadrine mi cuidado.
Sarg. Pues, Señor, si has de volver,
mira que habrás menester
volver bien acompañado;
porque al fin no hay que fiar
de villanos.
Capit. Ya lo sé;
algunos puedes nombrar
que vuelvan conmigo.
Sarg. Haré
cuanto me quieras mandar.
Pero si acaso volviese
don Lope y te conociese
al volver?
Capit. Ese temor
quiso tambien que perdiese
en esta parte mi amor,
que don Lope se ha de ir
hoy tambien á prevenir
todo el tercio á Guadalupe,
que todo lo dicho supe,
yéndome ahora á despedir
de él, porque ya el Rey vendrá,
que puesto en camino está.
Sarg. Voy, señor, á obedecerte.
Capit. Qué me vá la vida advierte.

ESCENA XVIII.

El Capitan *y* Rebolledo.

Reb. Señor, albricias me dá.
Capit. ¿De qué ha de ser, Rebolledo?
Reb. Muy bien merecerlas puedo,
pues solamente te digo....
Capit. ¿Qué...?
Reb. Que ya hay un enemigo
menos á quien tener miedo.
Capit. Quien es, dilo presto.
Reb. Aquel
mozo, hermano de Isabel:
don Lope se lo pidió

al padre, y él se lo dió,
y va á la guerra con él.
En la calle le he encontrado
muy galan, muy alentado,
mezclando á un tiempo, señor,
rezagos de labrador
con primicias de soldado;
de suerte, que el viejo es yá
quién pesadumbre nos dá.

CAPIT. Todo nos sucede bien,
y mas si me ayuda quien
esta esperanza me dá,
de que esta noche podré
hablarla.

REB. No pongas duda.

CAPIT. Del camino volveré,
que ahora es razon que acuda
á la gente que se vé
ya marchar; los dos sereis
los que conmigo vendreis.

ESCENA XIX.

REBOLLEDO *y la* CHISPA.

REB. Pocos somos ¡vive Dios!
aunque vengan otros dos,
otros cuatro y otros seis.

CHISP. Y yo, si tú has de volver
allá ¿qué tengo de hacer,
pues no estoy segura yo,
si da conmigo el que dió
al barbero que coser?

REB. No sé que he de hacer de tí.
¿No tendrás ánimo, dí,
de acompañarme?

CHISP. ¡Pues no!
¿Vestido no tengo yo,
y ánimo y esfuerzo?

REB. Sí;
vestido no faltará,
que ahí otro del page está
de gineta, que se fué.

CHISP. Pues yo plaza pasaré
con él.

REB. Vamos, que se vá
la bandera.

CHISP. Y yo veo ahora,
porque en el mundo he cantado
que el amor del soldado
no dura un hora.

ESCENA XX.

Don LOPE, CRESPO *y* JUAN.

LOPE. A muchas cosas os soy
en estremo agradecido;
pero sobre todas, esta
de darme hoy á vuestro hijo
para soldado: en el alma
os lo agradezco y estimo.

CRESP. Yo os le doy para criado.

LOPE. Yo os le llevo para amigo,
que me ha inclinado en estremo
su desenfado y su brio,
y la aficion á las armas.

JUAN. Siempre á vuestros pies rendido
me tendreis, y vos vereis
de la manera que os sirvo,
procurando obedeceros
en todo.

CRESP. Lo que os suplico
es, que perdoneis, Señor,
sino acertáre á serviros;
porque en el rústico estudio
adonde rejas y trillos,
palas, azadas y vielgos,
son nuestros mejores libros,
no habrá podido aprender
lo que en los Palacios ricos
enseña la urbanidad
política de los siglos.

LOPE. Ya que va perdiendo el sol
la fuerza, irme determino.

JUAN. Veré si viene, señor,
la litera.

ESCENA XXI.

Don LOPE, CRESPO, ISABEL *é* INES.

ISAB. (*A don Lope.*) ¿Y es bien iros
sin que os despidais de quien
tanto desea serviros?

LOPE. No me fuera sin besaros
las manos, y sin pediros
que liberal perdoneis
un atrevimiento digno
de perdon; porque no el premio
hace el don, sino el servicio.
Esta venera, que aunque
está de diamantes ricos
guarnecida, llega pobre
á vuestras manos, suplico
que la tomeis y tragais
por patena en nombre mio.

ISAB. Mucho siento que penseis,
con tan generoso indicio,
que pagueis el hospedage,
pues de honra que recibimos
somos los deudores.

LOPE. Esto
no es pago, sino cariño.

ISAB. Por cariño, y no por pago,
solamente la recibo.
A mi hermano os encomiendo,
ya que tan dichoso ha sido
que merece ir por criado
vuestro.

LOPE. Otra vez os afirmo,
que podeis descuidar de él,
que vá, señora, conmigo.

ESCENA XXII.

Don LOPE, CRESPO, ISABEL, INES Y JUAN.

JUAN. Ya está la litera puesta.

LOPE. Con Dios quedad.

CRESP. El mismo
os guarde.

LOPE. ¡Ah, buen Pedro Crespo!

CRESP. ¡Ah, señor don Lope invicto!

LOPE. ¿Quien os dijera aquel dia
primero que aquí nos vimos,
que habíamos de quedar
para siempre tan amigos?
CRESP. Yo lo dijera, señor,
si allí supiera al oiros,
que érais....
LOPE. *(Deteniéndose.)* Decid por mi vida.
CRESP. Loco de tan buen capricho.

ESCENA XXIII.

CRESPO, JUAN, ISABEL É INES.

CRESP. En tanto que se acomoda
el señor don Lope, hijo,
ante tu prima y hermana,
escucha lo que te digo.
Por la gracia de Dios, Juan,
eres de linage limpio
mas que el sol, pero villano:
lo uno y lo otro te digo:
aquello, porque no humilles
tanto tu orgullo y tu brio,
que dejes, desconfiado,
de aspirar con cuerdo arbitrio
á ser mas: lo otro, porque
no vengas desvanecido
á ser menos: igualmente
usa de entrambos designios
con humildad, porque siendo
humilde con recto juicio
acordarás lo mejor,
y como tal, en olvido
pondrás cosas que suceden
al revés en los altivos.
¡Cuantos teniendo en el mundo
algun defecto consigo,
lo han borrado por humildes!
¡Y cuantos que no han tenido
defecto, se lo han hallado
por estar ellos mal vistos!
Sé cortés sobre manera,
sé liberal y partido,
que el sombrero y el dinero
son los que hacen los amigos;
y no vale tanto el oro
que el sol engendra en el indio
suelo, y que consume el mar,
como ser uno bien quisto.
No hables mal de las mugeres;
la mas humilde, te digo,
que es digna de estimacion;
porque, al fin, de ellas nacimos.
No riñas por cualquier cosa,
que cuando en los pueblos miro
muchos que á reñir se enseñan,
mil veces entre mí digo:
aquesta escuela no es
la que ha de ser, pues colijo,
que no ha de enseñarse á un hombre
con destreza, gala y brio
á reñir, sino á porque
ha de reñir, que yo afirmo,
que si hubiera un maestro solo
que enseñára, prevenido,
no el como, el por qué se riña,
todos le dieran sus hijos.
Con esto, y con el dinero
que llevas para el camino,
y para hacer, en llegando
de asiento, un par de vestidos,
el amparo de don Lope,
y mi bendicion, yo fio
en Dios, que tengo de verte
en otro puesto. Adios, hijo,
que me enternezco en hablarte.
JUAN Hoy tus razones imprimo
en el corazon, adonde
vivirán mientras yo vivo.
Dame tu mano, y tú, hermana,
los brazos, que ya ha partido
don Lope mi señor, y es
fuerza alcanzarlo.
ISAB. Los mios
bien quisieran detenerte.
JUAN. Prima, adios.
INES. Nada te digo
con la voz, porque los ojos
hurtan á la voz su oficio:
adios.
CRESP. Ea, vete presto,
que cada vez que te miro
siento mas el que te vayas,
y ha de ser, porque lo he dicho.
JUAN. El cielo con todos quede.
CRESP. El cielo vaya contigo.

ESCENA XXIV.

CRESPO, ISABEL É INES. *Anochece.*

ISAB. ¡Notable crueldad has hecho!
CRESP. Ahora que no le miro,
hablaré mas consolado.
¿Qué habia de hacer conmigo,
sino ser toda su vida
un holgazan.... un perdido?
Que vaya á servir al Rey.
ISAB. Que de noche haya salido
me pesa á mí.
CRESP. Caminar
de noche por el estio,
antes es comodidad
que fatiga, y es preciso
que á don Lope alcance luego
al instante. (Enternecido
me deja cierto, el muchacho,
aunque en público me animo.)
ISAB. Entrate, señor, en casa,
CRESP. Pues sin soldados vivimos,
estémonos otro poco
gozando á la puerta el frio
viento que corre, que luego
saldrán por ahí lo vecinos.
(A la verdad, no voy dentro,
porque desde aquí imagino.
como el camino blanquea,
que veo á Juan en el camino.)
Ines, sácame á esta puerta
asiento. *(Vase Ines y vuelve con un banquillo.)*
INES. Aquí está un banquillo.
ISAB. Esta tarde diz que ha hecho
la villa eleccion de oficios.

CRESP. Siempre aquí por el Agosto
se hace.

ESCENA XXV.

CRESPO, ISABEL, INES, *el* CAPITAN *el* SARGENTO, *la* CHISPA *y soldados.*

CAPIT. Pisad sin ruido.
Llega, Rebolledo, tú,
y da á la criada aviso
de que ya estoy en la calle.
REB. Ya voy... ¿mas qué es lo qué miro?
á su puerta hay gente.
SARG. Y yo,
en los reflejos y visos
que la luna hace en el rostro,
que es Isabel imagino
esta.
CAPIT. Ella es, mas que la luna,
el corazon me lo ha dicho.
A buena ocasion llegamos;
si ya una vez que venimos
nos atrevemos à todo,
buena venida habrá sido.
SARG. ¿Estás para oir un consejo?
CAPIT. No.
SARG. Pues ya no te lo digo.....
intenta lo que quisieres.
CAPIT. Yo he de llegar, y atrevido
quitar á Isabel de allí:
vosotros á un tiempo mismo
impedir á cuchilladas
el que me sigan.
SARG. Contigo
venimos, y á tu orden hemos
de estar.
CAPIT. Advertid, que el sitio
donde habemos de juntarnos,
es ese monte vecino,
que está á la mano derecha
como salen del camino.
REB ¿Chispa?
CHISP. ¿Qué?
REB. Ten estas capas.
CHISP. Que es del reñir, imagino,
la gala el guardar la ropa,
aunque del nadar se dijo.
CAPIT. Ya he de llegar el primero.
CRESP. Harto hemos gozado el sitio....
entrémonos allá dentro.
CAPIT. Ya es tiempo, llegad, amigos.
ISAB. ¡Ah traidor! señor, ¿qué es esto?
CAPIT. Es una furia, un delirio
de amor. *(Cógela y vase con ella.)*
ISAB. *(Dentro.)* ¡Ah, traidor! ¿Señor...
CRESP. ¡Ah, cobardes!
ISAB. *(Dentro.)* ¿Padre mio?
INÉS. Yo quiero aquí retirarme.

ESCENA XXVI.

CRESPO, REBOLLEDO *y el* SARGENTO, *la* CHISPA *y soldados.*

CRESP. ¡Como echais de ver ¡ah impios!
que estoy sin espada, aleves,
falsos y traidores!
REB. Idos,
sino quereis que la muerte
sea el último castigo.
CRESP. ¿Qué importará, si está muerto
mi honor, el quedar yo vivo?
¡Ah, quien tuviera una espada,
porque sin armas seguirlos
es en vano; y si brioso
á ir por ella me aplico,
los he de perder de vista!
¿Qué he de hacer, hados esquivos,
que de cualquiera manera
es uno solo el peligro!
INES. Ya tienes la espada aquí. *(Da la espada*
CRESP. A buen tiempo la has traido. *á Crespo y vase.)*
Ya tengo honra, pues tengo
espada con que seguiros:
soltad la presa, traidores,
cobardes, que habeis cogido,
que he de cobrarla, ó la vida
he de perder.
SARG. *(Riñen.)* Vano ha sido
tu intento, que somos muchos.
CRESP. Mis males son infinitos,
y riñen todos por mí;
pero la tierra que piso
me ha faltado. *(Cae.)*
REB. Dale muerte.
SARG. Mirad, que es rigor impio
quitarle vida y honor:
mejor es, en lo escondido
del monte, dejarle atado,
porque no lleve el aviso.
ISAB. *(Dentro.)* ¿Padre y señor?
CRESP. ¡Hija mia!
REB. Retírale como has dicho.
CRESP. ¡Hija, solamente puedo *(Llévanselo.)*
seguirte con mis suspiros!

ESCENA XXVII.

Decoracion de campo.

JUAN.

ISAB. *(Dentro.)* ¡Ay de mí!
JUAN. ¡Qué triste voy!
CRESP. *(Dentro.)* ¡Ay de mí!
JUAN. ¡Mortal gemido!
A la entrada de ese monte
cayó mi rocin conmigo,
veloz corriendo, y yo ciego
por la maleza le sigo.
Tristes voces á una parte,
y á otra míseros gemidos
escucho, que no conozco,
porque llegan mal distintos.
Dos necesidades son
las que apellidan à gritos
mi valor, y pues iguales
á mi parecer han sido,
y uno es hombre, otro muger,
á seguir esta me animo,
que así obedezco á mi padre

en dos casos que me dijo;
reñir con buena ocasion,
y honrar la muger, pues miro
que asi honro las mugeres,
y con buena ocasion riño.

JORNADA TERCERA.

Decoracion de campo: PEDRO CRESPO *atado á un árbol y casi oculto por las ramas. Amanece.*

ESCENA PRIMERA.

CRESPO É ISABEL.

ISAB. Nunca amanezca á mis ojos
la luz hermosa del dia,
porque á su sombra no tenga
vergüenza yo de mí misma.
¡O tú, de tantas estrellas,
primavera fugitiva,
no des lugar á la aurora,
que tu azul campiña pisa,
para que con risa y llanto
borre tu apacible vista,
y ya que ha de ser, que sea
con llanto, mas no con risa!
Detente, ó mayor planeta
mas tiempo en la espuma fria
del mar: deja que una vez
dilate la noche esquiva
su trémulo imperio: deja
que de tu deidad se diga,
atenta á mis ruegos, que es
voluntaria y no precisa.
¿Para qué quieres salir
á ver en la historia mia
la mas enorme maldad,
la mas fiera tirania,
que en venganza de los hombres
quiere el cielo que se escriba?
¡Mas ay de mí! que parece
que es crueldad tu tirania,
pues desde que te he rogado
que te detuvieses, miran
mis ojos tu faz hermosa
descollarse por encima
de los montes ¡ay de mí!
que acosada y perseguida
de tantas penas, de tantas
ánsias, de tantas impias
fortunas, contra mi honor
se han conjurado tus iras.
¿Qué he de hacer? ¿donde he de ir?
Si á mi casa determinan
volver mis erradas plantas,
será dar nueva mancilla
á un anciano padre mio,
que otro bien, otra alegria
no tuvo, sino mirarse
con la clara luna limpia
de mi honor, que hoy desdichado
tan torpe marcha le eclipsa.
Si dejo por su respeto
y mi temor, afligida,
de volver á casa, dejo
abierto el paso á que digan
que fuí cómplice en mi infamia,
y ciega é inadvertida
vengo á hacer de la inocencia,
acreedora á la malicia.
¡Qué mal hice, qué mal hice
de escaparme fugitiva
de mi hermano! ¿No valiera
mas, que su cólera altiva
me diera la muerte, cuando
llegó á ver la suerte mia?
Llamarle quiero, que vuelva
con saña mas vengativa,
y me dé muerte. Confusas
voces el eco repita
diciendo.....

CRESP. ¡Vuelve á matarme,
serás piadoso homicida,
que no es piedad el dejar
á un desdichado con vida!

ISAB. ¿Qué voz es esta que mal
pronunciada y poco oida,
no se deja conocer?

CRESP. Dadme muerte, si os obliga
ser piadoso.

ISAB. ¡Cielos... Cielos,
otro la muerte apellida,
otro desdichado, hay mas
que hoy á pesar suyo viva!
¿Mas qué es lo que ven mis ojos?

CRESP. Si piedades solicita,
cualquiera que aqueste monte
temerosamente pisa,
llegue á dar muerte.... mas ¡Cielos!
¿qué es lo que mis ojos miran?

ISAB. (¿Atadas atrás las manos
á una rigorosa encina....

CRESP. (¡Enterneciendo los Cielos
con las voces que apellida.....

ISAB. Mi padre está?)

CRESP. Mi hija viene?)

ISAB. ¿Padre y señor?

CRESP. Hija mia,
llégate y quita estos lazos.

ISAB. No me atrevo, que si quitan
los lazos que te aprisionan,
una vez las manos mias,
no me atreveré, señor,
á contarte mis desdichas,
á referirte mis penas;
porque si una vez te miras
con manos, y sin honor,
me darán muerte tus irás;
y quiero antes que las veas,
referirte mis fatigas.

CRSP. ¡Detente, Isabel, detente,
no prosigas, que desdichas,
Isabel, para contarlas,
no es menester referirlas!

ISAB. Hay muchas cosas que sepas,
y es forzoso, que al decirlas,
tu valor se irrite, y quieras
vengarlas antes de oirlas.
Estaba anoche gozando
la seguridad tranquila,
que al abrigo de tus canas
mis años me prometian,
cuando aquellos embozados

traidores, que determinan
que lo que el honor defiende
el atrevimiento rinda,
me robaron, bien así
como de los pechos quita
carnicero hambriento lobo
á la simple corderilla.
Aquel capitan, aquel
huésped ingrato, que el dia
primero introdujo en casa
tan nunca esperada cisma
de traiciones y cautelas,
de pendencias y rencillas,
fué el primero que en sus brazos
me cogió, mientras le hacian
espaldas otros traidores,
que en la bandera militan.
Aqueste intrincado oculto
monte, que está á la salida
del lugar, fué su sagrado:
¿cuando de la tirania
no son sagrados los montes?
Aquí, agena de mí misma,
dos veces me miré, cuando
aun tu voz, que me seguia,
me dejó; porque ya el viento
á quien tus acentos fias,
con la distancia, por puntos
adelgazándose iba,
de suerte, que las que traen
antes razones distintas,
no eran voces, sino ruido;
luego en el viento esparcidas
no eran voces, sino ecos
de unas confusas noticias,
como aquel que oye un clarin,
que cuando de él se retira,
le queda por mucho rato,
sino el ruido, la noticia.
El traidor, pues, en mirando
que ya nadie hay que le siga,
que ya nadie hay que me ampáre;
porque hasta la luna misma
ocultó entre pardas sombras,
ó cruel ó vengativa,
aquella ¡ay de mí! prestada
luz, que del sol participa,
pretendió ¡ay de mí, otra vez
y otras mil! con fementidas
palabras buscar disculpa
á su amor. ¿A quien no admira,
querer de un instante á otro
hacer la ofensa caricia?
¡Mal haya el hombre, mal haya
el hombre, que solicita
por fuerza ganar un alma,
pues no advierte, pues no mira
que las victorias de amor
no hay trofeo en que consistan,
sino en grangear el cariño
de la hermosura que estiman;
porque querer sin el alma
una hermosura ofendida,
es querer á una muger
hermosa, pero no viva.
¿Qué ruegos, qué sentimientos,
ya de humilde, ya de altiva,
no le dije? pero en vano,
pues, ¡calle aquí la voz mia!
soberbio, ¡enmudezca el llanto!
atrevido, ¡el pecho gima!
descortés, ¡lloren mis ojos!
fiero, ¡ensordezca la envidia!
tirano, ¡falte el aliento!
osado, ¡luto me vista!
y si lo que la voz yerra,
tal vez con la accion se esplica,
de vergüenza cubro el rostro,
de empacho lloro ofendida,
de rabia tuerzo las manos,
el pecho rompo de ira:
entiende tú las acciones,
pues no hay voces que lo digan;
baste decir, que á las quejas,
de los vientos repetidas,
en que ya no pedia al cielo
socorro, sino justicia,
salió el alba, y con el alba,
trayendo la luz por guia,
sentí ruído entre unas ramas;
vuelvo á mirar quien seria
y veo á mi hermano ¡ay cielos!
¿Cuando, cuando ¡ah suerte impia!
llegaron á un desdichado
los favores mas aprisa?
El á la dudosa luz,
que sino alumbra, ilumina,
reconoce el daño. antes
que ninguno se lo diga,
que son linces los pesares.
que penetran con la vista.
Sin hablar palabra, saca
el acero, que aquel dia
le ceñiste: el capitan,
que el tardo socorro mira
en mi favor, contra el suyo
saca la blanca cuchilla:
cierra el uno con el otro....
este repara, aquel tira,
y yo, en tanto que los dos
generosamente lidian,
viendo temerosa y triste,
que mi hermano no sabia
si tenia culpa, ó no,
por no aventurar mi vida
en la disculpa, la espalda
vuelvo, y por la entretejida
maleza del monte huyo;
pero no con tanta prisa
que no hiciese de unas ramas
intricadas celosias;
porque deseaba, señor,
saber lo mismo que huia.
A poco rato mi hermano
dió al capitan una herida....
cayó, quiso asegurarle,
cuando los que ya venian
buscando á su capitan,
en su venganza se irritan:
quiere defenderse; pero
viendo que era una cuadrilla,
corre veloz: no le siguen,
porque todos determinan
mas acudir al remedio

que á la venganza que incitan.
En brazos el capitan
volvieron hácia la villa,
sin mirar en su delito,
que en las penas sucedidas,
acudir determinaron
primero á la mas precisa.
Yo, pues, que atenta miraba
eslabonadas y asidas
unas ánsias de otras ánsias,
ciega, confusa, y corrida,
discurrí, bajé, corrí,
sin luz, sin norte y sin guia,
monte, llano y espesura,
hasta que á tus pies rendida,
antes que me des la muerte,
te he contado mis desdichas.
Ahora que ya las sabes,
rigurosamente anima
contra mi vida el acero,
el valor contra mi vida,
que ya para que me mates,
aquestos lazos te quitan
mis manos; algunos de ellos
mi cuello infeliz opriman.
Tu hija soy, sin honra estoy,
y tú libre, solicita
con mi muerte tu alabanza,
para que de tí se diga,
que por dar vida á tu honor,
diste la muerte á tu hija.

CRESP. Alzate, Isabel, del suelo;
no, no, estés mas de rodillas,
que á no haber estos sucesos
que atormenten, y que afijan,
ociosas fueran las penas,
sin estimacion las dichas:
para los hombres se hicieron,
y he menester que se impriman
con valor dentro del pecho.
Isabel, vamos aprisa....
demos la vuelta á mi casa,
que este muchacho peligra,
y hemos menester hacer
diligencias esquisitas
por saber de él, y ponerle,
en salvo.

ISAB. (Fortuna mia,
ó mucha cordura, ó mucha
cautela es esta.)

CRSP. Camina,
¡vive Dios! que si la fuerza,
y necesidad precisa
de curarse, hizo volver
al capitan á la villa,
que pienso que le está bien
morirse de aquella herida,
por escaparse de otra
y otras mil, que el ánsia mia
no ha de parar hasta darle
la muerte: ea, vamos, hija,
á nuestra casa.

ESCENA II.

CRESPO, ISABEL *y el* ESCRIBANO.

ESCRIB. Oh señor
Pedro Crespo, dadme albricias.

CRESP. ¿Albricias? ¿de qué escribano?

ESCRIB. El consejo aqueste dia
os ha hecho alcalde, y teneis
para estrena de justicia
dos grandes acciones hoy;
la primera es la venida
del Rey, que estará hoy aquí,
ó mañana en todo el dia,
segun dicen: es la otra,
que ahora han traido á la villa
de secreto unos soldados,
á curarse con gran prisa
á aquel capitan, que ayer
tuvo aquí su compañía:
él no dice quien le hirió,
pero si esto se averigua
será una gran causa.

CRESP. (¡Cielos,
cuando vengarme imagina,
me hace dueño de mi honor
la vara de la justicia!
¿Como podré delinquir
yo, si en esta hora misma
me ponen á mí por juez
para que otros no delincan?
Pero cosas como aquestas
no se ven con tanta prisa.)
En estremo agradecido
estoy á quien solicita
honrarme.

ESCRIB. Venid á la casa
del consejo, y recibida
la posesion de la vara,
hareis en la causa misma
averiguaciones.

CRESP. Vamos:
á tu casa te retira. *(A Isabel.)*

ISAB. Duélase el cielo de mí:
yo he de acompañarte.

CRESP. Hija,
ya teneis el padre alcalde;
él os guardará justicia.

ESCENA III.

Decoracion de sala.

El CAPITAN *con banda como herido, y el* SARGENTO.

CAPIT. Pues la herida no era nada,
¿por qué me hicísteis volver
aquí?

SARG. ¿Quien pudo saber
lo que era antes de curada?
Ya la cura prevenida,
hemos de considerar,
que no es bien aventurar
hoy la vida por la herida.
¿No fuera mucho peor
que te hubieras desangrado?

CAPIT. Puesto que ya estoy curado,

detenernos será error;
vámonos antes que corra
voz de que estamos aquí.
¿Están ahí los otros?

SARG. Sí.

CAPIT. Pues la fuga nos socorra
del riesgo de estos villanos,
que si se llega á saber
que estoy aquí, habrá de ser
fuerza apelar á las manos.

ESCENA IV.

El CAPITAN, *el* SARGENTO *y* REBOLLEDO.

REB. La justicia aquí se ha entrado.

CAPIT. ¿Qué tiene que ver conmigo
justicia ordinaria?

REB. Digo,
que ahora hasta aquí ha llegado.

CAPIT. Nada me puede á mí estar
mejor, llegando á saber
que estoy aquí, y no temer
á la gente del lugar,
que la justicia es forzoso
remitirse en esta tierra
á mi consejo de guerra;
conque, aunque el lance es penoso,
tengo mi seguridad.

REB. Sin duda se ha querellado
el villano.

CAPIT. Eso he pensado.

CRESP. *(Dentro.)* Todas las puertas tomad,
y no me salga de aquí
soldado que aquí estuviere,
y al que salirse quisiere
matadle.

ESCENA V.

Dichos, CRESPO *con vara de alcalde,* ESCRIBANO *y labradores armados.*

CAPIT. ¿Pues como así
entrais? ¿mas qué es lo que veo?

CRESP. ¿Cómo no? ¿á mi parecer
la justicia ha menester
mas licencia, á lo que creo?

CAPIT. La justicia cuando vos
de ayer acá lo seais,
no tiene, si lo mirais,
que ver conmigo.

CRESP. Por Dios,
Señor, que no os altereis,
que solo á una diligencia
vengo con vuestra licencia
aquí, y que solo os quedeis
importa.

CAPIT. Salios de aquí.

CRESP. Salios vosotros tambien.
Con estos soldados ten *(Al Escrib.)*
cuidado.

ESCRIB. Harélo así.

ESCENA VI.

CRESPO *y el* CAPITAN.

CRESP. Ya que yo como justicia
me valí de su respeto
para obligaros á oirme,
la vara á esta parte dejo,
y como un hombre no mas
deciros mis penas quiero. *(Deja á un lado la vara.)*
Y puesto que estamos solos,
señor don Alvaro, hablemos
mas claramente los dos,
sin que tantos sentimientos
como han estado encerrados
en las cárceles del pecho,
acierten á quebrantar
las prisiones del silencio.
Yo soy un hombre de bien,
que á escoger mi nacimiento,
no dejára, es Dios testigo,
un escrúpulo, un defecto
en mí, que suplir pudiera
la ambicion de mi deseo.
Siempre acá entre mis iguales
me he tratado con respeto:
de mí hacen estimacion
el cabildo y el consejo.
Tengo muy bastante hacienda,
porque no hay, gracias al cielo,
otro labrador mas rico
en todos aquestos pueblos
de la comarca: mi hija
se ha criado, á lo que pienso,
con la mejor opinion,
virtud y recojimiento
del mundo; tal madre tuvo;
¡téngala Dios en el Cielo!
Bien pienso que bastará,
señor, para abono de esto
el ser rico, y no haber quien
me murmure; ser modesto,
y no haber quien me baldone;
y mayormente viviendo
en un lugar corto, donde
otra cosa no tenemos
mas que decir unos de otros
las faltas y los defectos;
y pluguiera á Dios, señor,
que se quedára en saberlos.
Si es muy hermosa mi hija,
díganlo vuestros estremos,
aunque pudiera, al decirlo,
con mayores sentimientos
llorar. señor, ya esto fué
mi desdicha; no apuremos
toda la ponzoña al vaso....
quédese algo al sufrimiento.
No hemos de dejar, señor,
salirse con todo al tiempo;
algo hemos de hacer nosotros
para encubrir sus defectos.
Este ya veis si es bien grande,
pues aunque encubrirlo quiero,
no puedo, que sabe Dios,
que á poder estar secreto,
y sepultado en mí mismo,

no viniera á lo quo vengo,
que todo esto remitiera
por no hablar al sufrimiento.
Deseando, pues, remediar
agravio tan manifiesto,
buscar remedio á mi afrenta
es venganza, no es remedio;
y vagando de uno en otro,
uno solamente advierto,
que á mí me está bien, y á vos
no mal, y es que desde luego
os tomeis toda mi hacienda,
sin que para mi sustento,
ni el de mi hijo, á quien yo
traeré á echar los á pies vuestros,
reserve un maravedí;
sino quedarnos pidiendo
limosna, cuando no haya
otro camino, otro medio
con que poder sustentarnos.
Y si quereis desde luego
poner una S y un clavo
hoy á los dos, y vendernos,
será aquesta cantidad
mas del dote que os ofrezco.
Restaurad una opinion
que habeis quitado: no creo
que desluzcais vuestro honor,
porque los merecimientos
que vuestros hijos, señor,
perdieren por ser mis nietos,
ganarán con mas ventaja,
señor, por ser hijos vuestros.
En Castilla el refran dice:
«que el caballo, y es lo cierto,
lleva la silla.» Mirad, (*Arrodillase.*)
que á vuestros pies os lo ruego
de rodillas, y llorando
sobre estas canas, que el pecho,
viendo nieve y agua, piensa
que se me están derritiendo.
¿Qué os pido? un honor os pido,
que me quitásteis vos mesmo;
y con ser mio parece,
segun os lo estoy pidiendo
con humildad, que no es mio
lo que os pido, sino vuestro:
mirad que puedo tomarlo
por mis manos, y no quiero,
sino que vos me lo deis.

CAPIT. ¡Ya me falta el sufrimiento!
Viejo cansado y prolijo,
agradeced que no os doy
la muerte á mis manos hoy,
por vos y por vuestro hijo;
porque quiero que debais
no andar con vos mas cruel,
á la beldad de Isabel.
Si vengar solicitais
por armas vuestra opinion,
poco tengo que temer....
si por justicia ha de ser,
no teneis jurisdiccion.

CRESP. ¿Qué, en fin, no os mueve mi llanto?

CAPIT. Llanto no se ha de creer
de viejo, niño y muger.

CRESP. ¿Qué, no puede dolor tanto
mereceros un consuelo?

CAPIT. ¿Qué mas consuelo quereis,
pues con la vida volveis?

CRESP. Mirad, que echado en el suelo,
mi honor á voces os pido....

CAPIT. ¡Qué enfado!

CRESP. Mirad que soy
alcalde en Zalamea hoy.

CAPIT. Sobre mí no habeis tenido
jurisdiccion; el consejo
de guerra embiará por mí.

CRESP. ¿En esto os resolveis?

CAPIT. ¡Sí,
caduco y cansado viejo!

CRESP. ¿No hay remedio?

CAPIT. El callar
es el mejor para vos.

CRESP. ¿No otro?

CAPIT. No.

CRESP. ¡Pues juro á Dios,
que me lo habeis de pagar!
Ola? (*Levdntase y toma la vara.*)

ESCRIB. (*Dentro.*) ¿Señor?

CAPIT. (¿Qué querrán
estos villanos hacer?)

ESCENA VII.

El CAPITAN, CERSPO, ESCRIBANO *y labradores.*

ESCRIB. ¿Qué es lo que mandais?

CRESP. Prender
mando al señor capitan.

CAPIT. ¡Buenos son vuestros estremos!
con un hombre como yo,
y en servicio del rey, no
lo puede hacer.

CRESP. Probaremos:
de aquí, sino es preso ó muerto,
no saldreis.

CAPIT. Yo os apercibo,
que soy un capitan vivo.

CRESP. ¿Soy yo acaso alcalde muerto?
Daos al instante á prision.

CAPIT. (No me puedo defender,
fuerza es dejarme prender.)
Al rey de esta sinrazon
me quejaré.

CRESP. Yo tambien
de esotra; y aun bien que está
cerca de aquí, y nos oirá
á los dos. Dejar es bien
esa espada.

CAPIT. No es razon
que...

CRESP. ¿Cómo no, si vais preso?

CAPIT. Tratad con respeto.

CRESP. Eso
está muy puesto en razon.
Con respeto le llevad
á las casas, en efeto,
del consejo, y con respeto
un par de grillos le echad,
y una cadena; y tened
con respeto gran cuidado,
que no hable á ningun soldado;
y á todos tambien poned

en la cárcel, que es razon,
y aparte; porque despues,
con respeto á todos tres
les tomen la confesion;
y aquí para entre los dos,
si hallo harto paño en efecto,
con muchísimo respeto
os he de ahorcar, juro á Dios.

CAPIT. ¡Ah, villanos con poder!

ESCENA VIII.

Sala en casa de CRESPO.

CRESPO, ESCRIBANO, *la* CHISPA *y* REBOLLEDO.

ESCRIB. Este page, este soldado]
son á los que mi cuidado
solo ha podido prender,
que otro se puso en huida.

CRESP. Este el pícaro es que canta:
con un paso de garganta
no ha de hacer otro en su vida.

REB. ¿Pues qué delito es, señor,
el cantar?

CRESP. Que es virtud siento,
y tanto, que un instrumento
tengo en que canteis mejor.
Resolveos á decir....

REB. ¿Qué?

CRESP. Cuanto anoche pasó...

REB. Tu hija mejor que yo
lo sabe.

CRESP. O has de morir.

CHISP. Rebolledo, determina
negarlo punto por punto:
serás, si niegas, asunto
para otra jacarandina
que cantaré.

CRESP. ¿A vos despues,
quien otra os ha de cantar?

CHISP. A mí no me pueden dar
tormento.

CRESP. Sepamos pues
por qué?

CHISP. Esto es cosa asentada
y que no hay ley que tal mande.

CRESP. ¿Qué causa teneis?

CHISP. Bien grande.

CRESP. Decid cual.

CHISP. Estoy preñada.

CRESP. ¡Hay cosa mas atrevida!
mas la cólera me inquieta;
¿no sois page de gineta?

CHISP. No señor, sino de brida.

CRESP. Resolveos á decir
vuestros dichos.

CHISP. Si diremos,
y aun mas de lo que sabemos,
que peor será morir.

CRESP. Esto escusará á los dos
del tormento.

CHISP. Si es así,
pues para cantar nací,
he de cantar ¡vive Dios!
Tormento me quieren dar. (*Canta.*)

REB. ¿Y qué quieren darme á mí? (*Idem.*)

CRESP. ¿Qué haceis?

CHISP. Templar desde aquí
pues que vamos á cantar. (*Vanse con el Escribano por la puerta del fondo, y Crespo por un lado.*)

ESCENA IX.

JUAN.

Desde que al traidor herí
en el monte, desde que
riñendo con él, porque
llegaron tantos, volví
la espalda, el monte he corrido,
la espesura he penetrado,
y á mi hermana no he encontrado:
en efecto, me he atrevido
á venir hasta el lugar,
y á entrar dentro de mi casa,
donde todo lo que pasa
á mi padre he de contar;
veré lo que me aconseja
que haga, Cielos, en favor,
de mi vida y de mi honor.

ESCENA X.

JUAN, ISABEL É INES *sin verlo.*

INES. Tanto sentimiento deja,
que vivir tan afligida,
no es vivir, matarse es.

ISAB. ¿Pues quien te ha dicho ¡ay, Ines!
que no aborrezco la vida?

JUAN. Diré á mi padre.... ¡ay de mí!
¿no es esta Isabel? es llano,
¿pues qué espero? (*Saca la daga.*)

INES. ¿Primo?

ISAB. ¡Hermano!
¿qué intentas?

JUAN. Vengar así
la ocasion en que hoy has puesto
mi vida y honor.

ISAB. Advierte....

JUAN. Tengo de darte la muerte,
¡viven los cielos!

ESCENA XI.

JUAN, ISABEL, INES, CRESPO *y luego labradores.*

CRESP. ¿Qué es esto?

JUAN. Es satisfacer, señor,
una injuria, y es vengar
una ofensa y castigar....

CRESP. ¡Basta, basta que es error,
que os atrevais á venir....

JUAN. ¿Qué es lo que mirando estoy?

CRESP. Delante así de mí hoy,
acabando ahora de herir
en el monte un capitan!

JUAN. Señor, sí, le hice esa ofensa,
que fué en honrada defensa
de tu honor.

CRESP. Ea, basta, Juan.
¿Ola? llevadle tambien preso. (*Salen los labradores.*)

JUAN. ¿A tu hijo, señor,
tratas con tanto rigor?

CRESP. Y aun á mi padre tambien
con tal rigor le tratára.
(Aquesto es asegurar
su vida, y han de pensar
que es la justicia mas rara
del mundo.)
JUAN. Escucha, porque
habiendo un traidor herido,
á mi hermana he pretendido
matar tambien.
CRESP. Ya lo sé;
pero no basta sabello
yo como yo, que ha de ser
como alcalde, y he de hacer
informacion sobre ello;
y hasta que conste qué culpa
te resulta del proceso,
tengo de tenerte preso.
(Yo le hallaré la disculpa.)
JUAN. Nadie entender solicita
tu fin, pues sin honra yá,
prendes á quien te la dá,
guardando á quien te la quita. *(Llévanselo los labradores.)*

ESCENA XII.

CRESPO, ISABEL É INES.

CRESP. Isabel, entra á firmar
esta querella que has dado
contra aquel que te ha injuriado.
ISAB. Tú, que quisiste ocultar
la ofensa, que el alma llora,
¿así intentas publicarla?
Pues no consigues vengarla,
consigue el callarla ahora,
que ya que como quisiera,
me quita esta obligacion
satisfacer mi opinion,
ha de ser de esta manera. *(Vase.)*
CRESP. Ines, pon ahí esta vara,
que pues por bien no ha querido
ver el caso concluido,
querrá por mal.
LOPE. *(Dentro.)* Pára, pára.
CRESP. ¿Qué es aquesto? ¿quien, quien hoy
se apea en mi casa así?
¿Pero quien se ha entrado aquí?

ESCENA XIII.

CRESPO *y* DON LOPE.

LOPE. O Pedro Crespo, yo soy,
que volviendo á este lugar
de la mitad del camino,
donde me trae, imagino,
un grandísimo pesar,
no era bien ir á apearme
á otra parte, siendo vos
tan amigo.
CRESP. Guárdeos Dios,
que siempre tratais de honrarme.
LOPE. Vuestro hijo no ha parecido
por allá.
CRESP. Presto sabreis
la ocasion; la que teneis,
señor, de haberos venido:
me haced merced de contar,
que venis mortal, señor.
LOPE. La desvergüenza es mayor
que se puede imaginar,
es el mayor desatino,
que hombre ninguno intentó:
un soldado me alcanzó,
y me dijo en el camino.......
que estoy perdido, os confieso,
de cólera.
CRESP. Proseguid.
LOPE. Que un alcaldillo de aquí
al capitan tiene preso,
y ¡vive Dios! no he sentido
en toda aquesta jornada
esta pierna escomulgada,
sino es hoy, que me ha impedido
el haber antes llegado
donde el castigo le dé;
¡vive Jesucristo, que
al grande desvergonzado
á palos le he de matar!
CRESP. Pues habeis venido en valde;
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.
LOPE. Daréselos, sin que deje
dárselos.
CRESP. Malo lo veo,
ni que haya en el mundo creo,
quien tan mal os aconseje:
¿sabeis por qué le prendió?
LOPE. No; mas sea lo que fuere,
justicia la parte espere
de mí, que tambien sé yo
degollar si es necesario.
CRESP. Vos no debeis de alcanzar,
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.
LOPE. ¿Será mas que un villanote?
CRESP. Un villanote será,
que si cabezudo dá
en que ha de darle garrote,
por Dios, se salga con ello.
LOPE. No se saldrá tal por Dios;
y si por ventura vos,
si sale ó no, quereis vello,
decid donde vive ó no.
CRESP. Bien cerca vive de aquí.
LOPE. Pues á decirme venid
quien es el alcalde.
CRESP. Yo.
LOPE. ¡Vive Dios, que lo sospecho!
CRESP. ¡Vive Dios, que es lo que he dicho!
LOPE. Pues, Crespo, lo dicho dicho.
CRESP. Pues, señor, lo hecho hecho.
LOPE. Yo por el preso he venido,
y á castigar este esceso.
CRESP. Pues yo acá le tengo preso,
por lo que acá ha sucedido.
LOPE. ¿Vos sabeis que á servir pasa
al Rey, y soy su juez yo?
CRESP. ¿Vos sabeis que me robó
á mi hija de mi casa?
LOPE. ¿Vos sabeis que mi valor
dueño de esta causa ha sido?
CRESP. Vos sabeis como atrevido

robó en un monte mi honor?
LOPE. ¿Vos sabeis cuanto os prefiere
el cargo que he gobernado?
CRESP. ¿Vos sabeis que le he rogado
con la paz y no la quiere?
LOPE. ¿Que os entreis, es bien se arguya,
en otra jurisdiccion?
CRESP. El se entró en mi opinion
sin ser jurisdiccion suya.
LOPE. Yo sabria satisfacer
obligándome á la paga.
CRESP. Jamas pedí á nadie que haga
lo que yo me puedo hacer.
LOPE. Yo me he de llevar el preso:
ya estoy en ello empeñado.
CRESP. Yo por acá he sustanciado
el proceso.
LOPE. ¿Qué es proceso?
CRESP. Unos pliegos de papel,
que voy juntando, en razon
de hacer la averiguacion
de la causa.
LOPE. Iré por él
á la cárcel.
CRESP. No embarazo
que vais, solo se repare,
que hay órden que al que llegare
le den un arcabuzazo.
LOPE. Como á esas balas estoy
enseñado yo á esperar;
mas no se ha de aventurar
nada en esta accion de hoy.
Ola, soldado, id volando, (*Sale un soldado.*)
y á todas las compañías,
que alojadas estos dias
han estado y van marchando,
decid, que bien ordenadas
lleguen aquí en escuadrones,
con balas en los cañones,
y con las cuerdas caladas.
SOLD. No fué menester llamar
la gente, que habiendo oido
aquesto que ha sucedido,
se han entrado en el lugar.
LOPE. ¡Pues vive Dios, que he de ver
si me dan el preso ó no!
CRESP. ¡Pues vive Dios, que antes yo
haré lo que se ha de hacer.

ESCENA XIV.

Una plaza y en el fondo parte la fachada de la cárcel.

Don LOPE, CRESPO, ESCRIBANO *y soldados.*

LOPE. (*Dentro.*) Esta es la cárcel, soldados,
en donde está el capitan;
sino os le dan, al momento
poned fuego y la abrasad;
y si se pone en defensa
el lugar, todo el lugar.
ESCRIB. (*Dentro.*) Ya, aunque la cárcel enciendan
no han de darle libertad.
SOLD. (*Dentro*) ¡Mueran aquestos villanos!
CRESP. (*Dentro*) ¿Qué mueran? pues, qué ¿no hay mas?
LOPE. (*Dentro*) Socorro les ha venido:
romped la cárcel, llegad,
romped la cárcel.

ESCENA XV.

El REY, CRESPO *y acompañamiento por un lado, y Don* LOPE *y soldados por el otro.*

REY. ¿Qué es esto?
¿pues de esta manera estais
viniendo yo?
LOPE. Esta es, señor,
la mayor temeridad
de un villano, que vió el mundo;
y ¡vive Dios! que á no entrar
en el lugar tan aprisa,
señor, vuestra magestad,
que habia de hallar luminarias
puestas por todo el lugar.
REY. ¿Qué ha sucedido?
LOPE. Un alcalde
tiene preso un capitan,
y viniendo yo por él,
no le quieren entregar.
REY. ¿Quien es el alcalde?
CRESP. Yo.
REY. ¿Y qué disculpa me dais?
CRESP. Este proceso, en quien bien (*Dáselo.*)
probado el delito está,
digno de muerte, por ser
una doncella robar,
forzarla en un despoblado,
y no quererse casar
con ella, habiendo su padre
rogádole con la paz.
LOPE. Este es el alcalde, y es
su padre.
CRESP. No importa en tal
caso; ¿por qué si un estraño
se viniera á querellar,
no habia de hacer justicia?
Sí; ¿pues que se me dá
hacer por mi hija lo mismo
que hiciera por los demás?
Fuera de que como he preso
un hijo mio, es verdad,
que no escuchara á mi hija,
pues era la sangre igual.
Mírese si está bien hecha
la causa, miren si hay
quien diga, que yo haya hecho
en ella alguna maldad,
si he inducido algun testigo,
si está escrito algo de mas
de lo que he dicho, y entonces
me den muerte.
REY. Bien está
sustanciado; pero vos
no teneis autoridad
de ejecutar la sentencia,
que toca á otro tribunal:
allá hay justicia, y así
remitid el preso.
CRESP. Mal
podré, Señor, remitirlo;
porque como por acá
no hay mas que sola una audiencia,
cualquiera sentencia que hay
la ejecuta ella, y así,

está ejecutada ya.

REY. ¿Qué decid?

CRESP. Sino creeis.
que esto, señor, es verdad,
volved los ojos y vedlo:
aqueste es el capitan. *(Por una ventana de la cárcel, se verá al capitan sentado en una silla y dado garrote.)*

REY. ¿Pues como así os atrevísteis?

CRESP. Vos habeis dicho que está
bien dada aquesta sentencia:
¿luego esto no está hecho mal?

REY. El consejo no supiera
la sentencia ejecutar?

CRESP. Toda la justicia vuestra
es solo un cuerpo no mas;
este tiene muchas manos,
decid, qué mas se le da
matar con aquesta un hombre,
que estotra hábia de matar?
¿y qué importa errar lo menos,
quien á acertado lo mas?

REY. Pues ya que aquesto es así,
¿por qué como á capitan
y caballero no hicísteis
degollarle?

CRESP. ¿Eso dudais?
Señor, como los hidalgos
viven tambien por acá,
el verdugo que tenemos
no ha aprendido à degollar,
y esa es querella del muerto,
que toca á su autoridad,
y hasta que el mismo se queje,
no le toca á los de más.

REY. Don Lope, aquesto ya es hecho;
bien dada la muerte está,
que errar lo menos no importa,
si acertó lo principal.
Aquí no quede soldado
alguno, y haced marchad
con brevedad, que me importa
llegar presto á Portugal.
Vos por alcalde perpétuo
de aquesta villa quedad.

CRESP. Solo vos á la justicia
tanto pudiérais honrar.

ESCENA XVI.

Don LOPÉ, CRESPO, *luego* JUAN, REBOLLEDO *y la* CHISPA.

LOPE. Agradeced al buen tiempo
que llegò su magestad.

CRESP. Por Dios, aunque no llegára
no tenia remedio ya.

LOPE. ¿No fuera mejor hablarme
dando el preso, y remediar
el honor de vuestra hija?

CRESP. En un convento entrará,
que ha elegido, y tiene esposo,
que no mira calidad.

LOPE. Pues dame los demas presos.

CRESP. Al momento los sacad. *(Vase don Lope y vuelve con ellos.*

LOPE. Vuestro hijo falta, porque
siendo mi soldado ya,
no ha de quedar preso.

CRESP. Quiero
tambien, señor, castigar
el desacato que tuvo
de herir á su capitan,
que aunque es verdad que su honor
á esto le pudo obligar,
de otra manera pudiera.

LOPE. Pedro Crespo, bien está,
llamadle.

CRESP. Ya está aquí.

JUAN. Las plantas, señor, me dad *(A Don Lope.)*
que á ser vuestro esclavo iré,

REB. Yo no pienso ya cantar
en mi vida.

CHISP. Pues yo sí,
cuantas veces á mirar
llegue el pasado instrumento.

CRESP. Con que fin el autor da
á esta historia verdadera:
sus defectos perdonad.

FIN.

LA NIÑA DE GOMEZ ARIAS.

PERSONAS.

Isabel la Católica.	Don Juan Iñiguez.	Don Diego, *padre de*	Moro 1º
Gomez Arias, *soldado.*	Floro, *su criado.*	Beatriz.	Moro 2º
Ginés, *su criado.*	Don Luis, *padre de*	Celia, *su criada.*	Moros.
Don Félix.	Dorotea.	Un Escudero.	Damas de la Reyna.
Fabio, *su criado.*	Juana, *su criada.*	Cañerí, *moro.*	Soldados.

La accion pasa en el reino de Granada en el año de 1.500.

JORNADA PRIMERA.

Decoracion de calle: á un lado una casa con puerta y ventana.

ESCENA PRIMERA.

Don Félix *con banda como herido y* Fabio.

Fab. ¿A donde vas?
Félix. De mi estrella
siguiendo el hado inclemente;
voy á ver á Beatriz bella.
Fab. Apenas convaleciente
de la herida, que por ella
te dieron ¿vuelves, señor,
á este amor?
Félix. Tú mismo, Fabio,
has respondido á tu error,
que si has dicho amor, ¿qué agravio
podré hallar, que no sea amor?
Mira si á la reja está,
que como merezca vella,
esto solo bastará
á desquitar cuanto ya
he padecido por ella.
Fab. No está á la reja, señor,
y antes creo, que ahora viene
de fuera á su casa.
Felix. Amor,
si el que es infelice tiene
algun derecho al favor,
yo, pues infelice he sido,
de justicia te lo pido:
aumenta tanto mis daños,
que de muchos desengaños
componer pueda un olvido.

ESCENA II.

Félix, Fabio, Beatriz *y* Celia *con manto y un escudero delante.*

Félix. Habiéndome hallado aquí,
ni yo escusarme podré
de iros sirviendo ¡ay de mí!
ni vos, señora, de que
la vida que no perdí,
de nuevo vuelva á ofreceros.
Beat. Mucho me espanto, señor
Don Félix, de que poneros
oseis donde mi rigor
pueda escusaros, ni veros:
que aquel que ha puesto en engaños
mi opinion en opiniones,
y al cabo de tantos años
se vale de sus traiciones
mas que de mis desengaños;
que el que falso y alevoso,
con licencia de zeloso,
en mi misma casa entró,
donde á un tiempo aventuró
fama, honor, dicha, y esposo;
y el que fingió finalmente
su muerte en mi calle, al ver
su contrario mas valiente,
por librarse, ó por hacer
que de Granada se ausente;
bien escusado pudiera
tener ponerse jamás
donde su persona viera,
ni aun su sombra, cuanto mas
donde le hablára, ni oyera.
Felix. Siempre juzgué, que ofendida
habia de hallaros, y airada;
pero no entendí en mi vida
hallaros mal informada,
por no decir entendida.
Gomez Arias, con quien yo
reñí, aunque es tan animoso,
temor ninguno me dió,
hirióme por mas dichoso,
mas por mas valiente no.
Y puesto que mi valor
quien me hirió no ha declarado,
presumir fuera mejor,
que el que de mí se ha ausentado,
se ha ausentado de temor:
y aunque en mi vida pensé
buscarle para vengarme,
por no haber, Beatriz, de qué,
que herirme no es agraviarme,
desde este instante lo haré,
para daros á entender
cuanto siento este desprecio,
y cuantos yerros á hacer
obliga al mas cuerdo el necio
discurso de una muger. *(Vase.)*

ESCENA III.

Decoracion de sala: puertas laterales.

Beatriz *y* Celia.

Celia. ¡Que mal, señora, has andado

en haber ocasionado
nuevos empeños!

BEAT. No estuve
en lo que dije, ni hube
la voz apenas formado,
cuando en ella reparé.

CÉLIA. ¡Oh, cuantas veces, señora,
un acaso causa fué
de mil desdichas!

BEAT. No ahora
me aflijas: si confesé
que hice mal, ¿qué he de decir?
no me des mas que sentir,
pesar juntando á pesar,
que harto tengo que llorar,
que padecer y sufrir;
pues Gomez Arias ausente,
y con razon ofendido,
aunque razon aparente,
mi amor ha puesto en olvido,
tanto, que aun no me consiente,
que sepa de él, para que
satisfacciones le dé;
y amante, que en sus pasiones
huye las satisfacciones,
no arguye segura fé.
Toma este manto ¡ay de mí! *(Quitase el manto.)*
Celia, ¡cuán sin culpa mia,
esposo, y gusto perdí!

ESCENA IV.

BEATRIZ *y Don* DIEGO.

DIEGO. A solas, Beatriz, queria
hablarte: salíos de aquí. *(Vase Celia.)*
Ya sabes, como despues
que Isabel, y Don Fernando,
nuestros católicos Reyes,
que vivan felices años,
ganaron esta ciudad,
los moros que se quedaron
con sus casas y familias,
viviendo en ella debajo
de las capitulaciones
que hicieron, bien como cuando
en la pérdida de España
se quedaron los cristianos
con los árabes, de donde
Mozárabes se llamaron,
las han cumplido tan mal,
que rebeldes á los pactos
piadosos, con que los reyes
los admitieron vasallos,
en toda Sierra-Nevada,
bandidos y revelados,
tienen á la Andalucia
llena de ruinas y estragos,
siendo el Cañerí un adusto
monstruo, etiope africano,
cabeza de sus motines,
y caudillo de sus bandos.
Pues hoy la ciudad, habiendo
tenido aviso, que en dando
Abril la primer librea
de verde esmeralda al campo,
Isabel vendrá á Granada,
previene para el asalto
de Benamegí, que es
la corte de sus peñascos,
militares prevenciones,
y bélicos aparatos.
Capitan de la milicia
de la ciudad me han nombrado:
y así, desde luego es fuerza
disponerme para el cargo.
Sola una dificultad
en el aceptarle hallo,
que eres tú, porque tú sola
ocasionas mis cuidados:
algunos, Beatriz, me cuestas,
que hasta ahora no me he dado
por entendido, ni es justo
decirlos sin castigarlos.
Yo me he de ausentar, Beatriz,
y tú en mi ausencia, está claro,
que no qnedas bien sin mí,
sin marido, y sin estado.
Y asi, dártele he dispuesto;
don Juan Iñiguez de Haro,
en Guadix, señor ilustre
de un antiguo mayorazgo,
tu esposo ha de ser, sus deudos
y yo lo habemos tratado:
y si tu altiva soberbia
intenta oponerse acaso
á mi obediencia, un convento
te habrá de tener, en tanto
que te resuelves: escoge,
ó el matrimonio, ó el cláustro.

ESCENA V.

BEATRIZ.

BEAT. ¿Otra desdicha, fortuna?
¿otro ahogo? ¿pero cuando
te quedaste en una sola,
si de tí dijo aquel sabio
filósofo, que tenerte
por Diosa era necio engaño?
porque los Dioses no son
cobardes, y lo eres tanto
tú, que en haciendo un pesar
al hombre mas desdichado,
de miedo de que se vengue,
le persigues, hasta tanto
que á puros agravios muere,
porque no vengue un agravio.
¿Qué he de hacer? ¡Válgame el Cielo!
á Gomez Arias los astros,
poderosamente doctos,
y blandamente tiranos,
rindieron mi libertad;
él huye de mí, pensando,
y no con poca ocasion,
que pude ofenderle; cuando
mas fina en su ausencia estoy,
ocasiono á su contrario;
cuando mas confusa vivo
por instantes esperando.
que de mentidas sospechas
le lleguen los desengaños,
mi padre, ¡ay de mi, infelice!

darme á mi disgusto estado
dispone; ¿qué he de hacer? Pero
¿qué me aflijo? ¿qué me espanto?
¿el tiempo no ha de decirlo?
pues dejemos á su cargo
mis desdichas, mis recelos,
mis penas, mis sobresaltos,
que él solo decir sabrá
lo que ha de hacer; y hasta tanto
que llegue el último esfuerzo,
Cielos, dadme vuestro amparo,
temor, dame tus cautelas,
honor, dame tus recatos,
amor, dame tus industrias,
pesar, dame tus cuidados;
y para tenerlo todo,
ojos, dadme vuestro llanto,

ESCENA VI.

Decoracion de calle: puerta y ventana á un lado.

GOMEZ ARIAZ *y* GINÉS.

GOM. ¿Habrás en toda tu vida
hecho una cosa bien hecha?
GIN. Sí señor.
GOM. ¿Cuál es?
GIN. Tener
para sufrirte paciencia.
GOM. ¿Pues qué hay que sufrir en mí?
GIN. ¿Preguntas eso de veras?
GOM. ¿Por qué no?
GIN. Porque no hay
señoril impertinencia
de cuantas tienen los amos,
que tú solo no la tengas.
GOM. ¿Yo impertinencia?
GIN, Infinitas.
GOM. Dejemos la antigua tema
de que siempre que te llamo,
tarde, mal, ó nunca vengas,
y vamos á cuales son,
pues ya deseo saberlas,
por si pudiere enmendarlas.
Dime una.
GIN. ¿Dasme licencia,
y dirélas todas?
GOM. Sí.
GIN. Pues
vamos haciendo la cuenta,
primeramente eres pobre.
GOM. ¿Ser pobre es impertinencia?
GIN. ¿Pues qué cosa hay mas impertinente, que la pobreza?
GOM. Fàltate algo en mi servicio?
GIN. No señor; mas considera
cuanto aflige el pensar hoy
de donde mañana venga:
sobre pobre eres soldado.
GOM. ¿Y es mala profesion esta?
GIN. Yo no te digo que es mala;
mas dígome, que no es buena
en cuanto á mí, que soy hombre
que aborrecí una belleza,
que me adoraba de valde,
por llamarse Ulana Guerra:
tahur eres sobre soldado.
GOM. ¿No quieres que me entretenga?
GIN. Si quiero; pero no quiero
que tan á mi costa sea,
que no me des cuando ganes,
y que me des cuando pierdas.
Tu barato para mí
es caro, pues cosa es cierta
el andar de vuelta yo
en no andando tú de vuelta.
Sobre tahur eres hombre
que de alentado te precias,
tanto, que estando acostado,
á media noche, aunque llueva,
te volverás á vestir
por reñir una pendencia,
ó dígalo el caballero,
que herido en Granada dejas.
GOM. A nadie he de sufrir nada.
GIN. Que no has de sufrirlo, piensa,
todo; mas todo tampoco
lo has de reñir.
GOM. No es materia
esta para tí.
GIN. Pues vamos
hácia otra que lo sea;
sobre ser valiente eres....
esto solo no quisiera
decir.
GOM. ¿Por qué?
GIN. Porque aun ten go
yo de decirlo vergüenza.
GHM. ¿Cómo?
GIN. Como es la mayor
infamia, mayor bajeza
y mayor ruindad que pudo
caer en hombre de tus prendas.
GON. ¿Yo tengo tan gran defecto?
GIN. Tú.
GOM. Dí, ¿cual es?
GIN. Si me aprietas,
mira que lo diré.
GOM. Dilo.
GIN. Hombre eres....
GOM. No te detengas.
GIN. Tan ruin....
GOM. ¿Qué?
GIN. Que te enamoras,
que es la última vileza
que hacen los hombres honrados.
GOM. ¡Qué loco!
GIN. ¿Locura es esta?
GOM. ¿Qué mayor, si contradice
la misma naturaleza?
¿Qué fiera, la mas inculta,
qué ave, la mas ligera,
qué planta, la mas silvestre
no ama? pues qué mucho tenga
yo afectos que no perdonan
la planta, el ave y la fiera?
GIN. Que quiera un hombre, señor,
á una muger, no te niega
mi labio, que es natural
filosofia secreta,
que hasta los brutos la saben
sin que los brutos la aprendan:
que quiera al cabo del año

á dos, como las dos sean
por vanidad una hermosa,
y por capricho otra fea,
vaya; mas que quiera cuantas
mugeres mira, y que apenas
llegue á un lugar, cuando ya
amor en el lugar tenga,
es mucha filosofía.

GOM. Aunque tú tan necio seas,
quiero probarte, Ginés,
que es voluntad mas perfecta
la voluntad que se muda,
que no la que persevera.

GIN. Tú bien lo podrás probar;
pero mira no lo sepan
los familiares de amor,
que es forzoso que te prendan
por sospechoso en su fé;
mas ¿cual es la razon?

GOM. Esta:
para ser perfecto amor,
perfecto ha de ser por fuerza
el objeto que se ame.

GIN. La mayor concedo.

GOM. Espera:
no hay tan perfecta muger,
que algun defecto no tenga.

GIN. Concedo la menor.

GOM. Luego
preciso es que me concedas,
que no hay tan perfecto objeto,
que todo un amor merezca.
Luego querer yo el aliño
de una, de otra la belleza,
de otra el ingenio, y de otra
la calidad y las prendas,
es tener perfecto amor,
pues quiero en cada una de ellas
la perfeccion que hay en todas.

GIN. Concedo la consecuencia;
mas contra este tu argumento,
¿posible es que no te acuerdas
los disgustos y pesares
que Doña Beatriz nos cuesta,
por quien de Granada estamos
ausentes, viviendo en esta
tu patria, falso testigo
de la salud y belleza
de las damas, pues Guadix
es quien las dá á todas ellas
el color, que pocas veces
debieron á su vergüenza,
para que hoy desembarazo
de amar á otra dama tengas?

GOM. Confieso que á Beatriz quise,
y aun que la adoré pudiera
confesar tambien; mas tanto
pudo la pasada ofensa
de los zelos, que me dió
con Don Félix, que no queda
esperanza á mis deseos
con que yo á adorarla vuelva.
Tuve el disgusto que sabes:
herido quedó: hice ausencia:
víneme á Guadix por ser
mi patria, ó por estar cerca
para la ocasion que hoy
por puntos, Ginés, se espera
en Sierra Nevada: aquí,
por divertir mis tristezas,
puse los ojos acaso
en la hermosa Dorotea,
humano hechizo de amor,
que ufana y altiva ostenta
muchos siglos de hermosura,
como dice aquella letra,
en pocos años de edad:
«¡cuanto ignora, cuanto yerra,
el que químico de amor
vive de hacer esperiencias!»
Bien creí que no pasára
el mio en su edad primera
de un cortesano despique;
mas ¡ay! que breve centella
ocasiona mucho incendio,
poco aire mucha tormenta,
poca nube mucho rayo,
poco motin mucha guerra.
Dígalo yo, pues ví en breves
cenizas la llama envuelta,
la tormenta disfrazada
en suavísimas violencias,
en pardas nubes el rayo,
el motin en voces tiernas,
siendo en el principio sombra,
blandura, halago y pavesa,
amor que despues fué incendio,
asombro, rayo y tormenta.

GIN. Por mas que tus sentimientos
críticamente encarezcas,
ningun cuidado me dan.

GOM. ¿Por qué cuando á verme llegas
morir?...

GIN. Porque sé que estás
muy favorecido de ella,
pues le hablas todas las noches
por los hierros de una reja;
y favorecido, tú
la olvidarás.

GOM. No haré.

GIN. Deja
que medio mates á otro,
y nos vamos á otra tierra,
y verás en viendo otra,
como de esta no te acuerdas.

GOM. Podrá ser: y ahora, Ginés,
vamos tomando la vuelta:
pasemos su calle á ver
si acaso pudiese verla.

GIN. Su padre ahora en las casas
del ayuntamiento queda.

GOM. Segun eso, no vendrá
tan presto; y así, aunque ofenda
su recato, entraré á hablarla,
que no dá mi amor espera
de aquí á la noche, teniendo
ocasion ahora.

GIN. ¿Qué intentas?
mas ya te han sentido, y sale
á recibirte ella mesma.

ESCENA VII.

Decoracion de sala: puertas laterales.

GOMEZ ARIAS, GINÉS *y* DOROTEA.

DOROT. ¿Posible es, señor Don Gomez,
que mi opinion no os merezca
mas atenciones? ¿de dia
os entrais de esta manera
en mi casa? ¿no mirais
cuanto en esta accion se arriesga
mi crédito? ¿tanto habia
de aquí á que la noche venga
para hablarme?
GOM. No os espante,
bellísima Dorotea,
pues vos misma de vos misma
sois pregunta y sois respuesta,
que si ha sido haber venido
á veros toda mi culpa,
tambien toda mi disculpa
venir á veros ha sido:
y supuesto que ha nacido
de una causa el ofenderos
y el obligaros, severos
no esten vuestros soles claros,
que no merece enojaros
quien os enoja por veros.
De aquí á la noche, encendidos
en mil civiles enojos,
se hubieran muerto mis ojos
de envidia de mis oidos,
que viéndolos preferidos
en otros, su tristeza
presumió que era fineza
veros, logrando esta accion,
de noche la discrecion,
y de dia la belleza:
y pues estar no se ignora
en una parte ofendida,
cuanto en otra agradecida,
no es bien confundir ahora
castigo y perdon, señora,
que ingratitud vendrá á ser,
cuando pesar y placer
á elegir dan, elegir
lo que teneis que sentir
y no lo que agradecer.
DOROT. Mucho que haya andado siento
tan necia mi voluntad,
que lo que fué novedad
pareciese sentimiento:
estrañar mi pensamiento
el veros aquí, no ha sido
sentir que aquí hayais venido,
sino equivocar turbado
los colores de admirado,
con las señas de ofendido.
Si bien lo que entonces fué
novedad, ofensa es yá,
pues la disculpa que dá
vuestro amor cuando me vé,
disculpa es contra la fé
de oirme; y asi he presumido,
que ofensa segunda ha sido
en esta amorosa calma,
quitar el mérito al alma,
para dársele á un sentido.

ESCENA VIII.

Dichos y JUANA.

JUANA. Señora, mi señor....
DOROT. Dí.
JUANA. Viene con un caballero,
al parecer forastero.
GOM. ¿Qué he de hacer?
DOROT. Fuerza es que allí
os retireis.
GIN. (Siempre ví
suceder de esta manera
este paso.)
JUANA. La escalera
sube ya.
DOROT. En entrando él,
podreis saliros.
GOM. ¡Cruel
es mi suerte! (*Ocúltanse tras una de las puertas de modo que los vea el espectador.*)
JUANA. Considera
que el hombre ahora ha dejado
puesto á la puerta.
DOROT. Quien sea
no conozco.

ESCENA IX.

DOROTEA *y Don* LUIS.

LUIS. ¡Dorotea!
DOROT. Señor, ¿qué es esto? turbado
parece ¡ay Dios! que has llegado
á hablarme: ¿qué traes?
LUIS. No sé
como he de decirte, que
grande cuidado me dá
un hombre que en casa está
DOROT. ¿Hombre en casa?
LUIS. Sí; y porque
salir de cuidado espero,
retírate....
DOROT. (¡Ansia cruel!)
LUIS. A tu cuarto, que con él
hablar aquí á solas quiero.
DOROT. Señor si.... (¡confusa muero!)
LUIS. No te turbes ya, que no
será disgusto, aunque yo
ignoro lo que aquí quiera.
DOROT. (¡Quién vió confusion mas fiera!)
GOM. ¡Quién mayor empeño vió!
GIN. Dejarse un hombre á guardar
la puerta, decir que quiere
hablar con quien estuviere
aqui, dá que sospechar.
GOM. Nada me ha de embarazar
para salir bien de aquí.
GIN. Tampoco, señor, á mí
para salir mal.
LUIS. No haré
mas que saber de él cual fué
su intencion: vete de aquí.
DOROT. (¡Temblando voy!)
LUIS. Tú tambien

entrate allá dentro, Juana.
JUANA. (A fuera de mejor gana
me saliera.)
DOROT. (Cielo tén
piedad.) (Ocúltanse tras otra
GIN. Tomo bien á bien puerta.)
mil palos.

ESCENA X.

Don LUIS, *Don* FÉLIX *en trage de camino.* GOMEZ ARIAS, GINÉS, DOROTEA *y* JUANA, *ocultos.*

LUIS. Ya entrar podrás.
FÉLIX. Sí haré, pues licencia das.
GIN. Al otro llama, por Dios.
GOM. ¿Dos no somos para dos?
GIN. No señor, tú eres no mas.
LUIS. Viendo, Félix, el recato
con que á aquesta ciudad vienes,
á una posada me llamas,
y dices, que hablarme quieres
en la mia: entré primero
á que testigo no hubiese
alguno que te escuchase:
ya estás solo, ¿qué pretendes?
FÉLIX. No te admires que con tanto
secreto aquí hablarte intente,
pues presto, señor, sabrás
cuanto me importa el tenerle,
á cuyo efecto no quise
hablarte donde habia gente.
GOM. ¿No es don Félix?
GIN. Sí es, ó no
hay en el mundo don Félix.
GOM. ¡Oh, cuanto con cada acaso,
Cielos, mis desdichas crecen!
DOROT. Aunque aventure la vida,
he de ver lo que sucede;
pues ver el daño, no es tanta
desdicha como temerle.
LUIS. No andeis, don Félix, por tantos
rodeos, mas claramente
conmigo hablad.
FELIX. Pues escucha.
DOROT. Juana, oye.
GOM. Ginés, atiende.
FELIX. Bien os acordais, señor
Don Luis, cuya vida aumenten
los Cielos, de la amistad
que vos y mi padre siempre
tuvísteis, desde que Flandes
os vió en la edad mas ardiente
ser el Urialo, y Neso
de sus militares huestes.
Ya sabeis que esta amistad
es fuerza que yo la herede,
mejorado en ella, como
sus mas principales bienes;
pues antes que la ocasion
diga, que á sus intereses
acreedor me trae, es bien
salvar un inconveniente,
porque poniendome yo
en mis desdichas crueles
primero las objeciones,
accion á ninguno quede
de murmurarlas; y asi,
no os estrañeis de que llegue
á valerme en esta edad
de vos para un accidente
de amor; porque cuando en parte
la reputacion padece,
no es yerro en todo fiarla
de igual valor, si se advierte,
que la ilustre noble sangre
helada en las venas hierve,
bien como suele el volcán,
y bien como el Etna suele
exhalar llamas, aunque
cubiertos estén de nive.
Aquesto, pues, disculpado,
digo, que vengo á valerme
de vos, aunque vengo....
LUIS. ¿A qué?
FÉLIX. A dar á un hombre la muerte.
GOM Vive Dios, que he de salir,
porque me halle presto.
GIN. Tente:
señor, qué haces?
GOM. Qué sé yo.
GIN. Bien se vé: á ocultarte vuelve.
DOROT. Albricias, alma, no fué
lo que temí.
JUANA. No te ausentes,
escucha todo el suceso,
ya que aquí estás.
LUIS. Dignamente
suspenso quedé al oiros;
y aunque quiera resolverme
á responderos, no sé
qué respuesta conveniente
será, hasta saber que causa
á tan grande empeño os mueve.
Contadme todo el suceso,
que si trance de honor fuere,
todavia ciño espada.
GIN. Por Dios, que el viejo es valiente.
FÉLIX. Habrá dos años, y mas,
que sirvo con poca suerte
una dama, con intento
de casarme, si tuviese
tanta dicha; pero cuando
buscada la dicha viene?
Neutral mi amor la asistia,
ni ofendido á sus desdenes,
ni admitido á sus favores,
cuya calma indiferente,
ni me atormentaba triste,
ni me consolaba alegre.
Sucedió en este intermedio
que retirada la gente
de Sierra Nevada, á causa
de los tiempos inclementes,
viniese á ganar alguna,
para que entre ella viniese
un Gomez Arias, que aunque
dicen todos que es valiente,
no para mí, pues previno
contra una vida dos muertes.
GIN. Ya vás entrando en la troba.
DOROT. Gomez Arias dijo, advierte.
FELIX. Pues dió en festejarla el dicho,
y como las mas mugeres

bozales indias de amor,
plumas y colores creen
mas, que el oro de la dicha,
que en su misma patria tienen,
haciendo de él desperdicio,
le dió á trueco de una débil
lisonja del aire, donde
tanto en el cambio se pierde,
que deja lo que mas vale,
por lo que mejor parece.

GOM. Ya es dicha que Dorotea
sin oir aquesto se fuese.

GIN. Alá saber, dice el moro.

DOROT. No fué en vano el detenerme.

FÉLIX. Y como un zeloso, en fin,
alivio en su mal no tiene
mas eficaz que el quejarse,
pude, señor, atreverme,
sobornando á una criada,
á entrar hasta su retrete
una noche, donde apenas
me sintió, cuando impaciente
dió tantas voces, que fué
preciso que me saliese
de allí, á tiempo que su amante
llegaba: reconocerme
quiso, la espada saqué,
en cuya ocasion, ó fuese
tenerme ya la ventura
ganada, ó querer hacerme
mi vida aquella lisonja
de irse acercando á mi muerte,
de una estocada caí
en el suelo, y él ausente
no pareció mas. Yo, pues,
á pesar de herida y fiebre,
convalecí en pocos dias,
tan obstinado y rebelde
en mi amor, que volví á hablarla;
pero mas ingrata y fuerte
me hizo cargo, que por mi
su honor y su esposo pierde.

DOROT. ¡Su esposo, Cielos!

GOM. ¡Qué buen
desengaño, si no fuese
tan tarde!

FÉLIX. Esto aun no importára,
si entre esto no me dijese,
que de cobarde fingí
aquella noche mi muerte,
por miedo de su galan.
¡Ah, Cielos, y cuantas veces
de las mugeres destruyen
los fáciles pareceres
la mas asentada fama,
hablando en lo que no entienden,
que como ellas ignorantes
no saben cuanto contiene
en sí una fácil palabra,
á no decirla no atienden!
Aqueste necio desaire,
que oido de la que se quiere,
aun trae otra circunstancia,
es, señor, el que me mueve
á la determinacion
de buscarle, porque llegue
á noticia de su dama,
que supe darle la muerte.
Á este efecto á esta ciudad
he venido, y porque tienen
mis sentimientos noticia
de que en ella está, no quiere
mi valor que me ayudeis
á buscarle, solamente
que vos me tengais oculto
es lo que de vos pretende,
que de noche yo saldré,
donde espiado estuviere
de dos criados que traigo
no conocidos, de suerte,
que como él de mí no sepa,
no hay en qué la accion se arriesgue,
ni vos aventurais nada
no llegando nadie á verme
con vos, ni aun en vuestra casa,
que ya sé el inconveniente
que hay para que un hombre mozo
en ella, señor, se hospede:
y así, disponedlo vos,
pues la obligacion mas fuerte
de un hombre, en cualquiera edad,
es amparad á quien viene
ofendido: yo lo estoy
de zelos y honor dos veces;
noble sois, considerad
como vuestra amistad puede
dejando de aconsejarme,
dejar de favorecerme.

GOM. De albricias del desengaño
no salgo yo á responderle.

DOROT. ¡Oh, quién oido no hubiera
sus zelos tan claramente!

LUIS. Señor Don Félix, aunque
tanto prevenido hubiéseis
el error de tratar estas
cosas conmigo, no tienen
merecida la disculpa:
cuando aqueste lance fuese
precisamente de honor,
hallareis precisamente
amparo en mí; pero siendo
un acaso contingente
de amor, me dareis licencia
para que aquí os aconseje,
que desistais de este intento,
en que no es bien que os despeñe
tanto la necia ignorancia
de una muger.

FELIX. Si os merece
mi confianza favor,
este me dad solamente,
que yo no os pido consejo.

LUIS. ¿Qué importa, si es conveniente
el darle yo, y de mis canas
el mejor favor es este?

FELIS. Yo no estoy capaz de oirle.

LUIS. Mirad....

FELIX. Es en vano hacerme
discursos, que cuanto vos
aquí decirme pudiéreis,
sé yo.

LUIS. ¿No hay remedio?

FELIX. No.

LUIS. Pues siendo ya de esta suerte,

yo tampoco quiero darle.
Idos pues, que ya anochece:
solo no os vean conmigo;
y decid á aquesa gente
que traeis donde ha de hallaros,
que es aquí, y volved en breve,
que voto á Dios, que aunque ya
vos matarle no quisiéseis,
le mate yo, que una cosa
es aconsejar prudente,
y otra acompañar restado.
¿Que esperais?

GIN. ¡Ah, viejo verde!

FELIX. Solo echarme á vuestras plantas...

LUIS. Escusado tiempo es este.

FELIX. Sois caballero en efecto.

LUIS. (Por otra parte conviene
ir yo á buscar algun medio
mas cuerdo y mas conveniente,
con que pueda embarazar
una desdicha tan fuerte.)

ESCENA XI.

GOMEZ ARIAS, GINÉS, DOROTEA *y* JUANA *salen de detrás de las puertas.*

DOROT. No sé, señor Gomez Arias,
si en esta ocasion os dén,
ó pésame ó parabien
mis voces, de tan contrarias
razones como hoy en vos
militan; porque no sé
si dicha ó desdicha fué
este aviso; y así, en dos
mitades hoy dividida
mi voluntad, os dará
pésame de cuanto está
puesta al riesgo vuestra vida,
y parabien de ver cuanto
están de vuestros desvelos
desengañados los zelos:
y así con la voz y el llanto,
en cuanto á la dama, digo,
que el alivio de la pena
sea muy en hora buena:
y en cuanto á vuestro enemigo,
que os guardeis de sus enojos,
dándoos juntos mis agravios
el parabien con los labios,
y el pésame con los ojos.

GOM. Mal, cielo mio y mi bien,
con semblante tan esquivo
de quien adoro recibo
pésame, ni parabien:
el pésame porque no
mi vida está perseguida,
que habiéndoos dado mi vida,
mal podré perderla yo:
ni el parabien, que ya hoy
llega tarde el desengaño
de aquel olvidado engaño
con que respondido estoy,
que ardiendo hoy en vuestra llama
pena ni gusto recibo,
ni del riesgo en mi enemigo,
ni del crédito en mi dama.

DOROT. Yo lo creo; y pues ha dado
el cielo aquesta ocasion
de rescatar mi pasion
de aquel penoso cuidado,
hacedme merced, por Dios,
de iros ya.

GOM. ¿De irme ya?

DOROT. Sí.

GIN. Dice bien, vamos de aquí.

GOM. Quedando enojada vos,
mal en ausentarme hiciera.

DOROT. ¿Qué veis en mí, que os persuada
á que yo quedo enojada?

GOM. El hablar de esa manera.

DOROT. Quejosa pudiera ser
confesaros la razon.

GOM. Quejas que sin causa son,
mal podré satisfacer.

DOROT. Decís bien: yo anduve errada
en pensar que la tenia,
cuando engañada vivia
de un ingrato, que en Granada
deja otra fé y otro amor,
en cuyo alcance viniese
á darle la muerte ese
zelosísimo señor.

GOM. Antes que os viera, ¿qué culpa
fué adorar otra belleza?

DOROT. ¿Y con toda esa fineza,
se dá tan baja disculpa?
(Finísima groseria.)
Juana, mira si salir
puede, y.... *(Vase Juana.)*

ESCENA XII.

GOMES ARIAS, GINES *y* DOROTEA.

GOM. Ya no me he de ir,
aunque aventure este dia
vuestro amor, sin que primero
digan las ansias que lloro,
que sois el dueño que adoro.

DOROT. Adorador caballero,
mirad el riesgo en que estais.

GIN. Dice muchas veces bien.

GOM. Pues no nace este desden
de las causas que me dais,
pensaré que otras han sido
fin de vuestra voluntad.

DOROT. Idos ahora, y pensad
lo que fueredes servido.

GOM. Si con aquesto os obligo,
el gusto de irme os daré;
(¡Ah, plegue al cielo, que esté
en la calle mi enemigo!)

GIN. (¡Ah, plegue al cielo, que no!)

ESCENA XIII.

Dichos y JUANA.

JUANA. Señor, el paso deten,
que ahora salir no es bien.

GIN. ¿Hay embargo?

JUANA. Estando yo
toda la calle mirando,
me asomé por poder vella

á la reja, y llegó á ella
Don Juan de Haro, preguntando
por tu padre: que ahora en casa
no estaba le respondí,
y él me dijo: pues aquí
le esperaré si esto pasa,
porque un negocio con él
tengo: á la puerta se puso,
y á esperarle se dispuso:
y aun ya el lance es mas cruel,
que él, y mi señor, (no puedo
hablar,) estan yá en la sala.

GOM. (¿Qué pena á mi pena iguala?)
GIN. (¿Qué miedo iguala á mi miedo?)
DOROT. Retiraos á donde estabais.
GOM. Ven, Ginés.
GIN. Esta, señor,
es la carrera de amor. *(Escóndense otra vez detrás de las puertas.)*

ESCENA XIV.

GOMEZ ARIAS, GINES, DOROTEA Y JUANA, *ocultos.* *Don* LUIS *y Don* JUAN.

LUIS. ¿A qué efecto me esperabais,
don Juan?
JUAN. A efecto de hablaros
en un negocio, y quisiera,
señor....
LUIS. ¿Qué?
JUAN. Que á solas fuera.
LUIS. Pues aquí puedo escucharos.
JUAN. Oidme.
LUIS. (¿Otro secreto, Cielos,
en mi casa? ¿Despues que
á Gomez Arias no hallé,
vengo á hallar muchos recelos?)
JUAN. Ya sabeis que un mayorazgo
ilustre y rico poseo
en Guadix, herencia antigua
de mis difuntos abuelos;
y ya sabeis, que en Granada
tengo parientes y deudos,
si nobles, vuestras noticias
os aseguran de serlo.
Ellos, pues, hoy deseosos
de mi quietud y mi aumento,
un casamiento me tratan
con una dama que el Cielo
dotó de todas las partes,
de sangre, hacienda, é ingenio:
doña Beatriz de Mendoza
se llama, con que encarezco
cuanto me estuviera bien
conseguir tan alto empleo.
LUIS. Es verdad, ya la conozco,
y de su padre don Diego
de Mendoza soy amigo.
Si á informaros venis, puedo
aseguraros que....
JUAN. Nada
me asegureis, que no es esto
á lo que vengo; escuchadme
y sabreis á lo que vengo.
GOM. ¿Oyes aquesto, Gines?
GIN. Y aun lo otro, cuanto mas esto.
GOM. ¿Tan consolada esta ya
Beatriz, que de casamiento
trata?
GIN. A mí me ha parecido
que es ya tarde, si á tí presto.
LUIS. Decid pues.
JUAN. Yo no quisiera
que toda fuese conciertos
mi dicha, sino que entrase
hoy á la parte con ellos
la eleccion de mi albedrio,
que en mas alta esfera he puesto.
Bien conozco, que estas cosas
se hablan mejor por terceros;
pero donde la igualdad
es lo mas, todos son menos.
La señora Dorotea
no merecido sugeto
de mi esperanza, lo ha sido,
señor, de mis rendimientos.
DOROT. ¡Cielos, qué escucho!
GOM. ¿Quién tuvo
jamás duplicados zelos?
GIN. Revés amagó, y dió tajo:
¡por Dios, que es jugador diestro!
JUAN. No es atrevimiento hablaros
con aqueste atrevimiento,
si confesando adorarla,
que no lo sabe confieso;
y así digo, que quisiera
ser de todo el mundo dueño,
para ponerle á estas plantas
de tan grande logro en precio,
en ellas. *(Arrodillase.)*
LUIS. Señor don Juan,
¿qué haceis? levantad del suelo,
que es tiranizar la accion
á mis agradecimientos.
Yo soy quien reconocido
á las vuestras estar debo
en albricias de la dicha,
que á mi casa traeis: y puesto
que por tal la reconozco,
visto está que no la niego.
GOM. ¿Esto escucho?
GIN. Cierto que es
bien partido caballero,
pues deja de dos la una.
DOROT. Muerta estoy, Juana.
LUIS. En efecto,
Dorotea será vuestra:
desde aquí su mano ofrezco,
porque ella no tiene mas
accion en sus pensamientos
que mi obediencia.
JUAN. No sé
con qué palabras, qué estremos,
mi contento os signifique;
y porque sé que le ofendo
con cualquiera, será justo
que lo remita al silencio;
callando respondo, y voy
á mis amigos y deudos
á pedirles las albricias,
que deben á mis aciertos. *(Vase.)*
LUIS. Hoy se me han entrado en casa
juntos pesar, y contento.

¿Juana?

JUANA. (*Saliendo.*) Señor.

LUIS. Pon aquí
unas luces al momento.

JUANA. Aquí están ya. (*Trdelas.*)

LUIS. Y si viniere
á buscarme el forastero
que estuvo hoy conmigo, dile
que espere, que ya yo vuelvo.
(Despues diré á Dorotea
su ventura. ¿Donde, Cielos,
hallaré yo á Gomez Arias?)

ESCENA XV.

GOMEZ ARIAS, GINES, DOROTEA Y JUANA *saliendo.*

GIN. Cerrado en este apasento.

GOM. Pésames y parabienes
mezclados á un mismo tiempo
me disteis bien poco ha;
pero yo soy tan grosero
amante, y tan mal partido,
señora, que solo os vuelvo
los parabienes, que en fin,
con los pésames me quedo.
Sea muy en hora buena
el felice casamiento
con el venturoso amante,
que os adora, y que ya... pero
¿qué digo? quedad con Dios.

DOROT. Mi bien, mi señor, mi dueño.

GOM. Mirad el riesgo en que estais.

DOROT. Esto os dije yo primero:
no os habeis de ir enojado.

GOM. Tambien dije yo lo mesmo,
y pues vos no hicísteis caso
de ello entonces, ¿por qué tengo
de hacerle yo ahora?

DOROT. Mirad,
que estoy quejosa y que os ruego.

GOM. Pues no me rogueis, ni esteis
quejosa.

GIN. (¡Oh, cuanto deseo
de saber cuando se alegran
los enamorados tengo!)

DOROT. De que me pida á mi padre
este galan caballero,
¿qué culpa tengo yo?

GOM. Bien:
ninguna teneis por cierto;
mas si es tan galan, ¿qué mucho
que la otra dama, á quien dejo
en Granada yo, sea hermosa?
Juana, vé, y mira si puedo
salir.

DOROT. No lo mires, Juana:
escúchame, y vete luego.

GIN. (¿Qué vá, que antes que nos vamos
vuelve el susodicho viejo,
ordinario de su casa,
pues la anda yendo y viniendo?)

GOM. ¿Qué he de escucharte?

DOROT. Las causas,
que para quejarme tengo.

GOM. ¿Y yo no las tengo?

DOROT. No;
pues me engañaste primero
tú á mí teniendo otra dama.

GOM. Y tú otro galan teniendo.

DOROT. Es engaño, que ya él dijo,
que no supe sus deseos.

GOM. Malo era que no dijese
á tu padre sus secretos.

DOROT. ¿Soy yo muger que pudiera
admitir á dos á un tiempo?

GOM. ¡Qué se yo! dejame ir,
porque daré, ¡vive el Cielo!
voces, que alboroten toda
la casa.

DOROT. Tales estremos
bien dicen, que á haber sabido
que fueron falsos los zelos,
que de Granada tragísteis,
allá la pasion ha vuelto:
y siendo así, que yo solo
he servido de hacer tiempo,
idos presto, ¿qué esperais?
idos, que ya no os detengo.

GOM. Ya no me quiero yo ir
sin que asegure primero,
que no es razon que tú tienes,
sino razon que yo tengo
la que me aparta de tí:
¿qué dijo aquel caballero?
¿dijo mas, que antes de verte
tuve amor á otro sugeto?

DOROT. Malo era que no decia
que despues, no lo sabiendo.

GOM. Esto sí, no te des tú
por vencida, porque habiendo
oido á tu padre y tu amante
la palabra casamiento,
es bien asirte á la queja.

DOROT. Eso sí, válete de esto,
y habiendo oido, que han sido
sus agravios fingimientos,
aprovecha la disculpa
traida por los cabellos.

GOM. Yo tengo razon.

DOROT. Yo y todo.

GOM. Tú? en qué?

DOROT. ¿Tú, en qué?

LOS DOS. Yo....

GIN. Estais ciegos?

GOM. En tu traicion.

DEROT. En tu engaño.

GIN. Mirad...

GOM. Pues....

DOROT. Cuando....

ESCENA XVIII.

Dichos y Don LUIS.

LUIS. ¿Qué es esto?

GIN. (Cayóse la casa á cuestas,
como dicen los los fulleros.)

DOROT. ¿Qué ha de ser? que no sé aqué
se ha entrado este caballero
aquí, y porque le decia
que se fuese, no queriendo,
colérica yo....

GOM. La causa

oid.
LUIS. Decid, que ya recelo,
señor Gomez Arias, cual
puede ser.
GOM. Estadme atento:
díjome ahora ese criado....
GIN. Lo que he dicho.
GOM. Calla, necio:
que en vuestra casa habia visto
entrar hoy un forastero;
vine á buscarle, porque
con él un negocio tengo.
LUIS. (¡Mirad si se descuidaba
estotro en buscarle presto!)
GOM. Y tanto esta mi señora
se turbó, que yo creyendo
que era negarle, dí voces,
porque si acaso está dentro,
sé que oyéndome saldrá.
LUIS. Mucho de hallaros me alegro,
antes que vos á él le halleis,
porque de buscaros vengo.
GIN. Pues bien cerca de aquí estaba.
GOM. ¿Pues qué me mandais?
LUIS. Yo intento
componeros con don Félix,
porque....

ESCENA XIX.

Dichos y Don FELIX.

FÉLIX. Ya los criados dejo
avisados: ¡mas qué miro!
GOM. A quien te busca, sabiendo
que aquí estabas.
FELIX. (*Sacan las espadas.*) Donde quiera
que yo á mi enemigo encuentro,
la cólera me disculpa
de cualquier atrevimiento.
LUIS. En mi casa, ¡vive Dios!
que el que no tenga respeto,
al lado me halle del otro.
GIN. Ponte al mio, que lo tengo.
FELIX. En tu confianza vine,
y que has de ampararme es cierto.
LUIS. Yo lo hiciera, cuando fuera
por trance de honor el duelo;
no siéndolo, he de estorbarlo.
LOS DOS. Mal podrás ahora. (*Riñen.*)
LUIS. ¿Qué es este?

ESCENA XX.

Dichos, DOROTEA *y* JUANA.

DOROT. Juana, apaga aquestas luces,
por si el daño así remedio. (*Apaga las luces, y riñen oscuras.*)
GOM. ¿Dónde estás, Félix?
FELIX. Aquí.
GIN. ¿Tan cerca mudó de puesto?
LUIS. ¡Vive Dios! si no se tienen....
DOROT. ¿Cielo, en qué ha de parar esto?
GIN. Yo lo diré: muerto soy.
FÉLIX. Huiré, pues le dejo muerto,
y á los ojos de su dama:
airoso, y vengado vuelvo.

ESCENA XXI.

Don LUIS, DOROTEA JUANA, GOMES ARIAS *y* GINES.

LUIS. Traed luces. (*Trae un criado las luces y vase.*)
CRIAD. Ya están aquí.
LUIS. ¿Quién fué el infeliz?
GIN. Yo pienso
que lo era; ya no lo soy,
pues fué esparcirlos mi intento.
LUIS. Bien hiciste; iré á buscar
á don Félix, pues creyendo
que habia muerto á su enemigo,
falta de aquí.
GOM. Tambien pienso
seguirle yo, porque vea....
LUIS. Eso no, tenedle os ruego
todos, y no le dejeis
salir de aquí.

ESCENA XXII.

DOROTEA, JUANA, GOMÉZ ARIAS *y* GINÉS.

DOROT. Deteneos.
GOM. No es posible, pues me fuera,
por irme de vos huyendo,
cuando no por alcanzar
á mi enemigo.
DOROT. Yo intento
daros las satisfacciones
que querais.
GOM. Sola una quiero.
DOROT. ¿Cual es?
GOM. Despues la diré.
DOROT. Pues desde ahora la ofrezco,
como espereis á que vuelva
mi padre.
GOM. Yo lo prometo.
DOROT. ¡Amor, qué no haré por ti!
GOM. ¡Qué no haré por tí, deseo!

JORNADA SEGUNDA.

Decoracion de campo; árboles y montañas.

ESCENA PRIMERA.

GOMES ARIAS, DOROTEA *y luego* GINÉS.

GOM. (*Mirando á dentro.*) En el verde laberinto
de estas peñas, y estas ramas,
defendido aun á los rayos
del sol, los caballos ata,
en tanto, que en su florida
verde lisongera estancia,
el hermoso dueño mio
un breve rato descansa.
DOROT. Poco el cansancio le aflige
á quien vá huyendo, pues cuantas
leguas atrás deja, son
sagrado de su esperanza;
y así, cuanto mas camina,
mas descansado se halla,
porque fatigas del cuerpo
le son alivios del alma.
GIN. (*Saliendo.*) Ya los caballos, señor,

atados quedan con harta
queja de los tres, diciendo
en rocinantes palabras,
¿que por qué, siendo los locos
nosotros, á ellos los atan?

GOM. Ya vendrás arrepentida
de haber tenido tan rara
resolucion.

DOROT. ¿Eso temes?
mucho mi fineza agravias:
no digo yo haber dejado
por tí mi padre: y mi casa
mas los imperios del mundo,
cuando por tí los dejára,
aun me parecieran poco
trofeo para tus plantas.
Sola una cosa debiera
tenerme desconfiada,
que es el peligro que pueden
correr mi honor y mi fama;
pero habiéndome tú dado
de esposo mano y palabra,
en cuya seguridad
me trae mi confianza,
¿por qué me he de arrepentir?
y mas cuando tengo tantas
disculpas que me ocasionen:
una, ver que me trataba
mi padre de dar esposo
á disgusto: otra, la estraña
confusion de aquella noche
que tu enemigo te halla
en mi casa, cuyo riesgo
entonces Ginés restaura,
y temer yo que otra vez
suceda: otra, ver que estabas
ya en Guadix desengañado
de los zelos de Granada.
Pues si con sola una ausencia
tantos daños se reparan,
supuesto que yo me libro
de la sujecion tirana
de un esposo á mi disgusto,
tú de la zelosa saña
de un competidor zeloso,
y los dos de la pesada
ocasion de nuestros zelos,
¿qué necia desconfianza
podrá hacer que me arrepienta?
Y cuando no militáran
tantas razones, el verme
hoy en tu poder, ¿no basta
para vivir, dueño mio,
felice, alegre y ufana?
No digo yo, que á Castilla
me lleves, que es donde tratas
ir; pero á la mas remota
provincia, donde el sol falta,
ó donde preside el sol,
y una yela, y otra abrasa,
iré gustosa contigo.

GOM. Lo que me debes me pagas.
En esta florida alfombra,
que tegen colores varias,
te sienta, en tanto que el sol
templa su luciente llama,
ya que porque no nos sigan,
del camino nos aparta
el temor, y en despoblado
estas dos ó tres jornadas
hemos de hacer. (*Reclinase Dorotea y vase quedando dormida.*)

GIN. Harto susto
me cuesta el imaginarlas.

GOM. ¿Por qué, Ginés?

GIN. Porque temo....

GOM. ¿Qué?

GIN. Que aquestas sierras altas,
á cuyo pié estamos, son
las sierras de la Alpujarra,
donde cada dia los moros,
que desde su cumbre bajan,
hacen estragos y muertes.

GOM. Tu temor finge fantasmas.
Cuando de Guadix salimos
dos dias há, y una cabaña
nos dió albergue, ¿no tomamos
luego la parte contraria
de Sierra Morena?

GIN. Sí;
pero luego que dejada
la cabaña, que fué albergue
de esta angélica gallarda,
de noche salimos: ¿quién
nos asegura no haya
nuestra ignorancia perdido
el camino?

GOM. Quedo habla,
que entiendo que Dorotea
duerme.

GIN. Rendida, y postrada
al sueño quedó: ¿qué mucho,
si há tres noches ya que anda
en trabajo?

GOM. ¿Dueño mio?

GIN. ¿De qué sirve dispertarla?
déjala dormir.

GOM. No quiero
dispertarla yo.

GIN. Pues calla.

GOM. Asegurarme no mas
quiero si duerme.

GIN. ¿No basta
oirla roncar como un ángel?

GOM. Pues de ahí, Ginés, te levanta
con tal silencio, que apenas
las plantas sientan las plantas.

GIN. Bien haces en retirarte,
si lo haces por no inquietarla,
y dejarla dormir.

GOM. No hago
sino mal, pues esta instancia
no es por dejarla dormir,
sino solo por dejarla.
Con cuanto recato puedas
los dos caballos desata,
y vamos de aquí.

GIN. ¿Qué dices?

GOM. ¿Qué he de decir? que esta rara
belleza, que al parecer
es una divina estátua
de Flora, que en estas selvas
el docto pincel del alba
de rosa y jazmin pulió,
compuso de nieve y nacar,

es un áspid para mí,
pues entre sus flores varias,
traidoramente mañosa,
mortales venenos guarda.
¿Ves toda aquesta hermosura?
basilísco es que amenaza
con la vista, y solo ahora
que no me vé no me mata.
¡Oh, nunca hubiera, Ginés,
con facilidades tantas,
creido de mis deseos
las mentidas esperanzas!
Cuánto gusto liberal
me ofreció amor al mirarla,
me le negó al conseguirla,
porque es mercader que trata
en piedras, que solamente
la estimacion las ensalza,
y no valen nada el dia
que la estimacion les falta.

GIN. Aunque esto en tu condicion
poca novedad me haga,
me hace mucha novedad
la ocasion en que lo tratas:
¿sola, y dormida en un monte
has de dejar una dama?

GOM. ¿Por qué no, si desde el punto
que mia pude llamarla,
la aborrecí de manera
que no hay víbora pisada
mas ponzoñosa á mis ojos?
Y cuando esto no bastára
á hacerme ingrato con ella,
¿á dónde quieres que vaya
cargado de una muger,
que cuando intente negarla
la palabra que la he dado,
hallarla conmigo haga
la informacion contra mí?
pues sin ella, cosa es clara
que podré negarlo todo:
mi profesion es la espada,
mi caudal es mi valor,
y la milicia mi patria:
pues yo pobre, y ella hermosa,
¿no es ocasionar la infamia
de vivir con su hermosura?
Y aun otra razon me falta
mayor que todas: Beatriz
ya conmigo disculpada
está, es rica, y es su amor
primero acreedor del alma:
desata, pues, los caballos,
y á verla vamos.

GIN. ¡Mal haya
muger, que á hombre enamorado
de otra cree!

GOM. ¿Ahora me sacas
moralidades? camina:
¿qué te detienes?

GIN. Repara,
señor, en que es tu crueldad
mayor que... (*Alzándo la voz.*)

GOM. ¿La voz levantas?

GIN. No, mas dige que es accion
indigna de tí, que hagas
tal traicion á una muger,
á quien sacas de su casa,
y que de tí se confia;
modo habrá para apartarla
menos cruel: no la dejes
sola en aquesta montaña:
Granada tiene conventos,
en uno puedes dejarla:
no la agravies en la vida,
ya que en el honor la agravias.

GOM. ¡Vive Dios! que de tu pecho
sea llave aquesta daga,
que abriendo mil bocas, cierre
la que mis secretos guarda:
ó ven conmigo, ó aquí
quedarás á puñaladas
muerto.

GIN. Si á escoger me das,
escojo....

GOM. Mas quedo habla.

GIN. Irme; pero vuelve y mira
esa hermosura gallarda.

GOM. Ya veo que es hermosura,
y por eso es desdichada;
no me hubiera ella creido,
que entonces yo la adorára;
¿pero ya para que es buena?
pues no hay cosa que mas valga
que una hermosura, ni menos
que una hermosura gozada.

DOROT. Mi bien, mi esposo, no así (*En sueños.*)
de mi amor huyendo vayas.

ESCENA II.

DOROTEA, *y* CAÑERÍ *y dos* MOROS, *en lo alto de la montaña.*

CAÑ. Bajad con silencio, que
de aqueste monte en la falda,
caballos, y gente he visto
entre esas espesas matas.

MORO 1º De aquel caballero, que hoy
dimos muerte en la montaña,
quizá serán los caballos,
que dices que has visto.

CAÑ. Baja
con silencio, no nos sientan,
porque ya sabes que anda
temerosa de los robos,
muertes, iras, y venganzas,
que hacemos corriendo el monte
la milicia de Granada,
qué en tanto que Isabel viene,
asegura la campaña,
sin atreverse á subir
á Benamejí, ni á Gávia,
plazas fuertes, que sustenta
la cerviz de la Alpujarra.

MORO 2º Hacia esta parte fué donde
se oyó el ruido

CAÑ. No te engañas, (*Bajan.*)
que aquí fué donde yo ví
dos caballos, pero aguarda,
que he visto si de mis ojos
no es ilusion, ó fantasma,
una divina deidad,
que ostenta altiva y ufana,

para viva, poca accion,
para muerta, mucha alma:
sobre el florido tapete,
que con suavidad el aura
mulló de silvestre yerba,
tejió de bruta esmeralda,
yace. (¡En mi vida no ví
belleza mas soberana!
A ser Gentil, y no moro,
dignamente imaginára,
que eran aquestas las selvas
de Venus, ó de Diana.
No sé si me determine
á acercarme, que turbada
el alma temo su riesgo,
y no con pequeña causa;
porque de cerca que hará
la que léjos abrasa?)

Dorot. ¿En qué mi amor te merece
tal rigor? *(En sueños.)*

Cañ. Entre si habla:
atreveréme á llegar,
ya que su voz desengaña
que no es deidad, pues que duerme.

Dorot. Espera, señor, aguarda, *(Despiértase.)*
no huyas; mas ¡ay de mí, Cielos!
qué oposiciones contrarias
¿son estas? entre los brazos
de mi esposo ¡pena estraña!
dormí, ¡infelice desdicha!
y cuando, ¡aliento me falta!
dispierto, ¡tirana suerte!
me hallo, ¡el corazon se arranca!
en brazos, ¡de yelo soy!
de un negro mónstruo, ¡qué ánsia!
Díme, ¿qué has hecho del dia,
atezada nube parda?
sombra, ¿qué has hecho del sol?
noche, ¿qué has hecho del alba?
esposo, señor, mi dueño,
dónde estas? *(Hace que se vá.)*

Cañ. ¡No huyendo vayas,
que no podrás, aunque amor
te preste mejor las alas:
y si por dicha es un jóven
galan el dueño que llamas,
y él á este monte te trajo,
en vano que venga aguardas
á socorrerte, porque
entre aquestas peñas altas
mi gente le ha dado muerte.

Dorot. ¡Falte á mis ojos la clara
luz del dia, pues nací
para ser tan desdichada!
¿mas qué digo? ¿muerto él,
y viva yo? es repugnancia
imposible, que no pudo
morir sin mí, quien estaba
en mi pecho, y no tenia
mas ser, mas vida, mas alma
que mi amor: si acaso, ¡ay triste!
preso le teneis, y tanta
no ha sido vuestra fiereza,
llevadme á mi por esclava,
y dadle á él la libertad,
para que él á tratar vaya
el rescate de los dos:
y no temais que haga falta
quedándome yo, porque
me adora, me estima, y ama
de manera, que es lo mismo
partir sin mí, que sin alma.
Y si el precio de mi hacienda
hoy para los dos no basta,
quede él libre, y yo cautiva;
pero si es verdad, ¡que rabia!
que le habeis muerto (¡tal digo
sin morir yo!) no hagais tanta
sin razon á mis finezas,
que viva me dejeis: haga
esta piedad el rigor
siquiera una vez, y haya
un ejemplar en el mundo
de que las piedades matan.

Cañ. ¡Infeliz muger! tu esposo,
si era un jóven que hoy estaba,
como he dicho en este monte,
en él murió, y tus desgracias
aunque enternecen las peñas,
aunque los ricos ablandan,
y aunque los peñascos mueven,
no las bárbaras entrañas
de mi rigor, ni presumas,
ya que en mi poder te hallas,
que los diamantes de Oriente,
ni los tesoros de Arabia
serán precio á tu rescate:
mia has de ser, coronada
te has de ver, no solamente
por la reyna de la Alpujarra,
pero del mundo: á la sierra
conmigo ven.

Dorot. Con tus armas
mismas me daré primero
mil muertes.

Cañ. En vano tratas
defenderte: ¿qué esperais?
asidla los dos, llevadla. *(Cógenla los dos moros.)*

Dorot. ¡Esto los Cielos consienten!
¿cómo en ellos piedad falta,
y en esta ocasion no tocan
truenos y rayos? *(Cajas dentro.)*

Dent. *(Voces.)* Al arma.

Cañ. ¿Qué es esto? ¡perdidos somos!
una numerosa escuadra
cercándonos viene; pero
sin pelear á la montaña
nos retiremos, llevando
esta muger, que ella basta
hoy para presa, y no quiero
peleando aventurarla.

Dorot. ¡Cielos, doleos de mí!

Cañ. En vano á los Cielos llamas.

Dieg. *(Dentro.)* Hácia aquí se oyen las voces.
Adusto, bárbaro, aguarda,
que has de dejar en mis manos
la hermosa presa que alcanzas.

Cañ. Antes dejaré la vida.

Mor 1º Imposible es ya llevarla
con nosotros, pues es fuerza
que volvamos las espaldas. *(Suéltanla.)*

Cañ. Pocos somos, y ellos muchos:
soldados á la montaña.
(Perdí el tesoro mayor

en una hermosa cristiana.)

ESCENA III.

DOROTEA, *Don* DIEGO *y soldados.*

DIEG. Venid, señora, conmigo,
que como noble palabra
os doy, que vuestra fortuna
me ha enternecido: en mi casa,
hasta reparar el daño
que os sigue, estareis: mis canas
de vuestra seguridad
son la mas digna fianza:
con una hija que tengo
estareis, hasta que haya
remedio en vuestras desdichas.
DOROT. Perdonad si merced tanta
no rehuso recibir,
porque es preciso aceptarla.
DIEG. Venid pues.
DOROT. (Sin vida voy.
¡Ay infeliz Gomez Arias,
la vida mi amor te cuesta....
muriendo sabré pagarla!)

ESCENA IV.

Decoracion de calle: á un lado puerta y ventana.

Don FELIX Y FABIO.

FELIX. Hallándome ya vengado,
y que don Luis ofendido
estaria, habiendo sido
el lance en su casa, osado
salí de ella, y sin parar
en Guadix un breve instante,
tomé un rocin, que arrogante
me trajo sin descansar
á Granada, de un aliento
corriendo esas nueve leguas:
aquí, pues, haciendo treguas
el temor y el ardimiento,
me he estado aquestos tres dias
escondido y retirado;
y viendo que no ha llegado
de aquestas fortunas mias
alguna nueva á Granada,
y que no se cuenta en ella
el raro empeño de aquella
muerte, sin mirar en nada,
el retraimiento dejar
quise, que sino ha sabido
Beatriz lo que ha sucedido,
¿de qué me ha servido andar
tan dichoso? yo queria
que el vulgo se lo dijera;
pues él lo calla, quisiera
que lo oiga de la voz mia.
Don Diego su padre ha ido
por capitan de la tierra
á asegurar de la sierra
el paso, pues yo atrevido
hoy en su casa entraré,
no estando don Diego en ella,
y vengado de su bella
ingratitud quedaré.
Vamos llegando á su casa.

ESCENA V.

Don JUAN *y* FLORO.

JUAN. Este es el medio mejor
para templar de mi amor
el fuego con que me abrasa:
bien, que habiendo Dorotea
tomado resolucion
tan estraña, á mi pasion
no hay remedio que lo sea,
como tratar de olvidarla.
FLOR. En fin ¿de casa faltó?
JUAN. Aunque su padre intentó
su afrenta disimularla,
ya en el lugar se ha sabido
que un Gomez Arias, soldado,
de su casa la ha sacado;
y asi poniendo en olvido
aquella loca pasion,
que tan ciego me tenia,
acudir quiero este dia
á mi aumento y mi opinion,
casando con Beatriz bella.
FLOR. Esta de don Diego es
la casa.
JUAN, Entra, Floro, pues,
y pregunta si está en ella.

ESCENA VI.

GOMEZ ARIAS Y GINES.

GIN. ¿En fin, qué te has atrevido
á entrar en Granada?
GOM. Sí;
¿pues qué he hecho yo, para que
de Granada ausente esté?
Si una herida á Félix dí,
por quien zeloso y cruel
allá en Guadix me buscó,
antes me importa que no
presuman que yo huyo de él,
que si me ausenté aquel dia
que le herí, por pensar fué
que se muriera, porque
á la justicia temia.
GIN. ¿Y lo que te ha sucedido
despues, no te dá cuidado?
GOM. No, porque lo bien negado
nunca es, Ginés, bien creido:
negar pienso que yo fuí
el que sacó á Dorotea
de su casa, y cuando crea
todo el mundo que fué así,
¿cómo me lo ha de probar?
GIN. Tú tienes buen desenfado.
GOM. De Beatriz enamorado,
á Beatriz pienso adorar.
GIN. ¿Y si aunque tan fino estás,
te desagrada al gozarla?
¿qué has de hacer de ella?
GOM. Dejarla
en otro monte, ¿habrá mas?

No sé como me he vencido
á no matarla; mas quiero
hablar con Beatriz primero
para saber lo que ha habido
en su misma casa hoy:
de ella sabré lo que pasa.

ESCENA VII.

Decoracion de sala: puertas laterales.

GOMEZ ARIAS, BEATRIZ, GINES Y CELIA.

CLLIA. Un hombre se ha entrado en casa.
BEAT. ¿Quien es quien asi...?
GOM. Yo soy,
señora doña Beatriz,
que habiendo ahora sabido
á donde ausente he vivido
estos dias, el feliz
casamiento que tratais,
venir me pareció bien
á daros el parabien,
porque la razon veais
que de quejarme de vos
tengo, pues cuando á un galan
hieren mis zelos, estan
otros de repuesto: dos
quejas de vos mi amor tiene,
y es fuerza que una á otra iguale,
pues uno de noche sale
de esta casa, y otro viene
á ella de dia; ¿qué accion
habrá que disculpa espere?
GIN. (¿No juzgará quien lo oyere,
que tiene mucha razon?)
BEAT. Señor Gomez Arias, yo
no trato de dar disculpa,
que hay cierta especie de culpa
en quien se disculpa; y no
tengo de qué, pues jamás
mi firme amor ofendí.
Don Félix, que fué el que aquí
entró una noche, no hay mas
verdad, de que fué movido
de mi desden y sus zelos;
y saben los mismos Cielos,
que cuando le hallé escondido,
di voces con que le obligo
á que de aquí se ausentase,
sin que palabra le hablase.
GIN. (Bien concuerda este testigo.)
BEAT. Si al salir vos le encontrais,
y con él, señor, reñísteis,
si el colérico le herísteis,
si quejoso os ausentais,
harto vuestra ausencia yo
he llorado y he sentido:
y si en fin, darme marido
en esta ausencia trató
mi padre, no habiendo dado
yo en ausencia vuestra el sí,
¿qué queja teneis de mí?
dueño sois de mi cuidado:
ni uno, ni otro os den pasiones...
vuestra me nombran mis labios.
GOM. (¡Qué bien, sobre hacer agravios,
suena oir satisfacciones!)
GIN. Puesto que esté Beatriz bella
tan fina, hazte de rogar,
que todo, señor, es dar
en otro monte con ella.
GOM. Bien ¿pensaréis que yo ahora
quedaré muy satisfecho?
BÉAT. La verdad nunca sospecho
teme ser creida.
CELIA. Señora,
don Felix ¡ay infeliz!
en casa entra.
GIN. (La verdad
no teme jamás.)
GOM. Mirad,
señora doña Beatriz....
CELIA. A detenerle saldré.

ESCENA VIII.

GOMEZ ARIAS, BÉATRIZ *y* GINES.

GOM. Sí, es justa la queja mia,
pues ya don Félix de dia
á veros viene.
BEAT. Porque
veais que ocasion no le dí,
hácia allí os retirad.
GOM. ¿Yo
de mi enemigo? eso no.
BEAT. No es por él, sino por mí.
GOM. Entre y halléme aquí ahora.
GELIA. (*Dentro.*) De aquí no habeis de pasar.
FÉLIX. (*Dentro.*) No pretendo mas que hablar,
Celia mia, á tu señora
una palabra.
CELIA. No es
posible ahora, señor.
BEAT. Poco te debe mi honor.
GOM. Menos á tí mi amor, pues
quien de noche me ofendia,
ya de dia á verte viene.
BÉAT. Tan pequeña ocasion tiene
de noche como de dia.
FÉLIX. (*Dentro.*) Déjame entrar, pues no está
en casa el señor don Diego.
BEAT. Que te retires te ruego,
y no por mi riesgo ya,
sino por desengañarte
de que ocasion no le dí.
GOM. No he de esconderme.
GIN. (Yo sí.)
BEAT. Llorando esto he de rogarte. (*Enjúgase los ojos.*)
GOM. ¡Ah mugeres! ¿de qué modo
podrá un hombre resistirse,
si en efecto, han de salirse
vuestras lágrimas con todo?
BEAT. Debate yo esta fineza.
GOM. ¡Harto á mi pesar la haré! (*Escóndese con Ginés en una de las puertas laterales.*)

ESCENA IX.

BEATRIZ, *Don* FÉLIX *y* CELIA: GOMEZ ARIAS *y* GINÉS *ocultos.*

CELIA. Advierte...

FELIX. Entrar tengo, aunque
mas se ofenda su belleza.
BEAT. ¿Qué es eso, Celia?
CELIA. Señora,
el señor don Félix es,
que aquí entrar porfia.
BEAT. Pues
¿qué nueva ocasion ahora,
señor don Félix, os mueve
á tan grande atrevimiento?
¿Qué favor á mi tormento
vuestro cansado amor debe,
para que en mi casa entreis
de esta suerte? ¿ó qué ocasion
he dado para esta accion?
FELIX. Escuchad, y la sabreis:
vos me dijísteis un dia,
que de cobarde fingí
yo mi muerte, porque así
ver ausente pretendia
vuestro amante y mi enemigo.
BEAT. Si diria, no me acuerdo:
cólera fué, y desacuerdo.
FELIX. Yo, pues, aunque no me obligo
á satisfacer jamás
desacuerdos de muger,
os quiero satisfacer,
quizá por quereros mas;
si bien es fuerza que os pese
de la fineza, supuesto
que yo á buscarle dispuesto,
donde quiera que estuviese,
quedé.
BEAT. (Sin duda ha sabido
que aquí está, y viene á buscarle.)
FELIX. Y soy tan feliz, que hallarle
pude; y así, hoy he venido....
BEAT. (Mi temor ha sido cierto.)
FELIX. A deciros solamente,
que aunque él era tan valiente,
en Guadix le dejo muerto.
BEAT. Ha sido una ilustre accion.
FÉLIX. Que lo sepais he querido.
BEAT. Cierto, vos habeis cumplido
toda vuestra obligacion.
GOM. ¡Qué gusto y que vanidad
es ver al competidor
desairado!
GIN. A mí, señor,
se me debe la mitad.
FELIX. ¿No siente mas el severo
rigor vuestro aquesto oir?
BEAT. Pues tengo yo de sentir
que ande airoso un caballero
como vos? y pues estoy
satisfecha, y vos lo estais,
os ruego, señor, que os vais.
GIN. A retraer.
FELIX. Si no os doy
mas sentimiento, no habrá
conseguido mi esperanza
cabal toda su venganza.
GIN. Ahora es cuando la dá
un bofeton.
GOM. ¿Bofeton?
GIN. ¿No lo hizo de esta manera
al salir de la leonera
Manuel Ponce de Leon?
BEAT. ¿Pues qué venganza de mí
esperábais?
FÉLIX. Esa sola
de sentirla y....
DIEG. (*Dentro.* Tened, ola,
este caballo.
BEAT. ¡Ay de mí!
en buen lance me habeis puesto,
que este es mi padre.
FELIX. Yo haré
que se remedie.
BEAT. ¿Con qué.
se ha de remediar?
FELIX. Con esto:
escondiéndome aquí, no
me verá. (*Al irse á esconder encuéntrase con Gomez Arias y Gines ocultos.*)
GIN. Aquí no hay lugar,
busque otro.
BEAT. (¡Qué pesar!)
FELIX. ¿Pues quien está aquí?
GOM. (*Saliendo*) Yo.
GIN. (*Idem.*) Y yo.
FELIX. ¿Pue cómo, cobarde, estás
vivo, á pesar de mi aliento?
GIN. Murióse de cumplimiento,
por bien parecer no mas.
GOM. Como para darme á mí
muerte no eras tú bastante.
FELIX. Yo lo haré verdad delante
de Beatriz misma.
BEAT. No así
mi vida, opinion, y fama
destruyais, pues lo primero
en quien nació caballero,
es el honor de la dama.
Y ya que ha sido ventura
que mi padre al apearse
le miró hablando, pararse
con un hombre, la cordura
vuestra....
FÉLIX. Estoy muy desairado,
para estar tan advertido.
GOM. Y yo muy favorecido,
para estar desatinado:
y pues no se ha de creer
de mí que aquesto es temor,
sino atencion al amor
de una principal muger,
me escondo: vuestros estremos
miren cuan preciso es
esto ahora, que despues
en la calle nos veremos. (*Vuelve á esconderse Gomez Arias y Gines.*)
BEAT. Señor don Félix, por Dios,
que por esta puerta os vais
del jardin, que aventurais
mucho en mi honor.
FELIX. Aunque vos,
Beatriz, no me mereceis
esta templanza, yo quiero
tenerla: en la calle espero,
que satisfecha quedeis,
de como mi esfuerzo sabe
desempeñarse de todo. (*Vase.*)
BEAT. Yo ahora echando de este modo

á aquesta puerta la llave, (*Encierra á Gomez Arias y Ginés.*)
le aseguro que atrevido
no salga: ¡hay mas infeliz
muger que yo, pues...

ESCENA X.

Don Diego, Dorotea, Beatriz *y* Celia.

Dieg. ¿Beatriz?
Beat. Señor, seas bien venido.
Dieg. Aunque siempre que yo llego
á tus brazos puedes darme
muchos parabienes, nunca
con mas razon que esta tarde;
advierte que hermosa amiga
te traigo.
Dorot. En vuestras piedades
llego á conocer humilde
el sagrado á que me trae
á retraer mi fortuna,
y no satisfecha en balde,
pues ya segura estará
quien tiene por guarda un ángel.
Beat. De la ocasion de esta dicha
no he menester informarme,
ni quien sois, pues basta ver
tal belleza, y tal donaire,
para que os sirvais de mí.
Dieg. Pues cuando á saber alcances
sus fortunas, aun harás,
Beatriz, finezas mas grandes:
con su esposo atravesaba
de las montañas la margen,
cuando el fiero Cañerí,
adusto bárbaro alarbe,
le salió al paso, y la muerte
dió á su esposo.
Dorot. (¡Ay duro trance!
¿Cómo es posible que oido
atormentes, y no mates?)
Dieg. Quedó en su poder cautiva:
y á los estremos que hace,
á los suspiros que arroja,
y á las lágrimas que esparce,
llegué yo: pude en efecto
librarla, y porque repare
el tropel de sus fortunas,
movido á lástimas tales,
mientras á su padre escribe,
quiero que en casa se ampare.
Beat. Es piedad de tu nobleza
digna: no pudieras darme
joya que estimára mas,
que tan piadoso mostrarte
en sus desdichas: y vos,
señora, á vuestros pesares
creed que hallásteis alivio,
ya que remedio no hallásteis,
pues alivia, y no remedia
el que siente.
Dorot. El cielo os guarde,
y entended, que libertad
no me ha dado vuestro padre,
pues en mas esclavitud
ahora me pone.
Dieg. Basten
los corteses cumplimientos.
Cansado estoy, Celia, trae
luz á mi cuarto; y tú puedes
al tuyo, Beatriz, llevarte
contigo á esa dama.
Beat. En él
procuraré la agasajen
mis deseos.
Dieg. Si supieras
qué gusto en eso me haces?
Celia. (*Con luces.*) Un anciano caballero,
y forastero en el trage,
por tí pregunta.
Dieg. Saldré
al recibimiento á hablarle.

ESCENA XI.

Dorotea, Beatriz.

Beat. (Cielos, qué he de hacer ahora
de tantas dificultades
cercada? de esta muger,
de hoy conocida, fiarme
no es cordura; pues llevarla
á mi cuarto, es á que alcance
mis secretos, cuando en él
está encerrado mi amante.)
Dorot. (Deshecha fortuna mia,
no te pido en mis pesares
remedio, ya sé que vienen
los tuyos mal, nunca, ó tarde.
Beat. (Dar lugar á que él se vaya,
sin verle ella, que esto es fácil,
es dar lugar á que al punto
él y don Félix se maten.)
Dorot (Una palabra siquiera,
desde que se fué su padre,
esta dama no me ha hablado.
Cuanto el ánimo cobarde
de un menesteroso en todo
está temiendo que canse!
(Esforcémonos á hacer
rendimientos.) Tus semblantes,
señora, á entender me dan
algun sentimiento grave,
porque el silencio es á veces
el mas parlero lenguage,
y mas cuando de los ojos
mas que la voz se vale;
pesaríame ser yo
la ocasion que te obligase
á esa suspension.
Beat. ¿Pues cuándo
ha menester ayudarle
la desdicha de terceros,
si ella por sí sola sabe
desempeñarse con todos,
no valiéndose de nadie?
Antes que vinierais vos
triste estaba, no os espante
que ahora lo esté.
Dorot. No me espanto
de que sea en cualquier lance
tristezas cuantas yo encuentre,
desdichas cuantas yo halle,

que sabiendo la fortuna
que era, señora, esta parte
donde habia de venir
yo á parar, vino delante,
cargada de sinrazones,
solo á hacerme el hospedage.

ESCENA XII.

Dichos y CELIA.

BEAT. A aquesto me determino.
Celia, en tanto que yo trate
de que en mi cuarto aderecen
lo que es necesario, baje
aquesta dama contigo
al jardin, para que halle
en él algun desahogo.

DOROT. (Aquesto es gana de echarme
de aquí: obedecer es fuerza.)
Segunda merced me haces
en dar licencia, señora,
á que puedan mis pesares
regar con llanto la tierra,
poblar con quejas el aire.

BEAT. Oyes, Celia.

CELIA. ¿Qué me mandas?

BEAT. Que un momento no te apartes
de ella, ni volver la dejes
hasta que yo misma llame.

CELIA. Su guarda seré de vista.

ESCENA XIII.

BEATRIZ, GOMEZ ARIAS *y* GINES.

BEAT. El mismo ha de aconsejarme (*Abre la puerta.*)
lo que he de hacer. Gomez Arias,
no dudo de que ya sabes
el mucho cuidado que hay
en casa.

GOM. Como cerraste
la puerta, que hablen se oye;
mas no quien, ni lo que hablen.

BEAT. Pues sabrás:...

GOM. Saber no quiero
nada, sino que me saques
presto de aquí, no presuma
don Félix que es de cobarde
esta tardanza.

GIN. No hagas
tal, así el cielo te guarde,
que bien estamos aquí.

BEAT. Primero que.... mas mi padre
vuelve.

GOM. Pues por si me ha visto,
no vuelvas á echar la llave.

BEAT. ¿Cómo nó? no has de salir
hasta que.... (*Vuelve á encerrarlos.*)

ESCENA XIV.

BEATRIZ *y Don* DIEGO.

DIEG. Beatriz, ¿qué haces?

BEAT. Aquí estoy dando, señor,
órden como acomodarse
aquesta señora pueda.

DIEG. ¿Donde está?

BEAT. En el jardin.

DIEG. Hazme
gusto de bajarte tú
con ella por un instante,
que el hombre que me buscaba,
no es hombre que puedo hablarle
en ese recibimiento,
y quiero que aquí entre.

BEAT. (Dadme
favor, cielos.) Siempre yo
obedezco cuanto mandes.
(Sin duda aqueste es don Juan
el que aquí vino esta tarde.
Cuatro riesgos tengo, pues
tengo mi esposo y mi padre
aquí, mi amante en mi cuarto,
y á mi enemigo en la calle.) (*Ocúltase detras de la puerta.*)

ESCENA XV.

Dichos y Don LUIS.

DIEG. Entrad, don Luis, que mas despacio quiero,
ya de vuestras desdichas informado,
saber que me mandais, pues considero
cuanto estoy á sentirlas obligado.

LUIS. Por noble, por amigo, y caballero,
vengo en vuestros favores confiado.

DIEG. Proseguid, y hablad quedo.

LUIS. ¿En qué quedásteis?

DIEG. En que menos, don Luis, vuestra hija hallásteis,
á cuyo grave empeño mas atento,
en parte quise mas oculta oiros.

LUIS. Y fué bien para que cobrase aliento
el bastardo raudal de mis suspiros
al pronunciar la fuerza del tormento,
que aun á vos con vergüenza he de deciros;
porque ni es noble, honrado, cuerdo, ó sabio
el que sabe el idioma de su agravio.
Faltó pues de mi casa ¡dolor fuerte!
Dorotea. ¡ay desdicha rigorosa!
yo entonces afligido, bien se advierte,
dispuse ¡prevencion dificultosa!
decir que en un convento ¡dura suerte!
la tenia, creyendo ¡accion penosa!
que engañaba ¡ay de mí! á quien lo contaba,
y era yo mismo á mí quien me engañaba.
Cuerdo, prudente, atento me imagino;
ciego, loco, colérico me veo;
sagaz, callado, y mudo lo examino;
furioso, osado, é incapaz lo creo:
una criada sola abrió camino
al contínuo anhelar de mi deseo,
diciéndome quien era el homicida
de mi honor, fuéralo antes de mi vida.
Gomez Arias me dice que se llama,
porque mayor mi sentimiento sea,
sabiendo que es de quien contó la fama,
que en vicios solo su vivir emplea;
nuevo dolor, que nuevamente infama
la atrevida eleccion de Dorotea,
mostrado así, que no hay desdicha alguna
donde no haga otra suerte la fortuna.
Sabiendo, pues, que este hombre es un soldado

y que en Granada está su compañia,
y que hoy á vos el cargo se os ha dado
de ser de todas cabo, la ánsia mia
de vos viene á valerse, confiado
de que si de él sabeis, tener podria,
si no remedio mi dolor, consuelo,
pues en sabiendo de él....

BEAT. *(Dentro.)* ¡Válgame el cielo!

DIEG. No prosigais, que esta voz
es de Beatriz: ¿qué es aquesto?
Celia, Laura: á verlo iré,
perdonadme.

ESCENA XVI.

Don Luis y Dorotea.

DOROT. Acude presto,
señor, porque en el jardin
ha caido.... ¿mas que veo?
¡ay de mí infeliz!

LUIS. ¿Qué miro?
Trajo mi venganza el cielo
á mis manos: hija aleve....

DOROT. Señor...

LUIS. Oy aqueste acero...

DOROT. ¿Dónde huir podré; la luz *(Cáese la luz.)*
se apagó.

LUIS. Y ha sido acierto,
porque mi rigor disculpe
estar tantas veces ciego.

DOROT. *(Grita.)* Que me dá muerte mi padre.

GOM. *(Dentro.)* Rompe aquesta puerta presto.
¿No oyes decir que la dá
muerte su padre?

GIN. *(Dentro.)* No puedo.

LUIS. ¿Dónde estas?

DOROT. Oh, ¡quién pudiera
decir que en el mismo centro!

GOM. *(Dentro.)* El sabe que estoy aquí,
y á matarla se ha resuelto.

LUIS. Golpes dán en una puerta:
iré sus pasos siguiendo.

ESCENA XVII.

Don Luis, Dorotea Gomez Arias y Gines.

GOM. Aunque fueras de diamante *(Cae la puerta.)*
diera contigo en el suelo.

GIN. (¿Qué con no ser inocentes,
siempre por limbos andemos?)

DOROT. Padre, señor...

GOM. (Esta es
Beatriz, pues dice su acento)
señor, y padre.

DOROT. No asi
castigues un desacierto
de amor.

LUIS. ¿Donde se ha escondido
esta vil, que no la encuentro? *(Encuéntrase Dorotea con Gomez Arias.)*

GOM. No temas, señora: yo
soy quien á mi cargo tengo
tu defensa: ven conmigo.

DOROT. (Este es sin duda don Diego,
pues que dice que á su cargo
mi vida está.)

GOM. Sigue presto
mis pasos.

DOROT. Contigo voy.

GOM. (Ya de una desdicha, cielos,
saqué una dicha, pues ya
á Beatriz conmigo llevo.) *(Vanse.)*

LUIS. Hija aleve... *(Encuéntrase Don Luis con Ginés)*

GIN. ¿Yo hija aleve?

LUIS. Hoy morirás á este acero.

GIN. ¿A cual, que yo no veo nada?

LUIS. ¿Qué voz oigo?

ESCENA XVIII

Don Luis, Ginez, Beatriz *y Don* Diego *con luz.*

DIEG. ¿Qué es aquesto?

LUIS. ¿Hombre, quien eres?

GIN. No sé
quien soy.

DIEG. ¿Qué haces aqui dentro?

GIN. Hago una santa Susana
metidita entre dos viejos,
y entrambos los santos padres
de los dos demonios nuestros.

LUIS. ¿Dónde se fué una muger
que aquí estaba?

DIEG. ¿Qué es tu intento?

GIN. (Negar á todo me importa.)
No sé nada, ruido oyendo
en la calle, me entré aquí
majaderamente necio.

LUIS. Don Diego, á mi hija he hallado
en vuestra casa.

DIEG. Yo entiendo
que es una que yo en la sierra
encontré su esposo muerto.

LUIS. Sigámosla, pues ha huido;
pero aunque la preste el viento
sus alas, la alcanzaré. *(Vase.)*

DIEG. ¡Oh, nunca hubiera suceso
á Beatriz tan infelice
sucedido, pues por esto
falté yo de aquí!

BEAT. Señor,
no te aflija el sentimiento,
que el susto, no la caida,
fué por entonces el riesgo.

DIEG. Pues recógete á tu cuarto,
en tanto, Beatriz, que vuelvo.

ESCENA. XIX.

Beatriz y Ginés.

BEAT. Gines, qué es esto?

GIN. ¿Pues yo,
ni el diablo sábe qué es esto?
¿No te mataba tu padre?

BEAT. ¿A mí, por qué, no sabiendo
que estaba aquí tu señor?
Las voces que he dado, fueron
causadas de una caida.

GIN. ¿Luego no eres, segun eso,
una dama que él se lleva?

BEAT. ¡Calla, que esa voz me ha muerto!

GIN. A mi aqueste mojicon.
BEAT. ¿Dama se lleva?
GIN. Y sospecho,
que aunque es llevada, es traida,
si es la hija de ese viejo.
BEAT. De zelos estoy rabiando.
GIN. Pues no rabies mucho de ellos,
que en el primer montecito
dará venganza á tus zelos.

JORNADA TERCERA.

Decoracion de campo: sierras en el fondo, y sobre ellas los muros de Benameji.

ESCENA PRIMERA.

DOROTÉA, GOMEZ ARIAS, Y GINÉS

GOM. Aborrecida muger,
cuya fiera vista asombra,
¿eres acaso mi sombra,
que tras mí te he de tener?
¿cómo estás en mi poder?
¿de qué suerte, que lo ignoro?
tus transformaciones lloro,
y tus engaños padezco,
pues miro lo que aborrezco,
donde traigo lo que adoro.
DOROT. Si yo he sido la que á tí
ya por muerto te lloré,
y al verme te espantas, ¿qué
me dejas que hacer á mí?
Siempre el vivo al muerto ví
temer; siendo aquesto cierto,
¿como al contrario le advierto,
pues en trance tan esquivo
se asombra el muerto del vivo,
y agasaja el vivo al muerto?
¡Cuando de un sueño; que en mi
imagen dos veces fué
de la muerte, desperté
en poder de Cañerí;
cuando restaurada fuí
de una generosa espada;
cuando en su casa albergada
con Beatriz bella vivia,
tu muerte solo sentia,
de tu sombra enamorada!
¿Pues por qué ahora afligida
intentas que de una suerte,
quien ha llorado tu muerte,
tenga que llorar tu vida?
No quejosa, no ofendida
quiero mostrarme, señor,
de aquel pasado rigor:
no de que me hayais traido
por otra, y no de haber sido
desengaño de tu amor,
se valen mis desconsuelos,
que á tu vida agradecida,
en albricias de tu vida,
perdono todos mis zelos:
¿mas por qué en tantos desvelos
nuevas penas solicitas?
¿por qué el contento me quitas
de haberte llegado á ver?
GOM. Lo mas que yo he menester
ahora son dos lagrimitas.
GIN. ¡Oh, nunca hubiera salido
de aquella casa jamás!
nunca por servirte mas
te hubiera hasta aquí, seguido
para no ver afligido
un corazon que te adora;
mira que es muger, y llora,
que es ser dos veces muger.
GOM. Lo mas que yo he menester
documenticos ahora.
(¿Qué consuelo habrá que sea
hoy para mi amor feliz,
viendo perdida á Beatriz,
y cobrada á Dorotea?)
DOROT. Ya que ofendida se vea
tanto mi fé, tu valor
no ofendas: deja, señor,
de decirme agravios, pues
una cosa es ser cortés,
y otra no tener amor.
Paga siquiera con estas
atenciones, aunque leves,
los suspiros que me debes,
las lágrimas que me cuestas.
GOM. ¡Qué finezas tan molestas!
DOROT. ¡Fuerza es que lo hayan de ser,
que al fin son mias!
GOM. Muger,
¿qué me lloras? ¿qué me quieres?
no te conozco; ¿quién eres?
¿qué te debo?
DOROT. Honor, y ser.
GOM. ¿Quieres saber como yo
á nada estoy obligado?
Haber tu casa dejado,
ó fué por amor ó no:
si tu amor no te obligó,
¿en qué obligacion pusiste
tú mi amor? y si lo hiciste,
por que amor te obligó á ello,
¿he de agradecer yo aquello,
que tú por amor hiciste?
Luego que tú enamorada,
tu casa dejes ó no,
de cualquiera suerte, yo
no vengo á deberte nada,
que es doctrina muy errada
el juzgar que á una muger
algo se ha de agradecer,
si es gusto ó es conveniencia
en cualquier correspondencia,
el querer ó el no querer;
y así, ser tú á quien traia,
y no á Beatriz, de manera
mi cólera irrita fiera,
que volviera á dar el dia
por la oscura noche fria:
y sí aquesto no ha bastado
á haberte desengañado,
pues dormida te dejé
una vez, ahora lo haré
dispierta.
DOROT. ¿Qué mónstruo airado
que bárbaramente aleve,
no hay precepto que le dome,

que helado cadáver come,
que caliente coral bebe,
á una queja no se mueve?

GOM. Yo, á quien ha hecho el rigor
nuevo caribe de amor.
Vamos, Gines.

DOROT. Considera,
que en una desierta esfera
me dejas, donde mi honor
segunda vez aventuras:
mira que á vista ¡ay de mí!
estás de Benamejí:
mira que estas peñas duras,
teatros de desventuras
son.

GOM. ¡Qué muger tan cansada!

DOROT. ¿No dirás enamorada?

GOM. Suelta: vámonos, Ginés.

DOROT. ¿Qué así me dejes?

GOM. Sí.

DOROT. Pues
á tus plantas arrojada,
de tí no me he de apartar,
ó otro medio has de elegir.

GOM. ¡Cuál es!

DOROT. Sin mí no te has de ir,
ó la muerte me has de dar.

GOM. Ni uno ni otro he de otorgar,
pues ya de otra suerte aquí
se como me he de ir sin tí,
y sin que te de la muerte.

DOROT. ¿De qué suerte?

GOM. De esta suerte.
¿Guardas de Benamají?

ESCENA II.

Dichos y CAÑERI *desde el muro.*

CAÑ. Desde aquellas altas peñas,
que yacen de sí pendiendo,
á esta ciudad viene haciendo
de paz un cristiano señas.

GOM. No son las tuyas pequeñas
para no dudar de tí,
que tú eres el Cañerí.

CAÑ. Yo soy, ¿qué quereis?

GOM. No mas
de saber...

CAÑ. ¿Qué?

GOM. Si querrás
comprar una esclava.

CAÑ. Sí.

DOROT. ¿Dónde tus intentos van?

GOM. A venderte aborrecida.

GIN. (¿Qué muger no está vendida
en poder de su galan?)

DOROT. Advierte....

GOM. En vano serán
lastima ya.

CAÑ. ¿Qué es de ella?

GOM. Aquesta muger es bella.

CAÑ. ¿Pues cómo dudas si quiero
comprarla? que un mundo entero
daré, Cristiano, por ella.
Pídeme por su hermosura
cuanto avariento tesoro
trajo á retraer el moro
á esta bárbara espesura:
no engendra del sol la pura
luz, por cuantos rumbos huella,
ni el mar guarda, el monte sella,
ni la ambicion descubrió
tanto oro, como yo
daré cristiano por ella.
Cuanta plata se recata
en los centros de la tierra
daré, haciendo aquesta sierra
Sierra Nevada de plata:
cuanto cristal se desata,
y en sí mismo se atropella
por esa campaña bella,
por mas que huya despeñado
en blancas perlas cuajado,
daré, cristiano, por ella.
Toda esa yerba florida,
que en la cumbre, y en la falda
ha sido bruta esmeralda,
será esmeralda pulida:
la rosa menos crecida
rubí será: la mas bella
diamante; el diamante estrella:
y en fin,cuanto mas tesoro
tengo en piedras, plata, y oro,
daré cristiano, por ella.
Aguarda, que á tratar voy,
no el precio, sino la entrega:
hácia la puerta te llega
del rastrillo. (¡Cielos, hoy
del mismo sol dueño soy.)

ESCENA III.

DOROTÉA, GOMEZ ARIAS *y* GINES.

GOM. Baja, pues, baja por ella,
si en tu poder quieres vella,
que si tienes tú al mirarla
tanta gana de comprarla,
mas tengo yo de vendella.

DOROT. Mónstruo ingrato, bruto fiero,
pasmo horrible, asombro vil,
fiera inculta, aspid traidor,
cruel tigre, ladron neblí,
leon herido, lobo hambriento,
horror mortal, y hombre en fin,
por decirte de una vez
cuanto te puedo decir;
¿qué intentas? ¿qué solicitas?
¿qué determinas, que así
en tu ofensa todo el Cielo
conjuras sin advertir,
que tanto delito ya
todo su imperial zafir,
piadosamente irritado,
forjando está cóntra tí
los rayos de ciento en ciento,
las iras de mil en mil?
¿Venderme tratas, tirano?
¿venderme, sin prevenir,
que aunque el amor me hizo esclava,
libre soy, libre nací?
¿á un mónstruo venderme quieres?
de québárbaro Gentil
se cuenta accion tan infame,

se dice hazaña tan vil?
Tu misma dama, no quiero
tu misma esposa decir,
ser dama basta, aunque sea
dama aborrecida, dí,
¿entregas á agenos brazos?
Véngueme el cielo de tí,
el sol te niegue sus luces,
su aliento el aire sutil,
el agua su azul esfera,
la tierra su verde abril.
Bañado en tu misma sangre
un verdugo dividir
veas por traidor tu cuello;
¿pero que digo? ¡ay de mí!
Mi señor, mi bien, mi esposo,
tu esclava soy, es así;
mas no fugitiva esclava;
¿pues por qué he de presumir,
que fiel, y no fugitiva,
te has de deshacer de mí?
Si yo te dí algun enojo,
si algun enfado te dí,
maltrátame y no me vendas:
muera yo y vive feliz.
Favorable el sol te alumbre
desde su hermoso Zenit,
suave el aire te regale,
la agua en su claro viril
te sirva de espejo, y sea
toda la tierra un jardin.
Cañerí, ese mónstruo fiero,
cuando en el verde pais
de esta montaña me vió
aquella tarde dormir,
se mostró al verme dispierta
enamorado de mí,
porque soy en ser querida,
y aborrecida infeliz.
¡Oh, quién pudiera á los astros
la residencia pedir!
¿Por qué el que aborrezco yo
me ha de amar ¿y por qué á mí
me ha de aborrecer aquel
á quien el alma le dí?
¡Pero qué locura! que esta
no es materia para aquí:
solo lo digo, porque
sino basto á prevenir
yo tus piedades, los zelos
me ayuden: de ellos oí,
que aun de lo que se aborrece
se saben hacer sentir.
¡Cual debo yo de estar, cuando
me valgo de gente ruin!
Cuando no de enamorado
los tengas, de honrado sí,
siquiera porque tal vez
pude de tu labio oir
que habias de ser mi esposo:
no pierdas, pues desde aquí
tanto el miedo á tus agravios,
que en la mitad del decir
te alcancen, pues en los dos
la duda se vió partir;
tú, porque me lo dijiste,
yo, porque te lo creí.
Señor Gomez Arias,
duélete de mí,
no me dejes presa
en Benamejí.
Si el temor de la palabra
que me has dado, te hace huir
por no cumplirla, señor,
yo te doy palabra á tí,
con seguridad de que
la sabré mejor cumplir,
cuanto vá de alma que sabe
hablar verdad ó mentir,
de no pedírtela, de irme
á un convento desde aquí,
donde, ó fáltenme los cielos,
ofrezco de no pedir
á ellos mismos otra cosa
que venturas para tí,
cuanto el dolor de tu ausencia
me dilatáre el vivir.
Si de esto no te aseguras,
por temer que en viéndome ir
á Granada, la has de dar
zelos conmigo á Beatriz,
llévame á su misma casa
de donde anoche salí
por engaño, y yo diré,
que siéndolo, vuelvo allí
á darla satisfacciones,
que aquello fué por huir
de mi padre, y por librarla
á ella me libraste á mí,
que no hay nada entre los dos:
¡y si destinada, en fin,
á ser esclava me tienes,
yo me quedaré á servir
en su casa; á mí me mande
quien te ha enamorado á tí,
que este es último medio
á que se puede rendir
el desengañado amor
de una altivez mugeril!
¡Y cuando no te enternezca
este llorar y gemir,
por quien ahora soy, vuelve
los ojos á lo que fuí:
duélate ver que de ilustre
y noble padre nací,
que me viste de él amada,
que me miraste asistir
del vulgo y nobleza, siendo
el ídolo de Guadix;
que al principio te escuché,
y que despues te creí;
que perdí pátria y honor,
y que un anciano infeliz,
cuando á su noticia llegue
tan triste nueva de mí,
si con matar no se venga,
se vengará con morir!
y en efecto... pero ya
la voz falta, y el latir
del corazon titubea,
intercadente entre sí,
al ver que ya de la ruda
Babilonia, á quien pensil
sirve ese murado Alcázar

sobre la parda cerviz,
á hacer las entregas viene
descendiendo el Cañerí,
si ya no es oscura nube,
que mirando el mar aquí
de mis lágrimas, á él
se abate, por compelir
diluvios que despues sean
del mundo inundada lid.
Ea, señor, dueño mio,
mi cielo, y mi bien, en tí
vuelve, por tí mismo, y sea
el mirarte arrepentir
merito ya y no delito,
porque de no hacerlo asi,
cielo, sol, luna y estrellas,
sin alumbrar ni lucir:
hombres, aves, fieras, peces,
sin obrar ni discurrir:
montes, peñas, troncos, fieras,
sin albergar ni servir:
agua, fuego, tierra y viento,
sin animar ni asistir,
atentos á accion tan fea
se volverán contra tí,
viendo que de tantas veces
no te enternece al oir:
señor Gomez Arias,
duélete de mí,
no me dejes presa
en Benamejí.

ESCENA IV.

Dichos CAÑERÍ *con una caja con joyas y dos Moros.*

CAÑ. Mi gusto no ha de ponerse,
cristiano, en precio, y así
por no hablarte en él, te traigo
mas que me puedes pedir.
Toma todas estas joyas,
donde verás competir
á las estrellas y flores,
los diamantes y rubís.
Cristiana, segunda vez
eres mia.

DOROT. ¡Ay infeliz!

GIN. (¿Quién duda, que arrepentido
se vuelve ahora á desdecir?)

GOM. Es verdad, yo te la entrego,
y por hacer mas aquí
el delito, el precio tomo, (*Toma la caja de*
si bien no es accion civil, *Cañerí.*)
pues cuanto esotras mugeres
desde el dia en que nací
me han llevado mal llevado,
me lo vuelve una, y así,
aunque aquesto sea culpa,
juzgo que es restituir:
tuya es la esclava.

CAÑ. Conmigo,
cristiana hermosa y gentil,
ven á coronarte reina
de todo el rudo confin
de estas ásperas montañas.

DOROT. ¡Hay muger mas infeliz!

CAÑ. En vano las quejas son:
llevadla los dos de aquí.

DOROT. Dejad que le dé siquiera
un abrazo al despedir.

CAÑ. Ya eres mia, y tendré zelos:
traedla por fuerza y venid.
Alá te guarde, cristiano.

DOROT. Estrellas que esto influís,
luceros que esto mirais,
cielos que lo consentís,
altos montes que lo veis,
aves que lo repetís,
vientos que lo estais oyendo,
árboles que lo asistís,
y escuchais mi triste llanto,
á darme amparo acudid;
y pues de mí no se duelen
los hombres, doleos de mí,
que me llevan presa
á Benamejí. (*Llevánsela los moros.*)

ESCENA V.

CAÑERÍ, GOMEZ ARIAS *y* GINÉS.

GIN. Temiendo tu condicion,
sin hablar ni discurrir,
oyendo y mirando he estado
lo que has hecho; y aunque aquí
me quites una y mil vidas,
lo que siento he de decir:
¿es posible...

GOM. ¿Cómo, cómo,
sermoncito escuderil
tenemos? aquesto no:
¡ah valiente Cañerí?

CAÑ. ¿Qué quieres? (*Volviéndose.*)

GOM. ¿Quieres comprarme
tambien un cristiano?

CAÑ. Sí.

GOM. Pues barato le daré,
que no tengo de pedir
por él mas de que le lleves.
Ea, Ginés, pasa allí:
besa la mano á tu dueño.

GIN. ¿Pues hasme gozado á mí,
ni yo te he desagradado,
siendo melon de Guadix
de mala calaña, para
que tú me vendas así?

GOM. Tú no has de quedar conmigo.

GIN. Yo me iré con el Sofí;
pero vendido esto no.
¿A qué gitano sutil
me compraste en el mercado,
que me vendes?

GOM. Cañerí,
por tuyo el esclavo queda.

GIN. ¿Esclavo yo, que nací
mas libre que aquella ave,
que en la cartilla de abril
no sabe mas de una letra?
¡Mal haya tu trato vil!

GOM. (En muger echo y criado
dos enemigos de mí:
rico y sin ellos, espero
desenojar á Beatriz.)

ESCENA VI.

CAÑERÍ *y* GINÉS.

CAÑ. Calla, y conmigo vendrás:
daréte buen trato aquí.
GIN. Verde monte, cielo azul,
blanca sierra, mar turquí,
leonada amapola, parda
peña, rosa carmesí,
papagayos verdegayes
y morados alhelís,
¿como con vuestros colores
os estais, y no os vestís
del color de mis tristezas?
¿como no os doleis de mí,
que soy niño y solo,
y nunca en tal me ví,
y me llevan preso
á Benamejí?

ESCENA VII.

Decoracion de sala: puertas laterales.

Don DIEGO *y* BEATRIZ.

DIEG. Beatriz, ya ves el cuidado,
que desde anoche he tenido.
BEAT. Harto, padre, me ha cabido
de él á mí.
DIEG. Don Luis, osado,
á su hija anoche siguió,
y aunque yo tras ella fuí,
ni al uno ni al otro ví,
ni sé si la ha hallado ó no:
dudo lo que habrá pasado,
porque como te conté,
quien á él se la robó fué
Gomez Arias, un soldado,
que era á quien ella dejó
muerto en el monte.
BEAT. *(¡Pluguiera
al Cielo, que verdad fuera,
que menos llorára yó!)*
DIEG. Está advertida de que
le digas, si aquí volviere,
que ruego yo que me espere.
BEAT. Yo, señor, se lo diré.

ESCENA VIII.

BEATRIZ.

BEAT. Ya que de tantos enojos
libres quedan mis agravios,
salga la voz á los labios,
y salga el llanto á los ojos.
¿Qué ha pasado por mí, Cielos?
El hombre que yo tenia
en mi cuarto, y quien venia
de mí á ampararse, con zelos
me mata, siendo los dos,
él quien la robó, y ella
quien seguida de su estrella
muerto le lloraba, ¡ay Dios
vendado y ciego, no sé
cómo tengo sufrimiento
á no rendirme al tormento
de tan mal pagada fé!

ESCENA IX.

BEATRIZ Y GOMEZ ARIAS.

GOM. *(Antes que corra la voz
aquí de sucesos tales,
que siempre la de los males
suele ser la mas veloz,
á hablar me atrevó á Beatriz,
y sin recelar el daño,
valerme del mismo engaño,
por si pudiese feliz
hoy persuadirla mi intento
á que se vaya conmigo.)*
Beatriz hermosa, testigo
sea de mi sentimiento
el verme volver aquí:
mi juicio entendí perder,
cuando ví que otra muger
anoche llevé y no á tí,
que como su voz decia:
«mi padre me dá la muerte»
atrevido, osado y fuerte
rompí las puertas: el dia
me desengañó, y aquí
considera mi fortuna
cual quedaría, con una
muger que en mi vida ví,
cuando tenerte pensó,
Beatriz á tí en su poder.
BEAT. ¿Luego tú á aquella muger
nunca la habias visto?
GOM. No.
BEAT. ¿Cómo no, si aquella dama
es la hermosa Dorotea,
en quien tu aficion se emplea,
y á quien tu voluntad ama?
De su casa la sacaste:
si en el monte la perdiste,
y buscándola veniste,
si ya en fin te llevaste,
dime, ¿para qué es volver
á ofenderme de ese modo?
GOM. Todo lo sabes, y á todo
te quiero satisfacer.
Cuando á esa muger amé,
estaba de tí ofendido,
y habiéndola aborrecido
en el monte la dejé,
Tu padre la trajo aquí,
es verdad que de aquí yo
la llevé anoche, mas no
por ella, sino por tí:
y tanto el enojo ha sido
de no ser tú, y de ser ella,
que por no volver á vella,
á los moros la he vendido,
porque á tus plantas estén
joyas que su precio son;
¿es buena satisfaccion?
BEAT. Y aun desengaño tambien,
pues avisándome el daño
en que iba á tropezar,

de los dos quiero tomar
solamente el desengaño.
Cadáver de amor ha sido
esa dama, y en su estrago
es ya tu traidor halago
dispertador de mi olvido:
yerto, deshecho y perdido
dentro de mí misma ví
ese amor y honor, y asi
mudamente me ha avisado:
huye el verte en el estado
tú en que me miras á mí.
No es buen modo, es desvarío
hacer tan á costa agena
las finezas, que la pena
de otro es escarmiento mio:
¿cómo dará mi albedrío
licencias á mi deseo,
cuando el desengaño veo
hoy de una accion tan horrible,
de un delito tan terrible,
tan triste, mortal y feo?
Si es su ruina un ensayo
de cuerdos avisos lleno,
y si me ha avisado el trueno,
¿por qué he de esperar el rayo?
Si á ese pálido desmayo,
ceniza de amor, oí
decirme: «engañada fui
de un falso amante traidor
cuando con padre y honor
como tú te vés me ví.»
Creerle quiero, y tu castigo
sea tu misma locura,
que á mí nadie me asegura
de que si ahora te sigo,
no harás lo mismo conmigo:
pues mi libertad poseo,
huiré tu tirano empleo,
que si hasta aquí pude oir,
no ha de acabar de decir:
«veráste como me veo.»

ESCENA X.

GOMEZ ARIAS.

GOM. Por donde pensé obligar
á Beatriz, á Beatriz, Cielos,
desobligué: ¡bien sus zelos
supo prudente vengar,
mas yo la sabré engañar!
¿Ella no es altiva y vana,
y tiene zelos? liviana
es, pues, la duda en que estoy:
yo volveré á hablarla hoy,
y aun á venderla mañana.

ESCENA XI.

Decoracion de campo: sierras en el fondo, y sobre ellas los muros de Benamejí.

Música dentro: salen la REYNA, *sus damas* DON DIEGO *y Soldados.*

REYN. Bellísima Granada,
ciudad de tantos rayos coronada,
¡cuanto tus torres bellas
saben participar de las estrellas,
y á cuyos riscos liberal se atreve
tu sierra altiva á convertir en nieve,
cuando eminente sube
á ser cielo cansada de ser nube!
Cada vez que te miro,
grande te esclamo, si imperial te admiro;
¿qué mucho, si inmortal te considero
heroico patrimonio de mi acero?
A tu Nevada Sierra
vengo piadosamente á hacer hoy guerra,
que quiero, por ser tuya,
que mi valor la gane y no destruya.
Los moros, que vandidos
viven de su aspereza defendidos,
me obligan á este empeño:
con ellos es, que no contigo el ceño:
las leyes despreciando,
que el grande, que el católico Fernando,
tu rey y señor mio
les dió, ha sabido atropellar su brio.
Esta justa venganza,
de quien una tan gran parte me alcanza,
á tí me trae ahora,
porque segunda vez hoy vencedora
me vea tu campaña,
á quien riega el Genil, y el Darro baña.

DIEG. Vuelvan, pues, los veloces
ecos del parche, y del metal las voces
á saludarla con sonora salva,
dando envidia á los pájaros del alba
su música festiva:
Isabel nuestra reyna viva.

TODOS. Viva.

ESCENA XII.

Dichos y DON LUIS.

LUIS. Viva tanto, que al tiempo haciendo engaños,
la memoria se pierda de los años;
porque sagrado sea
su valor, su piedad de quien desea
ampararse de todo: (*Arrodillase.*)
y perdonad, señora, de este modo
ver á un caduco, á un infeliz anciano,
arrojado á tus pies, besar tu mano.

REYN. Alzad, alzad del suelo,
que vuestro llanto, vuestro desconsuelo,
grande suceso indicia...
¿Que pretendeis?

LUIS. Pediros....

REYN. ¿Qué?

LUIS. Justicia.

REYN. Desde luego os la ofrezco.

LUIS. La tierra que pisais aun no merezco
besar.

REYN. Pues porque empiece á consolaros,
mas paso no he de dar sin escucharos.

LUIS. Yo, señora, una hija bella
tuve; ¡qué bien tuve he dicho!
que aunque vive no la tengo,
pues sin morir la he perdido.
Criéla; pero esto es tomar
las cosas muy de principio:

noble soy, aunque no tengo
necesidad de decirlo.
Cuerda, virtuosa y atenta
creció, hasta que á turbar vino
atencion, virtud, cordura
el traidor aleve hechizo
de un hombre: aqueste engañada
la sacó del poder mio,
y... ¿mas para qué, señora,
con las voces lo repito,
si mas presto, y mejor todo,
con las lágrimas lo digo?
Dejemos, que no quisiera
con lágrimas afligiros,
pasándome facilmente
de lastimado á prolijo
que la eché ménos, que vine
en su alcance, que la miro
con otro nombre, amparada
de la casa de un amigo:
y vamos, que hacer no quiero
caso de aqueste delito,
pues que tantos ejemplares
ya le han el miedo perdido:
y vamos, digo otra vez,
al mayor, al mas indigno
que pudiera imaginar
el mas depravado juicio
de los hombres, el mas fiero,
mas cruel, y mas iniquo;
pero antes que lo diga,
como lo sé, he de deciros:
un moro, que el interés
le facilitó el camino
de Benamejí á Granada,
á traerme un pliego vino:
hallóme, porque traía
mala nueva, fué preciso.
De mi hija era el pliego; en él
me dice.... humilde os suplico
vos le leais, porque vos
sepais el caso de él mismo,
escusando de una vez
dos tormentos tan impios,
como decirlo, y haber
en público de decirlo. (*Dale la carta.*)

REYN. (*Lee.*) «Padre y señor, las erradas
acciones nunca han tenido
mas disculpa que llegar
á confesar que lo han sido.
Yo erré, de un hombre engañada;
de esposo me dió al principio
mano y palabra; despues
con desprecios infinitos,
con engaños, con traiciones,
la mayor que pudo hizo,
pues al fiero Cañerí
por esclava me ha vendido.
Trata de mi libertad,
y dame despues castigo,
que no, señor, la deseo,
por no morir á los filos
de tu acero, mas porque
en la esclavitud que vivo,
sino peligro en la fé,
en la persuacion peligro.»
La gente, que de Castilla (*Representa.*)
viene á Granada conmigo,
y la que tiene Granada
prevenida, al punto mismo
de Benamejí la vuelta
marche, porque el zelo mio,
ni aun que descanse consiente,
que esto es descanso, y alivio.
¿Quién es este hombre, si es
que es de nombre de hombre digno?

LUIS. Gomez Arias es su nombre.

REYN. Echese un bando, en que digo,
que pena de traidor, nadie
le dé sustento ni abrigo
á Gomez Arias, un hombre
fiero, alevoso y esquivo.
Y á cualquiera que le prenda
daré, habiéndole traido,
si muerto, dos mil ducados,
y cuatro, si le traen vivo.
Y hago homenage á los cielos
de no quitarme el vestido,
ni entrar en poblado, hasta
que avasallando esos riscos,
rebeldes á mi poder,
tiranos á mi dominio,
dé á esta muger libertad
para que digan los siglos,
si hubo una muger burlada,
que otra que la vengue ha habido.

ESCENA XIII.

Decoracion de salon árabe: una puerta en el fondo que da al muro, otra á la derecha, y una ventana á la izquierda.

CAÑERÍ: DOROTEA *y* GINÉS *de esclavos y moros.*

CAÑ. Por no parecerte en todo
mónstruo tan cruel y esquivo
que no merezca de humano
tener el nombre, he querido
este tiempo que aquí estás,
bella cristiana, conmigo,
afectar los sobresaltos
de verme, con los cariños
de escucharme, porque es vil
el amor que conseguido
por fuerza quita á su dueño
el merecer por sí mismo.
Tan finamente te adoro,
que hasta saber si te obligo
cortés y amante á que dejes
tu ley y cases conmigo,
no he querido á tu hermosura
perder el respeto digno
á estos soles que idolatro,
de amor atezado indio.

DOROT. Este cortés rendimiento,
tanto, africano, te estimo,
que no me ofrezco á pagarle
con engaños, y así digo,
que si mil vidas tuviera,
fueran poco desperdicio
de tu acero, en la defensa
de mi fé, y del honor mio.

CAÑ. No me quites esta sola

esperanza con que vivo.

DOROT. No me hables tú en ella, pues
has de oir siempre esto mismo.

CAÑ. Bien me aconsejas, y así
divertirla solicito.
A los músicos mandad (*A un moro.*)
que canten desde aquel sitio
retirados, y que sea
de amor.

GIN. Escusado ha sido
mandarles eso, que amor
siempre es todo su canticio.

CAÑ. Tú, cristiano, que por ser
criado de mi bien, te libro
de la cadena ó la muerte,
¿cómo te hallas conmigo?

GIN. Malditamente, señor.

CAÑ. ¿Maltrátante en mi servicio?

GIN. Muchísimo.

CAÑ. ¿Cómo?

GIN. Como
no me dán gota de vino,
ni he visto torrezno en cuanto
tiempo ha, señor, que te sirvo;
y no puede haber holgura
donde no hay vino y tocino.

CAÑ. ¿Por qué, dime, aquel cristiano
vendió á los dos?

GIN. Por capricho;
mas ya la música suena. (*Suena música adentro.*)

CAÑ. Oye la cancion, bien mio.

DOROT. ¿Si habrá mi padre ¡ay de mí!
ya la carta recibido?

(*Cantan dentro.*) Señor Gomez Arias,
duélete de mí,
que soy niña y sola,
y nunca en tal me ví.

DOROT. ¡Ya anda en canciones mi historia! (*Llora.*)

CAÑ. ¡Mal haya acento que ha sido
con sus voces ocasion
de dispertar tus suspiros!
Callad, callad.

DOROT. No señor,
que prosigan te suplico,
que si oirlo es sentimiento,
por sentir mas, quiero oirlo. (*Dentro tocan cajas.*)

(*Voces dentro.*) Arma, arma, guerra, guerra.

CAÑ. ¿Qué estruendo de armas, qué ruido
es este? ¿mas qué pregunto,
cuando ya desde aqui miro
de castellanas escuadras
irse poblando los riscos,
que coronados de plumas
son olimpos sobre olimpos?
Al muro, alarbes, al muro
salid, que por muchos lidio,
pues lidio por mí, y por esta
hermosura á quien me rindo.

ESCENA XIV.

DOROTEA *y* GINES.

(*Voces dentro.*) Guerra, guerra. (*Cajas dentro.*

DOROT. Al cielo gracias,
hados, que os mostrais benignos.
Dame tú aliento, fortuna,
esfuerzo, valor y brio
para que siendo de todos
los cristianos hoy caudillo,
que en estas mazmorras yacen
sepultados, aunque vivos,
pueda divertir las fuerzas
de estos alarbes bandidos.
Toma armas, Ginés.

GIN. Yo nunca
tomo, que es bellaco vicio,
sino solamente aquello
que me dan.

DOROT. Vente conmigo.
Feliz me haga Marte, pues
Venus infeliz me hizo.

ESCENA XV.

GINES.

GIN. ¿Yo ir? ¿no es mejor quedarme
haciendo este silogismo?
si los cristianos vencieren,
yo por cristiano me libro:
y si vencieren los moros,
viendo que yo no me incito
contra ellos, me darán
despues premio, y no castigo.
Luego á ganar, no á perder
voy, estándome quedito,
y de camino me ahorro
algun desmandado tiro,
que sin estar convidado
me lleve á cenar con Cristo;
cepos quedos, que ván dando.

DOROT. (*Dentro*) Vuestra libertad, cautivos,
os vá en que tomeis las armas.

GIN. Hagan bien para sí mismos,
hermanos presos. ¡Oh, cómo
con mis voces los animo!
pues ya rompiendo las puertas,
las cadenas y los grillos,
hacen matanza en los moros,
comuneros de poquito. (*Dentro tocan cajas.*)

LUIS. (*Dentro.*) Yo he de ser el que primero
ponga sobre el obelisco
bárbaro de estos peñascos
las plantas.

CAÑ. (*Dentro.*) Habiendo sido
yo quien le defiende ¿cómo
has de entrar?

GIN. Por Jesucristo,
que hay cristianos ya en el muro,
y que entran al tiempo mismo
cristianos ya por las puertas:
ahora sí que yo me arrimo
á ellos: mueran los perros.

DOROT. (*Dentro.*) Pues tenemos el rastrillo,
abrámosle; entrad, cristianos. (*Tocan dentro cajas y clarines.*)

ESCENA XVI.

La REYNA, DOROTEA *y Soldados por la puerta de la derecha. Don* LUIS *y* CAÑERI, *luchando por la del fondo.*

CAÑ. ¡Santo Alá!

LUIS. ¡Cielos Divinos! (*Caen y don Luis desarma á Cañeri.*)
CAÑ. ¿Quién eres, cristiano Cid,
que á mí rendirme has podido?
LUIS. Soy un rayo desatado
de la esfera de mí mismo.
REYN. ¿Quién eres, cristiana, á quien
esta victoria he debido?
DOROT. Una infelice dichosa,
pues á tus plantas me humillo.
REYN. ¿Eres tú la que vendió
Gomez Arias atrevido?
DOROT. Antes que diga yo el sí,
mi vergüenza te lo ha dicho.
LUIS. Invicta reyna, á tus plantas
hoy el Cañeri te rindo.
REYN. Yo á tus brazos restituyo
libre á tu hija, advertido,
que debajo de mi amparo.
LUIS. Triste y alegre te miro.
REYN. Tú, bárbaro, rebelado
á mis preceptos, que pios
por vasallo te admitieron,
hoy morirás en castigo
de aquestas comunidades,
que osado has introducido.
CAÑ. Yo te escusaré, señora,
la venganza á mis delitos,
pues no sé si las heridas
del temor de haberte visto,
me dan la muerte á tus plantas....
rabiando y gimiendo espiro. (*Cae muerto dentro.*)
REYN. Quitad ese tantas veces
funesto cadáver frio
de mis ojos, y á los cielos
daremos.... ¿Pero qué ruido
es aqueste? (*Rumor de voces dentro.*)

ESCENA XVII.

La REYNA, DOROTEA, *don* LUIS *don* FÉLIX *y Soldados: luego* GOMÉZ ARIAS *y villanos.*

FELIX. Unos villanos,
de tanto interés movidos,
á Gomez Arias traen preso,
y siguiéndote han venido
hasta aquí.
REYN. ¿Quién de vosotros
Gomez Arias es?
GOM. Yo he sido
el que fieramente loco
cometí tantos delitos.
REYN. Sea este de mi justicia
ahora el primer indicio
que en restaurando su honor,
llega mejor mi castigo:
dale de esposo la mano
á esa muger.
GOM. Y rendido
á sus pies que me perdone
humildemente la pido.
DOROT. Yo lo hago, y con la mano
el alma te doy.
GIN. (Por Cristo,
que si este se sale solo
con casarse por castigo,
que desde mañana vendo
cuantas halláre.)
REYN. Ya has visto
de tu hija el honor, don Luis,
vengado y restituido.
LUIS. Son dádivas de tu mano:
ya os abrazo como á hijos.
REYN. Aguarda, que si los dos
estábamos ofendidos,
tú estás vengado y yo no.
GIN. Ni yo tampoco, que he sido
el criado que vendió.
REYN. A ese hombre al punto mismo
un verdugo corte el cuello,
y su cabeza en el sitio
que á su esposa vendió, quede
en una escárpia.
GOM. Rendido
á tus pies...
REYN. Ea, llevadle.
GIN. (De eso yo seré ministro.)
Juro á Dios, que habeis de ir
á ahorcar, pues habeis sido
Judas de amor, que besais
y vendeis.
GOM. ¡Cielos divinos,
pague mi culpa mi pena! (*Llévanle los soldados.*)
DOROT. Gran señora, si yo he sido
la parte, yo le perdono,
perdónale te suplico.
REYN. En cualquier delito el rey
es todo: si parte has sido
tú y le perdonas, yo no;
porque no quede á los siglos
la puerta abierta al perdon....
de semejantes delitos.
DIEG. Nuestros tratados conciertos,
don Juan, en habiendo ido
á Granada, tendrán fin.
FÉLIX. Y téngale á un tiempo mismo
la Niña de Gomez Arias.
GIN. Qué perdoneis os suplico
sus errores, y nos deis
de piedad siquiera un vitor.

FIN.

EL GOLFO DE LAS SIRENAS.
EGLOGA PISCATORIA.

PERSONAS.

Ulises, *galan.*	Lauro, *pescador viejo.*	Astrea / Celfa, } *villanas.*
Anteo / Dante } *criados.*	Un salvaje.	Músicas *villanas.*
	Músicos, *pescadores.*	
Sileno, *pescador galan.*	Scila, *cazadora.*	Cuatro *Sirenas.*
Alfeo, *idem simple.*	Caríbdis, *deidad marina.*	Cuatro *coros de músicas.*

La escena es en las costas de Sicilia por los años de 2798 de la creacion.

JORNADA PRIMERA.

Decoracion: á un lado árboles, mas allá un risco que termina en una torre, en la falda del risco una cabaña: al otro una zarza y rocas. En el fondo el mar.

ESCENA PRIMERA.

Alfeo, Celfa *y los coros.*

Alf. Tiendes esas redes al sol,
y no me repriques, Celfa,
que vengo hecho un basilisco.
Celf. ¿Con quién, dime, es la pendencia?
Alf. Con el mar y la cabaña.
Celf. ¿Pues qué tiene que ver, bestia,
la cabaña con el mar?
Alf. Fácil es la consecuencia.
Vó al mar, y pesca no hallo,
dó á la cabaña la vuelta,
y hállote á tí en la cabaña;
¿pues qué mucho que dar sienta,
viendo contra mí á las dos
en sus efectos opuestas,
con la mala pesca allá,
y aquí con la buena pesca?
Celf. Ya esperaba yo que fuese
alguna malicia vuesa.
Alf. Pues engañaisos, que nunca
fué malicia la evidencia;
fuera de que si adelanto
el enojo, no es con ella
soldemente.
Celf. ¿Pues con quién?
Alf. Con todos cuantos poetas
dicen que rie la aurora,
y si llora, llora perlas.
Con cuantos dicen que el mar
de plata la orilla argenta,
en cuyo regazo son
catres de flores las selvas,
los arroyos, instrumentos
de cristal, cítaras bellas
los árboles de esmeralda,
las aves, capilla diestra
de la cámara del sol.
Enamorada caterva,
que reacia en el buen tiempo,
nunca del malo te acuerdas,
sal al campo, si eres hombre,
con todas tus copras llenas
de rosicleres y albores,
verás si mientes, cubierta
de ceños hallando al alba,
al sol de tupidas nieblas,
las aves mudas y tristes,
las flores mústias y yertas,
y al mar enojado, tanto,
que hidrópica su soberbia,
se quiere beber los montes;
y sino, porque lo veas,
oye, Celfa, lo que dicen
ayre, agua, fuego y tierra.
Celf. ¿Pues qué dice el ayre?
Cor. 1º Que Enero sus verdes imperios
le tala furioso con ráfagas tales,
que en vez de que entonen sus aves y copas,
sus copas se quejan, y gimen sus aves.
Celf. ¿Y qué dice el agua?
Cor. 2º Que el Enero sus campos de vidrio
en páramos vuelve de nieve y escarcha,
que en vez de que al alba le sirvan de espejos,
de helados embozos le sirven al alba.
Celf. ¿Y qué dice el fuego?
Cor. 3º Que el Enero sus luces hermosas
le apaga entre nubes de pálidos velos,
que en vez de que al yelo sus rayos deshagan,
pasmádos sus rayos, tiritan al yelo.
Celf. ¿Qué dice la tierra?
Cor. 4º Que el Enero sus flores y rosas
de suerte marchitas y mústias le deja,
que en vez de que sean estrellas lucientes,
aun ser no permite eclipsadas estrellas.
Celf. ¿Y todos qué dicen?
Todos. Que porque el Enero cruel los embiste....
Cor. 4º Las flores se pasman.
Cor. 3º Los rayos tiritan.
Cor. 2º Las ondas se quejan.
Cor. 1º Los pájaros gimen.
Celf. ¿Qué dicen?
Alf. ¿Qué dicen?
Todos. Que porque el Enero con ellos embiste,
las flores se pasman, los rayos tiritan,
las ondas se quejan, los pájaros gimen.
Sil. *(Dentro.)* Venturosos pescadores
de las sagradas riberas
del trinacrio mar....
Alf. *(Dentro)* Hermosas

zagalas, que en sus arenas
tantas veces de sus ninfas
vencísteis la competencia....

ESCENA II.

Dichos; Sileno Lauro *y pescadores*, *que salen por un lado*, *y* Astrea *y villanos por otro.*

Pesc. ¿Qué nos quieres?
Vil. ¿Qué nos mandas?
Los dos. Dadme albricias.
Ast. ¿De qué nuevas?
Sil. Antes que yo las mias diga,
diga las suyas Astrea,
que la urbanidad mas ruda
es cortés con la belleza.
Ast. Aunque no lo sea la mia,
agradezco la licencia.
Desde aquel pardo peñasco,
en cuyos hombros se asienta,
no sin vanidad de noble,
rústica fábrica bella,
breve alcázar de los Dioses,
la vez que de sus esferas
descienden á nuestros valles,
hasta esa zarza pequeña,
que verde, á pesar del tiempo,
todo el año se conserva.
Advertid de donde á donde
digo, no perdais las señas,
que importa saber que son,
si la planta se os acuerda,
si se os acuerda el peñasco,
desde el Pardo á la Zarzuela:
discurría apacentando
la siempre familia inquieta
de mis cabras, que golosas,
de uno en otro álamo trepan,
porque les pague la hoja
lo que les debe la yerba,
cuando de su ameno espacio
la enmarañada aspereza
miro discurrir á tropas
festivas carrozas, llenas
de hermosos coros de ninfas,
cuyas divinas bellezas
á desagraviar sin duda
vienen á la primavera,
restituyendo á los campos
cuantos matices grosera
robó de Enero la saña,
pues les hacen que florezcan
de las destroncadas ruinas
que marchitó la violencia,
cada coscoja un clavel,
cada arista una azucena.
Vílas, y dejando al libre
uso de su ligereza
el desmandado rebaño,
procuré saber quien eran,
y supe que eran de dos
deidades, que iban tras ellas,
sagrado obsequio, bien como
la rosa del prado reyna,
la maravilla del Prado
Infanta, salen risueñas,
acompañadas de flores,
cuando alba y aurora dejan
el cielo de los matices,
el campo de las estrellas.
Sus nombres oí, pero soy
tal, que ya no se me acuerdan;
mas bien sé que el uno de ellos,
significando que reyna
en guerra y paz, se compone
de deidad de paz y guerra,
pues Diana el nombre acaba,
siendo Marte quien le empieza,
primero y último acento
dando los dos; de manera,
que tomando á Marte el mar,
y á Diana el Ana, encierra
el nombre de Mar-y-Ana,
imperiosas excelencias.
El segundo en su principio
con él conviene, mas echa
por otra parte, acabando
en no sé que cosa tersa,
si ya cierta Margarita,
tan linda como ella mesma,
no le prestó para el caso
el atributo de perla.
En fin, sean las que fueren,
quien me entendiere me entienda,
fiando al sagrado solio
al respeto de la ausencia,
á nuestro mísero albergue
descienden, que la grandeza
tal vez se divierte afable
entre la humilde simpleza
de lo rústico, porque
cotejando diferencias,
ver lo que son, y no son,
les suele servir de fiesta.
Salid, pues, á recibirlas,
haciendo á la usanza nuestra
festejos á su venida.
Sil. Y añade, para que sean
aun mas dignos los festejos,
que atravesando la selva
en un enfrenado bruto,
tan ajustado á la rienda,
que le sobraba el castigo,
para estar á la obediencia;
el Apolo de estos valles,
pues como cuarto planeta,
por mas que se emboce, no hay
trage en que no resplandezca,
cuidado haciendo el acaso,
y descuido la fineza,
si hay fineza descuidada,
las sigue; que esta es la nueva
que yo os traigo, porque estando
á la falda de esa sierra
montado Adonis, le ví
bajar haciendo deshecha
de que en su busca venia,
en alcance de una fiera,
que colmilluda, pensaban
ser de otra Vénus tragedia,
sin ver que á su rayo no hay,
por mas que vuele ligera,
por mas que ligera corra,

pluma ó piel que se defienda.
Y pues mejorando el dia
tanta montaraz grandeza
hace que los elementos
retiren sus inclemencias,
valeos del ejemplar,
oyendo sus asperezas,
como en halagos convierten
aire, agua, fuego y tierra.

VIL. 1. ¿Pues qué dice el aire?
COR. 1. Que ya sus gemidos son ecos suaves.
PESC 1. ¿Pues qué dice el agua?
COR. 2. Que ya son sus yelos espejos de plata.
VIL. 2. ¿Que dice el fuego?
COR. 3. Que ya son sus nubes templados reflejos.
PESC 2. ¿Qué dice la tierra?
COR. 4. Que el que antes fue invierno, es ya prima-vera.
TOD. ¿Y todos qué dicen?
MUS. Que á vista de tales deidades felices....
COR. 1. Los pájaros cantan....
COR. 2. Las luces se alegran...
COR. 3. Las flores renacen.....
COR. 4. Las ondas se rien....
TOD. ¿Qué dicen?
LOS DOS. ¿Qué dicen?
TOD. LOS COR. Que á vista de tales deidades felices,
los pájaros cantan, las luces se alegran,
las flores renacé las ondas se rien.

PESE. Ea, zagalas, vosotras
venid, reduciendo á aquella
Zarzuela, ó pequeña zarza,
vuestras cabras, porque sea,
si por ventura á su abrigo
quisieren pasar la siesta,
de su cándido tributo
divertimiento la ofrenda.
Vosotros echad al mar
las redes para que tengan,
si les cansáre la caza,
segunda holgura en la pesca.

CELF. ¿No será mejor, porque
tiempo el festejo no pierda,
que desde luego, cantando
y bailando, demos muestra
de nuestro alborozo?

AST. Bien
ha dicho.

CELF. Pues, Alfeo, empieza
tú la cancion, pues que tú
eres quien todo lo alegra.

ALF. Eso no haré yo en verdad,
porque hay en las islas nuevas
deidades, tan rencoriosas,
que de otros cultos les pesa.
Si sabeis que Scila, envidia
de Anfititre, pues por ella
de Neptuno despreciada,
en estos montes se alberga,
semidea es de estos montes,
cuya nociva belleza
es veneno de los ojos,
puez cuantos náufragos echa
á esta playa el mar, la siguen,
venciendo el ceño á esa cuesta,
que en vez de alcázar, remata
en una profunda cueva,
donde el triste peregrino,
que engañado una vez entra,
muere despeñado el mar,
que asi la pasada ofensa
de Anfititre y de Neptuno,
en sus huéspedes la venga.
Si sabeis que hija de Aglauco,
marino dios, y una bella
sirena, Caríbdis, tiene
su adoracion en aquellas
rocas, que dentro del mar
sobre un escollo se asientan,
cuya regalada voz,
traidoramente halagüeña,
es veneno del oido;
de suerte, que nadie llega
á oirla, que arrebatado
de su acento, no perezca,
siendo imperio suyo todo
el golfo de las sirenas,
en venganza de su madre,
á quien Aglauco desprecia:
¿Por qué quereis enojarlas,
y mas cuando tienen hechas
paces con los mercaderes
de estas tostadas arenas,
en fe de los sacrificios
que llegamos á ofrecerlas?
Y así, id vosotros, que yo
no quiero nada con ellas,
ayudando á celebrar
las deidades estrangeras,
ni de esa Mari-Diana,
ni de esotra Mari-Tersa,
porque Scila ni Caríbdis
contra mí no se conviertan
en alguna Mari-Brava,
que como otra vez me prenda,
y sin comello y bebello,
venga yo á pagar la fiesta.

LAUR. Aunque á esos riesgos nacimos
los que nacimos en estas
islas del trinacrio mar,
antes que la causa mesma
debemos á otras deidades
tener gratas.

TODOS. Ven apriesa.

ALF. Juro á Baco, dios vinoso,
que era mijor para pera
que para dios, de no ir,
sino me llevan á cuestas. (*Echase en tierra.*)

CELF. No rogeis á un ruin, que yo
á tan digna accion atenta,
su ausencia sopriré.

ALF. ¿Cuando
no sofrís vos mis ausencias
y enfermedades? ¿mas cómo
ha de ser?

CELF. De esta manera.

CANT. Las nuevas deidades
de nuestra ribera
á desagraviar
á la primavera,
vengan norabuena. (*Bailan todos.*)

TODOS. Norabuena vengan.

CELF. La alba de estos montes,
que con su belleza
hace que á la tarde

el sol amanezca,
venga norabuena.
TODOS. Norabuena venga.
CELF. El sol que la sigue,
cuya luz suprema,
aun mas que en las vida
en las almas reyna,
venga norabuena.
TODOS. Norabuena venga.
CELF. La aurora, que á entrambos
igual sigue, en muestra
de que participa
de entrambas grandezas,
venga norabuena.
TODOS. Norabuena venga.
CELF. Las ninfas hermosas,
las gracias discretas,
de aquella alba flores,
de aquel sol estrellas,
vengan norabuena.
TODOS. Norabuena vengan.
CELF. Y pues ya sus rayos
se ven de mas cerca,
digan en su salva
fuego, ayre, agua y tierra.... *(Dentro ruido como de terremoto.)*
UNO. *(Dentro.)* Júpiter, piedad.
OTRO. Neptuno, clemencia.
ALF. Aquel es otro cantar. *(Levántase.)*
TODOS. ¿Qué es aquello?
LAUR. Si las señas
no desmiente la distancia,
con agua y viento forceja
contrastado allí un bajel.
VOCES. *(Dentro.)* ¡Amayna, amayna la vela!
UNO. ¡A la mura!
OTRO. ¡Al chafaldete!
OTRO. ¡A la escota!
TODOS. ¡Qué tragedia!
ALF. Pues nosotros no bastamos
á repararla, sus quejas
no oigamos, volved al baile,
y atravesando esa selva,
venid á salir el paso.
LAUR. Bien dice.
TODOS. Prosigue, Celfa.
CELF. Las nuevas Deidades
de nuestra ribera.. . *Entranse cantando y bailando.*

ESCENA III.

ALFEO.

VOCES *(Dentro.)* Jupiter, piedad,
Neptuno, clemencia.
TODOS. *(Dentro.)* Norabuena vengan,
vengan norabuena.
VOCES *(Dentro.)* Júpiter, piedad,
Neptuno, clemencia
ALF. Bien muestra lamento y canto,
que de alegría y tristeza
este siempre voraz monstruo
de los siglos se alimenta.
Mas quien me mete en moral,
siendo almendro? Y asi, entre estas
y esotras, por no causar
á Scila y Caríbdis queja,
de mi red allí cogiendo
los puntos y las carreras,
que si hay medias que son redes,
tambien redes que son medias,
diré solo, que si hubiese
esto de servir de fiesta,
aquí acabará la loa,
y empezará la comedia,
diciendo los unos....
MUS. *(Dentro.)* Norabuena vengan.
ALF. Los otros diciendo. *(Vase.)*
ULIS. *(Dentro.)* Amaina la vela,
y antes que viento de mar
dé con nosotros en esas
altas rocas, el esquife
los que pueda salve.
UNO. *(Dentro.)* Sean
Ulises, Dante y Anteo
los primeros.
ULIS. *(Dentro.)* Mientras vuelva,
pues nunca el voto es inútil,
repitan las voces nuestras....
TODOS. *(Dentro.)* Júpiter, piedad,
Neptuno, clemencia.

ESCENA IV.

SCILA *al pié de la torre, y* CARIBDIS *en las rocas del otro lado.*

SCIL. Qué bien parece á mi vista....
CAR. Qué mal á mi oido suena....
SCIL. El zozobrado huracan....
CAR. La desesperada queja....
SCIL. De aquel bajel que embestido....
CAR. De aquella nave, que espuesta....
SCIL. De las ráfagas del viento...
CAR. A los bajos de la tierra....
SCIL. Corriendo viene fortuna!
CAR. Está corriendo tormenta!
SCIL. ¡Oh mueran todos!...
CAR. ¡Oh ninguno muera!...
SCIL. Que no hay para mis rencores....
CAR. Que no hay para mis soberbias.....
SCIL. Música como el gemido....
CAR. Dolor como la miseria....
SCIL. Porque ¿qué mayor lisonja....
CAR. Porque ¿qué mayor ofensa....
SCIL. Que ver que perezcan todos....
CAR. Que ver que nadie perezca....
SCIL. Aunque no sea á mis manos?
CAR. O que á mis manos no sea?
SCIL. Y asi alegre en su desdicha....
CAR. Y asi triste en su tragedia...
SCIL. Es justo que la celébre....
CAR. Es preciso que la sienta...
SCIL. Al ver que los trae el rumbo
al choque de aquellas peñas....
CAR. Al oir que ya no tienen
esperanzas sus faenas.
SCIL. Pues los árboles troncados...
CAR. Pues rebujadas las velas...
SCIL. Desatacadas las jarcias.....
CAR. Enmarañadas las cuerdas....
SCIL. Sin gobernalle el timon....
CAR. La bitácora sin muestra....
SCIL. Cascado crugiendo el pino....

CAR. Al tope la quilla vuelta....
LAS 2. Tumba ya del mar, el buque
desesperado lamenta...
VOCES (*Dentro.*) Júpiter piedad!
Neptuno, clemencia!
SCIL. ¡Oh, mueran todos!
CAR. ¡Oh, ninguno muera!
mas bien que de los que ya
bebiendo la muerte anhelan....
SCIL. Mas ¡ay! que de los que animan
cercanías de la tierra....
CAR. Algunos salva el esquife....
SCIL. Algunos la lancha alberga....
CAR. Con que lograré mis iras...
SCIL. ¿Pero qué me desconsuela,
si morirán á mi saña,
ya que á su ruina no mueran?
CAR. Y así saliendo á la orilla....
SCIL. Y así bajando á la selva...
LAS 2. Hallarán fuera del mar
mas derrotada tormenta.
SCIL. ¡Oh, mueran todos!
CAR. ¡Oh, ninguno muera!
Scila?
SCIL. Caríbdis?
CAR. Dónde
vas?
SCIL. Mi misma duda es esa,
y con mas razon, pues yo,
trascendiendo de esta sierra
á esta playa, no trasciendo
los términos de mi esfera;
tú sí, pues dejas la tuya,
que es el mar. ¿Qué hay que te mueva
á venir á tierra?
CAR. Ver
que algunas vidas reserva
de ese naufragio el esquife,
y voy acabar con ellas.
SCIL. Pues bien te puedes volver,
que yo haré esa diligencia.
CAR. Mio fué el primer riesgo,
y lo que mi patria empieza
no lo ha de acabar la tuya.
SCIL. Que es ya mio considera,
pues ya es en tierra el peligro.
CAR. Poco importa, si resuelta
le tomé à mi cargo yo.
SCIL. ¿Tú conmigo competencias?
CAR. Por qué no?
SCIL. Porque te escedo,
ya que es una la accion nuestra,
en ser bandoleras ambas,
vengando ambas las afrentas
de Aglauco y Neptuno, cuanto
es la gran distancia inmensa
de la hermosura á la voz.
CAR. ¿Pues quién dió mas preeminencia
al encanto de la vista,
que al del oido?
SCIL. La mesma
naturaleza, que puso
en la vista mayor fuerza.
CAR. Es error; mayor la puso
en el oido, si llegas
á considerar que solo
lo hermoso, que es parte agena
del alma, es hechizo suyo,
mas la voz que al alma entra,
es el veneno del alma.
SCIL. Si ese el mayor riesgo fuera,
no les pusiera á los ojos
en los párpados defensa;
ponerles antemurallas,
con que lo hermoso defiendan,
fué prevenir el peligro.
CAR. Es verdad, mas no ponerlas
á las orejas, fue darse
por vencida de que era
contra superior poder
inútil la resistencia.
SCIL. No fué, sino lo que dijo
el filósofo.
CAR. Qué?
SCIL. Que eran
las orejas del humano
mundo tan viles rameras,
que á ningun interes saben
tener cerradas las puertas.
CAR. Tambien ser los ojos, dijo,
tan traidoras centinelas,
que en vez de aliviar el daño,
son las que en casa le entran.
SCIL. Aunque pudiera á razones
convencerte, porque veas
que no las estimo, quiero
que una sola te convenza.
Ven, pues á tierra, que yo
te permito la licencia,
á precio de que decida
esta cuestion la esperiencia.
Veamos cual de las dos vuelve
con mayores triunfos de esa
gente, que á merced del hado,
cuando los demas se anegan,
náufraga viene arribando
á la orilla.
CAR. Soy contenta;
mas con una condicion.
SCIL. Cuál es?
CAR. Que ninguna pueda
decirles de la otra el nombre,
dejando la competencia
á lo libre del arbitrio.
SCIL. Norabuena.
CAR. Norabuena.
SCIL. ¿Pues qué esperas?
CAR. ¿Pues qué aguardas?
SCIL. A tierra, pues!
CAR. Pues á tierra!
¡Ea, encanto de la voz,
que tuya ha de ser la empresa!
SCIL. ¡Ea, hechizo de la vista,
tu mayor victoria es esta. (*Bajan á las tablas y vanse por distintos lados.*)

ESCENA V.

ULÍSES, DANTE *y* ANTEO.

ULÍS. ¡Ah tierra, aunque ya de tantas
fortunas siempre deshechas
fuí asunto, nunca con mas
rendido voto la arena

besé! ¡Oh madre comun, cuánto
te debe el hijo que deja
tu regazo, y á cobrarle
permite el hado que vuelva!

DANT. Aunque siempre fué piedad,
tal vez quiere que parezca
mas que cariño, ojeriza.

ANT. Y si percibes las señas
deste inhabitado seno,
donde la vista no encuentra
verde hoja, ni el oido
perdida voz, que no sea
de inculta fiera bramido,
gemido de ave funesta,
hoy es cuando menos madre
nos recibe.

ULÍS. Ved por esas
intrincadas breñas, que
impiden hallar la senda,
si por dicha hay poblacion,
ó gente alguna.

DANT. En la quiebra
que hace allí un risco, está un hombre.

ANT. Pescador es, segun muestran
traje y ejercicio, pues
la red enjuga y remienda.

ESCENA VI.

Dichos y ALFEO.

ULÍS. ¡Ha pescador!

ALF. (¿Cuánto va
que me busca Scila bella
ó Caríbdis, para darme
las gracias de que no sea,
yo del baile?) ¿Quién me llama?

ULÍS. Decidnos por vida vuestra.....

ALF. (Buenas Caríbdis ó Scilas,
sino que no son muy buenas.)

ULÍS. A tres derrotados hijos
de la fortuna, que fiera
nos arrojó á estos umbrales,
¿qué ignorada patria es esta,
qué tierra, qué selva, qué isla,
y qué deidades venera,
porque acudamos al voto,
que fué del naufragio ofrenda.

ALF. Gracias á Dios, que llegó
el dia de que yo hiciera
una relacion: oid.

ESCENA VII.

Los mismos, y SCILA *y* CARÍBDIS *al paño.*

CAR. (Desde esta parte encubierta....)

SCIL. (Oculta desde esta parte....)

CAR. (Pensaré con qué cautela....)

SCIL. (Discurriré con qué industria....)

CAR. (Mi voz oigan.)

SCIL. (Mi luz vean.)

ALF. Esta patria es una patria.....
pero agora se me acuerda
de que no puedo ser largo,
me vó con vuesa licencia.

ULIS. Dí qué patria, y te irás luego.

ALF. Como mas no me detengan,
esta patria es una patria,
esta tierra es una tierra,
esta isla es una isla,
y esta selva es una selva
de tantísimo trabajo,
que es la Tinacria desierta,
donde, aquí que no nos oyen,
ni es posible que oirnos puedan,
Caríbdis y Scila son,
desde aquel escollo á esa
torre, que una legua hay,
dos deidades de la legua,
que andan por montes y mares
robando, como si fuera
el mar la calle mayor,
y estos peñascos sus tiendas.
Tan fieras son las dos, que
me vo sin decir cuan fieras,
porque hay mucho que decir,
y no cabe en hora y media. *(Al irse encuentra con Scila,*

ULÍS. Tenedle.

ALF. ¿A qué, si es un loco? *y se vuelve huyendo.)*

SCIL. ¿Así, villano, me afrentas?

ALF. (Vive el cielo, que lo oyó
todo, mal haya mi lengua:
huiré por estotra parte.)

ULÍS. Ya que vuelves, oye, espera.

ALF. El diablo que espere ni oiga. *(Vase á ir por la otra parte, y encuentra con Caribdis.)*

CAR. ¿Qué así, villano, me ofendas?

ALF. Aun peor está que estaba.

SCIL. (Yo vengaré mis ofensas.)

CAR. (Yo vengaré mis agravios.)

ALF. (Hemos hecho buena hacienda.)

ULIS. ¿Qué tienes, que huyes y vuelves?

ALF. ¿Qué mas quiere usted que tenga,
si no canto por servirlas,
habrando para ofenderlas?
mas bien empreado está,
si en mí sus enojos vengan,
que sea dia de trabajo,
pues no quiero ser de fiesta.

ESCENA VIII.

Dichos menos ALFEO.

DANT. Por loco que es, nos ha dicho
cuanto es nuestra suerte adversa,
pues entre Scila y Caríbdis
nos hallamos, de quien cuenta
tantas crueldades la fama.

ULÍS. ¡Oh tirana Vénus bella,
siempre del griego enemiga!
¿hasta cuando tus ofensas
han de durar? ¿hasta cuando
tus rencores?

ANT. ¿Qué te quejas
de Vénus, si en Circe tienes
otra enemiga mas cerca?
Si en ella, Ulíses, burlados
dejas ingenio y belleza,
¿qué mucho que contra tí
el conjuro de sus ciencias
altere montes y mares,
y te traiga donde tenga
nuevos peligros tu vida?

ULÍS. Pues por mas que me acontezcan,

importa menos, que no
que se presuma, ni entienda,
que en la encantada prision
de una hermosura discreta
Ulíses envilecia
el antiguo honor de Grecia.
¿La voz mas armoniosa,
ya suene sutil, ya cuerda,
es mas, dí, que una asonancia?
¿la hermosura mas perfecta,
ya afable mire, ya esquiva,
es, dí, mas que una apariencia,
tan hija aquella del viento,
tan hija del tiempo esta,
que cualquier aura la gasta,
cualquier hora se la lleva?
¿Pues por qué se ha de pensar
que en heróico pecho pueda
perfeccion que es accidente,
postrar valor que es esencia?
¿Mi vista y mi oido es justo
que ageno dueño me vendan?
no, ni es posible.

SCIL. (¿Qué oigo?)

CAR. (¿Qué escucho?)

ULÍS. Y así no teman
vuestros rezelos, que airados
muchos peligros me venzan.
Mas porque temeridad
esperarlos no parezca,
para que de aquí los tres
salgamos con mayor priesa,
sigue tú de aquel villano,
Dante, la perdida huella;
tú, si hay poblacion, Anteo,
mira desde esa eminencia;
pues yo, para que podamos
hallarnos, me quedo en esta
parte, haciendo punto, donde
á dar vuestras líneas vuelvan.

DANT. Ya te obedezco.

ANT. Yo y todo.

DANT. Mas la fortuna no quiera....

ANT. Pero no permita el hado....

DANT. Que reconozcas....

ANT. Que adviertas....

DANT. La jactancia escarmentada....

ANT. Castigada la soberbia....

DANT. Del que lo que oye no estima.

ANT. Del que lo que vé desprecia.

ESCENA IX.

ULÍSES, SCILA y CARIBDIS *aparte.*

ULÍS. Siempre los sentidos fueron
vasallos de la prudencia,
y no tienen contra mí,
ni vista, ni oido fuerza,
mas que aquella que yo quiero
que livianamente tengan.

SCIL. (Ahora lo verás.) *(Vase á dentro.)*

CAR. (Ahora
te lo dirá la esperiencia.)

SCIL. ¡Ay infelice de mí!

ULÍS. ¿Pero qué voz es aquella?

CAR. (De mano me gana Scila;
mas yo esperaré que sea
mia la ocasion.)

SCIL. ¿No hay quien
á una infeliz favorezca?

ULÍS. ¿Muger y afligida, ¿cómo
puedo faltar á la deuda
de ser quien soy?

SCIL. Peregrino *(Sale cayendo.)*
destos montes, cuyas señas
generosamente nobles,
no es posible que desmientan
el valor, una infelice,
á quien una inculta fiera,
que siendo aborto del monte,
escándalo es de la selva,
andando á caza, ha salido
al paso, á tus plantas puesta
te pide.... pero no puedo
proseguir, porque suspensa
la voz, desde el pecho al labio,
ni bien viva, ni bien muerta,
con andarla cada dia,
se le ha olvidado la senda,
si ya no es que el corazon
tímidamente no deja,
porque le haga compañía,
que salga; con que la lengua
torpe, balbuciente el labio,
ni uno espira, ni otro alienta:
¡ay de mí infeliz! *(Desmáyase.)*

CAR. (No en vano
cautelosa Scila intenta
que el valor de la hermosura
mas con la lástima crezca;
mas no la valdrá, pues hay
cautela contra cautela,
divirtiendo yo de oirme
las atenciones de verla.)

ULIS. Beldad, que con tus temores
compadeces y deleitas,
y al reves de otras te afeitas,
que es quitándote colores,
¿contra una fiera favores
pides? Y aunque te asegura
mi honor, mira que es locura
querer que dé mi fineza
armas contra una fiereza,
si me mata una hermosura.
Demas que, si solicitas
que me resuelva á ampararte,
¿cómo he de poder yo darte
la vida que tú me quitas?
mas ¡ay! que bien solicitas
ser la fiera mis despojos,
previniendo tus enojos
piadosamente tiranos,
porque ella muera á mis manos,
que no muera yo á tus ojos.
¿Pero cómo puede ser
que ya la muerte resista,
que á quien mata con ser vista,
qué falta le hace no ver?
y así bien puedes volver;
no tanto porque la fiera
debió de torcer ligera
la senda, cuanto porque
veas que tu triunfo fué

que ella viva y que yo muera.
(Ni habla, ni alienta, ni mueve,
turbado á tocarla llego.)
¿Quién creerá que todo es fuego,
cielos, donde todo es nieve?
¿Qué haré? Dejarla, es aleve
accion; cargar mis pesares
con ella, temeridades;
pues no sé que haya retiros...

CAR. (*Canta dentro.*) Aqui donde mis suspiros
pueblan estas soledades...

ULÍS. ¿Qué nuevo acento es aquel
que dejó mi voz en calma?
¿Si es de aqueste cuerpo el alma,
que no se halla fuera del?
Y sintiendo cuan cruel
desamparo sus donaires,
los repetidos desaires,
que van vagando horizontes,
enternecen.

CAR. (*Canta.*) Estos montes,
y embarazan estos ayres....

ULÍS. Ella es; bien mi pensamiento
previno, que mal pudiera
decir lo que yo dijera,
quien no, cómplice en mi aliento,
sintiera lo que yo siento:
y pues mis dudas persuades,
dime, oh tú, que las añades,
¿dónde que las busque quieren
aquí?

CAR. Donde necias mueren
mis vanas seguridades...

ULÍS. Ya voy, espera, y no así
culpes tú el quedarte hoy,
que si tras tu alma voy,
no es dejarte á tí por tí.

SCIL. ¡Ay infelice de mí!

ULÍS. Pero una duda á otra iguale,
aunque, si otra alma la vale,
todas quedarán deshechas
á manos....

CAR. De mis sospechas,
cada vez que el alba sale. (*Al irse siguiendo la voz, Scila lo llama.*)

SCIL. Forastero (vuelva en mí,
no aquel acento veloz
con el iman de su voz
le quiera llevar tras sí)
dichosa en hallarte fuí,
pues no dudo que amparada
contra aquella fiera airada
en mi desmayo seria.

ULÍS. No es tanta la dicha mia,
que te haya servido en nada.
Mi obligacion satisfice
con solamente esperar;
que no me quiero alabar
de fineza que no hice.

SCIL. Con que dos veces felice
á mi ser me restituyo,
pues constantemente arguyo
desempeñado tu brio
á costa del susto mio,
sin la del peligro tuyo.
Y pues generoso un pecho,
que noble se considera,
la fineza que se hiciera
iguala á la que se ha hecho,
ven conmigo, satisfecho
de que en mi albergue tendrás
fiel galardon; (pues verás
que al mar despeñado mueres.)

ULÍS. Bien se vé que Deidad eres,
pues premio al intento das;
pero aunque tú no me dieras
la licencia, la tomara
yo, pues nunca te dejara,
hasta que de incultas fieras
asegurada estuvieras.

SCIL. No sé si lo crea.

ULÍS. ¿Por qué?

SCIL. Porque al volver te miré
dejarme por el veloz
eco de no sé que voz.

ULÍS. Es verdad; pero eso fue
dar crédito á una locura,
pensando dejarte á tí
por tí, que á no ser así,
no quedara tu hermosura
sin mi asistencia segura.

SCIL. Por mí y por tu honor lo creo.
Cielos! ¿qué nuevo deseo
es aqueste con que lucho?
que cuando atento le escucho,
cuando restado le veo,
me parece.... Mas qué digo?
¿ni qué me ha de parecer,
si en todos ha de ser,
de mis rigores testigo?)
Sígueme pues.

ULÍS. Ya te sigo.

SCIL. Mas no me sigas, espera.

ULÍS. ¿Qué te suspende y altera?

SCIL. Pensar, si conmigo vas,
que el galardon no tendrás
que quisiera y no quisiera.

ULÍS. Enigma es, que, aunque pretendo
entenderle, no es bastante
mi discurso.

SCIL. No te espante,
que yo tampoco le entiendo.

ULÍS. Con todo eso, voy siguiendo
tus pasos.

SCIL. Ven y no ven.

ULÍS. ¿Juntos favor y desden?

SCIL. Sí, que desden y favor,
uno es hijo de mi honor,
y otro....

ULÍS. ¿De quién?

SCIL. No sé quien.
Pero sea quien se fuere,
basta saber de mí y dél,
que entre piadoso y cruel,
tan confuso nace y muere,
que quiere lo que no quiere.
Y pues á un tiempo me obligas,
y me ofendes, porque digas
lo que en mis afectos puedes,
quédate, mas no te quedes;
sígueme, mas no me sigas.

ESCENA X.

Ulíses *y despues* Caríbdis, *que sale con un velo en el rostro.*

Ulís. ¿Quién igual confusion vió?
¿habrá quien pueda ¡ay de mí!
descifrar mis dudas?
Car. (*Canta dentro.*) Sí.
Ulis. ¿Seguiré sus pasos?
Car. No.
Ulís. ¿Quién me lo aconseja?
Car. Yo. (*Saliendo.*)
Ulís. Voz, que llevas suspendidos
tras tus ecos mis sentidos,
y sin dejarte mirar,
me solicitas tapar
los ojos con los oidos,
¿por que me aconsejas, dí,
que aquella beldad no siga,
con tal dulzura, que obliga
á que me vaya tras tí?
Car. Por ver si consigo así
probar que es pasion mas fuerte
el oir, que el ver.
Ulís. Advierte,
que competir es locura,
una voz á una hermosura.
Car. No es.
Ulís. Dí, cómo?
Car. De esta
suerte.
(*Canta.*) «Entre vista y oido
la ventaja es,
que hay siempre que oir,
pero no que ver.
Aquel esterior sentido,
que se agrada en lo que vé,
nunca con verdad se rinde,
pues se agrada al parecer.
El que en lo que oye se agrada,
tiene mas interior, pues
pasando al alma acredita
la realidad de su ser.
Quien alaba una hermosura,
la dice, no hay mas que ver,
y es verdad; porque no hay mas
en mirándola una vez.
Nunca crece á ser mejor,
pues la mas hermosa tez
hará harto en ser mañana
tan linda como era ayer.
El objeto del oido
cada instante crece, en fé
de que siempre hay mas que oir,
pues siempre hay mas que saber:
de suerte, que yendo uno
á menguar y otro á crecer,
al paso que uno se ilustra,
fallece el otro; con que
entre vista y oido
la ventaja es,
que hay siempre que oir,
pero no que ver.
El sol ó la material
luz lo acrediten, en quien
ven en su edad la hermosura,
pues la apagan ella ó él.
Dígalo el que nadie á obscuras
logró lo hermoso, porque
del rosicler de otra llama
se adorna su rocicler.
Lo entendido de la voz
ni aun el sol ha menester;
que lo discreto y afable
aun lucen sin luz tambien.
Perfeccion que de la noche
no está sujeta al desden,
ni pide favor al dia,
quien duda que prueba ...
Ulís. Qué?
Car. Que entre vista y oido
la ventaja es,
que hay siempre que oir,
pero no que ver.
Y si al desvanecimiento
apela el galan, de que
fué dueño de una hermosura,
dígame, quien no lo fué?
porque si en el verla estriba
de su dicha el mayor bien,
el mayor bien es igual
á cualquiera que la vé.
El no ser vista una dama,
no puede el recato hacer,
porque está, sin gusto suyo,
en otra mano el poder.
Pero el no ser oida sí,
porque no puede romper
sin gusto mio mi voz
de mi silencio la ley.
Luego comun la hermosura
dió á todos que merecer,
y no comun el ingenio,
que uno adore solo aquel;
viendo asi, deja en los ojos
lo vulgar de su placer;
y oyendo á lo no vulgar
del alma mostrando bien,
que entre vista y oido,
la ventaja es,
que hay siempre que oir,
pero no que ver.»

ESCENA XI.

Ulíses.

Ulís. Oye tú, segundo enigma
de estos montes, que á crecer
la confusion del primero
has venido, con hacer
que neutral el alma dude,
si dueño mas suyo es
crueldad que busca piadosa,
que piedad que huye cruel.
¿Tras cual iré de los dos?
No sé, ¡ay infeliz! no sé;
que el hierro de mis sentidos
tirán con igual poder
el norte de lo que oyen,
y el iman de lo que ven.
¿No me dijo una hermosura,
con desmayada altivez,
que la siga y no la siga?

¿No me dijo una voz, que
dulcemente armoniosa
me ha podido suspender,
que tras ella vaya? Sí.
¿Pues qué dudo, ó cuando fué,
cielo, argumento del mal
la duplicacion del bien?

ESCENA XII.

Ulíses Caríbdis *y* Scila *al paño.*

Car. (No viendo
que me sigue, vuelvo á ver
si la hermosura de Scila
tras sí le lleva, no sé
si con nuevo afecto ¡ay cielos!
que el de la envidia.)
Ulís. ¿Qué haré?
pero aquí de la hermosura;
que no tiene mas que hacer,
que ser hermosa una dama.
Cantar ó no cantar, es
habilidad, y no hay
mas habilidad que ser
hermosa; y así yo....
Scil. ¿Donde (*Saliendo.*)
vas?
Ulís. Si me das á escoger
entre quedarme, y seguirte,
qué dudas? ¿Cuando no fué
tan grosero el propio amor,
tan villano el interés,
que lo mejor para sì
no elija?
Scil. Sígueme pues;
que aunque ignores tú, y yo ignore,
á qué vas, baste saber
que es á dejar la hermosura
coronada de laurel.
Ulís. Ella sola está.
Car. (*Canta.*) ¡Ay de tí! (*Suspéndese.*)
Ulís. ¿De qué calmado bajél
se cuenta que fuese el aire
la rémora de sus pies?
Scil. ¿Que te suspende?
Ulís. Una voz,
que traidoramente fiel
me ha amenazado, diciendo....
Car. ¡Ay de tí!
Scil. Conmigo ven.
Ulís. Sí; pero espérame, aguarda
un instante, hasta entender
qué quiere decirme.
Scil. Mira
que no me hallarás despues.
Ulís. Pues sígueme tú hasta hallarla.
Scil. No está á mi vanidad bien.
Ulís. Pues quédate, ó no te quedes,
ó sígueme, ó no, saber
tengo con que fin intenta
mis dichas desvanecer,
antes con sofisterias
y con lástimas despues.
Scil. ¿Pues yendo conmigo, hay cosa
que te pueda entristecer?
Ulís. No, mas puédeme obligar
á que examine por qué
se lamenta en mis fortunas.
Car. Porque miras y no ves. (*Saliendo*)
Ulís. ¿Pues entre ver y mirar,
qué distincion hallas?
Car. Que
mirar lo hermoso, es mirar;
y ver el peligro, es ver.
Scil. Aunque la oigas, no la escuches.
Ulís. ¿Qué distincion tú tambien
hallas entre oir y escuchar,
que me la divides?
Scil. Que
el oir, es solo oir;
y el escuchar, atender.
Ulís. ¿Qué me quieres decir tú?
Car. Que no te pares en ver,
sin que pases á mirar;
que el mas hermoso vergel
contiene tal vez al áspid
entre la rosa y clavel.
Ulis ¿Tú entre el escuchar y oir,
qué quieres darme á entender?
Scil. Que no te creas del aire;
que el que espira al parecer
blandas auras, venir suele
inficionado tal vez:
no la escuches.
Car. No la veas.
Scil. Y vén tras mí....
Car. Y tras mí vén.
Scil. A arguir....
Car. A examinar....
Scil. A discurrir....
Car. A entender.....
Las 2. Que entre vista y oido
la ventaja es,
que hay siempre qne oir,
pero no que ver.
Ulís. De un mismo sentido emtrambas
equívocas os valeis.
Que no hay que ver, dices tú;
confieso que verdad es,
habiéndote visto á tí:
tú dices que hay que oir, tambien
te lo confieso, pues hay
tu dulce acento; con que
concediendo á cada una
que hay que oir, mas no que ver,
me concedo á mí el dudar
lo que tengo de creer.
Scil. Pues á mí el dudar me basta
para llegarme á ofender.
Car. Para llegarme á sentir,
á mí me basta el temer.
Scil. Sigue, pues, su voz, que tú
me vengarás de tí. (*Vase,*)
Ulís. Ten
el paso, que tras ti voy,
hermoso hechizo.
Car. Haces bien;
pero tu me vengarás
de tí. (*Vase.*)
Ulís. Los pasos detén,
dulce encanto, que trás tí
voy tambien; mas mal podré,

siendo uno, seguir á dos.
LAS 2 (*Dentro.*) Con que diremos los tres.....
TODOS. Que entre vista y oido
la ventaja es, &c.
ULÍS. Oye tú! espera tú! cielos,
¿quién igual duda vió?

ESCENA XIII.

ULÍSES, ANTEO *y* CELFA *por una parte*, DANTE *y* ALFEO *por la otra.*

ANT. Al pié
de ese monte esta villana,
que venia hácia aquí, hallé,
y te la traigo á que diga
lo que pretendes saber.
DANT. Yo, penetrando la selva,
este villano alcancé,
y segunda vez le traigo
á que te informe mas bien.
ULÍS. (¡Oh si pudiera uno y otro
mis dudas satisfacer!)
Ven acá, dime, villana,
¿quién una hermosura es,
cazadora de estos montes?
CELF. Si es una que yo encontré
volviendo hácia la cabaña
harta de bailar, despues
que forasteras deidades
festejamos mal ó bien,
Scila era.
ULÍS. Calla, calla!
CELF. ¿De qué se enoja?
ULÍS. De qué?
diciéndome que era Scila,
me dices que puede ser
traidora aquella hermosura.
CELF. ¿Qué hermosura no lo es?
¿Fuera de que ella que hace
mas que, dejándose ver,
llevar á su torre á un hombre,
y dar en el mar con él?
ULÍS. (Sin duda, ¡ay de mí infeliz!
Deidad favorable fué
la que me avisó el peligro.)
Dime tú, villano, ¿quién
es una oculta beldad,
cuya voz á deshacer
vino la traicion de esotra?
ALF. Yo cosa ninguna sé,
lo dicho dicho, y no mas.
CELF. Si es una que yo escuché,
Caríbdis era.
ULÍS. La voz
suspende.
CELF. ¿Por qué?
ULÍS. Porque
tal halago no es posible
que en sí pudiera esconder
de Caríbdis las crueldades.
CELF. ¿Ahora sabe su merced,
que el engañar con halagos
lo hace cualquiera muger?
ULÍL. ¡Ay infeliz!
ANT. ¿Qué suspiras?
DANT. ¿Que tienes?
ULÍS. ¿Qué he de tener?
si una hermosura que ví,
y si una voz que escuché,
por dar dos muertes, han dado
una vida, al conocer....
LAS 2. (*Dentro.*) Que entre vista y oido
la ventaja es, &c.
DANT. ¿No dices que los sentidos
tú solo sabes vencer?
ULÍS. ¡Ay, que es fácil de decir,
pero no fácil de hacer!
Y siendo así que me dan
dos muertes en que escoger,
muera á las mejores armas.
Tras de Scila hermosa iré;
que morir de una hermosura
es achaque mas cortés.
Mas nó, vaya tras Caríbdis,
que mas noble accion es
morir á manos del alma.
DANT. Mira....
ANT. Advierte.....
ULÍS. ¿Que he de hacer?
DANT. Huir de aquí, que estos contrarios
huyendo se vencen.
ULÍS. Bien
me aconsejais; no se diga
de Ulíses que envilecer
una voz ó una hermosura
su valor pudo, despues
que en Circe hermosura y voz
vencer supo. Vamos, pues,
salgamos presto de aquí.
¿Pero como puede ser
si el esquife que nos trajo,
dando en la roca al traves,
pedazos se hizo?
ANT. En la playa
varados barcos hay.
ULÍS ¿Quién
nos aprestará uno?
DANT. Este
pescador.
ULÍS. Has dicho bien.
ALF. No ha dicho sino muy mal.
ULÍS. Tu barco, amigo, preven,
llega á la orilla; que yo
te lo sabre agradecer,
en echándome á otra playa.
ALF. Harto tengo yo que hacer
en lo que dijo de Scila
y Caríbdis, sin querer
enojarlas con libraros.
DANT. Pues si no lo haces por bien,
morirás á nuestras manos.
ALF. Celfa, pues eres muger,
ruégales tú que me dejen.
CELF. Señores, no le lleveis;
que es tonto, y no sabe mas
que remar, y conocer
los bajos de aqueste puerto,
sin dar en ningun traves,
por mas bravo que ande el mar.
ALF. ¡Muy buenas señas par diez
para dejarme! ¿Qué dices?
CELF. Digo lo que verdad es,
sabeis otra cosa vos,

que en dos paladas ó tres
atravesar todo el golfo?

ALF. ¡Que me destruyes muger!

CELF. Por eso lo digo yo.

ANT. De grado, villano, ven,
ó arrastrando irás.

ALF. Será
andar el mundo al reves,
ser yo el arrastrado, siendo
el sentenciado voacé.
Celfa mia, que me llevan!

CELE. Los tales habian de ser
y los cuales.

LOS DOS. De aquí vamos.

ALF. Mátenme á coces é iré,
porque yo soy muy galeote
en llevándome por bien.

ULÍS. Llevadle y llevadme á mí,
que voy forzado tambien,
tanto, que licencia os doy,
si me viéredes volver
el rostro, que los oidos
y los ojos me vendeis,
atado al arbol; y aun todo
no basta si oigo otra vez....

EL Y LAS DOS. Que entre vista y oido
la ventaja es, &c.

CELF. Aquel adagio, que dijo
la ida del humo, y aquel
de allá vayas y no tornes,
nunca han venido mas bien.

ESCENA XIV.

CELFA, SCÍLA Y CARÍBDIS, *que salen por distintos lados.*

CAR. (¡Qué mal descansa un rigor!)

SCÍL. (¡Qué mal sosiega un desden!)

CAR. (Sin duda, pues no está aqui,
ni en todo el monte se vé,
fué tras de Scila.)

SCÍL. (Sin duda,
pues ya no está aquí, que fué
tras Caridis.)

CAR. (Y no ya
lo siento por mi altivez
tanto, como por mi envidia)

SCIL. (Y no ya tanto cruel
lo siento, como zelosa.)

CAR. ¡Oh ira vil!

SCIL. ¡Oh afecto infiel!

LAS 2. Villana.

CELF. ¿Quién llama?

LAS 2. Yo.

CELF. Conformaos las dos; porque
llamada á un tiempo de entrambas,
ignoro á cual responder.

SCIL. A ella, que viéndola aqui,
no tengo yo que saber.

CAR. Viéndote á tí, yo tampoco.

SCIL. ¿Segun eso, viene á ser
una la duda? Podrás
respondernos de una vez.
¿Viste un derrotado huésped
del mar, que ahora aqui dejé?

CELF. Por señas de que me puso
en grande obligacion.

LAS 2. ¿Qué es?

CELF. Dejarme sin mi marido;
porque apenas le nombré
quien érais, cuando por fuerza
le hizo aprestar su batel,
en que huyendo de las dos
se volvió...

CAR. La voz deten.

SCÍL. Calla, calla, que me has muerto,
por darle la vida á él.

CELF ¿Pues que le dije yo mas
de quién erais?

SCÍL. (Cielos! ¿quién
creerá que muera yo á manos
de un desprecio? ¡Oh nunca fiel
se hubiera dado á partido
mi siempre altiva esquivez!)

CAR. (El primero dia que afable
me llego á reconocer,
es el primero, ¡ay de mi!
que me miro padecer
el desaire de una fuga?)

SCIL. Ya la barquilla romper
se vé desde aqui las ondas.

CELF. Ahí que no os miento vereis.

SCÍL. ¡Viven los cielos, villana,
que has de pagarme el haber
dicho quien soy.

CAR. Bella Scila,
ya que igual el rencor es,
pase nuestra competencia
á venganza; y para que
no quede ejemplar que hubo
quien nos venció, yo pondré,
pues que soy deidad del mar,
nuevos encantos en él,
de las Sirenas haciendo,
que armonioso el tropel
le entre en su golfo. Pon tú,
pues que te llegas á ver
deidad de la tierra, escollo
en que choque. Y pues aquel
villano de las dos dijo
lo que escuchamos tal vez,
y esta quien éramos, tú
te venga en ella, y yó en él.

SCIL. Yo desde estas altas rocas,
basas de ese azul dosel,
peñas arrojaré al mar,
aunque se desplome el ej
que en ellas estriba, haciendo
que el impulso del caer
le zozobre á los embates
de un vaiven y otro vaiven.
Y á esta villana....

CELF. ¡Ay de mí!

SCÍL. En esta torre daré
la prision que á él le esperaba,
adonde encantada esté
para mas pena, hasta que haya
quien la libre.

CELF. Mire usted
que para cantada, soy
mala letra, pues se ven
cantar villancicos, no
villancicas.

SCÍL. Fiera, ven *(Suben á la torre.)*
á esa cumbre, en cuyo seno
miras del aire pender
una cueva, que su luz
su despeñadero es.
CELF. Mal agasajo para una
huéspeda como yo, aunque
por lo menos me consuela
el que Alfeo no lo vé,
y cantada ó no cantada,
al fin viviré sin él.

ESCENA XV.

CARÍBDIS.

CAR. Yo en tanto de las sirenas
el coro convocaré,
cantando y llorando á un tiempo,
supuesto que es menester,
para que me oigan, mezclar
el pesar con el placer.
CANTA. Hola, hao, del golfo
de las sirenas!
MÚS. *(Dentro.)* Ola, hao, ¿quién nos llama
desde la selva?
CAR. ¿Ya la voz de Caríbdis
no hay quién conozca?
MÚS. *(Dentro.)* ¿Quién conoce á quien canta
la vez que llora?
Pero dinos, ¿qué quieres
de nuestra esfera?
CAR. Que el que apenas le sulque,
le sulque á penas.
Aquel misero bajel,
que monstruo de dos especies,
siendo del ayre delfin,
águila del mar parece,
de un foragido huésped
sagrado intenta ser, no siendo albergue.
UNAS *(Dentro.)* ¿Pues qué me mandas?
OTRAS *(Dentro.)* ¿Qué quieres?
CAR. Que en calma
sienta, llore, gima y pene.
Una voz. Sienta.....
Otra. Llore....
Otra. Gima....
Otra. Pene.
CAR. Entre Caríbdis y Scila,
coronado de laureles,
es el primero adalid,
que juzga que huyendo vence;
como si ser pudiese
quedar mejor el que huye, que el que muere.
De una voz, y una hermosura
triunfando va, y os compete
por hermosas y por dulces,
que el ejemplar le escarmiente:
llamadle, detenedle! *(Terremoto, y dice Scila, dentro, durando el ruido y la música.)*
SCÍL. Llamadle, tenedle,
que yo tambien guerra le haré de suerte.....
EELFA Y MÚS. Que en calma sienta llore, gime y pene.
Conociendo que el golfo
de las sirenas,
el que apenas le sulca,
le sulca á penas.

ESCENA XVI.

Aparece el barco y en él ULÍSES, DANTE, ANTEO, *y* ALFEO *remando.*

ULÍS. No costees, barquerol,
sino hazte al mar; que de tierra
nos hacen los montes guerra
con terremotos, que al sol
turban, despeñando encima
del barco una y otra cumbre,
de su inmensa pesadumbre
la mas eminente cima.
ALF. Peor será, que, si lanzado
tomo el golfo, vuestras penas
aumente de las sirenas
la voz, que ya se ha escuchado.
ULÍS. Qué sirenas? Hazte al mar,
que esas sabré vencer yo.
ALF. Basta esto para quien no
tiene gana de remar. *(Deja los remos y para el barco.)*
ANT. ¿No dijeron que correr
el golfo en un punto puedes?
¿Pues qué esperas? *(Terremoto.)*
ALF. ¿Luego ustedes
creyeron á mi muger?
En su vida habló verdad,
y esa es la mayor mentira
que en su vida dijo.
DANT. Mira
que es loca temeridad
pararte, cuando se viene
sobre nosotros la sierra. *(Terremoto.)*
ALF. Yo soy pescador de tierra,
é ir al terrado conviene
tierra á tierra, tan despacio,
que me entierre la terraza
de un terrado de la plaza,
ó un terrero de palacio,
antes que de un terremoto
el temor, que me sotierra
en soterraños de tierra,
me dé sepulcro remoto
en el agua.
ULÍS. Un loco es.
ALF. Y aun dos.
ANT. ¿Qué haremos?
DANT. Tomemos
nosotros Anteo, los remos.
ALF. Y de mí que harán despues?
DANT. Echarte villano al mar. *(Agárranle entre los dos.)*
ANT. Y el aligerarse gana
el barco.
ALF. Aunque só un Juan Rana,
miren que no sé nadar.
ULÍS. Vaya al mar por embustero.
ALF. Mijor por eso era haber
arrojado á mi muger
un poquitico primero.
LOS DOS. Hombre á la mar! *(Echanle al mar.)*
ALF. Qué pesar!
pero que me echeis os dejo;
porque en llegando á ser viejo,
¿qué hombre no es hombre a la mar?

¡Mas, ay, ahogado de mí! (*Vese entre las ondas un pez grande.*)
¿qué pez horrible y cruel,
que hácia aqui viene, es aquel?
¿Si querrá tragarme? Sí
parece; y pues escapar
no puedo; usted señor pez,
me trague por esta vez, (*Trágale el pez y escóndese.*)
mas no sirva de ejemplar

ESCENA XVII.

ULÍSES, ANTEO, Y DANTE.

ULÍS. Nada en mar y tierra vemos
que otro prodigio no sea.
ANT. Vencido el mayor se vea
con que el golfo atravesemos. (*Reman Dante y Anteo.*)
MÚS. (*Dentro.*) No podreis porque el golfo
de las sirenas,
el que apenas le sulca,
le sulca á penas.
ULÍS. ¿Qué nuevo sonoro canto
es el que habemos oido? (*Suspéndese.*)
LOS DOS. A todos ha suspendido
de su dulzura el encanto.
ULÍS. ¿Quién canta en el mar tambien?...
SIR. 1. (*Dentro.*) Quien...
ULÍS. Cuando otra voz me destierra....
SIR. 2. (*Dentro.*) De tierra....
ULÍS. De que yo escapar pretendo....
SIR. 3. (*Dentro.*) Huyendo....
ULIS. Porqué á mi honor le conviene.
SIR. 4 (*Dentro.*) Viene.
DANT. Misterio el eco contiene,
ANT. No es eco ¿No ves veloces
sirenas, decir á voces....
TODOS. ¿Quién de tierra huyendo viene?

ESCENA XVIII.

Los mismos y cuatro sirenas entre las ondas.

ULÍS. De quien pretendo yo huir?
SIR. 1. De oir...
ULIS ¿Qué mas intento vencer....
SIR. 2. Y ver...
ULÍS. Pues quien tiene por disgusto....
SIR. 3. Gusto...
ULÍS. Que yo á mi me quiera dar.
SIR. 4. Pesar......
ANT. Sentido trae singular....
el canto que nos persigue.
DANT. Sí, pues dice que te sigue...
TOD. De oir y ver gusto y pesar....
ULÍS. Pues si me juzgué muriendo....
SIR. 1. Viendo...
ULÍS. Un peligro á otro añadiendo...
SIR. 2. Oyendo...
ULÍS. Durar mi dolor cruel....
SIR. 3. En él...
ULÍS. No era morir, y no amar.
SIR. 4. Mar.
ULÍS. Mas ay! que para vengar
la fuga, que haciendo voy,
en el mismo riesgo estoy...
TOD. Viendo y oyendo en el mar...
ULÍS Y asi el que vencer intenta....
SIR. 1. Sienta...
ULÍS. El que una voz le enamore...
SIR. 2. Llore...
ULÍS. El que una beldad no estima...
SIR. 3. Gima...
ULÍS. Y pues remedio no tiene....
SIR. 4. Pene...
ULÍS. Solo este medio conviene,
que quien librarse procura
de una voz y de una hermosura....
TOD. Sienta, llore, gima, y pene.
ULÍS. ¡Mas ay infelice de mí!
¿qué querrán mares y vientos?

ESCENA. XIX.

Dichos, SCILA *sobre las rocas y* CARÍBDIS *en el risco.*

LAS DOS. Junta todos sus acentos.
LAS TRES. Y cómo dirán?
LAS DOS. Así.
TOD. Quien de tierra huyendo viene
de oir y ver gusto y pesar,
viendo y oyendo en el mar,
sienta, llore, gima y pene.
ULÍS Pues si llorar y gemir
fuerza es, sentir y penar,
mejor es que acabe el mar
de una vez tanto sufrir
embates de la fortuna.
LOS DOS. ¿Qué haces?
ULÍS.. Arrojarme donde
quien tantas vidas esconde,
añada al número una,
y mas si despues de oir
las sonoras amenazas
de hermosas sirenas,
que á un tiempo cantan y encantan,
tanto, que aun los dos suspensos
dejais sin remos la barca,
veo sobre aquella roca
la hermosura soberana
de Scila, y sobre aquel risco
escucho las voces blandas
de Caríbdis, las dos siendo
vivos imanes del alma.
DANT. Todos aquestos peligros
contra una industria no bastan.
ULÍS. Qué es?
DANT. Que pues que ya en la vela
sopla favorable el aura,
y della el barco impelido
no le hacen los remos falta,
cerrados ojos y oidos,
correr nos dejemos, hasta
que dé del hado el arbitrio
con nosotros á otra playa.
LAS DOS. Ahora, ahora. sirenas,
repetid en voces altas....
TOD. Quien de tierra huyendo viene
de oir y ver gusto y pesar,
viendo y oyendo en el mar,
sienta, llore, gima y pena;
conociendo que el Golfo

de las sirenas,
el qué apenas le sulca,
le sulca á penas.

Ulís. ¿Qué importa que yo las manos
ponga en los oidos, y haga
fuerza á los ojos, si ojos
y oidos, ladrones de casa,
saben los rincones della;
y viendo impedir sus causas,
retiran al corazon
la, especies, y él las guarda
tan vivas que á los sentidos
volver el uso les manda?
Con que menos que arrojado
al mar, ni el fuego se apaga,
ni el corazon se sosiega,
ni les sentidos descansan.

Ant. Harás que de la licencia
que nos diste usemos, hasta
pasar al golfo.

Ulís. Qué fué?

Dant. Que al árbol atado vayas,
vendado ojos y oidos. (*Atanle, y pónenle una banda en los ojos.*)

Ulís. ¿A qué loco no le atan?
bien haceis. Scila hermosa,
suave Caríbdis, sagradas
sirenas del negro golfo,
altos montes de Trinacria,
decid á voces que Ulíses,
dándole el viento sus alas,
entre Caríbdis y Scila,
atado y vendado escapa
de vuestros riesgos, porque
le quede al mundo enseñanza,
que así se huyen los estremos
de la hermosura y la gracia.

ESCENA XX.

Scila, Caríbdis *y las sirenas.*

Scil. Seguidle, seguidles todas.

Sir. ¿A qué, si no sirve nada
contra quien ojos y oidos
de voz y hermosura guarda?

Car. Pues si no bastan mis ecos....

Scil. Si mi hermosura no basta....

Car. Contra quien vencerla quiera....

Scil. Contra quien quiera postrarla....

Car. Dando la rienda á la ira....

Scil. Soltando el freno á la rabia....

Car. Caiga despeñada al mar....

Scil. Al mar despeñada caiga....

Las 2. Muriendo como él habia
de morir, en cuya saña
las funerales exequias
montes y piélagos hagan. (*Arrójanse al mar; suena ruido de tempestad, y escóndese las Sirenas.*)

ESCENA XXI.

Astrea, *villanos y pescadores.*

Vil. ¿Qué segundo terremoto
la luz del sol nos apaga?

Ast. Abajo el orbe se viene.

Pesc 1º De todo ese azul alcázar
los peñascos de su centro
proceloso viento arranca.

Pesc 2º Sí, pues el mar á su esfera
parece que los traslada.

Pesc 3º Es verdad, que dos escollos
miramos sobre las aguas,
nunca hasta ahora descubiertos.

Todos. ¿Qué será?

ESCENA XXII.

Dichos y Sileno.

Sil. ¡El cielo me valga!

Todos. ¿Qué es esto, Sileno?

Sil. Que
mirando el mar en bonanza,
salí á pescar, y á lo lejos
ví arrojarse despeñadas
en el mar Scila y Caribdis,
cuyo sepulcro de plata
construyen dos nuevos montes
en dos pirámides altas,
contra cuantos marineros
tocaren en esas playas,
pues quien escapa de Scila,
tendrá en Caribdis borrasca.
Y no paró aquí el prodigio,
sino que la red, que echada
tenia al mar, al recogerla,
la sentí con tan gran carga,
que de remolque ha venido,
sin conocer lo que traiga.

Uno. Porque todos lo veamos,
ayudemos á sacarla.

Sil. Marino monstruo, que abre
la boca, de sus entrañas
arroja otro horrible monstruo
todo vestido de escamas. (*Al sacar la red, sale de ella el pez, y de la boca de este Alfeo vestido de salvaje.*)

ESCENA XXIII.

Los mismos y Alfeo.

Alf. Gracias á Dios, que he llegado
á la orilla: para, para,
coche pez, que me has traido
en ti como en una caja.
Todos estamos acá,
amigos.

Todos. ¡Qué fiera estraña!

Alf. ¡Qué salvage tan cruel!

Alf. Tu eres la fiera, y tu alma,
y tu la salvaja, puesto
que aquí no hay otra salvaja,
ni otra fiera; y pues prodigios
es hoy toda esta comarca,
huyamos todos.

Todos. Huyamos.

Sil. Pues con dejar transformada
en escollos á Caríbdis,
y á Scila, quedó acabada
la fábula, ahora viendo
arrojar en esta playa

aqueste marino monstruo,
empiece la mogiganga.

ESCENA XXIV.

ALFEO.

ALF. ¿Qué mogiganga? Esperad!
Oid. ¡El cielo me valga!
Ahora que caigo en ello,
¿dónde estoy? que aquesta estancia
no es mi tierra, pues en ella
no habia aquellas peñas altas,
y habia cierta muger mia;
pero si ella de aquí falta,
mas que esté donde estuviere;
manos á labor, y vaya
de náufrago peregrino,
que derrotado se halla,
sin saber cuando ni como.
¿Ha de los montes?
MÚS. (*Dentro.*) ¿Quién llama?
ALF. Que sé yo quien soy, porque
una marina tarasca,
que me concibió en el mar,
con dos cosas tan contrarias,
como son aborrecerme
y meterme en sus entrañas,
me ha malparido á esta tierra,
donde, aunque he sido vianda,
ni soy carne, ni pescado.
COR. 1º (*Dentro.*) ¿Pues qué quieres?
COR. 2º (*Idem*) ¿Pues qué mandas?
ALF. Ya que ustedes me responden,
sean quien fueren, con tanta
melanoche, ó melodia,
¿qué tierra es? que como zarzas
en ella estoy.
MÚS. La Zarzuela.
ALF. ¿La Zarzuela?
MÚS. (*Dentro.*) ¿Qué te espantas?
ALF. ¿No he de espantarme, si en este
instante en Trinacria estaba?
MÚS. (*Dentro.*) Pues quien le quita que sea
la Zarzuela de Trinacria.
ALF. Algun crítico que ponga
en razon las mogigangas:
mas ya que lo saben todo,
saben quien yo soy?
MÚS. (*Dentro.*) Juan Rana.
ALF. Gloria á Dios, que dí conmigo,
que ha rato que me buscaba,
y no me podia encontrar.
Mas digan, si no se cansan,
en este bosque vustedes,
¿quién son, que cantan, que rabian,
y á qué he venido yo á él?
MÚS. Tu lo sabrás, si le andas.
ALF. Ve aquí que le ando, y que no lo sé.

ESCENA XXV.

ALFEO *y* CELFA *en la torre.*

CELF. Ay triste! ¡ay desdichada!
ay mísera! ay afligida!
ay amarrida y cuitada!
y ay encantada de mí!
ALF. ¡Oh tú, voz que á longe hayas!
¿donde estás, y cuya eres?
CELF. Los ojos al desvan alza
deste monte, verás donde
me dejó Scila encerrada,
por último encantamiento
de su póstuma venganza,
hasta que haya caballero
que me libre, con tanta rara
condicion en la aventura,
que lo primero que manda
es que cuando entre, un salvage
venza, un dragon cuando salga,
pena de que si venciere
uno sin otro, se vayan
los encantados, y él quede
en la prision.
ALF. Grande infanta
sin duda es, que estos primores
las de la villa no gastan.
CELF. Por ahora no se me acuerda
bien de como me llamaba
en el siglo; pero sé
que estoy aquí con tal rabia,
con tal cólera, tal ira,
tal impaciencia y tal saña,
que todos los encantados
me llaman la Mari-Brava.
ALF. ¿Mari-Brava y Zarzuela?
CEF. Ahí
verás lo que el diablo enzarza.
De buena ventura eres,
si desta prision me sacas,
porque sacarás conmigo
cuantos encantados andan
por aquestos vericuetos.
AFF. Llevará Bercebú el alma
que tal sacara; que fuera
muy heróica patarata,
que la que me prendió antaño,
desprendiera hogaño.
CEF. ¡Gracias
á tu valor!
ALF. ¿Pues de qué
las gracias son?
CELE. De que tratas
tomar la demanda mia.
ALF. No hago tal. ¡Devota santa,
por mi vida, para que
tomara yo su demanda!
CÉLF. Encantados caballeros,
y princesas encantadas,
que andais por aquestos montes
en diversas formas varias,
un aventurero dice,
que quiere tomar las armas
por mi amor.
ALF. No dice tal
CELF. Que yo me lo entienda basta,
que esto de verse servidas,
basta soñarlo las damas.
Venid todos, venid todas
á recibirle.

ESCENA XXVI.

Los mismos y varios hombres y mugeres en trages de diversos animales, como dirán los versos.

Todos. Deo gracias!
Alf. En toda mi vida ví
fieras tan buenas cristianas.
Todos. (*Cantan.*) Desencantadorcito del alma,
mira aquí lo que desencantas.
Alf. Pues, encantadorcitos del cuerpo,
veis aquí que me voy huyendo.
Uno. No irás tal; que ya empezado,
no puedes volver la espalda.
Alf. Sí iré tal; porque vencido,
la puedo volver.
Todos. Aguarda,
desencantadocirto del alma,
mira aquí lo que desencantas.
Alf. Pues, encantadorcito del cuerpo,
veis aquí que me voy huyendo.

ESCENA XXVII.

Dichos y un Salvage.

Salv. ¿Quien eres, oh tú, que osado
hasta aquí mueves las plantas,
dándome á entender que quieres
entrar conmigo en batalla?
Alf. Para salvage, ese es mucho
discurrir, porque en mi alma
que no quiero tal.
Salv. Sí quieres,
pues de sus términos pasas
el coto, que tiene puesto
á los encantos que guarda
el grande cuento de cuentos,
Gasparilis de Aravaca.
Alf. Si es usted, ponga entre esotros
cuentos que cuenta, que el que haga
guerra yo á usted es el cuento
de nunca acabar.
Salv. No basta,
y á ese propósito escucha:
tenia una dueña una enana....
Alf. Ya ese es viejo y no he de oirle.
Salv. ¿Pues hay mas de que otro vaya?
A cuatro ó cinco chiquillos....
Alf. Tambien ese tiene canas,
y no te canses, que ni ese
ni otro alguno, si me matas,
no he de oirte.
Sal. Aquesto es
matarme tú con ventaja.
¡Ay que me ha muerto! (*Cae.*)
Todos. Al Salvage
mató.
Alf. El lo vendria de casa,
que yo no he llegado á él.
Salv. Tú me has muerto.
Alf. ¡Con qué armas!
Salv. Con no oirme, que á un salvage
quien no lo escucha le mata.
Todos. Con que ya volver podemos
á nuestras formas pasadas.
Desencantadorcito del alma,
mira aquí lo que desencantas.
Uno. Yo que fui en el modo tia,
soy arpía.
Otro. Yo, que me asombro y me arrobo,
soy un lobo.
Otra. Yo serpiente verdinegra,
era una suegra.
Uno. Yo que fuí un grande lebron,
me hice leon.
Otra. Yo tercera, en quien peligre,
troncado el honor, fuí tigre.
Uno. Y yo atento á mi interés.
gato montés.
Otra. Yo que fuí una dueña flaca,
soy urraca.
Uno. Yo que un gran puerco fuí,
soy jabalí.
Todos. Con que nuestras formas cobradas
mira tu lo que desencantas.
Alf. Ya lo miro y reconozco,
que haceis el bosque cuadro del Bosco.
Uno. Tú, á quien la vida debemos,
ahora que bajes falta.
Celf. Ya bajo yo en una nube. (*Baja Celfa en una banasta.*)
Alf. ¿Esa es nube, ó es banasta?
Todos. ¿Qué te espanta? ¿No conoces
que es nube de mogiganga?
Celf. ¿Quién es el que me ha librado?
Todos Vesle aquí.
Alf. Humilde á tus plantas....
¿mas que miro?
Celf. ¿Mas qué veo?
¿Tú eres, fiero?
Alf. ¿Tú eres, falta?
Todos. ¿Qué es esto?
Celf. Que es mi marido.
Alf. Que es mi muger.
Todos. ¿Y que sacan
de esto?
Celf. Que su libertad
no quiero.
Alf. Ni yo librarla.
Ast. Pues buen remedio.....
Alf. ¿Que es?
Ast. Que pues de vencer te falta
el dragon de la salida,
escuses esta batalla,
y que tú preso te quedes,
y que ella libre se valla.
Celf. Yo soy contenta.
Alf. Yo y todo.
Uno. Pues metámosle en banasta,
señores desencantados.
Advierta, no hable palabra, (*A Alfredo.*)
porque en el punto que hable,
dará una gran zaparrada. (*Metenle en la banasta, y súbenle.*)
Ast. No hablaré mas que un marido
encantado.
Unos. Arriba vaya.
Otros. Vaya arriba.
Alf. ¿Qué haces, mozo?
Uno. Está la cuerda enredada.
Otro. ¡Qué se va el torno, Jesus
mil veces! (*Déjanle caer de golpe.*)
Uno. ¡Qué gran desgracia!
Juan Rana se ha hecho pedazos.

OTRO. Acabemos sin Juan Rana.
CEF. (*Canta.*) Sin marido, y desencantada,
¡qué dos venturas, venturas tan raras!
ALF. No os vereis en ese gozo, (*Levántase, y va-*
pícara, desvergonzada: *se tras ella.*)
que con marido, y desencantada,
¡qué dos venturas, venturas tan raras!
TODOS. Quedo, quedo, sed amigos,
cantando y bailando.
LOS DOS. Vaya.
TODOS. Que con marido y desencantada,
¡que dos venturas, venturas tan raras!

FIN.

LA DAMA DUENDE.

PERSONAS.

Don Manuel, *galan.*	Doña Angela, *dama.*	Rodrigo, *gracioso.*
Don Luis, *galan.*	Doña Beatriz, *dama.*	Isabel y Clara, *graciosas.*
Don Juan, *galan.*	Cosme, *gracioso.*	*Acompa ñamiento.*

La accion pasa en Madrid en 1629.

JORNADA PRIMERA.

Decoracion de calle.

ESCENA PRIMERA.

Don Manuel *y* Cosme *de camino.*

Man. Por un hora no llegamos
á tiempo de ver las fiestas,
con que Madrid generosa
hoy el bautismo celebra
del primero Baltasar.

Cosm. Como esas cosas se aciertan
ó se yerran por un hora.
Por una hora que fuera
antes Píramo á la fuente
no hallara á su Tisbe muerta,
y las moras no mancharan;
porque dicen los Poetas,
que con arrope de moras
se escribió aquella tragedia.
Por un hora que tardara
Tarquino, hallara á Lucrecia
recogida, con lo cual
los autores no anduvieran,
sin ser vicarios, llevando
á salas de competencias
la causa, sobre saber
si hizo fuerza ó no hizo fuerza.
Por un hora que pensara
si era bien hecho ó no era
hecharse Ero de la torre,
no se echara, cosa cierta;
con que se hubiera escusado
el doctor Mirademescna
de haber dado á los teatros
tan bien escrita comedia,
y haberla representado
Amarilis tan de veras,
que volatin de carnal,
si otros son de la cuaresma,
sacó mas de alguna vez
las manos en la cabeza:
y puesto que hemos perdido
por un hora tan gran fiesta,
no por un hora perdamos
la posada, que si llega
tarde Abindarraez, es ley
que halla de quedarse fuera;
y estoy rabiando por ver
este amigo, que te espera,
como si fueras galan
al uso, con cama y mesa,
sin saber como ó por donde
tan grande dicha nos venga;
pues sin ser los dos torneos,
hoy á los dos nos sustenta.

Man. Don Juan de Toledo es, Cosme,
el hombre que mas profesa
mi amistad, siendo los dos
envidia, ya que no afrenta,
de cuantos la antigüedad
por tantos siglos celebra.
Los dos estudiamos juntos,
y pasando de las letras
á las armas, los dos fuimos
camaradas en la guerra.
En las del Piamonte, cuando
el señor duque de Feria
con la gineta me honró
le dí, Cosme, mi bandera;
fué mi alferez, y despues
sacando de una refriega
una penetrante herida,
le curé en mi casa mesma.
La vida despues de Dios,
me debe; dejo otras deudas
de menores intereses,
que entre nobles es bajeza
referirlas, pues por eso
pintó la docta academia
al galardon una dama
rica, y las espaldas vueltas,
dando á entender, que en haciendo
el beneficio, es discreta
accion olvidarse de él;
que no le hace el que le acuerda.
En fin, Don Juan, obligado
de amistades y finezas,
viendo que su Magestad
con este gobierno premia
mis servicios, y que vengo
de paso á la corte, intenta
hoy hospedarme en su casa,
por pagarme con las mesmas:
y aunque á Burgos me escribió
de casa y calle las señas,
no quise andar preguntando
á caballo, á donde era;
y así, dejé en la posada
las mulas y las maletas,
yendo hácia donde me dice:
ví las galas y libreas,
é informado de la causa,
quise, aunque de paso, verlas.
Llegamos tarde, en efecto,
porque....

ESCENA II.

Dichos, Doña Angela é Isabel *tapadas.*

Ang. Si como lo muestra
el trage, sois caballero
de obligaciones y prendas,
amparad á una muger
que á valerse de vos llega:
honor y vida me importa,
que aquel hidalgo no sepa
quien soy, y que no me siga.
Estorbad, por vida vuestra,
á una muger principal
una desdicha, una afrenta,
que podrá ser que algun dia...
Adios, adios, que voy muerta.

ESCENA III.

Don Manuel *y* Cosme.

Cosm. Es Dama, ó es torbellino.
Man. ¡Hay tal suceso!
Cosm. Qué piensas
hacer?
Man. ¿Eso me preguntas?
¿Cómo puede mi nobleza
escusarse de estorbar
una desdicha, una afrenta?
que segun muestra sin duda
es su marido.
Cosm. Y qué intentas?
Man. Detenerle con alguna
industria; mas si con ella
no puedo, será forzoso
el valerme de la fuerza,
sin que él entienda la causa.
Cosm. Si industria buscas, espera,
que á mi se me ofrece una:
esta carta, que encomienda
es de un amigo, me valga. *Retirase don Manuel*

ESCENA IV.

Dichos Don Luis *y* Rodrigo.

Luis. Yo tengo de conocerla,
no mas de por el cuidado
con que de mí se rezela.
Rod. Siguela y sabrás quien es. *(Llega Cosme á don Luis, y detiénele.)*
Cosm. Señor, aunque con vergüenza
llego, vuesarced me haga
tan gran merced, que me lea
á quien esta carta dice.
Luis. No voy ahora con flema.
Cosm. Pues si flema solo os falta,
yo tengo cantidad de ella,
y podré partir con vos.
Luis. Apartad.
Man. ¡Oh qué derecha
es la calle! aun no se pierden
de vista.
Cosm. Por vida vuestra....
Luis. Vive Dios, que sois pesado,
y os romperé la cabeza,
si mucho me haceis,
Cosm. Por eso
os haré poco.
Luis. Paciencia
me falta para sufriros. *(Empújale.)*
Apartad de aquí.
Man. Ya es fuerza
llegar; acabe el valor
lo que empezó la cautela. *(Llega.)*
Caballero, ese criado
es mio, y no sé que pueda
haberos hoy ofendido,
para que de esa manera
le atropelleis.
Luis. No respondo
á la duda ó á la queja,
porque nunca satisfice
á nadie. Adios.
Man. Si tuviera
necesidad mi valor
de satisfaciones, crea
vuestra arrogancia de mí,
que no me fuera sin ella.
Preguntar en que os ofende,
en que os agravia ó molesta,
merece mas cortesía:
y pues la corte la enseña,
no la pongais en mal nombre,
aunque un forastero venga
á enseñarla á los que tienen
obligacion de saberla.
Luis. Quien pensare que no puedo
enseñarla yo...
Man. La lengua
suspended y hable el acero.
Luis. Decis bien. *(Sacan las espadas y riñen.)*
Cosm. ¡Oh, quien tuviera
gana de reñir!
Rod. Sacad
la espada vos.
Cosm. Es doncella,
y sin cédula ó palabra
no puedo sacarla.

ESCENA V.

Dichos, Don Juan, *Doña* Beatriz *y* Clara, *con mantos.*

Juan. Suelta
Beatriz.
Beat. No has de ir.
Juan. Mira que es
con mi hermano la pendencia.
Beat. ¡Ay de mí triste! *(Retirase al paño con Clara.)*
Juan. A tu lado
estoy.
Juan. Don Juan, tente, espera,
que mas que á darme valor,
á hacerme cobarde llegas.
Caballero forastero,
quien no escusó la pendencia
solo, estando acompañado
bien se vé que no la deja
de cobarde: idos con Dios,
que no sabe mi nobleza
reñir mas, y mas con quien
tanto brio y valor muestra:

idos con Dios.
MAN. Yo os estimo
bizarria y gentileza;
pero si de mí por dicha
algun escrúpulo os queda,
me hallareis donde quisiéreis.
LUIS. Norabuena.
MAN. Norabuena.
JUAN. ¡Qué es lo que miro y escucho!
¿Don Manuel?
MAN. ¿Don Juan?
JUAN. Suspensa
el alma, no determina
qué hacer, cuando considera
un hermano y un amigo,
que es lo mismo, en diferencia
tal, y hasta saber la causa
dudaré.
LUIS. La causa es esta:
volver por ese criado
este caballero intenta,
que necio me ocasionó
á hablarle mal, todo cesa
con esto.
JUAN. Pues siendo así,
cortés me darás licencia
para que llegue á abrazarle.
El noble huésped que espera
nuestra casa, es el señor
don Manuel. Hermano, llega,
que dos que han reñido iguales,
desde aquel instante quedan
mas amigos, pues ya hicieron
de su valor esperiencia.
Dadme los brazos.
MAN. Primero
que á vos os los dé, me lleva
el valor que he visto en él,
á que al servicio me ofrezca
del señor don Luis.
LUIS. Yo soy
vuestro amigo, y ya me pesa
de no haberos conocido,
pues vuestro valor pudiera
haberme informado.
MAN. El vuestro
escarmentado me deja:
una herida en esta mano
he sacado.
LUIS. Mas quisiera
tenerla mil veces yo.
COSM. ¡Qué cortesana pendencia!
JUAN. Venid al punto á curaros.
Tú, don Luis, aqui te queda
hasta que tome su coche
doña Beatriz, que me espera,
y de esta descortesia
me disculparás con ella.
Venid, señor, á mi casa,
mejor dijera á la vuestra,
donde os cureis.
MAN. Que no es nada.
JUAN. Venid presto.
MAN. (¡Qué tristeza
me ha dado que me reciba
con sangre Madrid!)
LUIS. (¡Qué pena
tengo de no haber podido
saber que dama era aquella!)
COSM. (¡Qué bien merecido tiene
mi amo lo que se lleva,
porque no se meta á ser
don Quijote de la legua!)

ESCENA VI.

Don LUIS *Doña* BEATRIZ, CLARA *y* RODRIGO.

LUIS. Ya la tormenta pasó. (*Salen Doña Beatriz*
Otra vez, señora, vuelva *y Clara.)*
á restituir las flores,
que ahora marchita y seca
de vuestra hermosura el yelo
de un desmayo.
BEAT. ¿Donde queda
Don Juan?
LUIS. Que le perdoneis
os pide, porque le llevan
forzosas obligaciones,
y el cuidar con diligencia
de la salud de un amigo
que vá herido.
BEAT. ¡Ay de mí! ¡Muerta
estoy! ¿Es don Juan?
LUIS. Señora,
no es don Juan, que no estuviera,
estando herido mi hermano,
yo con tan grande paciencia:
no os asusteis, que no es justo,
que sin que él la herida tenga,
tengamos entre los dos
yo el dolor y vos la pena:
digo el dolor, el de veros
tan postrada, tan sugeta
á un pesar imaginado,
que hiere con mayor fuerza.
BEAT. Señor don Luis, ya sabeis
que estimo vuestras finezas,
supuesto que lo merecen
por amorosas y vuestras;
pero no puedo pagarlas,
que eso han de hacer las estrellas,
y no hay de lo que no hacen
quien las tome residencia.
Si lo que menos se halla,
es hoy lo que mas se aprecia
en la corte, agradecida
el desengaño, siquiera
por ser cosa que se halla
con dificultad en ella.
Quedad con Dios

ESCENA VII.

Don LUIS *y* RODRIGO.

LUIS. Id con Dios.
No hay accion que me suceda
bien, Rodrigo. Si una dama
veo airosa y conocerla
solicito, me detienen
un necio y una pendencia,
que no sé cual es peor.
Si riño y mi hermano llega,

es mi enemigo su amigo:
si por disculpa me deja
de una dama, es una dama
que mil pesares me cuesta;
de suerte, que una tapada
me huye, un necio me atormenta
un forastero me mata,
y un hermano me le lleva
á ser mi huésped á casa,
y otra dama me desprecia:
de mal anda mi fortuna.

ROD. ¿De todas aquesas penas,
que sé la que sientes mas?

LUIS. No sabes.

ROD. Que la que llegas
á sentir mas, son los zelos
de tu hermano y Beatriz bella.

LUIS. Engañastes.

ROD. ¿Pues cual es?

LUIS. Si tengo de hablar de veras,
de tí solo me fiara,
lo que mas siento es, que sea
mi hermano tan poco atento,
que llevar á casa quiera
un hombre mozo, teniendo,
Rodrigo, una hermana bella,
viuda y moza; y, como sabes,
tan de secreto, que apenas
sabe el sol que vive en casa,
porque Beatriz, por ser deuda,
solamente la visita.

ROD. Ya sé que su esposo era
administrador en puerto
de mar de unas reales rentas,
y quedó debiendo al rey
grande cantidad de hacienda,
y ella á la corte se vino
de secreto, donde intenta
escondida y retirada
componer mejor sus deudas,
y esto disculpa á su hermano.
Pues si mejor consideras
que su estado no la dá
ni permision ni licencia
de que nadie la visite,
y aunque su huésped sea
don Manuel, no ha de saber
que en casa, señor, se encierra
tal muger, ¿qué inconveniente
hay en admitirle en ella?
Y mas habiendo tenido
tal recato y advertencia,
que para su cuarto ha dado
por otra calle la puerta,
y la que salia á la casa,
por desmentir la sospecha
de que el cuidado la habia
cerrado, ó porque pudiera
con facilidad abrirse
otra vez, fabricó en ella
una alacena de vidrios,
labrada de tal manera,
que parece que jamás
en tal parte ha habido puerta.

LUIS. ¿Ves con lo que me aseguras?
pues con esto mismo intentas
darme muerte, pues ya dices,
que no ha puesto por defensa
de su honor mas que unos vidrios,
que al primer golpe se quiebran.

ESCENA VIII.

Sala en casa de Don Juan

Doña ANGELA É ISABEL.

ANG. Vuélveme á dar, Isabel,
esas tocas (¡pena esquiva!)
vuelve á amortajarme viva,
ya que mi pena cruel
lo quiere así.

ISAB. Toma presto,
porque si tu hermano viene,
y alguna sospecha tiene,
no la confirme con esto
de hallarte de esta manera,
que hoy en palacio te vió.

ANG. ¡Válgame el cielo, que yo
entre dos paredes muera,
donde apenas el sol sabe
quien soy, pues la pena mia,
en el término del dia,
ni se contiene ni cabe!
Donde inconstante la luna,
que aprende influjos de mí,
no puede decir: ya ví
que lloraba su fortuna!
Donde en efecto encerrada,
sin libertad he vivido,
porque enviudé de un marido,
con dos hermanos casada!
Y luego delito sea,
sin que toque en liviandad,
depuesta la autoridad,
ir donde tapada vea
un teatro, en quien la fama,
para su aplauso inmortal,
con acentos de metal
á voces de bronce llama!
¡Suerte injusta! dura estrella!

ISAB. Señora, no tiene duda
el que mirándote viuda,
tan moza, bizarra y bella,
tus hermanos, cuidadosos
te celen; porque este estado
es el mas ocasionado
á delitos amorosos,
y mas en la corte hoy,
donde se han dado en usar
unas vinditas de azar;
que al cielo mil gracias doy,
cuando en las calles las veo
tan honestas, tan fruncidas,
tan beatas y aturdidas,
y en quedándose en manteo,
es el mirarlas contento,
pues sin toca y devocion,
saltan mas á cualquier son,
que una pelota de viento.
Y este discurso doblado
para otro tiempo, señora,
¿cómo no habemos ahora
en el forastero hablado,

á quien tu honor encargaste,
y tu galan hoy hiciste?

ANG. Parece que me leiste
el alma en eso que hablaste.
Cuidadosa me ha tenido,
no por él, sino por mí;
porque despues cuando oí
de las cuchilladas ruido,
me puse, (mas son quimeras)
Isabel, á imaginar,
que él habia de tomar
mi disgusto tan de veras,
que habia de sacar la espada
en mi defensa, yo fuí
necia en empeñarle así;
¿mas una muger turbada,
qué mira ó qué considera?

ISAB. Yo no sé si lo estorbó;
mas sé, que no nos siguió
tu hermano mas.

ANG. Oye, espera.

ESCENA IX.

Dichas y Don LUIS.

LUIS. ¿Angela?

ANG. Hermano y señor?
turbado y confuso vienes.
¿Qué ha sucedido? ¿qué tienes?

LUIS. Harto tengo, tengo honor.

ANG. (¡Ay de mí! sin duda es,
que don Luis me conoció.)

LUIS. Y así, siento mucho yo,
que te estimen poco.

ANG. ¿Pues
has tenido algun disgusto?

LUIS. Lo peor es, cuando vengo
á verte, el disgusto tengo,
que tuve, Angela.

ISAB. (¿Otro susto?)

ANG. ¿Pues yo en qué te puedo dar,
hermano, disgusto? advierte.....

LUIS. Tú eres la causa, y el verte....

ANG. (¡Ay de mí!)

LUIS. Angela, estimar
tan poco de nuestro hermano....

ANG. Eso sí.

LUIS. Pues cuando vienes
con los disgustos que tienes
cuidado te da. No en vano
el enojo que tenia
con el huésped, me pagó;
pues sin conocerle yo,
hoy le he herido en profecía.

ANG. ¿Pues como fué?

LUIS. Entré en la plaza
de palacio, hermana, á pié
hasta el palenque; porque
toda la desembaraza
de coches y caballeros
la guarda. A un corro me fuí
de amigos, á donde ví,
que alegres y lisongeros
los tenia una tapada,
á quien todos celebraron
lo que dijo, y alabaron
de entendida y razonada.
Desde el punto en que llegué
otra palabra no habló,
tanto, que á alguno obligó
á preguntarla, por qué,
porque yo llegaba, habia
con tanto estremo callado?
Todo me puso en cuidado.
Miré si la conocía,
y no pude porque ella
le puso mas en taparse,
en esconderse y guardarse.
Viendo que no pude vella,
seguirla determiné;
ella siempre atrás volvia
á ver si yo la seguia,
cuyo gran cuidado fué
espuela de mi cuidado.
Yendo de esta suerte pues,
llegó un hidalgo, que es
de nuestro huésped criado,
á decir, que le leyese
una carta; respondí
que iba de prisa, y creí
que detenerme quisiese
con este intento, porque
la muger le habló al pasar,
y tanto dió en porfiar,
que le dije no se qué.
Llegó en aquella ocasion
en defensa del criado
nuestro huésped, muy soldado.
Sacamos, en conclusion,
las espadas: todo es esto
pero mas pudiera ser.

ANG. Miren la mala muger
en que ocasion te habia puesto!
que hay mugeres tramoyeras;
pondré que no conocía
quien eras, y que lo hacia
solo porque la siguieras.
Por eso estoy harta yo
de decir, si bien te acuerdas,
que mires que no te pierdas
por mugercillas, que no
saben mas que aventurar
los hombres.

LUIS. ¿En qué has pasado
la tarde?

ANG. En casa me he estado
entretenida en llorar.

LUIS. ¿Hate nuestro hermano visto?

ANG. Desde esta mañana no
ha entrado aquí

LUIS. ¡Qué mal yo
estos descuidos resisto!

ANG. Pues deja los sentimientos,
que al fin sufrirle es mejor,
que es nuestro hermano mayor,
y comemos de alimentos.

LUIS. Si tú estás tan consolada,
yo tambien, que yo por tí
lo sentía, y porque así
veas no dárseme nada,
á verle voy, y aun con él
haré una galantería.

ESCENA X.

Doña Angela *é* Isabel.

Isab. ¿Qué dirás, señora mia,
despues del susto cruel,
de lo que en casa nos pasa?
pues el que hoy ha defendido
tu vida, huésped y herido
le tiene dentro de casa.
Ang. Yo, Isabel, lo sospeché,
cuando de mi hermano oí
la pendencia, y cuando ví,
que el herido el huésped fué;
pero aun bien no lo he creido;
porque caso estraño fuera,
que un hombre á Madrid viniera,
y hallase recienvenido
una dama, que rogase
que su vida defendiese,
un hermano que le hiriese,
y otro que le aposentase,
fuera notable suceso,
y aunque todo puede ser,
no lo tengo de creer
sin verlo.
Isab. Y si para eso
te dispones, yo bien sé
por donde verle podrás,
y aun mas que verle.
Ang. Tú estás
loca. ¿Cómo, si se vé
de mi cuarto tan distante
el suyo?
Isab. Parte hay por donde
este cuarto corresponde
al otro: esto no te espante.
Ang. No porque verlo deseo,
sino solo por saber:
dime, ¿cómo puede ser?
que lo escucho y no lo creo.
Isab. ¿No has oido que labró
en la puerta una alacena
tu hermano?
Ang. Ya lo que ordena
tu ingenio he entendido yo:
dirás, que pues es de tabla,
algun agujero hagamos,
por donde al huésped veamos.
Isab. Mas que eso mi ingenio entabla.
Ang. Dí.
Isab. Por cerrar y encubrir
la puerta que se tenia,
y que á este jardin salía,
y poder volverla á abrir,
hizo tu hermano poner
portatil una alacena:
esta, aunque de vidrios llena,
se puede muy bien mover.
Yo lo sé bien, porque cuando
la alacena aderecé,
la escalera la arrimé,
y ella se fué desclavando
poco á poco, de manera,
que todo junto cayó,
y dimos en tierra yo,
alacena y escalera;
de suerte, que en falso ahora
la tal alacena está,
y apartándose, podrá
cualquiera pasar, señora.
Ang. Esto no es determinar,
sino prevenir primero,
vés aquí, Isabel, que quiero
á esotro cuarto pasar,
y he quitado la alacena:
¿por allá no se podrá
quitar tambien?
Isab. Claro está;
y para hacerla mas buena,
en falso se han de poner
dos clavos, para advertir,
que solo la sepa abrir
el que lo llegue á saber.
Ang. Al criado que viniere
por luz y por ropa dí,
que vuelva á avisarte á tí,
si acaso el huésped saliere
en casa, que segun creo,
no le obligará la herida
á hacer cama.
Isab. Y por tu vida,
irás?
Ang. Un necio deseo
tengo de saber si es él
el que mi vida guardó;
porque si le cuesto yo
sangre y cuidado, Isabel,
es bien mirar por su herida,
si es que segura del miedo
de ser conocida, puedo
ser con él agradecida.
Vamos, que tengo de ver
la alacena; y si pasar
puedo al cuarto, he de cuidar,
sin que él lo llegue á entender,
desde aqui de su regalo.
Isab. Notable cuento sera;
mas si lo cuenta?
Ang. No hará,
que hombre que su esfuerzo iguala
á su gala y discrecion,
puesto que de todo ha hecho
noble esperiencia en mi pecho,
en la primera ocasion,
de valiente en lo arrestado,
de galan en lo lucido,
en el modo de entendido,
no me ha de causar cuidado
que diga suceso igual;
que fuera notable mengua
que echara una mala lengua
tan buenas partes á mal.

ESCENA XI.

Habitacion de Don Manuel *en el fondo una alacena, puertas en ambos lados.*

Don Juan, *Don* Manuel *y un criado con luz, que salen por la derecha.)*

Juan. Acostaos por mi vida.
Man. Es tan poca la herida,
que antes don Juan sospecho,

que parece melindre el haber hecho
caso ninguno de ella.

JUAN. Harta ventura ha sido de mi estrella,
que no me consolára
jamás, si este contento me costára
el pesar de teneros
en mi casa indispuesto, y el de veros
herido por la mano,
si bien no ha sido culpa de mi hermano.

MAN. El es buen caballero,
y me tiene envidioso de su acero,
de su estilo admirado,
y he de ser muy su amigo y su criado.

ESCENA XII.

Los mismos, Don Luis, y un criado con un azafate cubierto, y en él una espada.

LUIS. Yo, señor, lo soy vuestro;
como en la pena que recibo muestro,
ofreciendoos mi vida·
y porque el instrumento de la herida
en mi poder no quede,
pues ya agradarme ni servirme puede;
bien como aquel criado,
que á su señor algun disgusto ha dado,
hoy de mí le despido.
Esta es, señor, la espada que os ha herido;
á vuestras plantas viene
á pediros perdon, si culpa tiene:
tome vuestra querella
con ella, en mí venganza de mí y de ella.

MAN. Sois valiente y discreto:
en todo me venceis: la espada aceto;
porque siempre á mi lado,
me enseñe á ser valiente; confiado
desde hoy vivir procuro,
¿porque de quien no vivirá seguro
quien vuestro acero ciñe generoso?
que él solo me tuviera temeroso.

JUAN. Pues Don Luis me ha enseñado
á lo que estoy por huésped obligado;
otro regalo quiero,
que recibais de mí.

MAN. ¡Qué tarde espero
pagar tantos favores,
pues los dos competis en darme honores!

ESCENA XIII.

Dichos y Cosme *que sale cargado de maletas y cogines.*

COSM. Doscientos mil demonios
de su furia infernal den testimonios,
volviéndose inclementes
doscientas mil serpientes,
que asiéndome de un vuelo,
den conmigo de patas en el cielo,
del mandato oprimidos
de Dios, por justos juicios compelidos,
si vivir no quisiera sin injurias
en Galicia ó en Asturias,
antes que en esta corte.

MAN. Reporta.

COSM. El repertorio se reporte.

JUAN. Qué dices?

COSM. Lo que digo,
que es traidor quien dá paso á su enemigo.

LUIS. Qué enemigo? detente.

COSM. El agua de una fuente y otra fuente.

MAN. ¿Y por eso te inquietas?

COSM. Venia de cogines y maletas
por la calle cargado,
y en una zanja de una fuente he dado;
y así os lo traigo todo,
(como dice el refran,) puesto de lodo:
¿quien esto en casa mete?

MAN. Vete de aqui, que estas borracho, vete.

COSM. Si borracho estuviera,
menos mi enojo con el agua fuera:
cuando en un libro leo de mil fuentes,
que vuelven varias cosas sus corrientes,
no me espanto, si aquí ver determíno,
que nace el agua á convertirse en vino.

MAN. Si él empieza, en un año
no acabará

JUAN. El tiene humor estraño.

LUIS. Solo de tí quería
saber, si sabes leer, como este dia
en el libro citado
muestras, por qué pedistes tan pesado,
que una carta leyese? qué te apartas?

COSM. Porque sé leer en libros y no en cartas.

LUIS. Está bien respondido.

MAN. Que no hagais caso de él, por Dios, os pido:
ya le ireis conociendo,
y sabreis que es burlon.

COSM. Hacer pretendo
de mis burlas alarde:
para alguna os convido.

MAN. Pues no es tarde,
porque me importa; hoy quiero
hacer una visita.

JUAN. Yo espero
para cenar.

MAN. Tú, Cosme, esas maletas
abre y saca la ropa; no las metas,
que yo á un negocio que me obliga parto.

JUAN. Si quisiéreis cerrar, esta es del cuarto
la llave, que aunque tengo
llave maestra, por si acaso vengo
tarde, mas que las otras dos no tiene,
ni otra puerta tampoco, asi conviene,
y en el cuarto la deja, y cada dia
vendrán á enderezarle. (*Vánse por la derecha.*)

ESCENA XIV.

Cosme.

Hacienda mia
ven acá, que yo quiero
visitarte primero,
porque ver determino
cuanto habemos sisado en el camino,
que como en las posadas
no se hilan las cuentas tan delgadas
como en casa, que vive en sus porfías
la cuenta, y la razon por lacerías,
hay mayor aparejo del provecho
para meter la mano no en mi pecho,
sino en la bolsa agena: (*Saca la bolsa.*)

Hallé la propia: buena está y rebuena:
pues aquesta jornada
subió doncella y se apeó preñada.
Contarlo quiero, aunque es tiempo perdido,
porque yo ¿qué borrego he vendido
á mi señor, para que mire y vea
si está cabal? lo que ello fuere sea,
su maleta es aquesta:
ropa quiero sacar por si se acuesta
tan presto, que el mandó que hiciese esto:
¿mas porque él lo mandó, se ha de hacer presto?
Por haberlo él mandado,
aun no lo he de hacer, que soy criado;
salirme un rato es justo
á rezar á una hermita. ¿Tendrás gusto
desto, Cosme? Tendré. Pues, Cosme, vamos,
que antes son nuestros gustos que los amos.

ESCENA XV.

Doña Angela é Isabel *que salen por la alacena.*

Isab. Que está el cuarto solo dijo
Rodrigo, porque el tal huésped
y tus hermanos se fueron.
Ang. Por eso pude atreverme
á hacer sola esta esperiencia.
Isab. ¿Ves que no hay inconveniente
para pasar hasta aquí?
Ang. Antes, Isabel, parece
que todo cuanto previne
yo fue muy impertinente,
pues con ninguno encontramos,
que la puerta facilmente
se abre y se vuelve á cerrar,
sin ser posible que se eche
de ver.
Isab. ¿Y á qué hemos venido?
Ang. A volvernos solamente,
que para hacer sola una
travesura dos mugeres,
basta haberla imaginado;
porque al fin esto no tiene
mas fundamento que haber
hablado en ello dos veces,
y estar yo determinada,
siendo verdad que es aqueste
caballero el que por mí
se empeñó osado y valiente,
como te he dicho, á mirar
por su regalo.
Isab. Aquí tiene
el que le trajo tu hermano,
y una espada en un bufete.
Ang. Vén acá; mi escribanía
trajeron aquí!
Isab. Dió en ese
desvarío mi señor;
dijo que aquí la pusiese
con recado de escribir,
y mil libros diferentes.
Ang. En el suelo hay dos maletas.
Isab. Y abiertas, señora: ¿quieres
que veamos lo que hay en ellas?
Ang. Sí, que quiero neciamente
mirar qué ropas y alhajas
trae.
Isab. Soldado y pretendiente,
vendrá muy mal alhajado. *(Sacan cuanto van diciendo, y lo esparcen por la sala.)*
Ang. Qué es eso?
Isab. Muchos papeles.
Ang. ¿Son de muger?
Isab. No señora,
sino procesos que vienen
cosidos y pesan mucho.
Ang. Pues si fueran de mugeres,
ellos fueran mas livianos:
mal en eso te detienes.
Isab. Ropa blanca hay aquí alguna.
Ang. ¿Huele bien?
Isab. Sí, á limpia huele.
Ang. Ese es el mejor perfume.
Isab. Las tres calidades tiene
de blanca, blanda y delgada:
¿mas, señora, qué es aqueste
pellejo, con unos hierros
de herramientas diferentes?
Ang. Muestra á ver; hasta aquí hierro
de sacamuelas parece;
mas estas son tenacillas,
y el alzador del copete
y los vigotes esotras.
Isab. Iten, escobilla y peine:
oye, que mas prevenido,
no le faltará al tal huésped
la horma de su zapato.
Ang. ¿Por qué?
Isab. Porque aquí la tiene.
Ang. ¿Hay mas?
Isab. Si señora, item,
como á forma de billetes,
legajo segundo.
Ang. Muestra:
de muger son, y contienen
mas que papel: un retrato
está aquí.
Isab. Qué te suspende?
Ang. El verle, que una hermosura,
si está pintada, divierte.
Isab. Parece que te ha pesado
de hallarle.
Ang. ¡Qué necia eres!
No mires mas.
Isab. ¿Y qué intentas?
Ang. Dejarle escrito un billete:
toma el retrato. *(Pónese á escribir.)*
Isab. Entre tanto
la maleta del sirviente
he de ver: esto es dinero;
cuartazos son insolentes,
que en la república donde
son los príncipes y reyes
las doblas y patacones,
ellos son la comun plebe.
Una burla le he de hacer,
y ha de ser de aquesta suerte:
quitarle de aquí el dinero
al tal lacayo, y ponerle
unos carbones: dirán,
¿dónde demonios los tiene
esta muger? no advirtiendo,
que esto sucedió en Noviembre,
y que hay brasero en el cuarto. *(Quita el dinero de la bolsa y pone carbon.)*

ANG. Ya escribí ¿qué te parece
á donde le deje el papel
porque si mi hermano viene
no lo vea?
ISAB. Allí debajo
de la tohalla que tienen
las almohadas, que al quitarla,
se verá forzosamente,
y no es parte que hasta entonces
se ha de andar.
ANG. Bien adviertes;
pónle allí, y ve recogiendo (*Vase Isabel por*
todo esto. *la izquierda y vuelve.)*
ISAB. Mira que tuercen
la llave ya.
ANG. Pues dejarlo
todo, esté como estuviere,
y á escondernos: Isabel,
ven.
ISAB. A la alacena me fecit. (*Vanse por la alacena.*)

ESCENA XVI.

COSME.

COSM. Ya que me he servido á mí
de barato, quiero hacerle
á mi amo otro servicio.
¿Mas quién nuestra hacienda vende,
que asi hace almoneda de ella?
¡Vive Cristo, que parece
plazuela de la Cebada
la sala con nuestros bienes!
¿Quién está aquí? No está nadie,
por Dios; y si está, no quiere
responder: no me responda,
que me huelgo de que eche
de ver que soy enemigo
de respondones: con este
humor, sea bueno ó sea malo,
(si he de hablar discretamente),
estoy temblando de miedo;
pero como á mi me deje
el revoltoso de alhajas
libre mi dinero, llegue
y revuelva las maletas (*Suena la bolsa.)*
una y cuatrocientas veces.
¿Mas que veo? ¡Vive Dios,
que en carbones lo convierte!
Duendecillo, duendecillo,
quien quiera que seas ó fueres,
el dinero que tu das,
en lo que mandares, vuelve;
mas lo que yo hurto, por qué?

ESCENA XVII.

Dicho, *Don* JUAN, *Don* LUIS *y Don* MANUEL.

JUAN. ¿De qué das voces?
LUIS. ¿Qué tienes?
MAN. ¿Qué te ha sucedido? Habla.
COSM. Lindo desenfado es ese:
si tienes por inquilino,
señor, en tu casa un duende,
¿para qué nos recibiste
en ella? Un instante breve
que falté de aqui, la ropa
de tal modo y de tal suerte
hallé, que toda esparcida
una almoneda parece.
JUAN. ¿Falta algo?
COSM. No falta nada;
el dinero solamente,
que en esta bolsa tenia,
que era mio, me convierte
en carbones.
LUIS. Sí; ya entiendo.
MAN. ¡Qué necia burla previenes!
¡qué fria y que sin donayre!
JUAN. ¡Qué mala y qué impertinente!
COSM. No es burla esta, vive Dios!
MAN. Calla, que estás como sueles.
COSM. Es verdad, mas suelo estar
en mi juicio algunas veces.
JUAN. Quedad con Dios, y acostaos,
Don Manuel, sin que os desvele
el duende de la posada;
y aconsejadle que intente
otras burlas al criado.
LUIS. No en vano sois tan valiente
como sois; si habeis de andar
desnuda la espada siempre,
saliendo de los disgustos
en que este loco os pusiere.

ESCENA XVIII.

Don MANUEL *y* COSME.

MAN. ¿Ves cual me tratan por tí?
todos por loco me tienen,
porque te sufro: á cualquiera
parte que voy me suceden
mil desaires por tu causa.
COSM. Ya estás solo, y no he de hacerte
burla mano á mano yo;
porque solo en tercio puede
tirarse uno con su padre:
dos mil demonios me lleven,
sino es verdad que salió;
y este, fuere quien se fuere,
hizo este estrago.
MAN. Con eso
ahora disculparte quieres
de la necedad; recoge
esto que esparcido tienes,
y entra á acostarte.
COSM. Señor,
en una galera reme...
MAN. Calla, calla, ó vive Dios,
que la cabeza te quiebre. (*Entra por la izquierda.)*

ESCENA XIX.

COSME.

COSM. Pesárame con estremo
que lo tal me sucediese:
ahora bien, vuelvo á embasar
otra vez los adherentes
de mis maletas. ¡Oh cielos,

quién la trompeta tuviese
del juicio de las alhajas,
porque á una voz solamente
viniesen todas!

ESCENA XX.

El mismo y Don MANUEL *que vuelve á salir con un billete.*

MAN. Alumbra,
Cosme.
COSM. ¿Pues qué te sucede,
señor? ¿has hallado acaso
allá dentro alguna gente?
MAN. Descubrí la cama, Cosme,
para acostarme, y halléme
debajo de la tohalla
de la cama este billete
cerrado, y ya el sobre escrito
me admira mas.
COSM. ¿A quien viene!
MAN. A mi; mas el modo estraño.
COSM. ¿Como dice?
MAN. De esta suerte:
Lee Nadie me abra, porque soy
de don Manuel solamente.
COSM. ¡Plegue á Cristo, que me creas
por fuerza! No lo abras, tente,
sin conjurarle primero.
MAN. Cosme, lo que me suspende
es la novedad, no el miedo,
que quien admira no teme.
Lee. *Con cuidado me tiene vuestra salud, como á quien fué la causa de su riesgo; y asi, agradecida y lastimada, os suplico me aviseis de ella, y os sirvais de mí, que para lo uno y lo otro habrá ocasion, dejando la respuesta donde hallareis este; advirtiendo, que el secreto importa, porque el dia que lo sepa alguno de los amigos, perderé yo el honor y la vida.*
COSM. ¡Estraño caso!
MAN. ¿Qué estraño?
COSM. ¿Eso no te admira?
MAN. No,
antes con esto llegó
á mi vida el desengaño.
COSM. ¿Cómo?
MAN. Bien claro se vé,
que aquella dama tapada
que tan ciega y tan turbada
de don Luis huyendo fué,
era su dama, supuesto,
Cosme, que no puede ser,
si es soltero, su muger:
y dado por cierto esto,
¿qué dificultad tendrá
que en la casa de su amante
tenga ella mano bastante
para entrar?
COSM. Muy bien está
pensado, mas sin temor
pasa adelante: confieso
que es su dama, y el suceso
te doy por bueno, señor:
¿pero ella como podia
desde la calle saber
lo que habia de suceder,
para tener este dia
ya prevenido el papel?
MAN. Despues de haberme pasado,
pudo dársele á un criado.
COSM. Y aunque se le diera, ¿él
como aquí ha de haberle puesto?
pues nadie en el cuarto entró
desde que en él quedé yo.
MAN. Bien pudo ser antes esto.
COSM. Sí, mas hallar trabucadas
las maletas y la ropa,
y el papel escrito, topa
en mas.
MAN. Mira si cerradas
esas ventanas estan.
COSM. Y con aldabas y rejas.
MAN. Con mayor duda me dejas,
y mil sospechas me dan.
COSM. ¿De qué?
MAN. No sabré esplicarlo.
COSM. En efecto, ¿qué has de hacer?
MAN. Escribir y responder
pretendo, hasta averiguarlo,
con estilo que parezca,
que no ha hallado en mi valor
ni admiracion ni temor,
que no dudo que se ofrezca
una ocasion en que demos,
viendo que papeles hay,
con quien los lleva y los tray.
COSM. ¿Y de aquesto no daremos
cuenta á los huéspedes?
MAN. No;
porque no tengo de hacer
mal alguno á una muger,
que así de mí se fió
COSM. Luego ya ofendes á quien
su galan juzgas?
MAN. No tal;
pues sin hacerle á ella mal,
puedo yo proceder bien.
COSM. No señor; mas hay aquí
de lo que á tí te parece,
con cada discurso crece
mi sospecha.
MAN. ¿Cómo así?
COSM. Ves aquí, que van y vienen
papeles, y que jamás,
aunque lo esamines mas,
ciertos desengaños tienen:
¿qué creerá?
MAN. Que ingenio y arte
hay para entrar y salir,
para cerrar, para abrir,
y que el cuarto tiene parte
por donde; y en duda tal,
el juicio podré perder;
pero no, Cosme, creer
cosa sobrenatural.
COSM. ¿No hay duendes?
MAN. Nadie los vió.
COSM. ¿Familiares?
MAN. Son quimeras.
COSM. ¿Brujas?
MAN. Menos.
COSM. ¿Hechiceras?

MAN. Qué error?
COSM. Hay sucubos?
JUAN. No.
COSM. Encantadoras?
MAN. Tampoco.
COSM. Mágicas?
MAN. Necedad.
COSM. Nigromantes?
MAN. Liviandad.
COSM. Energúmenos?
MAN. Qué loco?
COSM. Vive Dios que te cogí?
Diablos?
MAN. Sin poder notorio.
COSM. ¿Hay almas del Puraatorio?
MAN. ¿Que me enamoren á mí?
¡Hay mas necia boberia!
déjame que estás cansado.
COSM. ¿En fin que has determinado?
MAN. Asistir de noche y dia
con cuidados singulares,
(aquí el desengaño fundo)
sin creer que hay en el mundo
ni duende ni familiares.
COSM. Pues yo, en efecto, presumo,
que algun demonio los tray,
que esto y mas habrá donde hay
quien tome tabaco de humo.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Don Juan.

ANGELA Y BEATRIZ.

BEAT. Notables cosas me cuentas.
ANG. Ne te parezcan notables,
hasta que sepas el fin.
¿En qué quedamos?
BEAT. Quedaste
en que por el alacena
hasta su cuarto pasasteis,
que es tan dificil de verse,
como fué de abrirse facil;
que le escribiste un papel,
y que al otro dia hallaste
la repuesta.
ANG. Digo pues,
que tan cortés y galante
estilo no ví jamás,
mezclando entre lo admirable
del suceso, lo gracioso,
imitando los andantes
caballeros, á quien pasan
aventuras semejantes:
el papel, Beatriz, es este,
holgaréme, que te agrade.
Lee. *Fermosa dueña, cualquier que vos seais la condolida de este afanado caballero, y asaz piadosa minorais sus cuitas; ruegovos me querais facer sabidor del follon, mezquino ó pagano malandrin, que en este encanto vos amancilla, para que segunda vegada en vueso nombre, sano ya de las pasadas feridas, entre en descomunal batalla, magüer que finque muerto en ella; que non es la vida de mas pro que la muerte, tenudo á su deber un caballero. El dador de la luz vos mampare, é á mi non olvide.*
El caballero de la Dama Duende.
BEAT. Buen estilo, por mi vida,
y á propósito en lenguage
del encanto y la aventura.
ANG. Cuando esperé que con graves
admiraciones viniera
el papel, ví semejante
desenfado, cuyo estilo
quise llevar adelante,
y respondiéndole así,
pasé....
BEAT. Detente, no pases,
que viene don Juan tu hermano.
ANG. Vendrá muy firme y amante
á agradecerse la dicha
de verte, Beatriz, y hablarte
en su casa.
BEAT. No me pesa,
si hemos de decir verdades.

ESCENA II.

Las mismas y Don JUAN.

JUAN. No hay mal que por bien no venga,
dicen adagios vulgares,
y en mí se vé, pues que vienen
por mis bienes vuestros males.
He sabido, Beatriz bella,
que un pesar que vuestro padre
con vos tuvo, á nuestra casa
sin gusto y contento os trae.
Pésame que hayan de ser
lisongeros y agradables,
como para vos mis gustos,
para mí vuestros pesares;
pues es fuerza que no sienta
desdichas, que han sido parte
de veros; porque hoy amor
diversos efectos hace,
en vos de pena, y en mí
de gloria; bien como el áspid,
de quien, si sale el veneno,
tambien la triaca sale.
Vos seais muy bien venida,
que, aunque es corto el hospedage,
bien se puede hallar un sol
en compañía de un ángel.
BEAT. Pésames y parabienes
tan cortesmente mezclasteis,
que no sé á qué responderos.
Disgustada con mi padre
vengo, la culpa tuvisteis;
pues aunque el galan no sabe,
sabe que por el balcon
hablé anoche; y mientras pase
el enojo, con mi prima
quiere que esté, porque hace
de su virtud confianza.
Solo os diré, y esto baste,
que los disgustos estimo,
porque tambien en mí cause
amor diversos efectos;

bien como el sol cuando esparce
bellos rayos, que una flor
se marchita y otra nace,
hiere el amor en mi pecho,
y es solo un rayo bastante
á que se muera el pesar,
y nazca el gusto de hallarme
en vuestra casa, que ha sido
una esfera de diamante,
hermosa envidia de un sol,
y capaz dosel de un ángel.

ANG. Bien se vé, que de ganancia
andais hoy los dos amantes,
pues que me dais de barato
tantos favores.

JUAN. ¿No sabes,
hermana, lo que he pensado?
que tú sola por vengarte
del cuidado que te da
mi huésped, cuerda buscaste
huéspeda que á mí me ponga
en cuidado semejante.

ANG. Dices bien; y yo lo he hecho
solo porque la regales.

JUAN. Yo me doy por bien contento
de la venganza. *(Quiere irse.)*

BEAT. ¿Qué haces?
¿Don Juan, donde vas?

JUAN. Beatriz,
á servirte, que dejarte
solo á tí, por tí pudiera.

ANG. Déjale ir.

JUAN. Dios os guarde.

ESCENA III.

BEATRIZ Y ANGELA.

ANG. Si cuidado con su huésped
me dió, y cuidado tan grande,
que apenas sé de mi vida,
y él de la suya no sabe.
Viéndote á tí, con el mismo
cuidado he de desquitarme;
porque de huésped á huésped
estemos los dos iguales.

BEAT. El deseo de saber
tu suceso fuera parte
solamente á no sentir
su ausencia.

ANG. Por no cansarte,
papeles suyos y mios
fueron y vinieron, tales,
los suyos digo, que pueden
admitirse y celebrarse;
porque mezclando las veras
y las burlas, no ví iguales
discursos.

BEAT. ¿Y él, en efecto,
qué es á lo que se persuade?

ANG. A que debo de ser dama
de don Luis, juntando partes
de haberme escondida de él,
y de tener otra llave
del cuarto.

BEAT. Sola una cosa
dificultad se me hace.

ANG. Dí, cual es.

BEAT. ¿Cómo este hombre,
viendo que hay quien lleva y trae
papeles, no te ha espiado,
y te ha cogido en el lance?

ANG. No está eso por prevenir,
porque tengo á sus umbrales
un hombre yo que me avisa
de quien entra y de quien sale;
y así, no pasa Isabel
hasta saber que no hay nadie;
que ya ha sucedido, amiga,
un dia entero quedarse
un criado para verlo,
y haberle salido en valde
la diligencia y cuidado:
y porque no se me pase
de la memoria, Isabel,
llévate aquel azafate
en siendo tiempo.

BEAT. Otra duda:
¿cómo es posible que alabes
de tan entendido un hombre,
que no ha dado en casos tales
en el secreto comun
de la alacena?

ANG. ¿Ahora sabes
lo del huevo de Juanelo,
que los ingenios mas grandes
trabajaron en hacer
que en un bufete de jazpe
se tuviese en piè, y Juanelo,
con solo llegar y darle
un golpecillo, le tuvo?
Las grandes dificultades
hasta saberse lo son,
que sabido todo es fácil.

BEAT Otra pregunta.

ANG. ¿Dí, cual es?

BEAT. ¿De tan locos disparates,
que piensas sacar?

ANG. No sé:
dijérate, que mostrarme
agradecida, y pasar
mis penas y soledades,
si ya no fuera mas que esto;
porque necia è ignorante
he llegado á tener zelos
de ver que el retrato guarde
de una dama, y aun estoy
dispuesta á entrar y tomarle
en la primera ocasion;
y no sé como declare,
que estoy ya determidada
á que me vea y me hable.

BEAT. Descubierta por quien eres.

ANG. ¡Jesus, el cielo me guarde!
ni él pienso yo que á un amigo
y huésped traicion tan grande
hiciera, pues el pensar
que soy dama suya hace
que me escriba temeroso,
cortés, turbado y cobarde;
y en efecto, yo no tengo
de ponerme á ese desaire.

BEAT. ¿Pues como ha de verte?

ANG. Escucha

y sabrás la mas notable
traza, sin que yo al peligro
de verme en su cuarto pase,
y el venga, sin saber donde.

Isab. Pon otro hermano á la margen,
que viene don Luis.

Ang. Despues
lo sabreis.

Beat. ¡Qué desiguales
son los influjos! ¡Que el cielo
en igual mérito y partes
ponga tantas diferencias,
y tantas distancias halle,
que con un mismo deseo
uno obligue y otro canse!
Vamos de aquí, que no quiero
que llegue don Luis á hablarme.

ESCENA IV.

Las mismas y Don Luis.

Luis. ¿Porqué os ausentais así?

Beat. Solo porque vos llegasteis.

Luis. ¿La luz mas hermosa y pura,
de quien el sol la aprendió,
huye porque llego yo?
¿Soy la noche por ventura?
Pues perdone tu hermosura,
si atrevido y descortés
en detenerte me ves;
que yo en esta contingencia
no quiero pedir licencia
porque tú no me la des.
Que estimando tu rigor,
lo quiere la suerte mia,
que aun esto que es cortesía
tenga nombre de favor:
ya sè que mi loco amor
en tus desprecios no alcanza
un átomo de esperanza;
pero yo viendo tan fuerte
rigor, tengo de quererte
por solo tomar venganza.
Mayor gloria me darás,
cuando mas penas me ofrezcas;
y cuando mas me aborrezcas,
tengo de quererte mas:
si de esto quejosa estás,
porque con solo un querer
los dos vengamos á ser,
entre el placer y el pesar,
estremos, aprende á mar,
ó enséñame á aborrecer.
Enséñame tú rigores,
yo te enseñaré finezas;
enséñame tú asperezas,
yo te enseñaré favores:
tú desprecios y yo amores,
tú olvido y yo firme fé;
aunque es mejor, porque dé
gloria al amor, siendo dios,
que olvides tú por los dos,
que yo por los dos querré.

Beat. Tan cortesmente os quejais,
que aunque agradecer quisiera
vuestras penas, no lo hiciera,
solo porque las digais.

Luis. Como tan mal me tratais,
el idioma del desden
aprendí

Beat. Pues ese es bien
que sigais, que en caso tal
hará soledad el mal
á quien le dice tan bien. (*Hace que se va y detienela don Luis.*)

Luis. Oye, si acaso te vengas,
y padezcamos los dos.

Beat. No he de escucharos; por Dios,
amiga, que le detengas.

ESCENA V.

Don Luis *y* Angela.

Ang. ¡Que tan poco valor tengas,
que esto quieras oir y ver!

Luis. Soy hermana! ¿qué he de hacer?

Ang. Dar tus penas al olvido;
que querer aborrecido
es morir y no querer.

ESCENA VI.

Don Luis.

¿Quejoso, como podré
olvidarla? que es error;
dila que haga un favor,
y obligado olvidaré;
ofendido no, porque
el mas prudente, el mas sabio
dá su sentimiento al labio:
si olvidarse el favor suele,
es porque el favor no duele
de la suerte que el agravio.

ESCENA VII.

Don Luis *y* Rodrigo.

Luis. ¿De donde vienes?

Rod. No sé.
Triste parece que estas;
¿la causa no me dirás?

Luis. Con doña Beatriz hablé.

Rod. No digas mas, ya se vé
en tí lo que respondió;
¿pero dónde está que yo
no la he visto?

Luis. Tirana
es huéspeda de mi hermana
unos dias, porque no
me falte un enfado así
de un huésped, que cada dia
mis hermanos á porfia
se conjuran contra mí;
pues cualquiera tiene aquí
uno que pesar me dé:
de don Manuel ya se vé,
y de Beatriz; pues los Cielos
me traen á casa mis zelos,
porque sin ellos no esté.

Rod. Mira que don Manuel puede
oirte, que viene allí.

ESCENA VIII.

Dichos y Don MANUEL *al paño.*

MAN. ¡Solo en el mundo por mí
tan gran prodigio sucede!
¡que haré, Cielos, con que quede
desengañado, y saber
de una vez, si esta muger
dama de don Luis ha sido,
ó cómo mano ha tenido
y cautela para hacer
tantos engaños? *(Sale.)*
LUIS. Señor
don Manuel!
MAN. Señor don Luis!
LUIS. De dónde bueno venis?
MAN. De Palacio?
LUIS. Grande error
el mio fué en preguntar
á quien pretensiones tiene,
dónde vá, ni dónde viene:
porque es fuerza que ha de dar
cualquiera línea en Palacio,
como centro de su esfera.
MAN. Si solo á palacio fuera,
estuviera mas despacio;
pero mi afan inmortal
mayor término ha pedido:
su Magestad ha salido
esta tarde al Escorial;
y es fuerza esta noche ir
con mis despachos allá,
que de importancia será.
LUIS. Si ayudaros á servir
puedo en algo, ya sabeis
que soy en cualquier suceso
vuestro.
MAN. Las manos os beso
por la merced que me haceis.
LUIS. Ved, que no es lisonja esto.
MAN. Ya veo que es voluntad
de mi aumento.
LUIS. Asi es verdad;
(porque negocios mas presto.)
MAN. Pero á un galan cortesano,
tanto como vos, no es justo
divertirle de su gusto:
porque yo tengo por llano,
que estareis entrenido,
y gran desacuerdo fuera,
que ausentaros pretendiera.
LUIS. Aunque hubiérades oido
lo que con Rodrigo hablaba,
no respondiérais así.
MAN. ¿Luego bien he dicho?
LUIS. Sí,
que aunque es verdad que lloraba
de una hermosura el rigor,
á la firme voluntad
la hace tanta soledad
el desden como el favor.
MAN. ¡Qué desvalido os pintais!
LUIS. Amo una grande hermosura,
sin estrella y sin ventura.
MAN. ¿Conmigo disimulais
ahora?
LUIS. ¡Pluguiera al Cielo!
mas tan infeliz nací,
que huye esta beldad de mí,
como de la noche el velo
de la hermosa luz del dia,
á cuyos rayos me quemo.
¿Quereis ver con cuanto estremo
es la triste suerte mia?
Pues porque no la siguiera
amante y zeloso yo,
á una persona pidió
que mis pasos detuviera:
ved si hay rigores mas fieros;
pues todos suelen buscar
terceros para alcanzar,
y ella huye por terceros.

ESCENA IX.

Don MANUEL.

¿Qué mas se ha de declarar?
Muger que su vista huyó,
y á otra persona pidió
que le llegase á estorbar,
por mi lo dice y por ella:
ya por lo menos vencí
una duda, pues ya ví
que aunque es verdad que es aquella,
no es su dama, porque él
despreciado no viviera,
si en su casa la tuviera:
ya es mi duda mas cruel.
Si no es su dama, ni vive
en su casa ¿cómo así
escribe y responde? Aquí
muere un engaño, y concibe
otro engaño: ¿que he de hacer?
que soy en mis opiniones
confusion de confusiones.
¡Válgate Dios por muger?

ESCENA IX.

Don MANUEL *y* COSME.

COSM. Señor, qué hay de duende? ¿acaso
hásle visto por acá?
que de saber que no está
allá me holgaré.
MAN. Habla paso.
COSM. Que tengo mucho que hacer
en nuestro cuarto, y no puedo
entrar.
MAN. ¿Pues que tienes?
COSM. Miedo.
MAN. ¡Miedo un hombre ha de tener?
COSM. ¿No le he de tener, señor?
Pero vé aquí que le tiene,
porque al suceso conviene.
MAN. Deja aquese necio humor,
y lleva luz, porque tengo
que disponer y escribir,
y esta noche he de salir
de Madrid.
COSM. A eso me atengo,
pues dices con eso aqui

que tienes miedo al suceso.
MAN. Antes te he dicho con eso,
que no hago caso de tí:
pues de otras cosas me acuerdo,
que son diferentes, cuando
en estas me estas hablando;
el tiempo en efecto, pierdo:
en tanto que me despido
de don Juan, trae luz.

ESCENA XI.

COSME.

COSM. Si haré;
luz al duende llevaré,
que es hora que sea servido,
y no esté á oscuras: aquí
ha de haber una cerilla;
en aquella lamparilla,
que se está muriendo allí,
encenderla ahora puedo.
¡Oh, qué prevenido soy!
y entre estas y estotras voy
titiritando de miedo.

ESCENA XII.

Habitacion de Don Manuel.

ISABEL *que sale por la alacena con un azafate cubierto.*

ISAB. Fuera están, que así el criado
me lo dijo: ahora es tiempo
de poner este azafate
de ropa blanca en el puesto
señalado. ¡Ay de mí triste!
que como es de noche, tengo,
con la grande oscuridad,
de mí misma asombro y miedo.
¡Válgame Dios, qué temblando
estoy! el duende primero
soy que se encomienda á Dios:
no hallo el bufete: ¿qué es esto?
con la turbacion y espanto
perdí de la sala el tiento:
no sé donde estoy, ni hallo
la mesa: ¿qué he de hacer, cielo?
si no acertase á salir,
y me hallasen aquí dentro,
dábamos con todo el caso
al traste: gran temor tengo;
y mas ahora que abrir
la puerta del cuarto siento,
y trae luz el que la abre:
aquí dió fin el suceso,
que ya ni puedo esconderme,
ni volver á salir puedo.

ESCENA XIII

ISABEL *y* COSME *con luz.*

COSM. Duende mi señor, si acaso
obligan los rendimientos
á los duendes bien nacidos,
humildemente le ruego,
que no se acuerde de mí
en sus muchos embelecos,
y esto por cuatro razones: *(Va andando Isabel detrás de él, huyendo de que le vea.)*
la primera, yo me entiendo,
la segunda, usted lo sabe,
la tercera, por aquello
de que al buen entendedor....
la cuarta; por estos versos:
señora dama duende,
duélase de mí,
que soy niño y solo,
y nunca en tal me ví.
ISAB. Ya con la luz he cobrado
el tino del aposento,
y él no me ha visto; si aquí
se la mato, será cierto,
que mientras la va á encender
salir á mi cuarto puedo,
que cuando sienta ruido
no me verá por lo menos,
y á dos daños, el menor.
COSM. ¡Qué gran músico es el miedo!
ISAB. Esto ha de ser de esta suerte. *(Dale un golpe y mátale la luz.)*
COSM. ¡Ay infeliz, que me han muerto:
confesion!
ISAB. Ahora podré
escaparme. *(Al querer huir Isabel, sale don Manuel.)*

ESCENA XIV.

Dichos y DON MANUEL.

MAN. ¿Qué es aquesto,
Cosme? ¿Como estás sin luz?
COSM. ¿Cómo? á los dos nos ha muerto
el duende, á la luz de un soplo,
y á mí de un golpe.
MAN. Tu miedo
te hará creer esas cosas.
COSM. Bien á mi costa las creo.
ISAB. (¡Oh, si la puerta encontrase!)
MAN. ¿Quién está aquí? *Encuentra Isabel con don Manuel, la detiene del azafate.)*
ISAB. Peor es esto,
que con el amo he encontrado.
MAN. Trae luz, Cosme, que ya tengo
á quien es.
COSM. Pues no le sueltes.
MAN. No haré: ve por ella presto.
COSM. Tenle bien. *(Vase.)*
ISAB. Del azafate
asió, en sus manos le dejo,
hallé la alacena: adios. *(Vase dejándole el azafate en la mano.)*

ESCENA XV.

Don MANUEL *y despues* COSME.

MAN. Cualquiera que es, se esté quedo,
hasta que traigan la luz;
porque sino, vive el cielo,
que le dé de puñaladas;
pero solo abrazo el viento,
y encuentro solo una cosa

de ropa y de poco peso:
¿que será? ¡válgame Dios!
que en mas confusion me ha puesto. *(Sale*
COSM. Téngase el duende á la luz: *Cosme con luz.)*
¿pues que es de él? ¿no estaba preso?
¿qué se hizo? ¿donde está?
¿qué es esto, señor?
MAN. No acierto
á responder: esta ropa
me ha dejado, y se fué huyendo.
COSM. ¿Y qué dices de este lance?
aun bien, que ahora tú mesmo
dijiste que le tenias,
y te se fué por el viento.
MAN. Diré, que aquesta persona,
que con arte y con ingenio
entra y sale aquí, esta noche
estaba encerrada dentro;
que para poder salir
te mató la luz, y luego
me dejó á mí el azafate,
y se me ha escapado huyendo.
COSM. ¿Por dónde?
MAN. Por esa puerta.
COSM. Harásme que pierda el seso:
vive Dios, que yo le ví
á los últimos reflejos,
que la pavesa dejó
de la luz que me habia muerto.
MAN. ¿Qué forma tenia?
COSM. Era un fraile
tamañito, y tenia puesto
un cucurucho tamaño,
que por esas señas creo,
que era duende capuchino.
MAN. ¡Qué de cosas hace el miedo!
Alumbra aquí, y lo que trajo
el frailecito veremos:
ten este azafate tú.
COSM. ¿Yó azafates del infierno?
MAN. Ténle pues.
COSM. Tengo las manos
sucias, señor, con el sebo
de la vela, y mancharé
el tafetan, que cubierto
le tiene; mejor será,
que le pongas en el suelo.
MAN. Ropa blanca es y un papel;
veámos si el fraile es discreto.
Lee. *En el poco tiempo, que há que vivis en esta casa, no se ha podido hacer mas ropa; como se fuere haciendo, se hirá llevando. A lo que decis del amigo, persuadido á que soy dama de don Luis, os aseguro que no solo no lo soy, pero que no puedo serlo: y esto dejo para la visita, que será presto.*
Dios os guarde.
Bautizado está este duende,
pues de Dios se acuerda.
COSM. Veslo
cómo hay duende religioso?
MAN. Muy tarde es; vé componiendo
las maletas y cojines;
en una bolsa pon estos
papeles, que son el todo
á que vamos, que yo entiendo
en tanto dejar respuesta
á mi duende. *(Dale unos papeles á Cosme, que los poneso bre una silla, y Don Manuel escribe.)*
COSM. Aqui los quiero,
para que no se me olviden
y estén á mano, ponerlos,
mientras me detengo un rato
solamente á decir esto:
¿has creido yá que hay duendes?
MAN. ¡Qué disparate tan nécio!
COSM. Esto es disparate? ¿Ves
tu mismo tantos efectos,
como venirse á tus manos
un regalo por el viento,
y aun dudas ¿Pero bien haces,
si á tí te vá bien con eso;
mas déjame á mi, que yo,
que peor partido tengo,
lo creo.
MAN. ¿De qué manera?
COSM. De esta manera lo pruebo:
si nos revuelven la ropa,
te ries mucho de verlo,
y yo soy quien la compone,
que no es trabajo pequeño.
Si á tí te dejan papeles,
y te llevan los conceptos,
á mí me dejan carbones,
y se llevan mi dinero.
Si tráen dulces, tú te huelgas
como un padre de comerlos,
y yo ayuno como un puto,
pues ni los toco ni veo.
Si á tí te dan las camisas,
las valonas y pañuelos,
á mí los sustos me dan
de escucharlo y de saberlo.
Si cuando los dos venimos
aqui, casi á un mismo tiempo,
te dan á tí un azafate
tan aseado y compuesto,
á mi un mogicon me dan
en aquestos pestorejos,
tan descomunal, tan grande,
que me hace escupir los sesos.
Paratí solo, señor,
es el gusto y el provecho,
para mi el susto y el daño;
y tiene el duende, en efecto,
para tí mano de lana,
para mi mano de hierro.
Pues déjame que lo crea,
que se apura el sufrimiento,
queriendo negarle á un hombre
lo que está pasando y viendo.
MAN. Haz las maletas y vamos,
que allá en el cuarto te espero
de don Juan.
COSM. ¿Pues que hay que hacer,
si allá vestido de negro
has de andar, y solo se hace
con tomar un ferreruelo?
MAN. Deja cerrado y la llave
lleva, que si en este tiempo
hiciere falta, otra tiene
Don Juan. Confuso me ausento
por no llevar ya sabido
esto que ha de ser tan presto.

Pero no importa al honor
de mi casa y de mi aumento,
sino solamente á un gusto;
y asi entre los dos estremos,
donde el honor es lo mas,
todo lo demas es menos.

ESCENA XVI.

Decoracion de sala.

Doña Angela, *Doña* Beatriz é Isabel.

Ang. ¿Eso te ha sucedido?
Isab. Ya todo el embeleco ví perdido,
porque sí allí me viera,
fuerza, señora, fuera
el descubrirle todo;
pero, en efecto, me escapé del modo
que te dije.
Ang. Fué estraño
suceso.
Beat. Y ha de dar fuerza al engaño,
sin haber visto gente,
ver que dé un azafate, y que se ausente.
Ang. Si tras de esto consigo
que me vea del modo que te digo,
no dudo de que pierda
el juicio.
Beat. La atencion mas grave y cuerda
es fuerza que se espante,
Angela, con suceso semejante;
porque querer llamalle
sin saber donde viene, y que se halle
luego con una dama
tan hermosa, tan rica y de tal fama,
sin que sepa quien es ni donde vive,
que esto es lo que tu ingenio te apercibe
y haya, vendado y ciego,
de volver á salir, y dudar luego,
¿á quien no ha de admirar?
Ang. Todo advertido
está ya, y por estar tú aqui no ha sido
hoy la noche primera,
que ha de venir á verme.
Beat. ¿No supiera
yo callar el suceso
de tu amor?
Ang. ¿Qué? no, primas, no por eso,
sino que estando en casa
tú, como á mis hermanos les abrasa
tu amor, no salen de ella,
adorando los rayos de tu estrella;
y fuera aventurarme,
no ausentándose ellos, empeñarme.

ESCENA XVII.

Dichas y dón Luis *al paño.*

Luis. ¡Oh Cielos! quien pudiera
disimular su afecto! ¡quien pusiera
límite al pensamiento,
freno á la voz, y ley al sentimiento!
Pero ya que conmigo
tan poco puedo que esto no consigo,
desde aquí he de ensayarme
á vencer mi pasion y reportarme.
Beat. Yo diré de que suerte
se podrá disponer: para no hacerte
mal tercio, y para hallarme
aquí, porque sintiera el ausentarme
sin que el efecto viera
que deseo.
Ang Pues dí de qué manera?
Luis. (¿Que es lo que las dos tratan
que de su mismo aliento se recatan?)
Beat. Las dos publicaremos,
que mi padre envió por mí; y haremos
la deshecha con modos,
que creyendo que estoy ya ausente todos,
vuelva á quedarme en casa...
Luis. (Qué es esto, Cielos, que en mi agravio pasa!)
Beat. Y oculta con secreto,
sin estorbos podré ver el efeto...
Luis. (¡Qué es lo que oigo hado injusto!)
Beat. Que ha de ser para mi de tanto gusto.
Ang. ¿Y luego qué dirémos
de verte aquí otra vez?
Beat. ¿Pues no tendremos
(¡qué mal eso te admira!)
ingenio para hacer otra mentira?
Luis. (Si tendreis: ¡qué esto escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho,
Beat. Con esto, sin testigos y en secreto,
de este notable amor veré el efeto;
pues estando escondida
yo, y estando la casa recogida,
sin escándalo, argullo,
que pasar puede de su cuarto al tuyo.
Luis. (Bien claramente infiero,
cobarde vivo y atrevido muero,
su intencion; mas dichoso
mi hermano, la merece. Estoy zeloso!
á darle se prefiere
la ocasion que desea; y así, quiere
que de su cuarto pase
sin que nadie lo sepa, y yo me abrase;
y porque sin testigos
se logren, ¡oh enemigos!
mintiendo mi sospecha,
hacer quiere conmigo la desecha;
pues si esto es así, cielo,
para el estorbo de su amor apelo;
y cuando esté escondida,
buscando otra ocasion, con atrevida
resolucion veré toda la casa
hasta hallarla, que el fuego que me abrasa
ya no tiene otro medio,
que el estorbar es último remedio
de un zeloso. Valedme, santos cielos,
que abrasado de amor, muero de zelos. (*Vase.*)
Ang. Está bien prevenido,
y mañana diremos que te has ido.

ESCENA XVIII.

Doña Angela, Beatriz, Isabel *y Don* Juan.

Juan. Hermana? Beatriz bella?
Beat. Ya te echábamos menos.
Juan. Si mi estrella
tantas dichas mejora,
que me eche menos vuestro sol, señora,

de mí mismo envidioso,
tendré mi mismo bien por sospechoso,
que posible no ha sido
que os haya merecido
mi amor ese cuidado;
y así, de mí envidioso y envidiado,
tendré en tan dulce abismo,
yo lástima y envidia de mí mismo.

BEAT. Contradecir no quiero
argumento, don Juan, tan lisongero;
que quien ha dilatado
tanto el venirme á ver, y me ha olvidado,
¿quién duda que estaria
bien divertido, sí, y allí tendria
envidia á su ventura
y lástima, perdiendo la hermosura
que tanto le divierte?
Luego claro se prueba de esta suerte,
con cierto silogismo,
la lástima y envidia de sí mismo.

JUAN. Si no fuera ofenderme y ofenderos,
intentara, Beatriz, satisfaceros,
con deciros que he estado
con don Manuel mi huésped ocupado
ahora en su partida,
porque se fué esta noche.

ANG. ¡Ay de mi vida!

JUAN. ¿De qué, hermana, es el susto?

ANG. Sobresalta un placer, como un disgusto.

JUAN. Pésame que no sea
placer cumplido el que tu pecho vea,
pues volverá mañana.

ANG. (Vuelva á vivir una esperanza vana.)
Ya yo me habia espantado,
que tan de paso nos venia el enfado,
que fué siempre importuno.

JUAN. Yo no sospecho que te dé ninguno,
sino que tú y don Luis mostrais disgustos,
por ser cosa en que yo he tenido gusto.

ANG. No quiero responderte,
aunque tengo bien qué; y es, por no hacerte
mal juego, siendo ahora
tercero de tu amor, pues nadie ignora,
que ejerce amor las flores de fullero
mano á mano mejor que con tercero.
Vente, Isabel, conmigo, *(Ap. á Isabel.)*
que aquesta noche misma á traer me obligo
el retrato, pues puedo
pasar con mas espacio y menos miedo.
Tenme tú prevenida
una luz, y en que pueda ir escondida;
porque no ha detener contra mi fama
quien me escribe retrato de otra dama.

ESCENA XIX.

Don JUAN *y Doña* BEATRIZ.

BEAT. No creo que debo
tantas finezas.

JUAN. Los quilates pruebo
de mi fé, porque es mucha
en un discurso.

BEAT. Dila.

JUAN. Pues escucha,
Bella Beatriz, mi fé es tan verdadera,
mi amor tan firme, mi aficion tan rara,
que aunque yo no quererte deseara,
contra mi mismo afecto te quisiera.
Estímate mi vida de manera
que á poder olvidarte, te olvidará;
porque despues por eleccion te amara
fuera gusto mi amor, y no ley fuera.
Quien quiere á una muger, porque no puede
olvidarla, no obliga con querella,
pues nada el alvedrio le concede.
Yo no puedo olvidarte, Beatriz bella,
y siento el ver que tan ufana quede
con la victoria de tu amor mi estrella.

BEAT. Si la eleccion se debe al alvedrio,
y la fuerza al impulso de una estrella,
voluntad mas segura será aquella,
que no vive sugeta á un desvario.
Y así, de tus finezas desconfio,
pues mi fé, que imposibles atropella,
si viera á mi alvedrio andar sin ella,
negara, vive el cielo, que era mio.
Pues aquel breve instante que gastara
en olvidar para volver á amarte,
sintiera que mi afecto me faltara;
y huélgome de ver que no soy parte
para olvidarte, pues que no le amara
el rato que tratara de olvidarte.

ESCENA XX.

Decoracion de calle.

COSME *y Don* MANUEL.

MAN. ¡Vive Dios! si no mirara....

COSM. Por eso miras.

MAN. ¿Que fuera
infamia mia, que hiciera
un desatino?

COSM. Repara
en que te he servido bien,
y un descuido no está en mano
de un católico cristiano.

MAN. ¿Quién ha de sufrirte, quién,
si lo que mas importó,
y lo que mas te he encargado,
es lo que te has olvidado?

COSM. Pues por eso se olvidó,
por ser lo que me importaba;
que si importante no fuera,
¿en olvidarse qué hiciera?
Viven los cielos, que estaba
tan cuidadoso en traer
los papeles, que por eso
los puse aparte, y confieso
que el cuidado vino á ser
el mismo que me dañó,
pues si aparte no estuviera
con los demas se vinieran.

MAN. Harto es que se te acordó
en la mitad del camino.

COSM. Un gran cuidado llevaba,
sin saber qué le causaba,
que le juzgué á desatino,
hasta que en el caso dí,
y supe que era cuidado
el habérseme olvidado
los papeles.

MAN. Dí que allí
el mozo espere teniendo
las mulas, porque tambien
llegar con ruido no es bien,
despertando á quien durmiendo
está ya, pues puedo entrar
supuesto que llave tengo, *(Vase Cosme.)*
y el despacho por quien vengo,
sin ser sentido sacar. *(Saliendo Cosme apresurado.)*

COSM. Ya el mozo queda advertido;
mas considera, señor,
que sin luz es grande error
querer hallarlos, y el ruido
escusarse no es posible;
¿porque si luz no nos dan
en el cuarto de don Juan,
cómo hemos de ver?

MAN. ¿Terrible
es tu enfado? ¿ahora quieres
que le alborote y le llame?
¿Pues no sabrás, dime, infame,
que causa de todo eres,
por el tiento donde fué
donde quedaron?

COSM. No es esa
la duda, que yo á la mesa
donde sé que los dejé,
irè á ciegas.

MAN. Abre presto.

COSM. Lo que mi temor responde
es, que no sabré adonde
el duende los habrá puesto;
¿porque qué cosa he dejado,
que halla vuelto á hallarla yò
en la parte que quedó?

MAN. Si los hubiera mudado,
luz entonces pediremos;
pero hasta verlo, no es bien
que alborotemos á quien
buen hospedage debemos.

ESCENA XXI.

Doña ANGELA É ISABEL, *que salen por la alacena*

ANG. Isabel, pues recogida
está la casa, y es dueño,
de los sentidos el sueño,
ladron de la media vida,
y sé que el huésped se ha ido
robarle el retrato quiero
que vì en el lance primero.

ISAB. Entra quedo, y no hagas ruido.

ANG. Cierra tú por allá fuera,
y hasta venir á avisar,
no saldré yo, por no dar
en mas riesgo.

ISAB. Aquí me espera. *(Vase Isabel cerrando la alacena.)*

ESCENA XXII.

Don MANUEL, COSME *y* ANGELA.

COSM. Ya está abierto.

MAN. Pisa quedo,
que si aquí sienten rumor,
será alboroto mayor.

COSM. ¿Creerasme que tengo miedo?
Este duende bien pudiera
tenernos luz encendida.

ANG. (La luz que trage escondida,
porque de aquesta manera
no se viese, es tiempo ya
de descubrir.) *(Quédanse los dos juntos á la puerta, y saca Doña Angela una luz, que trae encubierta en una linterna.)*

COSM. Nunca ha andado
el duende tan bien mandado:
¿qué presto la luz nos dá?
Considera ahora aquí
si te quiere bien el duende,
pues que para tí la enciende
y la apaga para mí.

MAN. ¡Valgame el Cielo! Ya es
esto sobrenatural,
que traer con priesa tal
luz, no es obra humana.

COSM. ¿Vés
cómo á confesar veniste
que es verdad?

MAN. De mármol soy:
por volverme atras estoy.

COSM. Mortal eres: ya temiste.

ANG. (Hácia aqui la mesa veo,
y con papeles está.)

COSM. Hácia la mesa se vá.

MAN. ¡Vive Dios, que dudo y creo
una admiracion tan nueva!

COSM. ¿Ves como nos vá guiando
lo que venimos buscando,
sin que veamos quien la lleva? *(Saca la luz de la linterna, la pone en un candelero que habrá en la mesa, toma una silla y siéntase de espaldas á los dos.)*

ANG. (Pongo aquí la luz, y ahora
la escribanía veré.)

MAN. Aguarda, que á los reflejos
de la luz todo se vé,
y no vì en toda mi vida
tan soberana muger.
¡Válgame el Cielo! ¿qué es ésto?
hidras, á mi parecer,
son los prodigios, pues de uno
nacen mil- ¡Cielos! ¿qué haré?

COSM. De espacio lo vá tomando;
silla arrastra.

MAN. Imágen es
de la mas rara beldad,
que el soberano pincel
ha obrado.

COSM. Así es verdad,
porque solo la hizo él.

MAN. Mas que la luz resplandecen
sus ojos.

COSM. Lo cierto es,
que son sus ojos luceros
del cielo de Lucifer.

MAN. Cada cabello es un rayo
del sol.

COSM. Hurtáronlos de él.

MAN. Una estrella es cada rizo.

COSM. Si será, porque tambien
se las trajeron acá

ó una parte de las tres.

MAN. No vi mas rara hermosura.

COSM. No dijeras eso, á fé,
si el pié la vieras, porque éstos
son malditos por el pié.

MAN. Un asombro de belleza,
un ángel hermoso es.

COSM. Es verdad, pero patudo.

MAN. ¿Qué es esto? ¿qué intenta hacer
con mis papeles?

COSM. Yo apuesto
que querrá mirar y ver
lo que buscas, porque aquí
tengamos menos que hacer,
que es duende muy servicial.

MAN. ¡Válgame el Cielo! ¿qué haré?
Nunca me he visto cobarde,
sino solo aquesta vez.

COSM. Yo sí, muchas.

MAN. Y calzado
de prision de yelo el pié,
tengo el cabello erizado,
y cada suspiro es
para mi pecho un puñal,
para mi cuello un cordel.
¿mas yo he de tener temor?
Vive el Cielo, que he de ver
si sé vencer un encanto. *(Llega y la coge de un brazo.)*
Angel, demonio ó muger,
á fé que no has de librarte
de mis manos esta vez.

ANG. (¡Ay infelice de mí!
fingida su ausencia fué;
mas ha sabido que yo.)

COSM. De parte de Dios, aquí es
troya del diablo, nos dí....

ANG. (Mas yo disimularé.)

COSM. ¿Quien eres y que nos quieres?

ANG. Generoso don Manuel
Enriquez, á quien está
guardado un inmenso bien,
no me toques, no me llegues,
que llegarás á perder
la mayor dicha que el cielo
te previno, por merced
del hado que te apadrina,
por decretos de su ley.
Yo te escribí aquesta tarde
en el último papel,
que nos veriamos presto;
y anteviendo aquesto fué;
y pues cumplí mi palabra,
supuesto que ya me ves
en la mas humana forma,
que he podido elegir, ve
en paz, y déjame aquí,
porque aun cumplido no es
el tiempo en que mis sucesos
has de alcanzar y saber;
mañana los sabrás todos;
y mira que á nadie des
parte de esto, si no quieres
una gran suerte perder.
Vé en paz.

COSM. Pues que con la paz
nos convida, señor, ¿qué
esperamos?

MAN. (Vive Dios,
que corrido de temer
vanos asombros estoy;
y puesto que no los cree
mi valor, he de apurar
todo el caso de una vez.)
Muger quien quiera que seas,
que no tengo de creer
que eres otra cosa nunca,
vive Dios, que he de saber
quien eres, cómo has entrado
aquí, con qué fin y á qué:
sin esperar á mañana,
esta dicha gozaré;
si demonio, por demonio,
y si muger, por muger,
que á mi esfuerzo no le da
que rezelar ni temer
tu amenaza, cuando fueras
demonio, aunque yo bien sé,
que teniendo cuerpo tú,
demonio no puedes ser,
sino muger.

COSM. Todo es uno.

ANG. No me toques, que á perder
hechas una dicha.

COSM. Dice
el señor diablo muy bien;
no la toques, pues no ha sido
harpa, laud ni rabel.

MAN. Si eres espíritu, ahora
con la espada lo veré; *(Saca la espada.)*
pues aunque te hiera aquí,
no he de poderte ofender.

ANG. ¡Ay de mí! deten la espada,
sangriento el brazo deten,
que no es bien que des la muerte
á una infelice muger.
Yo confieso que lo soy,
y aunque es delito el querer,
no delito que merezca
morir mal por querer bien:
no manches, pues, no desdores
con mi sangre el rosicler
de ese acero.

MAN. ¿Dí, quien eres?

ANG. Fuerza decirlo ha de ser,
porque no puedo llevar
tan al fin como pensé
este amor, este deseo,
ésta verdad, esta fè;
pero estamos á peligro,
si nos oyen ó nos ven,
de la muerte, porque soy
mucho mas de lo que ves:
y asi es fuerza, por quitar
estorbos que puede haber,
cerrar, señor, esa puerta,
y aun la del portal tambien;
porque no puedan ver luz,
si acaso vienen á ver
quien anda aquí.

MAN. Alumbra, Cosme,
cerremos la puerta: ¿ves
como es muger y no duende?

COSM. ¿Yo no lo dije tambien?

ESCENA XXIII.

Doña Angela *y despues* Isabel.

Ang. Cerrada estoy por de fuera:
ya Cielos, fuerza ha de ser
decir la verdad, supuesto,
que me ha cerrado Isabel,
y que el huésped me ha cogido
aquí.
Isab. Ce, señora, cé, (*Saliendo á la alacena.*)
tu hermano por tí pregunta.
Ang. Bien sucede; echa el cancel
de la alacena: Ay amor!
la duda se queda en pié. (*Vanse cerrando la alacena.*)

ESCENA XXIV.

Don Manuel *y* Cosmé *con la luz.*

Man. Ya están cerradas las puertas;
proseguid, señora, haced
relacion: ¿pero qué es esto?
dónde está?
Cosm. ¿Pues yo que sé?
Man. ¿Si se habrá entrado en la alcoba?
vé delante.
Cosm. Yendo á pié,
es, señor, descortesía
ir yo delante.
Man. Verè
todo el cuarto: suelta digo.
Cosm. Digo que suelto (*Quitale D. M. la luz.*
Man. ¡Cruel *entran en la alcoba*
es mi suerte! *y vuelven á salir.*)
Cosm. Aun bien que ahora
por la puerta no se fué,
Man. ¿Pues por dónde pudo irse?
Cosm. Eso no alcanzo: ¿ves,
siempre te lo he dicho yo,
como es diablo y no muger?
Man. ¡Vive Dios! que he de mirar
todo este cuarto, hasta ver
si debajo de los cuadros
rota está alguna pared;
si encubren estas alfombras
alguna cueva, y tambien
las bovedillas del techo.
Cosm. Solamente aqui se vé
esta alacena.
Man. Por ella
no hay que dudar ni temer,
siempre compuesta de vidrios.
A mirar lo demas ven.
Cosm. Yo no soy nada miron.
Man. Pues no tengo de creer
que es fantástica su forma,
puesto que llegó á temer
la muerte.
Cosm. Tambien llegó
á adivinar y saber,
que á solo verla esta noche
habiamos de volver
Man. Como sombra se mostró,
fantástica su luz fué;
pero como cosa humana
se dejó tocar y ver:
como mortal se temió,
rezeló como muger;
como ilusion se deshizo:
como fantasma se fué.
si doy la rienda al discurso,
no sé; ¡víve Dios! no sé
ni qué tengo de dudar,
ni qué tengo de creer.
Cosm. Yo sí.
Man. Qué?
Cosm. Que es muger diablo,
pues que novedad no es,
si la muger es demonio
todo el año, que una vez,
por desquitarse de tantas,
sea el demonio muger.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

Sala: á un lado una alacena: puerta en el fondo, (á oscuras.)

Don Manuel é Isabee *guiándole.*

Isab. Espérame en esta sala:
luego saldrá á verte aquí
mi señora. (*Vase cerrando.*)
Man. No está mala
la tramoya ¿Cerró? Sí.
¡Què pena á mi pena iguala!
Yo volví del Escorial,
y este encanto peregrino,
este pasmo celestial,
que á traerme la luz vino
y me deja en duda igual,
me tiene escrito un papel,
diciendo muy tierna en él:
si os atreveis á venir
á verme, habeis de salir
esta noche con aquel
criado que os acompaña:
dos hombres esperan
en el cementerio, estraña
pàrte de San Sebastian,
y una silla, y no me engaña.
En ella entré y discurri,
hasta que el tino perdí;
y al fin, á un portal de horror
lleno de sombra y temor,
solo y á oscuras salí.
Aquí llegó una muger,
al oir y al parecer,
y á oscuras y por el tiento,
de aposento en aposento,
sin oir, hablar ni ver,
me guió; pero ya veo
luz, por el resquicio es
de una puerta; tu deseo
lograste, amor, pues ya ves
la damá: aventuras creo. (*Mirando por la*
¡Que casa tan alhajada! *cerradura.*)
¡qué mugeres tan lucidas!
¡que sala tan adornada!
¡qué damas tan bien prendídas!

¡qué beldad tan estremada! (*Abren la puerta y salen las damas, trayendo tohallas, conservas y agua, haciendo todas reverencias al pasar; y detrás de todas Doña Angela vestida de gala.*

ESCENA II.

Don MANUEL, *Doña* ANGELA, *Doña* BEATRIZ, ISABEL *y damas.*

ANG. Pues presumen que eres ida (*Ap. á Doña Beatriz.*)
á tu casa mis hermanos,
quedándote aquí escondida,
los rezelos serán vanos,
porque una vez recogida,
ya no habrá que temer nada.
BEAT. ¿Y qué ha de ser mi papel? (*A Doña Angela.*)
ANG. Ahora el de mi criada;
luego el de ver retirada
lo que me pasa con él.
¿Estareis muy disgustado (*A Don Manuel.*)
de esperarme?
MAN. No señora,
que quien espera una aurora,
bien sabe que su cuidado
en las sombras sepultado
de la noche oscura y fria
ha de tener; y asi hacia
gusto el pesar que pasaba,
pues cuanto mas se alargaba,
tanto mas llamaba al dia.
Si bien no era menester
pasar noche tan oscura,
si el sol de vuestra hermosura
me habia de amanecer:
que para resplandecer
vos, soberano arrebol,
la sombra ni el tornasol
de la noche, no os habia
de estorbar, que sois el dia,
que amanece sin el sol.
Huye la noche, señora,
y pasa á la dulce salva
la risa bella del alba,
que ilumina mas no dora;
despues del alba la aurora
de rayos y luz escasa,
dora, mas no abrasa; pasa
la aurora, y tras su arrebol
pasa el sol, y solo el sol
dora, ilumina y abrasa.
El alba, para brillar,
quiso á la noche seguir;
la aurora, para lucir,
al alba quiso imitar:
el sol, deidad sin igual,
á la aurora desafia,
vos al sol; luego la fria
noche no era menester,
si podeis amanecer
sol del sol despues del dia.
ANG. Aunque agradecer debiera
discurso tan cortesano,
quejarme quiero (no en vano)
de ofensa tan lisongera;
pues no siendo esta la esfera,
á cuyo noble ardimiento
fatigas padece el viento,
sino un albergue piadoso,
os viene á hacer sospechoso
el mismo encarecimiento.
No soy alba, pues la risa
me falta en contento tanto,
ni aurora, pues que mi llanto
de mi dolor no os avisa;
no soy sol, pues no divisa
mi luz la verdad que adoro;
y asi lo que soy ignoro,
que solo sé que no soy
alba aurora ó sol, pues hoy
ni alumbro, rio, ni lloro.
Y asi os ruego me digais
señor don Manuel de mí,
que una muger soy y fuí
á quien vos solo obligais
al estremo que mirais.
MAN. Muy poco debe de ser,
pues aunque me llego á ver
aqui, os pudiera argüir,
que tengo mas que sentir,
señora, que agradecer;
y asi me doy por sentido.
ANG. ¿Vos de mí sentido?
MAN. Sí,
pues que no fiais de mí
quien sois.
ANG. Solamente os pido,
que eso no mandeis, que ha sido
imposible de contar.
Si quereis venirme á hablar,
con calidad ha de ser,
que no lo habeis de saber,
ni lo habeis de preguntar.
Porque para con vos hoy
una enigma ser me ofrezco,
que ni soy lo que parezco,
ni parezco lo que soy:
mientras encubierta estoy,
podreis verme, y podré veros;
porque si á satisfaceros
llegais, y quien soy sabeis,
vos quererme no querreis,
aunque yo quiera quereros.
Pincel que lo muerto informa
tal vez un cuadro previene,
que una forma á una luz tiene,
y á otra luz tiene otra forma.
Amor, que es pintor, conforma
dos luces, que en mí teneis,
si hoy á aquesta luz me veis,
y por eso me estimais,
cuando á otra luz me veais,
quizá me aborrecereis.
Lo que deciros no importa,
es en cuanto haber creido,
que de don Luis dama he sido
y esta sospecha reporta
mi juramento y la acorta.
MAN. ¿Pues qué, señora, os moviera
á encubriros de él?
ANG. Pudiera
ser tan principal muger,
que tuviera que perder,
si don Luis me conociera.

MAN. Pues decidme solamente,
cómo á mi casa pasais?
Ni eso es tiempo que sepais
que es el mismo inconveniente.
BEAT. *(Aquí entro yo lindamente.)*
Ya el agua y dulce está aquí:
Vuecelencia mire sí.... *(Llegan las damas con las toallas, agua y cajas de dulce.)*
ANG. ¡Qué error y qué impertinencia!
necia, quien es excelencia?
¿quieres engañar así
ahora al señor don Manuel,
para que con eso crea,
que yo gran señora sea?
BEAT. Advierte....
MAN. (De mi cruel
duda salí con aquel
descuido.) Ahora he creido
que una gran señora ha sido,
que por serlo se encubriò,
y que con el oro vió
su secreto conseguido. *(Llama dentro don Juan, y túrbanse todos.)*
JUAN. *(Dent.)* Abre, Isabel, esta puerta.
ANG. ¡Ay, Cielos! ¿qué ruido es este?
ISAB. Yo soy muerta.
BEAT. Helada estoy.
MAN. ¡Aun no cesan mis crueles
fortunas? ¡Válgame el Cielo!
ANG. Señor, mi padre es aqueste.
MAN. ¿Qué he de hacer?
ANG. Fuerza es que vais
á esconderos á un retrete.
Isabel, llévale tú
hasta que oculto le dejes
en aquel cuarto que sabes
apartado: ya me entiendes.
ISAB. Vamos presto.
JUAN. No acabais
de abrir la puerta?
MAN. ¡Valedme
Cielos, que vida y honor
van jugadas á una suerte!
JUAN. *(Dentro.)* La puerta echaré en el suelo.
ANG. Retírate tú, pues puedes
en esa cuadra, Beatriz,
no te hallen aquí. *(Retírase doña Beatriz, y sale don Juan.)*

ESCENA III.

Doña ANGELA *y Don* JUAN.

ANG. ¿Qué quieres
á estas horas en mi cuarto,
que asi á alborotarnos vienes?
JUAN. Respóndeme tú primero:
Angela, què trage es ese?
ANG. De mis penas y tristezas
es causa el mirarme siempre
llena de luto, y vestime,
por ver si hay con que me alegre,
estas galas.
JUAN. No lo dudo,
que tristezas de mugeres
bien con galas se remedian,
bien con joyas convalecen;
si bien me parece que es
mi cuidado impertinente.
ANG. ¿Qué importa el vestirme así,
donde nadie llegue á verme?
JUAN. Dime, ¿volvióse Beatriz
á su casa?
ANG. Y cuerdamente,
su padre, por mejor medio,
en paz su enojo convierte.
JUAN. Yo no quise saber mas,
para ir à ver, si pudiese
verla y hablarla esta noche.
Quédate con Dios, y advierte
que ya no es tuyo este trage.

ESCENA IV.

ANGELA Y BEATRIZ.

ANG. Vaya Dios contigo y vete.
Cierra esa puerta, Beatriz.
BEAT. Bien hemos salido de este *(saliendo.)*
susto. A buscarme tu hermano
vá.
ANG. Ya hasta que se sosiegue
mas la casa, y don Manuel
vuelva de su cuarto á verme,
para ser menos sentidas,
entremos á este retrete.
BEAT. Si eso te sucede, bien
te llaman la dama duende.

ESCENA V

Habitacion de Don MANUEL. *(A oscuras.)*

ISABEL *y Don* MANUEL *que salen por la alacena.*

ISAB. Aquí has de quedarte, y mira
que no hagas ruido, que pueden
sentirte.
MAN. Un mármol seré.
ISAB. Quieran los Cielos, que acierte
á cerrar, que estoy turbada. *(Vase.)*
MAN. ¡Oh, á cuanto, Cielos, se atreve
quien se atreve á entrar en parte
donde ni alcanza ni entiende
qué daños se le apercíben;
qué riesgos se le previenen!
Venme aquí á mí en una casa,
que dueño tan noble tiene,
de excelencia por lo menos
lleno de asombros crueles,
y tan lejos de la mia;
¿pero qué es esto? parece
que á esta parte alguna puerta
abren, sí, y ha entrado gente.

ESCENA VI.

Don MANUEL *y* COSME *que sale tentando las paredes.*

COSM. Gracias á Dios que esta noche
entrar podré libremente
en mi aposento sin miedo,
aunque sin luz salga y entre;
porque el duende mi señor,
puesto que á mi amo tiene,
¿para qué me quiere á mí?

Pero para algo me quiere. (*Encuéntranse.*)
Quien vá? ¿quien es?

MAN. Calle, digo,
quien quiera que es, sino quiere
que le mate á puñaladas.

COSM. No hablaré mas que un pariente
pobre en la casa de un rico.

MAN. (Criado sin duda es este,
que acaso ha entrado hasta aquí:
de él informarme conviene
donde estoy.) Dime ¿qué casa
es esta, y qué dueño tiene?

COSM. Señor, el dueño y la casa
son del diablo que me lleve;
porque aquí vive una dama
que llaman la dama duende,
que es un demonio en figura
de muger.

MAN. ¿Y tú quien eres?

COSM. Soy un fámulo ó criado,
soy un súbdito ó sirviente,
que sin qué ni para qué
estos encantos padece.

MAN. ¿Y quien es tu amo?

COSM. Es
un loco, un impertinente,
un tonto, un simple, un menguado,
que por tal dama se pierde.

MAN. ¿Y es su nombre?

COSM. Don Manuel
Enriquez.

MAN. ¡Jesus mil veces!

COSM. Yo, Cosme Batiboratos
me llamo.

MAN. ¿Cosme, tu eres?
pues cómo has entrado aquí?
Tu señor soy, dime, ¿vienes
siguiéndome tras la silla?
¿Entraste tras mí á esconderte
tambien en este aposento?

COSM. ¡Lindo desenfado es ese!
Dime, ¿cómo estas aquí?
¿No te fuiste muy valiente
solo donde te esperaban?
¿Pues cómo tan presto vuelves?
¿Y cómo, en fin, has entrado
aquí, trayendo yo siempre
la llave de aqueste cuarto?

MAN. Pues dime, ¿qué cuarto es este?

COSM. El tuyo, ó el del demonio.

MAN. Viven los Cielos, que mientes,
porque léjos de mi casa,
y en otra bien diferente
estaba en aqueste instante.

COSM. Pues cosas serán del duende
sin duda, porque te he dicho
la verdad pura.

MAN. Tú quieres
que pierda el juicio.

COSM. ¡Hay mas
de desengañarte? Vete
por esa puerta y saldrás
al portal á donde puedes
desengañarte.

MAN. Bien dices;
iré á examinarle y verle.

COSM. Señores, cuando saldremos
de tanto embuste aparente?

ESCENA VII.

COSME, *D.* MANUEL, *despues* ISABEL, *que sale por la alacena.*

ISAB. (Volvióse á salir don Juan,
y porque à saber no llegue
Don Manuel á donde está,
sacarle de aqui conviene.)
Ce, señor, cé.

COSM. (Esto es peor;)
ceáticas son estas cees.

ISAB. (Ya mi señor recogido
queda.)

COSM. (¿Qué señor es este?) (*Sale don Manuel.*)

MAN. (Este es mi cuarto en efecto.)

ISAB. Eres tú?

COSM. Sí, yo soy.

ISAB. Vente
comigo.

MAN. Tú dices bien.

ISAB. No hay que temer, nada esperes.

COSM. Señor, que el duende me lleva. (*Toma Isabel á Cosme de la mano, y se lo lleva por la alacena.*)

ESCENA VIII.

MANUÉL.

¿No sabremos, finalmente,
de donde nace este engaño?
No respondes? qué necio eres!
Cosme, Cosme? ¡vive el cielo,
que toco con las paredes
¿Yo no hablaba aquí con él?
¿Dónde se desaparece
tan presto? No estaba aquí?
Yo hé de perder dignamente
el juicio; mas pues es fuerza
que aquí otro cualquiera entre,
he de averiguar por donde,
porque tengo de esconderme
en esta alcoba; y estar
esperando atentamente
hasta averiguar quien es
esta hermosa dama duende.

ESCENA IX.

Sala: á un lado una alacena.—Doña BEATRIZ, *Doña* ANGÉLA, *y criadas con luces, cajas de dulce, vasos con agua y tohallas.—Despues* ISABEL *con* COSME *por la alacena.*

ANG. Pues á buscarte ha salido
mi hermano, y pues Isabel
á su mismo cuarto ha ido
á traer á don Manuel,
esté todo apercibido;
halle, cuando llegue aqui,
la colacion prevenida;
todas esperad así.

BEAT. No he visto en toda mi vida
igual cuento.

ANG. Viene?

CRIADA. Sí.
que ya siento sus pisadas. (*Salen.*)

COSM. (Triste de mí! Dónde voy?
Ya estas son burlas pesadas;
mas no, pues mirando estoy
bellezas tan estremadas.
¿Yo soy Cosme ó Amadís?
¿Soy Cosmillo ó Belianís?
ISAB. Ya viene aquí; ¿mas qué veo?
señor....
COSM. (Ya mi engaño creo,
pues tengo el alma en un tris.)
ANG. ¿Qué es esto, Isabel?
ISAB. Señora,
donde á don Manuel dejé,
volviendo por él ahora
á su criado encontré.
BEAT. Mal tu descuido se dora.
ISAB. Está sin luz.
ANG. ¡Ay de mí!
todo está ya declarado.
BEAT. (Mas vale engañarle así:)
Cosme?
COSM. Damiana?
BEAT. A este lado
llegad.
COSM. Bien estoy aquí.
ANG. Llegad, no tengais temor.
COSM. ¿Un hombre de mi valor
temor?
ANG. ¿Pues qué es no llegar?
COSM. Ya no se puede escusar,
en llegando al pundonor.
¿Respeto no puede ser,
sin ser espanto mi miedo?
porque al mismo Lucifer
temerle muy poco puedo
en hábito de muger.
Alguna vez lo intentó,
y para el ardid que fragua,
cota y nagua se vistió,
(que esto de cotilla y nagua
el demonio lo inventó.)
En forma de una doncella
aseada, rica y bella
á un pastor se apareció,
y él, así como la vió,
se encendió en amores de ella.
Gozó á la diabla, y despues
con su forma horrible y fea
le dijo á voces: ¿no ves,
mísero de tí, cual sea
desde el copete á los pies
la hermosura que has amado?
desespera, pues has sido
agresor de tal pecado.
Y él, menos arrepentido
que antes de haberla gozado,
la dijo: si pretendiste,
¡oh sombra fingida y vana!
que desesperase un triste,
vente por acá mañana
en la forma que trajiste;
verasme amante y cortés,
no menos que antes, despues;
y aguárdate, en testimonio
de que aun horrible no es
en trage de hembra el demo
ANG. Volved en vos, y tomad
una conserva y bebed,
que los sustos causan sed.
COSM. Yo no la tengo.
BEAT. Llegad,
que habeis de volver, mirad,
doscientas leguas de aquí.
COSM. ¿Cielos, qué oigo? *(Llaman.)*
ANG. Llaman?
BEAT. Sí.
ISAB. ¡Hay tormento mas cruel!
ANG. ¡Ay de mí triste!
LUIS. *(Dentro)* Isabel....
BEAT. ¡Válgame el cielo!
LUIS. Abre aquí.
ANG. Para cada susto tengo
un hermano.
ISAB. ¡Trance fuerte!
BEAT. Yo me escondo. *(Escóndese.)*
COSM. Este sin duda
es el verdadero duende.
ISAB. Vente conmigo.
COSM. Si haré. *(Vanse por la alacena.)*

ESCENA X.

Don LUIS, ANGELA *y* BEATRIZ *escondida.*

ANG. ¿Qué es lo que en mi cuarto quieres?
LUIS. Pesares mios me traen
á estorbar otros placeres:
ví ya tarde en ese cuarto
una silla, donde vuelve
Beatriz, y ví que mi hermano
entró.
ANG. Y en fin, ¿qué pretendes?
LUIS. Como pisa sobre el mio,
me pareció que habia gente,
y para desengañarme,
solo he de mirarle y verle. *(Va ragistrando, y ve á Beatriz.)*
Beatriz, aquí estás?
BEAT. Aquí
estoy, que hube de volverme,
porque al disgusto volvió
mi padre, enojado siempre.
LUIS. Turbadas estais las dos:
¿qué notable estrago es este
de platos, dulces y vidrios?
ANG. ¿Para qué informarte quieres
de lo que en estando solas
se entretienen las mugeres? *(Hacen ruido en la alacena Isabel y Cosme.)*
LUIS. ¿Y aquel ruido qué es?
ANG. (¡Yo muero!)
LUIS. Vive Dios, que allí anda gente:
ya no puede ser mi hermano
quien se guarda de esta suerte. *(Aparta la alacena para entrar.)*
¡Ay de mí, cielos piadosos,
que queriendo neciamente
estorbar aquí los zelos,
que amor en mi pecho enciende,
zelos de honor averiguo!
Luz tomaré, aunque imprudente,
pues todo se halla con luz,
y el honor con luz se pierde. *(Toma la luz, y vase por la alacena.)*

ESCENA XI.

BEATRIZ Y ANGELA.

ANG. ¡Ay Beatriz, perdida somos
si le encuentra!
BEAT. Si le tiene
en su cuarto ya Isabel,
en vano dudas y temes;
pues te asegura el secreto
de la alacena.
ANG. Y si fuese
tal mi desdicha, que allí
con la turbacion, no hubiese
cerrado bien Isabel,
y él entrase allá?
BEAT. Ponerte
en salvo será importante.
ANG. De tu padre iré á valerme,
como él se valió de mí;
porque trocada la suerte,
si á tí te trajo un pesar,
á mi otro pesar me lleve.

ESCENA XII.

Habitacion de Don Manuel.

COSME E ISABEL, *que salen por la alacena: Don* MANUEL *y despues Don* LUIS.

ISAB. Entra presto.
MAN. Ya otra vez
en la cuadra siento gente. *(Sale don Luis con luz por la alacena.)*
LUIS. Yo ví un hombre, vive Dios.
COSM. Malo es esto.
LUIS. ¿Cómo tienen
desviada esta alacena?
COSM. Ya se vé luz: un bufete,
que he encontrado aquí me valga. *(Escóndese debajo del bufete.)*
MAN. Esto ha de ser de esta suerte. *(Lleva la mano á la espada.)*
LUIS. Don Manuel?
MAN. Don Luis, qué es esto?
quién vió confusion mas fuerte?
COSM. Oigan por donde se entró;
decirlo quise mil veces.
LUIS. Mal caballero, villano,
traidor, fementido huésped,
que al honor de quien te estima,
te ampara y te favorece,
sin recato te aventuras, *(Saca la espada.)*
y sin decoro te atreves,
esgrime ese infame acero.
MAN. Solo para defenderme
le esgrimiré, tan confuso
de oirte, escucharte y verte,
de oirme, verme y escucharme,
que aunque á matarme te ofreces,
no podrás, porque mi vida,
hecha á pruebas de crueles
fortunas, es inmortal;
ni podrás, aunque lo intentes,
darme la muerte, supuesto,
que el dolor no me dá muerte;
que aunque eres valiente tú,
es el dolor mas valiente.
LUIS. No con razones me venzas,
sino con obras.
MAN. Detente,
solo hasta pensar si puedo
yo, don Luis, satisfacerte.
LUIS. ¿Qué satisfacciones hay,
si así agraviarme pretendes?
¿Si en el cuarto de esa fiera,
por esa puerta que tiene,
entras, hay satisfacciones
á tanto agravio?
MAN. Mil veces
rompa esa espada mi pecho,
don Luis, si yo enteramente
supe de esta puerta, ó supe
que paso á otro cuarto tiene.
LUIS. Pues que haces aquí encerrado
sin luz?
MAN. Qué he de responderle?
Al criado espero.
LUIS. ¿Cuando
yo te he visto esconder, quieres
que mientan mis ojos?
MAN. Si,
que ellos engaños padecen
mas que otro sentido.
LUIS. ¿Y cuando
los ojos mientan, pretendes
que tambien mienta el oido?
MAN. Tambien.
LUIS. Todos al fin mienten;
tú solo dices verdad,
y eres tú solo el qué....
MAN. Tente;
porque aun antes que lo digas,
que lo imagines y pienses,
te habré quitado la vida,
y ya arrestada la suerte,
primero soy yo; perdonen
de amistad honrosas leyes.
Y pues ya es fuerza reñir,
riñamos como se debe:
parte entre los dos la luz,
que nos alumbre igualmente;
cierra despues esa puerta
por donde entraste imprudente,
mientras que yo cierro estotra;
y ahora en el suelo se eche
la llave, para que salga
el que con la vida quede.
LUIS. Yo cerraré la alacena
por aquí con un bufete,
porque no puedan abrirla
por allá cuando lo intenten. *(Levanta el bufete y halla á Cosme.)*
COSM. (Descubriose la tramoya.)
LUIS. ¿Quién está aquí
MAN. ¡Dura suerte
es la mia!
COSM. No está nadie.
LUIS. ¿Dime, don Manuel, no es este
el criado que esperabas?
MAN. Ya no es tiempo de hablar este;
yo sé que tengo razon,
creed de mí lo que quisiereis,
que con la espada en la mano
solo ha de vivir quien vence.
LUIS. Ea pues reñir los dos:

qué esperais?

MAN. Mucho me ofendes,
si eso presumes de mí.
Pensando estoy qué ha de hacerse
del criado, porque echarle,
es enviar quien lo cuente,
y tenerle aquí ventaja;
pues es cierto ha de ponerse
á mi lado.

COSM. No haré tal,
si ese es el inconveniente.

LUIS. Puerta tiene aquesa alcoba
á ese pequeño retrete;
ciérrale en él, y estaremos
así iguales.

MAN. Bien adviertes.

COSM. Para que yo riña, haced
diligencias tan urgentes,
que para que yo no riña
ocioso cuidado es ese.

ESCENA XIII.

Don MANNEL *y Don* LUIS.

MAN. Ya estamos solos los dos.

LUIS. Pues nuestro duelo comience. (*Riñen, y desguanésese la espada á don Luis.*)

MAN. ¡No ví mas templado pulso!

LUIS. ¡No ví pujanza mas fuerte!
sin armas estoy, mi espada
se desarma y desguarnece.

MAN. No es defecto del valor,
de la fortuna accidente
si; buscad otra espada pues.

LUIS. Eres cortés y valiente.
(Fortuna, ¿qué debo hacer
en una ocasion tan fuerte,
pues cuando el honor me quita,
me da la vida y me vence?)
Yo he de buscar ocacion
verdadera ó aparente,
para que pueda en tal duda
pensar lo que debe hacerse.

MAN. ¿No vas por la espada?

LUIS. Sí,
y como á que venga esperes,
presto volveré con ella.

MAN. Presto ó tarde, aqui estoy siempre.

LUIS. Adios, don Manuel, que os guarde.

ESCENA XIV.

Don MANUEL.

Adios, que con bien os lleve.
Cierro la puerta; y la llave
quito, porque no se eche
de ver que está gente aqui.
¡qué confusos pareceres
mi pensamiento combaten,
y mi discurso revuelven!
¡Qué bien predije, que habia
puerta que paso la hiciese,
y que era de don Luis dama!
todo en efecto, sucede
como yo lo imaginé;
mas cuándo desdichas mienten?

COSM. (*Dentro.*) Ah señor, por vida tuya,
que lo que solo estuvieres,
me eches allá, porque temo
que venga á buscarme el duende
con sus dares y tomares
con sus dimes y diretes,
en un retrete que apenas
se divisan las paredes.

MAN. Yo te abriré, porque estoy
tan rendido á los desdenes
del discurso, que no hay
cosa que mas me atormente. (*Don Manuel va abrir á Cosme.*)

ESCENA XV.

ANGELA *con manto, y Don* JUAN *que se queda á la puerta.*

JUAN. Aquí quedarás, en tanto
que me informe y me aconseje
de la causa que á estas horas
te ha sacado de esta suerte
de casa, porque no quiero
que en tu cuarto, ingrata, entres,
por informarme sin tí
de lo que á tí te sucede.
(De don Manuel en el cuarto
la dejo, y por si él viniere,
pondré á la puerta un criado,
que le diga que no entre.)

ANG. ¡Ay infelice de mí!
unas á otras suceden
mis desdichas. ¡Muerta soy!

ESCENA XVI.

Don MANEL ANGELA *y* COSME.

COSM. Salgamos presto.

MAN. ¿Qué temeis?

COSM. Que es demonio esta muger,
y que aun alli no me deje.

MAN. Si ya sabemos quien es,
y en una puerta un bufete,
y en otra la llave está;
¿por donde quieres que entre?

COSM. Por donde se le antojare.

MAN. Necio estás. (*Ve Cosme á Doña Angela.*)

COSM. ¡Jesus mil veces!

MAN. ¿Pues que es eso?

COSM. El verbi gracia
encaja aqui lindamente.

MAN. ¿Eres ilucion ó sombra,
muger, que á matarme vienes?
dí, ¿cómo has entrado aquí?

ANG. Don Manuel....

MAN. Di.

ANG. Escucha. atiende.
Llamó don Luis turbado,
entró atrevido, reportóse osado,
previnose drudente,
pensó discreto, y resistió valiente:
miró la casa ciego,
recorrióla advertido, hallóte y luego
ruido de cuchilladas
habló, siendo las lenguas las espadas.

Yo viendo que era fuerza,
que dos hombres cerrados, á quien fuerza
su valor y su agravio,
retórico el acero, mudo el labio,
no acaban de otra suerte;
que con sola una vida y una muerte,
sin ser, vida ni alma
mi casa dejo, y á la oscura calma
de la tiniebla fria,
pálida imágen de la dicha mia,
á caminar empiezo;
aquí yerro, allí caigo, aquí tropiezo.
y torpes mis sentidos,
prision hallan de seda en mis vestidos.
Sola, triste y turbada,
llego de mi discurso mal guiada
al umbral de una esfera,
que fué mi cárcel, cuando ser debiera
mi puerto ó mi sagrado:
¿mas donde le ha de hallar un desdichado?
Estaba á sus umbrales,
(¡còmo eslabona el cielo nuestros males!)
don Juan, don Juan mi hermano,
que ya resisto, ya defiendo en vano
decir quien soy, supuesto,
que el haberlo callado nos ha puesto
en riesgo tan estraño.
¿Quién creerá que el callar me haya hecho daño
siendo muger? y es cierto,
siendo muger, que por callar he muerto.
En fin, él esperando
á esta puerta estaba ¡ay cielo! cuando
yo á sus umbrales llego
hecha volcan de nieve, Alpe de fuego.
El á la luz escasa
con que la luna mansamente abrasa,
vió brillar los adornos de mi pecho,
no es la primer traicion que nos han hecho
y escuchó de las ropas el ruido,
no es la primera que nos ha vendido:
pensó que era su dama,
y llegó mariposa de su llama
para abrasarse en ella,
y hallóme á mi por sombra de su estrella.
¿Quién de un galan creyera,
que buscando sus zelos, conociera
tan contrario los cielos,
que ya se contentara con sus zelos?
Quiso hablarme, y no pudo,
que siempre ha sido el sentimiento mudo:
en fin, en tristes voces,
que mal formadas anegó veloces
desde la lengua al labio,
la causa solicita de su agravio.
Yo responderle intento,
ya he dicho como es mudo el sentimiento,
y aunque quise, no pude,
que mal al miedo la razon acude:
si bien busqué colores á mi culpa;
mas cuando anda á buscarse la disculpa,
ó tarde ó nunca llega,
mas el delito afirma, que lo niega.
Ven, dijo, hermana fiera,
de nuestro antiguo honor mancha primera
dejaréte encerrada,
donde segura estés y retirada,
hasta que cuerdo y sabio
de la ocasion mi infrome de mi agravio:
entré donde los cielos
mejoraron, con verte, mis desvelos.
Por haberte querido,
fingida sombra de mi casa he sido;
por haberte estimado,
sepulcro vivo fuí de mi cuidado;
porque no te quisiera
quien el respeto á tu valor perdiera,
porque no te estimara
quien su traicion dijera cara á cara.
Mi intento fué el quererte,
mi fin amarte, mi temor perderte,
mi miedo asegurarte,
mi vida obedecerte, mi alma adorarte,
mi deseo servirte,
y mi llanto en efecto persuadirte,
que mi daño repares,
que me valgas, me ayudes y me ampares.

MAN. (Hidras parecen las desdichas mias
al renacer de sus cenizas frias.
¿Qué haré en tan ciego abismo,
humano laberinto de mí mismo?
Hermana es de don Luis, cuando creia
que era dama: ¿si tanto ¡ay Dios! sentia
ofenderle en el gusto,
qué será en el honor? ¡tormento injusto!
su hermana es! Si pretendo
librarla, y con mi sangre la defiendo,
remitiendo á mi acero su disculpa,
es ya mayor mi culpa;
pues es decir, que he sido
traidor, y que á su casa he ofendido,
pues en ella me halla.
Pues querer disculparme con culpalla,
es decir, que ella tiene
la culpa; á mi honor no le conviene:
¿pues qué es lo que pretendo,
si es hacerme traidor, si la defiendo?
Si la dejo, villano:
si la guardo, mal huésped; inhumano,
si á su hermano la entrego;
soy mal amigo, si á guardarla llego;
ingrato si la libro á un noble trato;
y si la libro á un noble amor, ingrato:
pues de cualquier manera
mal puesto he de quedar, matando muera.)
No rezeles, señora. *(A ella.)*
noble soy, y conmigo estás ahora. *(Llama dentro Don Luis á la puerta, y túrbase Cosme.*

COSM. Que llaman, señor.

MAN. Don Luis
será, que fué por la espada.
Abre pues.

ANG. Ay de mi triste!
Mi hermano es.

MAN. No temas nada,
pues mi valor te defiende:
ponte luego á mis espaldas. *(Doña Angela se coloca detras de Don Manuel, Cosme abre la puerta.)*

ESCENA XVII.

Dichos y Don LUIS.

LUIS. Ya vuelvo: ¿pero que miro?
traidora... *(Llega Don Luis á*

MAN. Tened la espada, *Doña Angela,*

señor don Luis: yo os he estado
esperando en esta sala
desde que fuiste, y aquí,
sin saber como, esta dama
entró, que es hermana vuestra
segun dice; que palabra
os doy como caballero,
que no la conozco, y hasta
decir, que engañado pude,
sin saber á quien, hablarla.
Yo la he de poner en salvo
á riesgo de mi vida y alma:
de suerte que nuestro duelo,
que habia á puerta cerrada
de acabarse entre los dos,
á ser escándalo pasa.
En habiéndola librado,
yo volveré á la demanda
de nuestra pendencia; y pues
en quien sustenta su fama,
espada y honor han sido
armas de mas importancia,
dejarme ir vos por honor,
pues yo os dejé ir por espada.

LUIS. Yo fuí por ella, mas solo
para volver á postrarla
á vuestros pies; y cumpliendo
con la obligacion pasada
en que entonces me pusisteis,
pues que me dais nueva causa,
puedo ya reñir de nuevo.
Esa muger es mi hermana,
no la ha de llevar ninguno
á mis ojos de su casa,
sin ser su marido; así
si os empeñais en llevarla,
con la mano podrá ser;
pues con aquesa palabra
podeis llevarla, y volver
si quereis á la demanda.

MAN. Volveré; pero advertido *y saca la espada.)*
de tu prudencia y constancia,
á solo echarme á esos pies. *(Arrodillase y don Luis le levanta.)*

LUIS. Alza del suelo, levanta.

MAN. Y para cumplir mejor
con la obligacion jurada,
á tu hermana doy la mano. *(Le da la mano á Doña Angela.)*

ESCENA XVIII.

Dichos y Doña BEATRIZ *é* ISABEL, *que salen por la alacena, Don* JUAN, *por la derecha.*

JUAN. Si solo el padrino falta,
aquí estoy yo, que viniendo
adonde dejé á mi hermana,
el oiros me detuvo
no salir á las desgracias,
como he salido á los gustos.

BEAT. Y pues con ellos se acaban,
no se acaban sin terceros.

JUAN. ¿Pues tú, Beatriz, en mi casa?

BEAT. Nunca salí de ella; luego
te podré decir la causa.

JUAN. Logremos esta ocasion,
pues tan á voces nos llama.

COSM. Gracias á Dios que ya el duende
se declaró. ¿Dime, estaba
borracho?

MAN. Si no lo estás,
hoy con Isabel te casas.

COSM. Para estarlo fuera eso;
mas no puedo.

ISAB. ¿Porqué causa?

COSM. Por no malograr el tiempo
que en estas cosas se gasta,
pudiéndole aprovechar
en pedir de nuestras faltas
perdon, y humilde el autor
os le pide á vuestras plantas.

FIN.

GUARDATE DE LA AGUA MANSA.

PERSONAS.

Don Féliz.	*galanes.*	Don Alonso, *viejo.*		Doña Clara.	*damas.*
Don Juan de Mendoza.		Otañez, *escudero vejete.*		Doña Eugenia.	
Don Pedro.		Hernando, *criado.*		Mari-Nuño, *dueña.*	
Don Toribio Cuadradillos.				Brígida, *criada.*	

La accion es en Madrid en 1649.

JORNADA PRIMERA.

Decoracion de sala, en el fondo una ventana.

ESCENA FRIMERA.

Don Alonso *y* Otañez.

Ota. Una y mil veces, señor,
vuelvo á besarte la mano.
Alons. Y yo una, y mil veces vuelvo
á pagarte con los brazos.
Ota. ¿Posible es, que llegó el dia
para mì tan deseado,
como verte en esta corte?
Alons. No lo deseabas tu tanto,
como yo. Pero qué mucho?
si en dos hijas, dos pedazos
del alma me estaban siempre
con mudas voces llamando.
Ota. Aun en viéndolas, señor,
mejor lo dirán tus labios.
¡Oh, si mi señora viera
este dia!
Alons. No mi llanto
ocasiones con memorias;
que siempre presentes traigo:
téngala Dios en el cielo,
que á fé, que he sentido harto
su muerte, que desde el dia
que su magestad, premiando
mis servicios, en el reino
de Méjico me dió el cargo,
de que vengo, á no mas ver,
me despedí de sus brazos.
No quiso pasar conmigo
á Nueva España, no tanto
por los temores del mar,
como porque en tiernos años
dos hijas eran estorbo
para camino tan largo,
criándolas quedó en casa:
fué Dios servido, que al cabo
de tantos años faltó,
á cuya causa, abreviando
yo con mi oficio, dispuse
volver, para ser reparo
de su pèrdida, que no
estaban bien sin amparo
de padre y madre.
Ota. Es muy justo,
señor, en ti ese cuidado;
pero si alguno pudiera
no tenerle, eras tú, es llano,
porque el dia que faltó
mi señora, ambas se entraron
seglares en un convento,
sin mas familia, ni gasto,
que á Mari-Nuño y á mí,
donde en Alcalá han estado
con sus tias hasta hoy,
que obedientes al mandato
tuyo, vuelven á la corte,
y habiéndolas yo dejado
ya en el camino, no pude
sufrir del coche el espacio;
y así, por verte, señor,
me adelanté.
Alons. Unos despachos,
que para su magestad
traje, demas del cuidado
de tener puesta la casa,
tiempo ni lugar me han dado
de ir yo por ellas; demas,
que el camino es tan cosario,
que perdona la fineza,
pues es venir de otro barrio.
¿cómo vienen?
Dent. *(Voces)* Para, para.
Ota. Ya parece que han llegado,
ellas lo dirán mejor.
Alons. A recibirlas salgamos.
Ota. Escusado será, pues
están ya dentro del cuarto.

ESCENA II.

Dichos, Doña Clara, *Doña* Eugenia *y* Mari-Nuño, *en trages de camino. Despues* Brígida.

Clar. Padre y señor, ya que el cielo,
enternecido á mi llanto,
me ha concedido piadoso
la dicha de haber llegado
adonde, puesta á tus pies,
merezca besar tu mano,
cuando desde hoy viva, vivo
de mas, pues no me ha dejado
ya que pedirle, sino es
solo el eterno descanso.
Eug. Yo, padre y señor, aunque
logre en estas plantas cuanto
me prometió mi deseo,
mas que pedir me ha quedado
al cielo; y es, que tal dicha
dure en tu edad siglos largos,
porque esto del morir, no
lo tengo por agasajo.
Alons. No en vano, mitades bellas
del alma y vida, no en vano

al corazon puso en medio
del pecho el cielo, mostrando
que con dos afectos puede
comunicarse en dos brazos:
Alzad del suelo, llegad
al pecho, que enamorado
vuelva á engendraros de nuevo.

CLAR. Hoy puedo decir que nazco,
pues hoy nuevo ser recibo.

EUG. Dices bien, que tal abrazo
infunde segunda vida.

ALONS. Entrad, no quedeis al paso,
tomareis la posesion
de esta casa, en que os aguardo,
para que seais dueños de ella,
hasta que piadoso el hado
traiga á quien merezca serlo
de dos tan bellos milagros.
Si bien en mi esposo, padre
y galan tendreis, en tanto
que os vea como deseo:
Brígida? *(Sale Brigida.)*

BRIG. Señor?

ALONS. Su cuarto
enseña á tus amas.

BRIG. Todo
limpio está, y aderezado;
¿pero qué mucho es, si tales
dueños espera, el estarlo
como un cielo, con dos soles?

CLAR. Feliz yo, que á ver alcanzo
este dia, aunque á pension
de haber, Eugenia, dejado
las paredes del convento.

EUG. Feliz yo, pues he llegado
á ver calles de Madrid,
sin rejas, redes ni claustros.

ESCENA III.

Don ALONSO, MARI-NUÑO, *y despues* OTAÑEZ.

MAR. Ya, señor, que alborozo
de dos hijas ha dejado
algun lugar para mí,
merezca tambien tu mano.

ALONS. Y no con menor razon,
que ellas, el alma y los brazos,
pues por vuestra buena ley,
en lugar de madre os hallo:
y ya que, ausentes las dos,
solos, Mari-Nuño, estamos,
decidme sus condiciones,
que como las dos quedaron
niñas, mal puedo hacer juicio,
que no sea temerario,
para que prudente y cuerdo
pueda, como maestro sabio,
gobernar inclinaciones,
que pone el cielo á mi cargo.

MAR. Con decir, señor, que son
hijas tuyas, digo cuanto
puedo decir; mas porque
no presumas que te hablo
solo al gusto, aunque de entrambas
la virtud y ejemplo es raro,
de lo general verás,
que á lo particular paso.
Doña Clara, mi señora,
mayor en cordura, y años,
es la misma paz del mundo;
no se ha visto igual agrado
hasta hoy en muger, pues que
su modestia y su recato,
apenas cuatro palabras
habla al dia, no se ha hallado
que halla dicho con enojo
á criada, ni á criado
en su vida una razon:
es, en fin, ángel humano,
que á vivir solo con ella,
pudiera uno ser esclavo.
Doña Eugenia, mi señora,
aunque en virtud ha igualado
sus buenas partes, en todo
lo demas es al contrario.
Su condicion es terrible,
no se vió igual desagrado
en muger; dará, señor,
una pesadumbre á un santo;
es muy soberbia, y altiva,
tiene á los libros humanos
inclinacion, hace versos;
y si la verdad te hablo,
de recibir un soneto,
y dar otro, no hace caso;
pero no por eso....

ALONS. Basta;
que en eso habeis dicho harto.
Yo os estimo, como es justo,
que prevenido del daño,
sepa adonde he de poner
desde hoy desvelo y cuidado;
y así, aunque en edad menor,
sea primera en estado,
que el marido y la familia
son los médicos mas sabios
para curar lozanías,
flores de los verdes años.
Desde el dia que llegué,
á la montaña he enviado
por un sobrino, que hijo
es de mi mayor hermano,
y en él quiero de mis padres,
y abuelos el mayorazgo
aumentar; pobre es, yo rico,
y es bien que el caudal fundamos
de la sangre y de la hacienda,
porque conservemos ambos
el solar de Quadradillos
con mas lustre. Así, en llegando
será Eugenia esposa suya;
veamos si el nuevo cuidado
enmienda las bizarrías
de los verdores lozanos. *(Sale Otañez.)*

OTA. Un hombre espera allí fuera.

ALONS. Quién es? que ese breve espacio
tardaré á las dos decid
¡versos! ¡Gentil cañamazo!
¿No fuera mucho mejor
un remiendo, y un hilado?

OTA. ¿Qué le has dueñado á señor,
que es lo mismo que chismeado,
que ya va tan desabrido?

MAR. Ahora sabes, mentecato,
que apostara una dueña,
si supiera callar algo?

ESCENA IV.

Sala en casa de Don FELIZ: *á un lado una ventana.)*
Don FELIZ *vistiéndose y* HERNANDO.

HERN. Bravas damas han venido,
señor, á la vecindad.
FEL. El agasajo, en verdad,
perdonara por el ruido,
pues dormir no me han dejado.
HERN. La una es dada.
FEL. ¿Qué importó,
si á la una duermo yo,
que haya dado, ó no haya dado?
Mas qué género de gente
es?
HERN. De lo muy soberano,
las hijas de aquel indiano,
que compró el jardin de en frente,
que dicen, señor, que lleno
de riquezas para ellas,
á solamente ponellas
viene en estado.
FÉL. Eso es bueno.
son hermosas?
HERN. Yo las ví
al apearse, y á fè,
que por tales las juzgué.
FEL. Hermosas, y ricas?
HERN. Sí.
FEL. Buenas dos halhajas son:
oirémoslas al momento
todo nuestro pensamiento,
por gozar de la ocasion,
por estar cerca de casa,
que estoy cansado de andar:
HERN. Lo que hay desde aqui al lugar,
un vejete cuanto pasa
me dijo, y al padre igualo
al hombre de mas valor,
pues dice que por su honor
matará al Sofí.
FEL. Eso es malo,
que aunque yo no soy Sofí,
en estremo me pesara,
que para que él me matara,
por él me muriera aquí:
¿Y de las hijas que dijo?
que escudero, que empezó
á hablar, nada reservó.
HERN. Diversas cosas colijo
de ámbas, que apruebo y condeno,
porque hay del pan y del palo;
una es callada.
FEL. Eso es malo.
HERN. Otra es risueña.
FEL. Eso es bueno:
para la alegre, por Dios,
habrá sonetazo bello,
y para la triste aquello
de, ojos, decidselo vos.
HERN. Alegre ó triste, me holgara
de verte, señor, un dia
con una galantería,
que decirla te costara
desvelo.
FEL. A mi? Harto fuera,
que alabarse, vive el cielo,
de que me costó un desvelo
ninguna muger pudiera;
eso no, pues sabe Dios,
que si las hiciera ya
algun terrero, será
por estar cerca y ser dos:
aunque á cualquíera me inclina
ya fuerza mas poderosa.
HERN. Será ser rica y hermosa.
FEL. No es sino el estar vecina,
que es mayor perfeccion, pues
nada la iguala; ¿mas dí, (*Llaman.*)
llaman á la puerta?
HERN. Sí.
FEL. Vé, y mira, Hernando quien es.

ESCENA V.

Dichos y don JUAN, *vestido de camino.*

JUAN. Yo soy, Don Feliz, que estando
la puerta abierta, no fuera
bien, que mas me detuviera.
FEL. Mal llamar ha sido, cuando
sabeis, que puertas, y brazos
estan siempre para vos
de una suerte.
JUAN. Guardeos Dios,
que ya sé que destos lazos
el estrecho nudo fuerte,
que en nuestras almas está,
sin romperle, no podrá
desatárnosle la muerte.
FEL. Seais bien venido, que aunque
en la jornada de Ungria,
que veníades sabia,
no tan presto os esperé.
JUAN. Fuerza adelantarme ha sido
para un negocio, en razon,
Don Feliz de mi perdon.
FEL. ¿Habeisle ya conseguido?
JUAN. Sí, y habiendo perdonado
la parte, gozar quisiera
del indulto, que se espera
por las bodas; y asi, he dado
priesa á venir, para que,
en vuestra casa escondido,
me halle á todo prevenido.
FEL. Dicha es mia; ¿y cómo fue?
JUAN. Ya sabeis que por la muerte,
Féliz, de aquel caballero
fuí á Italia; pues lo primero
dispuso mi buena suérte
ser ocasion, que el señor
duque escelso y generoso
de Terranova famoso
iba por embajador
á Alemania, acomodado
con él á Alemania fuí;
y hallándose allá de mí
bien servido y obligado,
à España escribió, porque
conocimiento tenia
con la parte; y asi un dia,

sin saberlo yo, me hallé
con el perdon en un pliego,
que de su mano me dió.

FEL. El lance fué tal, que erró
la parte en no darle luego,
pues fué casual la pendencia,
que dió la conversacion.

JUAN. Esa es, Félix, la opinion
comun; pero mi impaciencia
de mayor causa nacia,
que la que ocasiona el juego.

FEL. Eso es lo que yo no llego
á saber.

JUAN. Pues yo servia,
ya que decirlo no importa,
para casarme con ella,
á una dama rica y bella;
y no con suerte tan corta,
que esperanzas no tuviese,
aunque me las dilataba,
que ausente su padre estaba,
y la madre no quisiese
tratar su estado sin él.
En este tiempo entendí
servirla, él muerto; y así,
ocasionado de aquel
lance, que el juego nos dió,
con capas de otros desvelos,
venganza tomé á mis zelos,
con que todo se perdió;
pues fueran necios engaños,
confiado de mi estrella,
pensar hoy, que aun viva en ella
memoria de tantos años.

FEL. Vos estais bien persuadido,
que en Madrid, cosa es notoria,
que en las damas la memoria
vive á espaldas del olvido.
Su favor y su desden,
ya en ningun estado, no
hizo fé, bien haya yo,
que en mi vida quise bien.

JUAN. ¿Todavia de ese humor?

FEL. Sí, pues aunque ellas son bellas,
me quiero á mi mas que á ellas;
y asi tengo por mejor,
á la que me ha de engañar,
engañarla yo primero,
que yo por amigo quiero
al gusto, mas no al pesar.
Y para que no se crea
que lo es para vos mi humor,
ni para mí vuestro amor,
otra la plática sea:
¿Cómo en la Jornada ha ido?

JUAN. Como á quien viene de ver
darse poder á poder
desempeños á partido;
porque tal autoridad,
pompa, aparato, y riqueza,
como ostentó la grandeza
de una y otra Magestad,
el dia que la hija bella
del águila soberana,
generosamente ufana
trocó el norte por la estrella
del hispano, cuya accion,
llanto á gozo competido,
dejó del águila el nido
por el lecho del leon,
no la vió otra vez el dia.

FEL. De paso no estoy contento
de oirla.

JUAN. Pues estadme atento,
porque á la relacion mia
los afectos cortesanos
pagueis.

FEL. Yo os la ofrezco brava.

JUAN. Deudora Alemania estaba...

ESCENA VI.

Los mismos y Don PEDRO.

PED. Don Felix, besoos las manos.

FEL. Seais, Don Pedro, bien venido;
por esta puerta en un punto
¿hoy se entra el bien todo junto:
pues qué venida esta ha sido?
¿Acabóse el curso?

PED. No.

FEL. Pues qué os trae?

PED. Yo os lo diré.

JUAN. Si yo embarazo, me iré.

PED. No, caballero, que yo,
hallándoos con Féliz, fio
mucho de vos, porque arguyo,
que basta que amigo suyo
seais, para ser señor mio;
demás, que aqui es mi venida,
que en decirlo no hago nada,
una dama celebrada,
que á mi amor agradecida,
pude en Alcalá servir,
vino hoy á Madrid, y á vella
vengo, Don Félix, tras ella.

FEL. Y qué mas?

PED. Que por huir
de mi padre, aqui escondido
dos dias habré de estar.

FEL. Albricias me podeis dar
de haber á tiempo venido,
qua en ella don Juan tambien
puedo haceros compañía.

JUAN. Será gran ventura mia,
que en mí conozcais á quien
serviros desea.

PED. Los cielos
os guarden.

FEL. Pues, vive Dios,
que no habeis de hablar los dos
tocados de amor y zelos.
Haz que nos den de comer.

ESCENA VII.

Don JUAN *y Don* PEDRO.

PED. Y pues no hemos de salir
de casa, por divertir
el tiempo que puede haber,
la relacion me decid,
Don Juan, de la real jornada.

JUAN. Con calidad, que acabada,

la prevencion de Madrid
direis despues.

FEL. Soy contento.

PED. Yo vengo á buena ocasion,
que una, y otra relacion
nueva es para mí.

JUAN. Oíd atento:
Deudora Alemania estaba
á España de la mas rica,
de la mas hermosa prenda,
desde el venturoso dia,
que Maria nuestra infanta,
generosamente altiva
trocó la española alteza
por la Magestad de Ungría.
Deudora Alemania estaba
otra vez mi voz repita
de tanto logro al empeño,
de tanto empeño á la dicha,
sin esperanzas de que
pudiese su corte invicta
desempeñarse con otra,
de iguales méritos digna;
hasta que piadoso el cielo
ilustró su monarquía
de quien, si no la escedió,
pudo, al menos, competirla,
para que nos restituya
en Mariana su hija
tan una misma beldad,
que parece que es la misma.
Pues si de las dos esferas
vamos corriendo las líneas,
y en florida primavera
le dimos la maravilla,
la maravilla nos vuelve
en primavera florida,
que apenas catorce abriles
bebió del alba la risa.
Si la real sangre de Austria
sus hojas tiñó en la tiria
púrpura, en ella tambien
quiso que esotras se tiñan.
Si prudencia, si virtud,
si ingenio y partes divinas
la dimos, esas nos vuelve,
porque de todas es cifra.
Despues de capitulado
el Rey, que mil siglos viva,
se dilataron las bodas
mas tiempo del que queria
la ansia de los españoles;
mas no fueran conocidas
las dichas, si no vinieran
con su pereza las dichas.
Fué causa á la dilacion,
esperar que á la festiva
tierna edad de la niñez
creciese, hasta ver que hoy pisa
de la juventud la márgen;
buen defecto es el de niña,
pues se va, aunque ella no quiera,
emendando cada dia.
Llegó, pues, el deseado
de que feliz se despida
el águila generosa
del real nido que la abriga;
porque saliendo á volar,
el cuarto planeta diga,
que imperial águila es, puesto
que de hito en hito le mira.
Y porque no sin decoro
deje la corte que habita,
llegó la nueva á Madrid,
porque allí el rey se despida
de su hermana, hasta la entrega,
mezclando el llanto y la risa,
que siempre en bodas de infanta
el pesar y el alegria
se equivocan, hasta que
de gala el dolor se vista,
saliendo de ellas casada.
Ferdinando, rey de Ungria
y Bohemia, ínclito jóven,
que no vanamente aspira,
que heredada la eleccion,
Roma su laurel le ciña,
en nombre del Rey, con ella
se desposa y ejercita
tan amante sus poderes,
que sin perderla de vista,
hasta Trento la acompaña
con la pompa mas lucida,
con el fausto mas real,
que vió el sol; pues á porfia
españoles, alemanes
é italianos, con su vista,
se compitieron de suerte,
que era gloriosa la envidia;
porque unos y otros hicieron
en costosas libreas ricas
tratable el oro en sus venas,
fácil la plata en sus minas,
agotando de una vez
todo el caudal á las Indias.
Y porque por mar y tierra
halle siempre prevenida
quien por la tierra y el mar
de parte del rey la sirva,
el cargo del mar al duque
de Tursis, de esclarecida
generosa casa de Oria,
siempre afecta y siempre fina
á esta corona, le dió,
porque de nuevo repita
en servicios y finezas
obligaciones antiguas.
La reyna estuvo en Milan
detenida algunos dias,
por ocasion de que el mar
embarazò con sus iras
de España el pasage; ¿pero
quién de su inconstancia fia,
que no motive de culpa
lo que no es mas que desdicha?
Del mar y del viento, en fin,
las condiciones esquivas,
ó vencidas ó templadas,
aténgome á que vencidas,
llegó el dia de embarcarse,
y apenas la vió en su orilla
el mar, cuando convocò
todo el coro de sus ninfas,
para que corriendo á tropas

la campaña cristalina,
tan solo en ella dejáran
aquella inquietud tranquila,
que no bastando á temerla,
baste á hermosearla y lucirla.
Entró la reina en la real,
cuya popa era encendida
brasa de oro, que á despecho
de tanta agua estaba viva.
La chusma toda de tela,
nácar y plata vestida,
con camisolas de holanda,
que su gala es estar limpias.
Velámen, jarcias y velas,
á su modo, guarnecidas
de mil colores, formaban
un pensil, á quien matizan
de flores los gallardetes
y las flámulas, que heridas
del aire que las tremola,
y el agua que las salpica,
venganza daban al aire,
y el agua de la ojeriza
que tenian con las salvas,
por ver, que de ver las quitan
las negras nubes de humo,
que dejó la artilleria,
la mas pura, la mas bella,
la mas noble y mas divina
Vénus, que sobre la espuma
flechas de constancia vibra.
Aquí al compas de las piezas,
clarines y chirimias,
á leva tocó la real,
cuya seña obedecida,
aun primero que escuchada,
fué de todos, con tal prisa,
que aun mismo tiempo la boga
arrancó, y siendo la grita
segunda salva vocal,
nos pareció, cuando se iba
de la tierra, una vistosa
primavera fugitiva.
Cuarenta galeras fueron
las que siguieron su quilla,
que mas, que rompen las olas,
las encrespan y las rizan.
El golfo tomó la nao,
aun sin tocar en las islas
Mallorca, Iviza y Cerdeña,
no á causa de la enemiga
oposicion de los puertos
de Francia, que bien podia,
viniéndose tierra á tierra,
tomar puerto en sus marinas;
porque en las enemistades
de las coronas militan
en la campaña las armas,
y en la paz la cortesia.
Y así, con salvoconducto
general en sus malicias,
Francia esperó á nuestra reina:
que bien lidian los que lidian
para vencer, cuando vencen,
aun menos, que cuando obligan.
Mas no puedo detenerme
en referir las festivas
demostraciones que Francia
la tenia prevenidas.
El golfo tomó la nao,
trayendo siempre benigna
en los vientos y los mares
la fortuna, porque mira,
que con solo este festejo,
que hace á España, se desquita
de otras penas que la debe
la vanidad de su envidia.
En fin, con serena paz
la vaga ciudad movida,
ya del remo que la impele,
ya del viento que la inspira,
los mares surca de España,
y de sus campos divisa
los celages, que quisieran
que el mar en sus ondas frias
huéspedes los admitiese;
porque una vez se compitan
golfos de verde esmeralda
con montes de nieve riza.
Ya el mar saluda la tierra,
ya la tierra al mar se humilla,
siendo la primera que
sus reales plantas pisa
Denia. ¡Oh tú mil veces, tú
felice, pues en tu orilla
hoy de la concha de un tronco
sacas la perla mas rica!
Querer que yo diga ahora
la magestad de las vistas,
el séquito de su corte,
las galas, las bizarrias,
el amor de sus vasallos,
de sus reinos la alegria,
no es posible, sino es que
con la voz de todos diga,
que este repetido lazo,
en quien de esposa y sobrina
el nudo apretó dos veces,
con propagada familia,
para bien comun de España
venturosos siglos viva.

FEL. No tuve gusto mayor,
estad ahora vos atento.
Con el general contento,
digno á su lealtad....

ESCENA VIII.

Dichos y HERNANDO.

HERN. Señor?
FEL. Qué dices?
HERN. Que las dos bellas
damas, que al barrio han venido,
á la ventana han salido,
y desde esta puedes vellas.
FEL. Perdone la relacion,
pues dice á voces la fama,
antes que todo es mi dama,
y despues habrá ocasion
para ella, que ver deseo
qué cosa son mis vecinas:
¡vive Dios que son divinas! (*Mirando por la ventana.*)
JUAN. Veámoslas todos. ¡Qué veo!

Ella es.
PED. Pues las visteis vos,
á mí me dejad llegar. (*Llega Don Pedro.*)
FEL. A fé, que hay bien que admirad
en cualquiera de las dos.
PED. ¡Qué es lo que veo! ella es, cielos.
(Gran dicha ha sido venir
á vuestro barrio á vivir.)
JUAN. (Disimulen mis desvelos.)
Bizarra cualquiera es.
PED. (Finja mi pena amorosa.)
cualquiera es dellas hermosa.
FEL. Oyen vuesarcedes; pues
bizarras, ni hermosas son,
quítense de aquí, porque
son muy tiernos, para que
les dé en mi jurisdiccion
á su dama cada uno;
pues están enamorados,
déjenme con mis cuidados,
sin alabarme ninguno
bellezas, ni bizarrias:
que aquestas damas les digo,
que son cosas de un amigo.
JUAN. (¡Qué poco mis alegrias
duraron! Ya se quitaron
de la ventana, porque
yo llore su ausencia; y fué
la primer cosa que hallaron,
cielos, mis penas, que ha sido
de ellas la causa. ¡Ay de mí!)
PED. (La primer cosa que ví
es por la que aquí he venido.)
HERN. La mesa espera, señor.
FEL. Vamos á comer, que aunque
tan enamorado esté,
tengo mas hambre que amor.
JUAN. Aunque de burlas hablais,
sabed que de mi fortuna
una es la causa. (*Yéndose.*)
FEL. A Dios, una.
PED. Aunque tan de humor estais,
por sí, ó por no, sabed que
una de las dos, por Dios,
es la que sigo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

Don FÉLIZ.

A Dios, dos.
¡Qué corta mi dicha fué!
si no es que una misma sea,
que aun peor que esto seria,
la que uno y otro queria.
¡Plegue á Dios que no se vea
empeñado en los desvelos
de dos amigos mi honor,
y pague zelos y amor
quien no tiene amor, ni zelos.

ESCENA X.

La primera decoracion.

Doña CLARA *y Doña* EUGENIA.

CLAR. Por cierto, casa y adorno
todo, Eugenia, está estremado.
EUG. A mí no me ha parecido,
sino de la corte el asco.
CLAR. Por qué?
EUG. Cuanto á lo primero,
porque este, Clara, es el barrio,
donde de la corte habitan
los pájaros solitarios.
A los Pozos de la nieve
casa mi padre ha tomado.
Fresca vecindad. Agosto
le agradezca el agasajo.
CLAR. Por la quietud y el jardin
lo haria.
EUG. Lindos cuidados
quietud y jardin; para eso
Juste está juntico á Cuacos.
Porque en Madrid, ¿qué quietud
hay como el ruido? ¿y que cuadro,
aunque con mas tulipanes,
que trajo estranjero Mayo,
como una calle, que tenga
gente, coches, y caballos,
llena de lodo el invierno,
llena de polvo el verano,
donde una muger se esté
de la celosía en los lazos,
al estribo de un balcon
á todas horas paseando?
¿pues qué los adornos?
CLAR. ¿No es
de terciopelo este estrado,
y sillas, y con su alfombra?
de granadillo y damasco
estas camas? ¿los tapices
de buena estofa? y los cuadros
de buen gusto, y el demas
menage, Eugenia, ordinario,
limpio, y nuevo? ¿pues qué quieres?
EUG. Buenos son, pero diez años
de Indias son mucho mejores:
Y pensaba que el adagio
de tener el padre alcalde,
era niño, comparado
con la suma dignidad
de tener el padre indiano.
Fuera de que entre estas cosas,
que tu me encareces tanto,
la mejor cuadra, y mejor
alhaja es la que no hallo.
CLAR. Cuales son?
EUG. Coche y cochera,
que ella en invierno y verano
es la mejor galeria,
y él el mas hermoso trasto.
¿Qué Indias hay donde no hay coche?
aqui de Dios, y sus Santos,
¿que ensayados trae, no ha escrito,
muchos pesos? pues veamos,
si no han de hacer su papel,

para qué se han ensayado?

CLAR. ¿Ni aun á tu padre reserva
la satira de tus labiós?
¡Jesus mil veces!

EUG. Mala hija!
vivir quisiera mil años,
solo por ver si me logro.

CLAR. Advierte, Eugenia, que estamos
ya en la corte, y que el despejo,
el brio y el desenfado
del buen gusto aqui es delito,
que aqui dan los cortesanos
estatua al honor de cera,
y á la malicia de mármol.
No digo, que no sea bueno
lo galante, y lo bizarro;
¿pero què importa, sí no
lo parece? y no es tan malo
no ser bueno, y parecerlo,
como serlo y no mostrarlo.
El honor de una muger,
y mas muger sin estado,
al mas fácil accidente
suele enfermar, y no hay ampo
de nieve, que mas apriesa
aje su tez al contacto
de cualquiera; planta no hay,
que padezca los desmayos
mas presto, que sin el cierzo,
basta á machitarla el austro.
Cuantos tus versos celebran,
cuantos tus donaires, cuantos
tu ingenio, son los primeros,
Eugenia, que al mismo paso,
que te lisongean el gusto,
te murmuran el recato,
rematando en menosprecio
lo mismo que empieza aplauso.
Y una muger como tú
no ha de esponerse á los daños
de que parezca delito
nada, ni le sea notado
hacer profesion de risa,
que tan presto ha de ser llanto.
¿Hasta hoy en carta de dote,
Eugenia, ha capitulado
la gracia?

EUG. «Quan mihi, & vobis
præstare» se te ha olvidado,
para acabar el sermon
con todos sus aparatos.
Y para que de una vez
demos al tema de mano,
has de saber, Clara, que
los non fagades de antaño,
que hablaron con las doncellas,
y las demas deste caso,
con las calzas atacadas,
y los cuellos, se llevaron
á Simancas, donde yacen
entre mugeres, y fallos:
don Escrúpulo de honor
fué un pesadísimo hidalgo,
cuyos privilegios ya
no se leen de puros rancios.
Yo he de vivir en la corte,
sin melindres y sin ascos
del que dirán, porque sé
que no dirán que hice agravio
á mi pundonor. Y asi,
derribado al hombro el manto,
descollada la altivez,
atento el desembarazo,
libre la cortesanía,
he de correr á mi salvo
los siempre tranquilos golfos
de calle Mayor y Prado,
cosaria de cuantos puertos
hay desde Atocha á Palacio.
Uso nuevo no ha de haber,
que no le estrene mi garbo:
¿amiga sin coche? tate;
y sin chocolate estrado?
no en mis dias; porque sé
que es el consejo mas cano,
el mejor amigo el coche,
y él el mejor agasajo.
Las fiestas no has de saberlas
mejor, que yo, el calendario
desde el Angel á San-Blas,
desde el Trapillo á Santiago.
Si picaren en el dote
los amantes cortesanos,
que enamorados de si
mas que de mi enamorados,
me festejen, has de ver
que al retortero les traigo,
haciendo gala el rendirlos,
y vanidad el dejarlos.
Todo esto quiero que tengas,
Clara, entendido; y si acaso
vieres en mí...

CLAR. ¿Qué he de ver,
si aun de escucharte me espanto?

ESCENA XI.

Las mismas, Don ALONSO *y despues* MARI-NUÑO, BRÍGIDA *y* OTAÑEZ.

ALONS. Eugenia? Clara?

LAS DOS. Señor?

ALONS. Pediros albricias puedo.

LAS 2. De qué?

ALONS. De la mejor dicha,
mayor bien, mayor contento,
que sucederme pudiera,
despues de llegar á veros.
Don Toribio Cuadradillos,
hijo mayor y heredero
de mi hermano, mayorazgo
del solar de mis abuelos,
llegará al punto: una tropa,
que se adelantó, me ha hecho
relacion de que ahora queda
muy cerca de aqui.

EUG. Por cierto,
que pensé que habia venido,
segun tu encarecimiento
algun plenipotenciario
con la paz del universo.

ALONS. Mari-Nuño? *(Sale Mari-Nuño.)*

MAR. Qué me mandas?

ALONS. Aderécese al momento

aquese cuarto de abajo;
esté aliñado y compuesto. (*Sale Brig.*)
Tú, Brígida, saca ropa
de la escusada.

BRIG. Ya tengo
un azafate, que pueden
beber su holanda los vientos.

ALONS. Otañez? (*Sale Otañez.*)

OTAÑ. Señor?

ALONS. Buscad (*Vase Mari.*)
algo de regalo presto,
para que coma en llegando. (*Vase Otañ.*)
Y á las dos, hijas, os ruego,
le agasajeis mucho, ved
que es vuestra cabeza, y creo
que será la mas dichosa
la que le tenga por dueño;
pues será escudera suya
la otra. (Asi inclinar pretendo
á Eugenia.

EUG. Yo de esa dicha
pocas esperanzas tengo,
que Clara es mayor.

CLAR. ¿Qué importa
si se mas tu merecimiento?

EUG. ¡Falsedad conmigo, Clara?

ALONS. Ya en el portal hay estruendo,
oid.

TOR. *Dentro.* ¿Vive aqui un señor tio,
que yo en esta corte tengo,
con dos hijas, por mas señas,
con quien á casarme vengo,
de dos la una, como apuesta?

OTAÑ. *Dentro* Esta es la casa.

ALONS. Yo creo
que es él sin duda; llegad
conmigo al recibimiento.

TOR. Y está aca?

OTAÑ. En casa está.

TOR. Pues
tengase estribo, Lorenzo.

ESCENA XII.

Otra sala en la misma casa.

Don ALONSO, *Doña* CLARA, *Doña* EUGENIA *y Don* TORIBIO, *vestido muy ridiculamente.*

EUG. ¡Jesus, qué rara figura!

CLAR. Tú tienes razon por cierto.

EUG. ¡Ay, que consiutió mi herma
en murmuracion!

ALONS. Contento,
sobrino, y señor, de ver
que haya concedido el cielo
esta ventura á mi casa,
salgo alegre á conoceros
por mayor pariente della.

TOR. Pues bien poco haceis en eso,
que en el valle de Toranzos,
desde tamañito, tengo
el ser cabeza mayor
adonde quiera que llego.

ALONS. Llegad, ved que vuestras primas
desean mucho conoceros,
y han salido á recibiros.

TOR. Razonables primas tengo.

CLAR. Vos seais muy bien venido.

TOR. Tanto favor agradezco.

ALONS. ¿Cómo venis?

TOR. Muy cansado,
que traigo un macho, os prometo,
de tan mal asiento, que
me ha hecho á mi de mal asiento.

ALONS. Mientras de comer os dan,
sentaos.

TOR. ¿No será mas bueno
el trocarlo, y que me den
de comer, mientras me siento?
Pero por no ser porfiado, (*Siéntase.*)
que os senteis los tres, os ruego,
que yo de cualquier manera
estoy bien.

ALONS. Lindo despejo.

EUG. ¿Esta es mi cabeza?

CLAR. Sí.

EUG. En aqueste instante creo,
cierto, que soy loca, pues
tan mala cabeza tengo.

TOR. Finalmente, primas mias,
como digo de mi cuento,
parece que sois hermosas,
ahora que caigo en ello;
y tanto, que ya me pesa
que seais á la par tan bellos
angeles.

LAS 2. Por qué?

TOR. Porqué...
mas esplíqueme un ejemplo.
Escriben los naturales,
que puesto no borrico en medio
de dos piensos de cebada,
se deja morir primero,
que haga del uno eleccion,
por mas que los mire hambriento.
Yo asi en medio de las dos,
que sois mis mejores piensos,
no sabiendo á cual llegue antes,
me quedaré de hambre muerto.

ALONS. ¡Oh sencillez de mi patria,
cuanto de hallarte me huelgo!

CLAR. Buen concepto y cortesano.

EUG. De borrico es por lo menos.

TOR. Mas remedio hay para todo.
¿No ha de traerse, á lo que entiendo,
tio, una dispensacion,
por razon del parentesco,
para la una?

ALONS. Claro está.

TOR. Pues traigan dos, que yo quiero
dar el dinero doblado;
y desa suerte, en teniendo
para cada una la suya,
casaré con ambas: pero
ansi, que se me olvidaba,
como estais, saber deseo,
vos y mis señoras primas.

ALONS. Muy alegre y muy contento
de ver mi casa y mis hijas,
y á vos, para que seais dueño
del fruto de mis trabajos.

TOR. Eso, y mucho mas merezco:
Si vierais mi ejecutoria,

primas mias, os prometo,
que se os quitarán mil canas.
Vestida de terciopelo
carmesí, y allí pintados
mis padres y mis abuelos,
como unos santicos de horas
en las alforjas la tengo:
esperad, iré por ella,
para que veais que no os miento.

ESCENA XIII.

Los mismos y MARI-NUÑO.

MAR. La comida está en la mesa.
TOR. Ay señor tio, qué es esto? (*Espantado al verla.*)
¿Trajísteis este animal
de las Indias? que no creo,
que es hombre, ni muger, y habla?
ALONS. Es dueña.
TOR. Y es mansa?
MAR. Ingenio
cerril tiene el primo.
EUG. No es
sino tonto por estremo.
ALONS. Cómo queda vuestro padre,
y su casa saber quiero.
TOR. No me haga mal de hijodalgo
de comedias, si me acuerdo.
MAR. La mesa está puesta.
TOR. ¿Y dónde
teneis la mesa?
MAR. Allá dentro.
TOR. No sé si lo crea.
MAR. Por qué?
TOR. Porque la instruccion que tengo,
es, que no me crea de dueñas;
pero yo lo veré presto:
perdonadme, que no soy
amigo de cumplimientos.

ESCENA XIV.

Dichos, menos Don TORIBIO.

CLAR. Lindo primo por mi vida.
MAR. El no es galan, pero es puerco.
EUG. ¿Las guardas de peste, còmo
entrar le dejaron dentro?
ALONS. ¿De qué estais tristes las dos?
LAS 2. Yo de nada.
ALONS. Ya os entiendo:
os habrá el estilo y trage
desagradado; pues esto
es lo mas, y lo mejor
que teneis. Vereis cuan presto
le mejoran Corte, y trato...
los mas vienen así, y luego
son los mas agudos. Mas
esplicaros cuan contento,
y alegre estoy, no es posible,
de ver que vuelva á mis nietos
la casa de mis mayores.
Don Toribio, vive el cielo,
se ha de casar con la una,
sin pensar la otra por eso,
que no ha de casar con otro
como él; porque no quiero,
que lo que á mi me ha costado
tanta fatiga y anhelos,
me malbarate un mocito,
que gaste en medias de pelo
mas que vale un mayorazgo.
Si viera por un sombrero
de castor dar veinte, ó treinta
reales de á ocho yo á mi yerno,
sacados de mi sudor,
perdiera mi entendimiento;
y asi no hay que hablar, sino
persuadiros desde luego,
que este y otro como este
han de ser esposos vuestros.
CLAR. Primero pierda la vida.
EUG. La vida no, mas primero
me quedaré sin casar,
que es mas encarecimiento.

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Don FELIZ.

ESCENA PRIMERA.

Don JUAN *Don* FELIZ *y* HERNANDO.

FEL. ¿Cómo habeis, Don Juan, pasado
la noche?
JUAN. Cómo pudiera,
Don Feliz, en vuestra casa,
sino muy bien, puesto que ella
de mi tristeza no tiene
la culpa?
FEL. Pues qué tristeza
es la que ahora os aflige?
JUAN. No sé como os la encarezca:
desde el instante que ví
esa divina belleza,
que aun en mi memoria vive,
apesar de tanta ausencia,
todas aquellas cenizas,
que entre olvidadas pavesas,
aun no juzgué que eran hume,
llama han sido, de manera,
que conocí que han estado
en ocioso fuego envueltas,
tibias, pero no apagadas,
calladas pero no muertas.
No volvi á verla ayer tarde,
porque no volviò à la reja;
y asi, hoy con la esperanza
de que, siendo dia de fiesta,
no dejará de salir,
he madrugado por verla;
á la puerta de la calle
voy á esperar que amanezca
segundo sol para mi.
Vos haced, por vida vuestra,
puesto que no importa al caso,
que nada don Pedro entienda.

ESCENA II.

Don FELIZ *y* HENANDO, *despues don* PEDRO.

FEL. ¿Habrá hombre tan necio, como
el que hallar memorias piensa
en una muger, al cabo
de tantos años de ausencia?
HERN. Déjale, que con su engaño
viva.
FEL. Un cortesano, que era,
decia, el engaño, la cosa
que mas y que menos cuesta.
Veamos estotro doliente
en qué estado está, ya que esta
casa de locos de amor
se ha vuelto convalecencia. (*Sale don Pedro.*)
FEL. Qué hay, don Pedro? buenos dias.
PED. Fuerza será que lo sean,
recibiéndolos de vos,
y en vuestra casa, por vuestra,
y por la dicha de estar
mis esperanzas tan cerca.
No creereis cuanto gozoso
y ufano estoy de que sea
vuestra vecina esta dama;
pues con eso, cosa es cierta,
qsu para verla, don Féliz,
doə mil ocasiones tenga.
Y por no perder ninguna,
voy á esperarla á la puerta,
pues sin duda, que hoy á misa
habrá de salir por fuerza.
FEL. En ella don Juan aguarda.
PED. Así se hará la deshecha
mejor, paseándonos todos.
Vos, aunque llevaros quiera
á otra parte, no vais; pero
de suerte, que nada entienda.

ESCENA III.

Calle; á un lado en último término la casa de Don Alonso.

Los mismos y Don JUAN.

FEL. Qué haceis, don Juan?
JUAN. Esperaros,
para saber á que iglesia
quereis que vamos á misa.
(De aquí no hagamos ausencia.)
PED. Lo mismo le decia yo,
vamos adonde os parezca.
(No os vais, don Féliz de aqui.)
FEL. (Desta suerte fácil fuera
servir un hombre á dos amos,
mandando una cosa mesma.)
Vuesarcedes, caballeros,
muy enamorados, piensan
que no hay mas que irse y llevarme
cada cual á su querencia;
pues no, vive Dios, que hoy
se han de estar donde yo quiera,
que quiero yo enamorar
tambien un dia en conversa;
y así, hasta que mis vecinas
salgan y vamos tras ellas,
para ver la que me toca
festejar; pues cosa es cierta,
que yo la que quiero mas,
es la que tengo mas cerca,
no se ha de ir de aquí ninguno.
PED. Por mi sea norabuena.
JUAN. Por mi, tambien.
PED. Lindamente
habeis hecho la deshecha (*A Féliz.*)
con don Juan.
JUAN. Bien con don Pedro
desmentido habeis mis penas. (*Idem.*)
FEL. (Mas lo hago yo por saber
si es que es la dama una mesma?
y si es la que de las dos...
mas no prosiga mi lengua,
que es tarde para que á mí
beldad alguna me venza.)
JUAN. Pues ya que quereis, don Féliz,
que os asistamos, no sea
tan de balde, que no os cueste
el pagarnos una deuda
que nos debeis.
PED. Es verdad,
y es famosa ocasion esta,
pues que para hacer ahora
son las relaciones buenas.
FEL. Yo me huelgo, pues así
hablaré un rato siquiera,
sin que á la mano me vayan
con amor, zelos y ausencia.
Con el general contento,
Madrid, digno á su fineza,
á su lealtad y su amor,
oyò las felices nuevas
de las bodas de su rey;
y mas cuando supo que era
la divina Mariana.
JUAN. Tened, que dejar es fuerza
otra vez la relacion
para otra ocasion suspensa.
FEL. Por qué?
JUAN. Porque sale gente.
FEL. ¿Cuanto va que se me queda
la relacion en el cuerpo,
y vienen otros á hacerla?
PED. Un criado es el que sale,
que á su amo, sin duda, espera.
JUAN. Bien podeis ya proseguir.
FEL. Digo que en gozosa muestra
del alegria de todos;
pues todos juntos quisieran
significar los afectos
en regocijos y fiestas;
y aunque, como vos dijisteis,
caminan con su pereza
las dichas y no es el gusto
correo á toda diligencia:
con todo eso, llegó el dia
de saberse, que en Viena
el rey desposado estaba,
remitiéndole á que ejerza
sus poderes Ferdinando,
rey de Ungria, y de Bohemia,
Ferdinando, ínclito jóven,
en quien la sacra diadema

de rey de romano presto
hará la eleccion herencia.
El, pues, no de poder solo
usò, mas de la fineza,
con que sirviendo á su hermana,
hizo de la corte ausencia.
Dejemos en el camino
las dos magestades, que esta
no es la accion que á mí me toca,
ya que vos, con la agudeza
de vuestro ingenio, dijisteis
el aparato y grandeza;
y vamos á que Madrid,
desvelada, fiel y atenta
al servicio de sus reyes,
que es de lo que mas se precia,
en tanto que prevenia
la usada lid de sus fiestas,
convidó lo mas ilustre
de la española nobleza
para una máscara, haciendo,
ó acaso fué ò diligencia
á propósito de bodas,
ceremoniosa la fiesta.
Porque si á la antigüedad
revolveis humanas letras,
hallareis como en las nupcias,
aun menos ilustres que estas,
con antorchas en las manos
corrian tropas diversas,
á quien llamaban preludios,
invocando la suprema
deidad del sacro himeneo,
á cuyas aras las teas
sacrificaban, cantando
epitalamios, en prendas
de que aquellos casamientos
favorable á asistir venga.
Y así de la antigüedad
tomando Madrid aquella
parte festiva, y dejando
la gentílica depuesta,
usó el regocijo solo,
mejorando ilustre y cuerda
el rito, pues que fué dando
al cielo gracias inmensas
de sus dichas, cuyas voces
variamente lisongeras,
fueron el epitalamio,
que España cantó contenta,
en música, que es confusa,
mas dulce, sino mas diestra.
En toda mi vida ví
tan hermosa tropa bella,
cómo la máscara junta,
cuando al compas de trompetas,
clarines y chirimias,
empezaron á moverla
los dos polos, que de España,
y de Alemania sustentan
la política, bien como
dando generosas muestras
de que Alemania y España
por todo el tiempo interesan,
una en que tal prenda da,
y otra en que admite tal prenda.
Bien quisiera yo pintarlos,
pero aunque mas lo pretenda,
no es posible, sino es
que la retòrica quiera
en sus figuras prestarme
el uso de sus licencias,
cometiendo una que llaman
tropo de prosopopeya,
que es cuando lo no posible,
bajo objeto de la idea,
ó callando se imagina,
ó hablando se representa.
Porque si no es que finjais
allá en la fantasia vuestra
bajar de púrpura un monte,
arder de plata una selva,
y de selva y monte luego
formais un monstruo, que á fuerza
de nuevo metamórfosis,
todo en fuego se convierta,
no podreis imaginar
como aquel peñasco era
de luz y nácar y plata,
en cuya abrasada selva
fueron las plumas las flores,
y las hachas las estrellas.
Tan iguales todos juntos
y cada uno, que no hubiera
pareja que poder darle,
si ellos mismos no se hubieran
antes convenido á ser
ellos mismos sus parejas.
Cuando del un puesto al otro
corrian las tropas, eran
disueltas ecsalaciones,
y desatados cometas.
Tan hermosa fué la noche,
que el dia entre pardas nieblas
sucedió por muchos dias,
la faz de nubes cubierta,
llorando lo que llovia,
ó de envidia ó de verguenza.
Hasta que desempeñada
vió su luz con la belleza
del dia que vió la plaza
para los toros dispuesta.
Porque aunque su hermoso circo
siempre ha sido heróica afrenta
de cuantos anfiteatros
Roma en ruina nos acuerda,
nunca con mas causa; pues
nunca se vió su grandeza,
á fuer de dama, ni mas
despejada, ni mas bella;
pues que cuando vió que á tropas
ocupaban la palestra
de los lucidos criados
las adornadas catervas,
como á su triunfo trajeron
los grandes héroes, que en ella
la suerte han hecho precisa,
por quien ya el acaso deja
de ser acaso, pues ya
no viene á ser, sino fuerza
el que ha sacado al acierto
del nombre de contingencia.
A ninguno he de nombraros,
y es justo que no quisiera

que habiendo ya tantas plumas
pintado á sus escelencias,
los desluciesen ahora
cortedades de mi lengua.
Solo os diré, que no hubo
bruto, que armada la testa,
la piel manchada, arrugado
el ceño, hendida la huella,
dilatado el cuello, el pecho
corto, la cerviz inhiesta,
de una vez escriba osado,
caractéres en la arena,
como quien dice, esta es,
ó vuestra huesa ó mi huesa,
que no fuese triunfo fácil
del primor y la destreza,
del que mas hidalgo bruto,
soberbio con la obediencia,
dócil con la lozania,
sus amenazas desprecia
al tacto del acicate,
ó al aviso de la rienda;
pues ya el asta y ya la espada,
en ambas acciones diestra,
airosamente mezclaban
la hermosura, y la fiereza.
Feliz acabó la tarde,
quedando Madrid contenta
con ella, y con la esperanza
de que sus dichas se acercan;
y así, solo en prevenciones
desde entonces se desvela,
porque siendo, como es,
la corte el centro y la esfera
que ha de merecer lograrla
mas suya, desaire fuera,
habiendo de paso tantas
ciudades hecho la fiestas,
esceder ella en las dichas,
y las otras en finezas;
y mas estando á su aplauso
las naciones estrangeras,
ó de envidiosas pendientes,
ó de curiosas atentas.
Y así, la prolijidad
de las horas de la ausencia
gastó solo en disponer
aparatos, que ahora es fuerza
que yo remita á mejor
pluma, que nos los refiera,
diciendo ahora solamente,
que la señora condesa
de Medellin, de Cardona
ilustre familia escelsa,
á Denia fué á recibirla
como mayor camarera,
adonde esperó hasta el dia
de la deseada nueva
de que ya su magestad,
(que Dios guarde) estaba en Denia:
aquí el señor almirante
á darla la enhorabuena
de parte del rey salió;
y aunque salió á la ligera,
fuè con aquel lucimiento
digno á ser quien es, que fuera
en su escelencia muy tibia
la disculpa de la priesa.
De deudos, criados y amigos
fué el séquito de manera,
que, á no hacer particular
eleccion, pienso que fuera
dejar sin gente á Castilla;
que de un almirante della,
¿quién de ser deudo ó amigo
ó criado se reserva?
¡Oh felice casa, adonde
entre todas tus grandezas
el afecto es patrimonio,
y lo bien visto es herencia!
En este intermedio, pues,
hizo Madrid diligencias
mas afectivas en órden
á que todo se prevenga,
con magestad y aparáto,
para la entrada á la reina,
asistida dignamente
del que tio la festeja,
del que esposo la merece,
del que amante la celebra;
poniendo á sus pies dos mundos,
pues como cuarto planeta,
cuanto ilumina, la postra,
cuanto dora, la sugeta:
coronándola tres veces,
esposa, sobrina y reina.
Con que hasta el felice dia
que nuestros ojos la vean
entrar triunfante en su corte,
mi relacion se suspenda,
divertida en la esperanza
de que generosa venga
á ser fin de nuestras ansias,
término de nuestras penas,
logro de nuestros deseos;
y á par de las dichas nuestras,
con felice sucesion,
nos viva edades eternas.

JUAN. La relacion con el tiempo
se ha medido, de manera,
que acabarla, y salir gente,
ha sido una cosa mesma.

PED. Si, mas no la que esperamos.

FEL. (No, porque es el padre dellas.)

JUAN. (No le conocí hasta ahora.
que en mi tiempo estaba fuera.)

PED. (Nunca hasta ahora le ví,
que yo siempre amé en su ausencia.)

JUAN. ¿Quién es el que con él viene?

HERN. Yo podré dar esa cuenta;
es un sobrino asturiano,
con quien el padre desea
casar una de las dos.

ESCENA IV.

Dichos, Don ALONSO *y Don* TORIBIO, *vestido de negro muy ridiculamente.*

JUAN. ¡Quiera el cielo, que no sea
la novia la que yo adoro!

PED. (¡Plegue á Dios, que no sea Eugenia!)

FEL. Paseémonos.

TOR. Como digo,

¿qué hacen, tio, á nuestra puerta
estos mocitos?

ALONS. ¿No estan
en la calle, qué os altera?

TOR. ¿En la calle de mis primas,
sin mas, ni mas, se pasean?

ALONS. Pues por qué no?

TOR. Porque no
me ha de haber paseante en ella,
ni piante, ni mamante;
y mas estos de melena,
que Filenos de golilla,
de candil y bigotera,
andan cerrados de sienes,
y transparentes de piernas.

ALONS ¿Qué hemos de hacer, si son
vecinos?

TOR. Que no lo sean.

ALONS ¿Cómo, si tienen aquí
sus casas?

TOR. Que no las tengan.

FEL. Fuerza es hablarle, yo llego.

JUAN. Pues buena ocasion es esta.

FEL. Dadme, señor don Alonso,
aunque de paso, licencia
para besaros la mano,
y daros la enhorabuena
de haber al barrio venido;
que aunque escusarlo debiera,
hasta estar en vuestra casa,
y visitaros en ella,
el alborozo de ver
que tan buen vecino tenga,
dilatar no me permite
que á su servicio me ofrezca.

PED. Todos lo mismo decimos.

TOR. (¡Que ceremonia tan necia!)

ALONS. Guardeos Dios, por la merced
que me haceis, que si supiera
la dicha de mereceros
tantos favores, hubiera
cumplido mi obligacion,
visitándoos en la vuestra.
Conoced á mi sobrino,
que quiero que desde hoy sea
vuestro servidor.

TOD. ¿Yo habia
de ser alhajá tan puerca?

ALONS. Esta es accion cortesana.

TOD. Mas me huele á corte enferma.
Llegad, don Toribio, ved
que estos señores esperan
conoceros.

JUAN. En nosotros
tendreis á vuestra obediencia
hoy amigos y criados.

TOD. Guardeos Dios por la fineza.

FEL. ¿Venis con salud?

TOD. Al cielo
gracias, ni mala, ni buena,
sino así, así entreverada,
como lonja de la pierna.

ALONS. Mas de espacio besaré
vuestras manos, dad licencia.

FEL. Vos la teneis.

ALONS. Don Toribio,
venid.

TOD. ¿Aqui te los deja?

ALONS. Qué he de hacer?

TOD. Yo lo sé.

ALONS. A donde
vais?

TOD. A dar á casa vuelta.

ALONS. A qué?

TOD. A decir á mis primas,
que en todo hoy no salgan fuera.

ALONS. ¿Han de quedarse sin misa?

TOD. ¿Qué dificultad es esa?
Mi ejecutoria les basta
para ser cristianas viejas.

ALONS. ¡Jesus y qué disparate!
venid, venid, no lo entiendan
esos hidalgos.

TOD. Par Dios,
que si por mi voto fuera,
no habian de salir de casa,
quisieran ó no quisieran.

ESCENA V.

Don FÉLIZ, *Don* PEDRO *Don* JUAN *y* HERNANDO.

FEL. No sé como fué posible

JUAN. Qué?

FEL. Que la risa detenga,
viendo al primo.

PED. ¡Qué figura
tan rara!

JUAN. Estraña presencia
de novio!

HERN. Ya las dos salen.

FEL. Desde aquí podremos verla
como acaso.

ESCENA VI.

Los mismos doña CLARA *y doña* EUGÉNIA, *que salen de la casa con mantos,* OTAÑEZ *delante y* BRIGIDA *y* MARI-NUÑO *detras.*

CLAR. Echate el manto
que hay gente en la calle, Eugenia.

EUG. ¿Qué he hecho yó, para no andar
con la cara descubierta?

OTAÑ. Tomad, luego le faltara
á la hermanica respuesta.

MAR. Callad, que no os toca á vos
hablar en estas materias.

BRIG. Ni á vos, en estas, ni esotras,
y hablaís en esotras y estas.

FÉL. Pasemos ahora al descuido.

JUAN. ¡Oh permita amor, que en ella,
al verme estén sus memorias,
ya que no vivas no muertas!

PED. ¡Oh plegue á Dios, que se obligue
de ver que he venido á verla!

CARL. Advierte que llega gente. (*Trae Doña Eugenia un lienzo en la mano.*)

EUG. ¿Y bien, que la gente llega,
que se lleva, por llevarse
hácia allá esta reverencia?
(¡Mas, cielos, qué es lo que miro!)
don Juan es, ya de su ausencia
debió de cesar la causa;
y no es mi duda sola esta,

sino estar con él don Pedro:
aquesta es la vez primera
que ha sido por ignorancia
amiga la competencia.

FEL. Cual es de las dos, Don Juan,
la que tanto amor os cuesta?

JUAN. La del pañuelo en la mano,
no volvais tan presto á verla,
no advierta que della hablamos:
y porque tan poco advierta
don Pedro mi turbacion,
voy á esperarla á la Iglesia,
quedaos con él. *(Yéndose.)*

FEL. Sí haré:
Don Pedro, cual es de aquellas?

PED. La que, en la mano un pañuelo,
descubierta va, es Eugenia.
No volvais, tan presto, no
conozca que hablamos della;
quedaos, que porque no dè
mi amor á don Juan sospecha,
tras él voy.

ESCENA VII.

Dichos menos Don JUAN *y Don* PEDRO.

FEL. Ya sé, á lo menos,
que la dama es una mesma.

CLAR. Sin pañuelo me he venido,
el tuyo, hermana, me presta,
que ir tapada me congoja. *(Destápase.)*

EUG. A mi el venir descubierta,
pues por si fué encuentro acaso,
que me hayan visto me pesa. *(Tápase.)*

FEL. Ya puedo ver, pues que tengo *(Dale el pa-*
nombre, seña, y contraseña, *ñuela á Clara.)*
cual es la dama que adoran.

CLAR. No á mirar el rostro vuelvas.

EUG. ¡Jesus y qué condicion!
lástima es que no seas suegra,
segun te pudres de todo!

ESCENA VIII.

Don FELIZ.

¡Oh cuanto he sentido verla!
que aunque estoy con el cuidado
de que aquesta competencia,
el dia que se declare,
ha de parar en pendencia;
siendo la dama una misma,
ya para mi se acrecienta,
ver, que de las dos ha sido,
aunque entrambas son tan bellas,
la que me lo pareciò
mas, cuando la vez primera
ví á las dos en la ventana:
pero esto ahora no es de escencia,
que yo acabaré conmigo,
que mi honor á mi amor venza,
sino acudir á estorbar,
que á desengañarse vengan,
en tanto que yo á la mira
discurro de qué manera
entre dos amigos, que hacen
de mí confianza, deba
prevenir el lance, haciendo
á su estorbo diligencia.

ESCENA IX.

Don ALONSO *y Don* TORIBIO.

ALONS. ¿A qué volveis aquí?

TOR. ¿A qué
de volver, pese á mí,
sino á escombrarlos, si aqui
estan los que aquí deje?

ALONS. ¿Pues qué os va en eso?

TOR. ¿Qué mas
quereis que á un hidalgo vaya,
que ver que holgazanes haya
adonde hay primas?

ALONS. Jamas
tan necia locura vi;
en Madrid quien reparó
si hay gente en la calle?

TOR. Yó.

ALONS. ¿Y vos por qué?

TOR. Porque sí.

ALONS. Aun bien que se han ausentado,
y ya nadie aqui se ve.

TOR. Acertáronlo, porque
venia determinado.

ALONS. ¿Pues qué era vuestra intencion?

TOR. Solo ver si la anchicorta,
como en caperuzas, corta
en sombreros de castron.

ALONS. ¿Vos que teneis que temer,
para llegar á ese estremo?

TOR. Mucho tengo y nada temo,
que desde que llegué à ver
de mís primas los dos cielos,
si verdad digo, señor,
tengo á Eugenia tanto amor,
que aun los hombres me dan zelos.

ALONS. Aunque esas cosas me dan
enfados, he agradecido
que os entreis á ser marido
por las puertas de galan;
pero ha de ser con cordura,
que zelos no ha de tener
un hombre de su muger.

TOR. ¿Pues de cual? de la del cura?

ALONS. Dejad delirios, por Dios,
y baste saber de mí
si es Eugenia la que aquí
os agrada de las dos,
que Eugenia vuestra será;
que es lo que yo deseaba.

TOR. (Con eso el rencor se acaba,
que el verlos aquí me da
á uuestra calle volver
en tanta conversacion.)

ALONS. Pues yo la dispensacion
haré al instante traer:
Venid ahora, que quiero
ganar las albricias yo
de ser la que prefirió
vuestro amor.

TOR. Oid primero;

la dispensacion, señor,
de Roma no ha venir?
ALONS. Por ella á Roma se ha de ir.
TOD. Pues siendo así, ¿no es mejor
abreviarlo de otro modo?
ALONS. Qué modo?
TOD. Uno que yo sé.
ALONS. Qué es?
TOD. Desposarnos, y que
vamos á Roma por todo.

ESCENA X.

Don FELIZ *y* *Don* JUAN.

FEL. Yo estimo la confianza.
JUAN. Pues habiendo reparado,
que al verme el color mudado,
hizo su rostro mudanza,
que no la hizo, sospecho,
su amor, y que está constante,
porque es el rostro volante
del reloj que anda en el pecho.
Y asi, pues que solo ha sido
mi dicha el haber llegado
donde de vos amparado
sea amor tan bien nacido,
lo que habeis de hacer por mí,
puesto que entablada ya
la amistad del padre está,
es proseguir desde aquí;
de suerte, que con entrar
vos en su casa, me dé
ocasion amor, en que
pueda escribir, ver y hablar.
FEL. (En buen empeño de amor
estoy, pues en lance igual,
si aun amigo soy leal,
soy á otro amigo traidor.)
JUAN. ¿No me respondeis?
FEL. No sé
que os diga, don Juan, pues no
soy hombre tan bajo yo,
que ocasion procuraré
con nadie para engañarle.
JUAN. ¿Cual es mi amigo mayor?

ESCENA XI.

Dichos y Don PEDRO.

PED. Don Féliz, si de mi amor...
FEL. Que prosiga he de estorbarle.
A buen tiempo habeis venido,
y luego proseguireis
lo que decirme quereis,
que quiero que prevenido
de una porfia en que estamos,
seais juez. (¡Así, vive Dios,
tengo de hablar con las dos!)
PED. El argumento esperamos.
FEL. ¿Si un grande amigo os pidiera
que trabáseis amistad
con hombre de calidad,
para que fuese tercera
en su casa de su amor,
hiciéraslo vos?
PED. Yo sí.
FEL. Yo no.
PED. Por qué?
FEL. Porque en mí
fuera escrúpulo traidor;
pues el dia que llegára
de traicion á que otro fuera
mi amigo, preciso era
lo lográra ó no lográra.
Si no lo lográra, en que
á mi amigo le servia?
y si lo lográra, hacia
una gran ruindad, porque
el que, engañado de mí,
se daba ya por mi amigo,
ya lo era, y yo su enemigo,
es cierto; pues siendo así,
¿còmo es posible que yo
sea enemigo del que ya
por mi amigo se me da?
Luego si en no serlo no
es nada lo que consigo,
y en serlo, consigo ser
su amigo, ¿cómo he de hacer
yo traicion al que es mi amigo.
PED. Siendo esa vuestra opinion,
ya no tengo que os decir.
JUAN. Yo tampoco, y habré de ir
á buscar otra ocasion.

ESCENA XII.

Don FELIZ.

¿Habrá desdicha mayor?
¡Qué no me baste el no amar,
para saberme librar
de impertinencias de amor!
¿Qué haré entre uno y otro amigo,
que cada uno en su esperanza
hace de mí confianza?
pues nada emendar consigo,
viendo tan cerca á los dos
de la dama, ¿qué podré
de mi parte hacer? No sé
que haya medio, vive Dios,
si ya no es que á ver alcance,
que las damas solas son
las que en cualquiera ocasion
hacen bueno ó malo el lance.
¿Mas cómo podré atrevido
hablar en materia tal
á una muger principal,
ni darme por entendido?
Cara á cara he de saber,
si á los dos quiso ò no quiso,
pero hasta dar el aviso,
un papel lo podrá hacer;
que á su opinion no se atreve
quien por salvar su opinion
le advierte de una ocasion.
Ahora falta quien le lleve:
¿pero ha de faltarme modo,
sin que lo llegue á fiar
de otro, de poderle dar?
Ahora bien, salir á todo
me toca, haciendo testigos

los cielos, que aventurar
yo un empeño, es, por sacar
de otro empeño á dos amigos.

ESCENA XIII.

Sala en casa de Don Feliz.

Doña Eugenia, *Doña* Clara Brigida *y* Mari-Nuño.

Clar. Ten, Mari-Nuño, este manto:
oh! quien en casa tuviera
capellan, para no ir fuera,
y mas á concurso tanto!
Eug. Mucho me holgára venir
ahora de buen humor,
para poder con mejor
título, que tu, decir:
quien la parroquia tuviera
diez leguas, para tener
mas que andar y mas que ver.
Mar. Aténgome á la primera.
Brig. Yo á la segunda.
Mar. Por qué?
Brig. Porque no he visto en mi vida
escrupulosa aturdida,
que al primer lance no dé
de ojos

ESCENA XIV.

Dichas, Don Alonso *y Don* Toribio.

Alons. En tu cuarto espera,
que yo llegaré á hablar.
Tor. Si haré. Desde aqui escuchar
lo que responde quisiera. (*Quedase don Toribio al paño.*)
Alons. (Saber que á Eugenia eligiò
ha sido ventura estraña,
llévesela á la montaña,
porque lo menos que yo
en la corte he menester,
es una hija discreta,
retórica, ni poeta.
y no de mal parecer.)
Eugenia yo vengo á hablarte,
no tienes, Clara, que irte;
que albricias he de pedirte (*A Eug.*)
del pésame que he de darte. (*A Clar.*)
Eug. Albricias á mi, señor?
Clar. Pésame, señor, á mí?
Alons. Pésame, y albricias, sí.
Las 2. De qué?
Alons. Efectos son de amor.
Don Toribio enamorado
me ha dicho cuanto desea,
que Eugenia su muger sea;
y aunque ponerte en estado
á ti, por ser la mayor, (*A Clar.*
primera obligacion era,
él elige de manera,
que del gozo, y del dolor,
pésame tuyo á ser pasa (*A Clar.*)
hoy tu parabien, por ver (*A Eug.*)
que pierdes, y ganas, ser (*A las dos.*)
la cabeza de tu casa.
Clar. Aunque pérdida es penosa,
yo estimo que el bien posea
Eugenia, para que sea
mi hermana la venturosa,
feriando el pesar á precio
del parabien que la doy:
gocesle mil años. (Hoy
solo hizo gusto el desprecio.)

ESCENA XV.

Los mismos, menos Doña Clara.

Tor. ¡Qué triste va de perderme
la escudera de su hermana!
Veamos ella que ufana
responde de merecerme.
Eug. Esto solo me faltaba
de añadir, (confusa estoy)
á las novedades de hoy.
Alons. ¿Qué me respondes? Acaba
de dudar.
Eug. Que agradecida
una y mil veces, señor,
rindo por tanto favor
á tu obediencia mi vida:
que aunque no me toca á mi
elegir, pues no he de hacer
nunca mas, que obedecer,
haré mal, si viendo en ti
gusto, en mi primo amor fiel,
no respondo agradecida.
(Mal haya mi alma, y mi vida,
si me casáre con él.)
Alons. No en vano esperaba yo
de tu mucho entendimiento,
Eugenia, ese rendimiento.
Tor. Yo tambien.
Alons. El esperó
en su cuarto, y ganar quiero
con él las gracias tambien.
Tor. Que á mi las gracias me den
será mas razon.
Eug. (Hoy muero,
pues tras mis penas, he sido
objeto de un ignorante.)

ESCENA XVI.

Don Toribio *y Doña* Eugenia.

Tor. (Qué airoso sale un amante,
cuando está favorecido!)
Sea muy enhorabuena
el ser, prima, tan dichosa,
que merezcais ser mi esposa.
Eug. Esto faltaba á mi pena. (*Vuelve Doña Eugenia la espalda.*)
Tor. Por qué adorándome...
Eug. ¡Ay, Dios!
Tor. Me desadorais?
Eug. Porque,
si antes con mi padre hablé,
ahora he de hablar con vos.
Señor don Toribio, yo,
por no responder aquí
resuelta á mi padre, dí
una palabra, que no
he de cumplir, si supiera

perder mil veces, rendida
á sus enojos, la vida.
Y siendo desta manera
que no he de casar con vos,
de la eleccion desistid,
que habeis hecho, y advertid,
que estamos solos los dos;
y si de lo que aquí os digo,
algo á mi padre decis,
he de decir, que mentis.

TOR. ¿Cómo se habla eso conmigo,
escudera de mi casa,
ingrata, desconocida,
falsa aleve, y fementida?

EUG. No deis voces, que esto pasa
entre los dos, y no es, no,
para que salga de aquí.

TOR. ¿Vos no sois mi prima?

EUG. Sí.

TOR. No soy vuestro esposo?

EUG. No.

TOR. Decidme, no soy galante?

EUG. No lo dudo.

TOR. Y entendido?

EUG. Pues no?

TOR. Hidalgo?

EUG. Cierto ha sido.

TOR. Airoso?

EUG. Mucho.

TOR. Y amante?

EUG. Tambien.

TOR. Pues de mis cuidados
en qué estriban mis desvelos?

EUG. Preguntádselo á los cielos,
á los astros y á los hados,
que no inclinan mi alvedrio.

TOR. Pues en algo está el busilis.

EUG. En que vos no teneis filis,
para ser esposo mio.

ESCENA XVII.

Don TORIBIO.

¿Cómo qué filis no tengo?
tal á un hombre se le dice,
que tiene un solar, con mas
de tantísimos de filis,
que no hay otra cosa en él,
por doquiera que se mire,
sino filis, como borra?
Que aunque yo que es no adivine,
bien lo puedo asegurar,
pues siendo algo que sea insigne,
es preciso que no deje
de estar allá entre mis timbres.
¡A mí, que filis no tengo!
Esto los cielos permiten?
esto consienten los hados?
prima, ved lo que dijisteis,
mas filis tengo, que vos.

ESCENA XVIII.

Don TORIBIO *y Don* ALONSO.

ALONS. ¿A donde, sobrino, os fuisteis?
Cuando os busco para daros
mil norabuenas felices
de que vuestra prima ya
agradecida, y humilde,
sabiendo vuestra eleccion,
no hay cosa que mas estime?

TOR. Mi prima, si es que es mi prima,
es una muger terrible,
con todos sus aderezos
de sirena, áspid, y esfinge.
Aquí me ha dicho una cosa,
que no pudiera decirse
á un barquillero asturiano
de los de quite y desquite.

ALONS. A vos?

TOR. En toda esta cara,

ALONS. Fuerza será que me admire.
Qué fué?

TOR. Que filis no tengo;
y para que se averigue
si los hombres como yo
tienen, ò no tienen filis,
por no obligarme á retarla,
en estrangeros paises
haced que me compren luego
cuantos filis sean vendibles,
y cuesten lo que costaren.

ALONS. Esa es locura terrible.

TOR. Tan caros son? pues no importa,
donde se venden decidme,
ó yo lo preguntaré;
que volver no se permite
á su vista, hasta volver
todo cargado de filis.

ALONS. Hay delirio semejante?
sobrino, escuchad, oidme.

ESCENA XIX.

Los mismos, Doña CLARA *y Doña* EUGENIA.

CLAR. Qué es esto? Con quién das voces?

EUG. Con quién te enojas, y riñes?

ALONS. Contigo, ingrata.

EUG. Conmigo,
el dia que mas humilde
solo trato obedecerte?

ALONS. Ven acá: qué le dijiste
á tu primo, que enojado
no hay quien con él se averigue?

EUG. Yo á mi primo? En todo hoy
ni le hablé, ni ví.

ALONS. Qué dices?

EUG. Lo que es cierto.

ALONS. Vive Dios,
si disimulada finges,
y es verdad que le has hablado
bachilleramente libre,
que te he de hacer... Tras él voy,
por si puedo reducirle
á que no ande preguntando
adonde se vende filis.

ESCENA XX.

Doña EUGENIA *y* CLARA.

EUG. Yo á mi primo, qué pudiera,
que fuese ofensa, decirle?
CLARA. No te disculpes conmigo,
pues sé, aunque no llegué á oirte,
que perderás tu remedio,
solo por decir un chiste.
EUG. Aunque eso de mi remedio
con falsedad me lo dices,
lo oigo yo como lisonja,
viendo, que hasta un tonto, un simple,
aun el alma, que no tiene,
á mi vanidad la rinde.
CLARA. Qué quieres decirme en eso?
que nadie hay que á mí se incline,
neciamente imaginando
que á méritos me compites?
pues no es, sino que no hay nadie
que sin respeto me mire,
porque sé yo hacer que todos
de otra manera me estimen,
que á tí, siendo solamente
lo que á las dos nos distingue,
el verte á tí no sé como,
pero á mi como á imposible.
EUG. ¡Ay, que no es eso!
CLARA. Pues qué?
EUG. Obligarásme á decirte
lo que á mi primo?
CLARA. Qué es?
EUG. Que
tampoco tú tienes filis.

ESCENA XXI.

Doña CLARA; *despues Don* FELIZ.

CLARA. No lo dirás, porque yo
á responder no me obligue,
que cuando... Pero qué miro?
quien hay que esta cuadra pise,
para estorbar el que lleguen
mis enojos á sus fines?
A quien buscais, caballero?
FEL. (¡Ay, amistad! pues que vine
á hacer por tí una fineza,
no à una infamia me inclines;
pues ví hermosura, á quien mal
mi libertad se resiste.)
Viendo á vuestro primo ir fuera,
á quien vuestro padre sigue,
me atreví á llegar á hablaros.
CLARA. A mí?
FEL. A vos.
CLARA. Hombre, que dices?
á mí hablarme?
FEL. Sí, señora,
porque sé que en esto os sirve
mi deseo y no os ofende.
CLARA. Plegue á Dios, que no me obligue
una necia á que me huelgue
de que... Pero no es posible.

ESCENA XXII.

Dichos y Doña EUGENIA *al paño.*

EUG. Con quién hablará mi hermana?
Desde aquí es bien que lo mire.
CLARA. A mí, dejadme dudarlo
mil veces (mal reprimirme
puedo) me buscais?
FEL. A vos.
CLARA. Pues antes que oseis decirme...
EUG. ¡Oh si fuera algo de aquello
de posible y de imposible!
CLARA. Quien sois, y que me quereis,
que os vais, es bien que os suplique,
sin decirlo, que á mi nada
hay que á buscarme os obligue.
FEL. Sin decíroslo me iré,
si en eso mi pecho os sirve,
mas no sin que lo sepais,
que en este papel se escribe,
para que con esto llegue
á saberse, sin decirse.
EUG. ¡Oh, si tomára el papel,
porque hubiera que decirle!
FEL. Tomad, y adios.
CLARA. Yo papel?
FEG. Y porque verle os anime,
solo os diré, que el honor
vuestro en leerle consiste,
que don Pedro y que don Juan
no arriesguen y precipiten,
no digo su vida, que ese
es peligro muy humilde,
sino vuestro honor, que fuera
pérdida mas infelice.
EUG. (Si toma el papel, soy muerta.)
CLARA. Hombre, mira lo que dices,
ni á tí, á don Juan, ni á don Pedro
conozco yo.
EUG. ¿Ay de mi triste?
que todo esto sobre mí
viene, si el papel recibe
mas por engaño la habla.
CLAR. (Qué sola una vez que quise
yo no ser yo, no he podido!)
qué aguardas, pues, para irte?
FEL. Ya que tan desentendido
vuestro decoro porfie,
y agradecer no pretenda
la fineza de que os dije
mi empeño, y el de los dos,
ya que lo debo hice
á amigo y á caballero,
me iré... adios.
CLAR. No os vais, oídme.
Sin duda que aqui hay engaño,
y asi es bien que le averigüe:
¿con quien presumís que hablais?
porque la fineza estime.
FEL. No sois doña Eugenia?
CLAR. Sí.
EUG. (¡Hay muger mas infelice!)
CLAR. Dad ahora el papel, y adios.
EUG. Que le deje es bien que evite,
barajando el lance. Hermana? *(Saliendo.)*
CLARA. Qué tienes? de qué te afliges?

EUG. Mi padre, y mi primo vienen,
y porque tú no peligres,
vengo á avisárte, que yo
ya tu ves cuanto estoy libre;
mira lo que hemos de hacer.
FEL. ¿Quien vió empeño tan terrible?
CLAR. ¿Que se ha de hacer, sino que entren
y que todo se averigue?
para que no quedes vana
tú de que por mi lo hiciste:
padre? señor? pr imo? Otañez?
EUG. Si fuera cierto el venite,
muy buen lance hubiera echado.
CLAR. No hay nadie que pueda oirme? *(Dentro*
ALONS. Voces da Clara. *Don Alonso.)*
EUG. (Ay de mí!
que ya es verdad lo que dije
por fingimiento.)
CLAR. Llegad
todos.
EUG. No á voces publiques,
que está aquí este hombre.
CRAR. Sí quiero.
FEL. Aqui es bien que me retire,
por asegurar la espalda. *(Escóndese.)*

ESCENA XXIII.

Doña CRARA, *Doña* EUGENIA, *Don* ALONSO, *Don* TORIBIO, BRIGIDA, MARI-NUÑO *y* OTAÑEZ.

TOD. Qué es esto?
CLAR. Que un hombre...
EUG. Ay triste?
CLAR. Dentro está de nuestra casa;
yo desde aquesos jardines
le he visto en el corredor;
del desvan por un tabique
saltó; subid allá todos,
quedarse no solicite
á robarnos esta noche.
ALONS. Aquesos serán sus fines.
MAR. ¿En casa de indiano, quien
duda que eso solicite?
TOR. Nadie primero, que yo,
el primer escalon pise,
que á mi me toca el asalto,
si fuese el desvan Mastrique.
Vea mi prima que tengo
pujanza, yo que no filis.
ALONS. Contigo voy.
CLAR. Subid vos,
Otañez.
OTAÑ. Ya á los dos siguen
los filos de la tizona,
conmigo van dos mil Cides.
CLAR. Vosotras desde allá dentro
ved, que entrar no solicite
por otra parte á esconderse.
MAR. Un argos serè.
BRIG. Yo un lince.

ESCENA XXIV.

Don FELIZ, *doña* CLARA *y doña* EUGENIA

CLAR. Todas tus bachillerias
mira de lo que te sirven,
que al primer lance te pasmas,
y al primer susto te rindes.
Ya tienes franca la puerta,
hombre, ya bien puedes irte,
déjame el papel, y adios.
FEL. El os guarde, y pues dificil
no es lo que os advierto, ved
lo que importa. *(Dale el papel.)*
EUG. (Ay de mi triste!
que no pudiese estorbarlo!)
FFL. Amor, no me precipites,
que aunque ingenio, y hermosura
todo en ella se compite,
es dama de mis amigos,
y adorarla es imposible.

ESCENA XXV.

Doña CLARA, *doña* EUGENIA, *don* ALONSO *y don* TORIBIO.

CLAR. Señor, ya el hombre á otra casa
pasado ha, no solicites
buscarle. *(Salen todos.)*
ALONS. Forzoso era,
pues no fué hallarle posible.
TOR. Nigromántica es su dicha,
pues me le ha hecho invisible.
CLAR. Digo que pasó á otra casa,
que yo le vì sano y libre.
ALONS. Con todo eso, á verla toda
vamos.
TOR. Y ahora, qué dices?
tengo, ó no filis?
EEL. No sé,
que ahora no estoy para filis.

ESCENA XXVI.

Doña CLARA *y doña* EUGENIA.

CRARA. Esto, necia presumida,
he hecho para que mires,
que tener valor, y genio
es tenerle, y no decirle;
y vete de aquí, que quiero
ver lo que el papel me dice.
EUG. (No sosegaré ¡ay de mi!
hasta ver lo que la escribe.)

ESCENA XXVII.

Doña CLARA.

De aqui la envié, porque
si este hombre este engaño finge
para escribirme á mi, ella
no lo entienda ni imagine.
Lee. No se atreve á vuestro honor,
quien por vuestro honor se atreve
á presumir, que os obliga
con lo mismo que os ofende;

y así, en esta confianza
de pensar que errando acierte,
lo que hay que culparme, vaya
por lo que hay que agradecerme.
Don Juan, mas enamorado,
que fué de vos, de vos vuelve,
y don Pedro os sigue, mas
fino, cuanto mas ausente.
Que dejen de declararse
no es posible, ni que dejen
de remitir al acero
la competencia, de suerte,
que á dar escándalo pase;
y pues podeis fácilmente
remediarlo con mandar
á don Pedro, que se ausente,
ó á don Juan, que se retire,
quedándoos vos dueño siempre
del desden y del favor,
quitad el inconveniente,
que á mí el aviso me toca,
procediendo desta suerte
con vos, conmigo y con ellos,
caballero, amigo y huésped. *(Deja de leer.)*
¡Válgame Dios, que de cosas
tan varias, tan diferentes,
en un punto me combaten,
y en un instante me vencen!
En lo que dice, y no dice,
es muy cierto que me ofende
este papel, es verdad,
que si aqueste papel viene
á hacer, que cuando pensaba
que el papel para mi fuese,
solicitando aquel medio,
que me ha obligado á leerle,
he sentido que no sea
su intento aquel, sino este.
¿Cómo puedo yo decirlo,
sino es ya que en mi rebiente,
no sé qué callada mina,
que amor en el alma enciende.
Amor dije, pues no siento,
sino haber tan neciamente
persuadídome, que á mí
me buscase, y es de suerte
la vanidad de una dama,
persuadida á que la quieren,
que aunque la ofenda el amor,
mas el engaño la ofende:
y mas cuando está á la mira
una necia, una imprudente,
una loca....

ESCENA XXVIII.

Dicha y Doña EUGENIA *al paño.*

EUG. Esta soy yo.
CLAR. De tan varias altiveces,
que presume, que ella sola
todo cuanto mira vence.
¡Oh envidia, oh envidia, cuanto
daño has hecho á las mugeres!
pues por vengarme de Eugenia,
diera... *(Sale doña Eugenia.)*
EUG. ¿En qué Eugenia te ofende,
para pensar á tus solas
el como della te vengues?
CLAR. Ese papel te lo diga,
que acaso á mis manos viene
por las tuyas.
EUG. Ya lo sé.
CLAR. Pues si lo sabes y tienes
tan á riesgo tu opinion,
que estriba solo en que lleguen
á declararse dos hombres,
mira si es justo que piense
como he de vengar, ingrata,
falsa, atrevida y aleve,
la ocasion en qué....
EUG. Oye, aguarda,
que para que consideres
tanta amenazada ruina
cuan fácil remedio tiene,
me huelgo de haber venido
á esta ocasion. *(Llega á la ventana.)*
CLAR. Pues qué emprendes?
EUG. Señor don Pedro?
CLAR. Qué haces?
EUG. Hablar un instante breve
á un caballero, que está
en la calle.
CLAR. ¿A esto te atreves?
EUG. Sí, que en su cuarto mi padre
está ya con su accidente
de la gota, que hoy le ha dado,
y don Toribio no puede
ver desde el suyo esta reja,
y así he de satisfacerte.
señor don Pedro?

ESCENA XXIX.

Las mismas y Don PEDRO *á la reja por dentro.*

PED. Bien fuè
menester oir dos veces
mi nombre, para que alguna
creyera, que del se acuerde
vuestra memoria, que un triste
no cree su bien facilmente.
EUG. No prosigais, que esta reja
es de otra tan diferente,
cuanto hay de no serlo, á ser
ahora de las paredes
de mi padre. Y si alli pudo
la seguridad hacerme
mar de algunas licencias,
mi honor prisionera tiene
su libertad ya, y tan otra
habeis de ver que procede,
cuanto hay de que otros me guarden,
á guardarme yo. Así, hacedme
merced de volveros luego,
donde otra vez no os encuentre,
ni en mi calle, ni en mi reja,
suplicándoos que prudente
deis de mano una esperanza,
que no hay sobre que se asiente.
PED. Oid.
EUG. Perdonad, que no puedo.
PED. Cuando por veros...
EUG. Hareisme

ser, sobre ingrata, grosera.
PED. Vos?
EUG. Si.
PED. Còmo?
EUG. Desta suerte. *(Cierra la ventana.)*

ESCENA XXX.

Doña CLARA *y Doña* EUGENIA.

CLAR. ¿Y al otro que has de decirle?
EUG. Haz cuenta que si le viere,
le diré lo mismo al otro,
Clara, porque las mugeres
como yo, puestas en salvo,
si se esparcen y divierten,
es para aquesto no mas,
que amor bachiller no tiene
mas fondo, que solo el ruido.
Aquel emblema lo acuerde
del perdido caminante,
á quien de noche acontece
que alumbrado del estruendo
con que del monte desciende
pequeño arroyo, le asusta,
le perturba y estremece,
y huyendo del, da en el rio,
porque á todos les parece,
que es manso cristal aquel,
que aun las guijas no le sienten,
y en su agua perecen. Pues
que no tiene riesgo advierte
la ruidosa, porque el riesgo
el agua mansa le tiene;
y así, fué del agua mansa
lo mejor guardarse siempre.

ESCENA XXXI.

Doña CLARA.

CLAR. ¿Què escucho, cielos, qué escucho?
que no tiene riesgo, advierte
la ruidosa, porque el riesgo
el agua mansa le tiene;
y así, fué del agua mansa
lo mejor guardarse siempre.
Sin duda ¡ay de mí! que oyó
cuanto dije, ó le parece,
segun al concepto habla
de lo que mi pecho siente.
Pues ya que el acaso hizo
en las respuestas, que ofrece,
lo que el cuidado debiera,
ya que por ella me tiene
el caballero que trajo
el papel, lograr intente
la ocasion, que con su nombre
amor á mi amor ofrece,
porque con mas verdad pueda
decir, que riesgo no tiene
la ruidosa, porque el riesgo
el agua mansa le tiene;
y asi, fué del agua mansa
lo mejor guardarse siempre,

JORNADA TERCERA.

Habitacion de Doña Clara, en el fondo un balcon.

ESCENA PRIMERA.

Doña CLARA *y* MARI-NUÑO.

CLAR. Esto pasa, y solo á ti
lo dijera.
MAR. Ya tú tienes
esperiencia de lo mucho
que fiar de mi amor puedes;
pero deja que me admire
de oir, que á tal estremo lleguen
los despojos de tu hermana.
CLAR. Dos caballeros pretenden
su favor, y á mí me toca
que el escándalo remedie,
ya que llegó á mi noticia.
Y así, es fuerza hablar á este
que me dió el aviso; y para
hacer que el daño se emiende,
tú has de darle un papel mio
en su nombre, porque llegue,
ignorando que soy yo,
á hablarme mas claramente
esta noche y... Pero luego
proseguiré, que parece
que anda gente ahí fuera, mira
quien es. (Bien de aquesta suerte
con la verdad se ha engañado
Mari-Nuño, que ha de hacerme
lugar para conseguir
hablarle de noche, y verle,
ya que mi pena...)

ESCENA II.

Las mismas y á la puerta Don TORIBIO, *á quien impide entrar* MARI-NUÑO.

MAR. Esperad,
que no es bien que nadie entre,
sin avisar, á este cuarto.
TOR. Dos veces para mi eres
dueña hoy.
MAR. ¿De qué manera
se entiende eso de dos veces?
TOR. Una es lo que estorbas, y otra
en lo que un cuarto defiendes.
MAR. ¿Será justo, sino estan
decentes, que á verlas lleguen?
TOR. ¿Pues como pueden no estar
siempre mis primas decentes?
CLAR. ¿Qué es esto?
TOR. Que esa antigua
á mí el paso me defiende.
CLAR. Hace muy bien, porque aquí,
sin mi padre, nadie puede
entrar.
TOR. Si puede, y ya sé
de qué ese ceño procede;
y así no quiero enojarme,
porque sé tambien que tienen
licencia las desvalidas
de llorar amargamente.

CLAR. Yo confieso que lo estoy,
y pues la dichosa en este
cuarto no está, no teneis
que hacer en él, brevemente
del os id, y yo me iré,
porque de mi no se piense,
que me vengo en estorbaros,
cuando hay mas en que me vengue.
TOR. Esto es poco, y mal hablado
CLAR. Vén, Mari-Nuño, que tienes
que hacer por mi esta fineza.
MAR. Tuya soy, y seré siempre:
pero aguárdate, veré
quien llama. (*Llega á la puerta.*)

ESCENA III.

Don TORIBIO *y despues* MARINUÑO.

TOR. Cielos, valedme,
que este remoquete, sobre
aquella sospecha fuerte,
que áspid del pecho, á bocados
todo el corazon me muerde,
es, ahora que caigo en ello,
un bellaco remoquete.
Cuando buscamos la casa,
ví, lengua mia, detente,
no lo digas, sin que antes
te haya dicho yo que mientes,
ví que detrás de la cama
de Eugenia. (¡Oh malicia aleve!)
estaba detrás.... (*Vuelve Mari-Nuño.*)
MAR. Señora,
albricias, que este billete
con coche, y balcon....
TOR. Muger,
en lo que dices advierte,
que balcon, billete y coche,
sobre dueña, me parece,
es traer todo el yerro armado.
MAR. Mal encuentro fuera este,
si importára. ¿Mi señora...
TOR. Memoria, no me atormentes:
MAR. Aquí no estaba?
TOR. Aquí estaba
un poco antes que se fuese.
MAR. A buscar á entrambas voy
con este papel.
TOR. Detente,
que antes he de verle yo,
que ellas.
MAR. ¿Qué llama verle?
que aunque no importára nada,
no le he de dar, por no hacerle
tan dueño de casa ya.
TOR. Qué va...
MAR. Qué?
TOR. Que de un puñete
te abollo sesos, y toca?
MAR. ¿Qué va que no es mayor, que este? (*Dale una puñada.*)
TOR. Los dientes debieron de irse,
pues he perdido los dientes.
MAR. ¡Ay que me matan, señores,
acudan á socorrerme!
TOR. Solo me faltaba ahora
ser ella la que se queje.
MAR. Qué me matan? (*Da voces.*)

ESCENA IV.

Dichos, Doña EUGENIA, *Doña* CLARA, *Don* ALONSO *y* BRIGIDA.

ALONS. Qué es aquesto?
CLAR. Qué ha sucedido? Qué tienes?
MAR. Don Toribio, mi señor,
colérico é impaciente,
porque no le quise dar
aqueste papel, que viene
para las dos, puso en mi
las manos.
LAS 2. ¡Jesus, mil veces!
ALONS. Por cierto, señor sobrino,
vuestro enojo, sea el que fuere,
es muy sobrado. A criada
de mis hijas desta suerte
se ha de tratar?
TOR. ¡Vive Dios,
que soy yo...
ALONS. No hableis.
TOR. Quien tiene
de que quejarse.
ALONS. Ya basta.
Dadme vos, dadme el billete,
que quiero ver la ocasion,
que tuvo para ofenderse.
EUG. (¡Ay de mí! si fuese acaso
de algunos de los ausentes!)
CLAR. (¡Quiera el cielo que no sea,
que algo de tus cosas cuente.!)
Lee don Alonso. «Sobrinas mias, yo tengo balcon en que esta tarde veais la entrada de la reina nuestra señora, el coche va por vosotras, que no dudo que mi primo....»
Ahora de nuevo vuelvo
á enójarme y ofenderme,
de que escrúpulo haya habido
en vuestro juicio. En aqueste
doña Violante, mi prima,
hijas, os dice que quiere
que con ella vais adonde
veais la entrada escelente
de la reina, cuya vida
el cielo por siglos cuente.
Tomad, leedle vos, vereis
cuan necio, cuan imprudente
habeis pensado otra cosa,
que no quiero que se ausenten,
hasta que vos le leais. (*Toma el papel.*)
TOR. Mostrad, dice desta suerte:
«Sobrinas mias, yo tengo
balcon.» Tio, finalmente,
¿hasta que yo lea, no ha de ir?
ALONS. No.
TOR. Pues muy bien me parece,
quo no irán de aquí á dos años.
ALONS. Por qué?
TOR. Porque no sé leerle,
y esos habré menester
para aprenderlo.
ALONS. ¡Que llegue
á tanto vuestra ignorancia!
TOR. ¿Pues qué defecto es aqueste?

como de esos leer no saben,
y lo saben todo. Esténse,
hasta que lo aprenda, en casa,
y entonces irán.

ALONS. Mal pueden,
si hoy es la entrada.

TOR. ¿Habrá mas
de que la entrada se quede,
hasta que yo sepa leer?

ALONS. Hijas, aquesto sucede
una vez en una edad.
Verlo es justo; brevemente
os poned los mantos é id,
ó pésele, ó no le pese
á don Toribio, que yo,
á causa de mi accidente,
no saldré de casa, y hasta
que vuestra voz me lo cuente,
cuando volvais.

CLAR. A tu gusto
humilde estoy y obediente.

EUG. Si me das licencia á mí,
contigo es bien que me quede.

ALONS. No, hija, ambas habeis de ir.

BRIG. Aqui ya los mantos tienen.

CLAR. Ponme, Mari-Nuño, el mio,
toma, y lo que digo advierte. (*Dale un papel.*)

EUG. (Sola esta vez salgo triste,
porque ninguno me encuentre
destos dos necios amantes.)

CLAR. (Sola esta vez salgo alegre,
por si en las fiestas por dicha
á este caballero viese.)

MAR. Ve segura y fia de mí.

TOR. Aunque desairado quede,
me huelgo que quedo en casa,
entre la reina ó no entre,
por si puedo averiguar
á mis solas esta fuerte
sospecha, que en vivos zelos
amor en el alma enciende.

ESCENA V.

Sala en casa de Don Feliz, á un lado una ventana

Don FELIZ, HERNANDO *y despues* MARI-NUÑO.

HERN. ¿Sin ver la fiesta te vienes,
señor, hasta casa?

FEL. Sí,
que no hay fiesta para mi
donde no hay gusto.

HERN. ¿Qué tienes,
que estás tan triste, señor?

FEL. ¿Qué mas tu lengua quisiera
de que yo te lo dijera?

HERN. Ya me has dicho que es amor
con solo eso.

FEL. Por qué?

HERN. Porque obligarte á callar,
solo puede ser estar
enamorado.

FEL. No sé
como te diga que sí,
y que una rara belleza
es causa de mi tristeza;
tan imposible, que ví
en el primero deseo
el primero inconveniente.

HERN. Cómo?

FEL. A quien don Juan ausente
ama, y á don Pedro veo
venir siguiendo, es la dama
que mi libertad robó;
y aunque siempre he de estar yo
de la parte de mi fama,
aun no estriba mi cuidado
en esta especie de zelos,
sino que de sus desvelos
uno y otro me han fiado
el secreto, de manera,
que obligado á embarazar
su empeño estoy y á callar. (*Llama á la reja Mari-Nuño.*)

MAR. ¿Señor don Féliz?

FEL. Espera,
á quien han llamado?

MAR. A vos.

FEL. ¿Pues què es lo que me mandais?

MAR. Doña Eugenia, que leais
aqueste papel; y adios. (*Arrójale un papel, y vase.*)

Lee don Feliz. «Agradecida al aviso que me disteis, he empezado ya á obedeceros; y para ejecutarlo mejor, me importa hablaros, venid esta noche, que yo os estaré aguardando.»
El cielo os guarde

FEL. ¿Quién vió confusion mas fiera?
puesto que ni ir, ni dejar
de ir, puedo ya escusar.

ESCENA VI.

Don FELIZ, HERNANDO *y Don* JUAN.

JUAN. (Cielos que haré?)

HERN. Considera,
qué viene don Juan aquí.

FEL. Si vió arrojar el papel?

HERN. No.

JUAN. (Que sospecha tan cruel!)

FEL. ¿Don Juan, pues qué haceis aquí?
¿No sois de fiestas?

JUAN. No sé
lo que os diga.

FEL. (Muerto quedo.)

JUAN. Que ni hablar, ni callar puedo.

FEL. Callar, ni hablar?

JUAN. Si.

FEL. Por qué?

JUAN. Porque os ofendo en hablar,
y en callar me ofendo á mi:
con que es preciso que aqui
no pueda hablar ni callar.

FEL. No os entiendo.

JUAN. Yo tampoco:
mas si entenderme quereis,
como licencia me deis,
(propia dàdiva de un loco,
diré el dolor que me aqueja.)

FEL. Si doy. Empeño cruel!

JUAN. Pues enseñadme un papel,
que os dieron por esta reja.

FEL. Solo ello en el mundo hubiera,

siendo quien somos los dos,
que yo no hiciera por vos,
y no haciéndolo, quisiera
que el crédito de mi fe
os debiese creer de mi,
que soy vuestro amigo.

JUAN. Así
lo creo; mas no podré,
viendo que habeis escusado,
con pretesto de otro honor,
ser tercero de mi amor;
y que habièndome llamado
Eugenia en el coche ahora,
muy enojada me diga,
que ni la vea, ni la siga
mas, don Féliz, quien lo ignora?
entrar en temor de que
vuestra escusa y su crueldad
nacen de otra novedad?
Y mas viendo que llegué
á tiempo, que daros vi
por esa reja un papel,
y que los secretos dél
tanto recatais de mi,
que turbado le escondais,
habiendo yo el nombre oido
de Eugenia, y que ella ha sido
la que os dice que leais.

FÉL. (¡Válgame el cielo! qué haré?
que el papel me llama á mí,
y si me disculpo aqui
á don Pedro culparé.)

JUAN. ¿Qué me respondeis?

FEL. Ya os tengo
respondido, con saber
que soy, don Juan, y he de ser
amigo, y callar prevengo.

JUAN. Confieso que sois mi amigo,
y que vuestro huésped soy,
pero el empeño en que estoy
vos le sabeis: y asi, os digo
solo que me aconsejeis
en este lance, por Dios,
qué hiciérais conmigo vos?

FEL. Aunque contra mi teneis
alguna razon, si yo
en el empeño me viera,
que érais mi amigo creyera,
y no os apurara.

JUAN. No
es tan fácil de tomar
como de dar un consejo;
y así, de admitirle dejo,
volviéndoos á suplicar,
que me enseñeis el papel.

FEL. Si otra causa no tuviera,
que la vuestra, yo lo hiciera.

JUAN. ¿Pues hay otra causa en él
mas, que ser suyo, y venir
á vuestra mano?

FEL. Sí hay,
pues la causa que le tray
es la que no he de decir.

JUAN. ¿No fiais de mí un secreto?

FEL. Sí, mas no aqueste.

JUAN. Mirad,
que puede nuestra amistad
dilatar en mí el efecto
de verle, mas no escusalle.

FEL. Pues mirad como ha de ser,
porque no le habeis de ver.

JUAN. Saliéndonos á la calle.

FEL. Guiad donde quisiéreis vos,
que á guardarle estoy dispuesto.

ESCENA VII.

Calle, á un lado la casa de Don Alonso.

Dichos y Don PEDRO.

PED. ¡Don Juan, don Feliz, que es esto?
donde vais así los dos?

FEL. Paseándonos vamos.

PED. No
es la deshecha bastante
á desmentir el semblante;
y habiendo llegado yo
á tiempo que ya empuñadas
de ambos las espadas ví,
no habeis de pasar de aquí.

JUAN. Prevenciones escusadas
son las vuestras, vive el cielo!

HERN. No son, que mi amo y don Juan
á reñir, don Pedro, van.

FEL. Calla, pícaro.

PED. ¿Qué duelo
hay, que entre amigos lo sea,
que no se pueda ajustar,
Féliz, antes de llegar
al último trance? Vea
yo que haceis esto por mí,
y sepa la causa.

FEL. Yo
no he de decirla, que no
me está á mi bien.

JUAN. A mi sí,
que no quiero que se diga,
que sobre la obligacion
de huésped, es sin razon
la que á este trance me obliga;
y pues que sois caballero,
que nos dejareis reñir,
la ocasion he de decir.

FEL. No direis, porque primero
yo...

PED. Tened.

FEL. (¡Oh quien pudiera
su discurso suspender!)

JUAN. Que quiero con vos hacer
lo que con otro no hiciera.
Yo, don Pedro, he fiado
de don Féliz, que estoy enamorado
de una dama, y habiéndome valido
dèl, no solo ayudarme ha pretendido;
pero contra su honor, contra su fama,
sé que festeja aquesta misma dama.
Ved si es justa mi queja,
pues dándole un papel por esta reja....

PED. (¡Qué es lo que escucho, cielos!)

JUAN. Oí, que oyen mucho contra sí los zelos,
que dijo la tercera,
que el dueño suyo doña Eugenia era:
su nombre dije, poco habrá importado

el haberla nombrado,
siendo quien sois.

FEL. (Con nuevas penas lucho.)

PED. Esperad, que no importa sino mucho,
porque aquese desvelo
me toca á mi con ambos, vive el cielo!
Con vos, pues habeis sido
de Eugenia amante, que es la que he seguido.
y con él, pues de vos á oir he llegado,
que está don Féliz de ella enamorado;
de suerte, que en los dos vengar prevengo
la razon que teneis y la que tengo.

JUAN. Si vos os declarais de Eugenia bella
amante, cuando yo muero por ella,
ya con vos es mayor empeño el mio,
pues ya son dos de quien mis penas fio,
y los dos que me ofenden.

FEL. Dos son tambien los que agraviar pretenden
mi amistad, presumiendo
que siendo yo quien soy, á ambos ofendo,
cuando en mi valor hallo,
que al uno por el otro su amor callo,
y escusar el empeño solicito,
pasando la fineza á ser delito.

JUAN. Fineza es, cuando impio....

PED. Cuando ingrato...

JUAN. Con falsa fé.

PED. Con fementido trato.

LOS DOS. Ofendeis mi amistad?

FEL. Oidme primero,
pues á los dos satisfacer espero.

JUAN. Pláticas acortemos;
y puesto que tenemos
nuestro duelo empezado,
venid conmigo.

PED. Habiendo yo llegado
á tiempo, que he sabido
que los dos me ofendeis, ¿cómo he podido
dejar de ir con los dos?

FEL. ¿Y cómo puedo
yo dejar que los dos, con tal denuedo
presumais que traidor puedo haber sido?

LOS 3. De ambos está ofendido
mi valor.

FEL. Por mi honor volver espero.

JUAN. Calle la lengua pues, y hable el acero. (*Riñen los tres, y dice don Toribio dentro.*)

TOR. Pendencia hay á la puerta de mi casa!

ESCENA VIII.

Los mismos, Don ALONSO *y Don* TORIBIO *que salen de la casa con las espadas desnudas.*

ALONS. Cómo entre tres amigos esto pasa?

JUAN. Guárdeos Dios, que ya el duelo está acabado.

ALONS. Esperad, porque habiendo yo llegado,
ofendeis mi valor.

PED. Nada esto ha sido;
seguir quiero á don Juan, pues ya se ha ido.

ESCENA IX.

Los mismos, menos Don JUAN *y Don* PEDRO.

TOR. Tenedlos, tio, que para ajustarlo,
sobre mi ejecutoria han de jurarlo.
Aguardad, que ya vengo,
mientras voy á sacarla, que la tengo
metida en las alforjas, como vino,
porque no se me ajase en el camino.

ALONS. Merezca yo saber, que furia airada
os ha obligado aquí á sacar la espada.

FEL. Nació esta competencia
sobre una diferencia,
que en el juego los tres hemos tenido;
y habiendo vos venido
á tan buena ocasion, no fuera justo,
que entre amigos duràra este disgusto.
Perdonadme, señor, y dad permiso,
que los siga.

ALONS. Será muy cuerdo aviso:
id don Féliz con Dios, que sabe el cielo,
que siento no cumplir hoy con el duelo,
habiéndome aquí hablado;
(pero es tal mi cuidado,
que no entre don Toribio en mi sospecha,
que mas con él me importa la deshecha.)

ESCENA X.

La primera decoracion de esta jornada.

Don ALONSO *y Don* TORIBIO.

ALONS. De qué tan pensativo habeis quedado?

TOR. Imaginando vivo
si nuestra solariega sangre acierta
en que riñendo, tio, á nuestra puerta,
se vayan atufados,
sin ir los dos muy bien descalabrados,
y aun los tres.

ALONS. Qué notable desvario!
Pues qué nos toca su disgusto?

TOR. Ay tio!
si hablára yo....

ALONS. De qué es el sentimiento?

TOR. De mucho.

ALONS. Pues hablad.

TOR. Estadme atento.
Cuando yo iba á buscar filis,
y fisteis vos á traerme
desengañado de que
burla de mi prima fuese,
siendo hablilla que las damas
decir por donaire suelen,
al volver á casa, oimos
voces, diciendo impaciente,
Clara, que un hombre habia en ella.

ALONS. Es verdad, y yendo á verle,
no le hallamos, aunque toda
la anduvimos.

TOR. Pues de aquese
exámen, que en ella hicimos,
todo mi dolor procede,
todas mis penas se causan,
y todos mis zelos penden.

ALONS. Por qué?

TOR. Fáltame el aliento,
la voz duda, el labio teme,
porque como no dejamos
nada por ver diligentes,
detrás de la cama ¡ay triste!
de Eugenia....
ALONS. Cielos, valedme!
TOR. Ví....
ALONS. Qué? al hombre?
TOR. Mas no nada,
verle y no darle la muerte?
no bastó ver....
ALONS. Proseguid.
TOR. Una clara seña, un fuerte
indicio de que á deshora
en el cuarto salga y entre.
ALONS. Ved, sobrino, qué decis,
no algun engaño os empeñe
á decir....
TOR. ¿Cómo qué engaño,
si lo ví mas claramente,
que cinco y cinco son diez,
y diez y diez serán veinte?
ALONS. Pues qué visteis?
TOR. Una escala,
que Eugenia escondida tiene.
ALONS. Escala escondida?
TOR. Sí,
y de artos pasos, con fuertes
cuerdas y hierros atada.
ALONS. Vive Dios, si verdad fuese,
que habia....
TOR. ¿Cómo verdad?
si solo porque la vieseis
os traigo aquí, cuando solo
está el cuarto. Un punto breve
esperaos, vereis cuan presto
aquí la mirais patente.
ALONS. Ay de mí! no en vano, cielos,
previne ausentar prudente
de la corte á Eugenia; pero
si ya don Toribio tiene
tan vivas sospechas, ¿cómo
es posible que la lleve?
pues ya... (*Vuelve con un guardainfante.*)
TOR. Mirad si es verdad,
con mas de dos mil pendientes
de gradas, aros y cuerdas.
ALONS. Necio, loco, impertinente,
esa es escala?
TOR. Y escala,
que si se desdobla, debe
poderse escalar con ella,
segun las revueltas tiene,
la torre de Babilonia.
Esto es para quien lo entiende;
no la sé armar?
ALONS. ¡Vive Dios,
que no sé como consiente
mi cólera no deciros
mil pesares, porque ese
es guardainfante, no escala.
TOR. Guarda qué?
ALONS. Qué impertinente!
guardainfante.
TOR. Peor es eso,
que esotro; ¿qué infante tiene
mi prima, que este le guarde?
ALONS. Hablar con vos, es hacerme
perder el juicio, no entienda
aquesto nadie, volvedle
donde estaba y estimadme,
bárbaro, y agradecedme,
que no os digo mil locuras.

ESCENA XI.

Don TORIBIO.

TOR. Escalado seas mil veces,
guardainfante de mi prima,
quien quiera que fuiste y fueses,
bueno me han puesto por tí
de bárbaro impertinente;
y hasta saber el oficio,
que en cas de mis primas tienes,
no he de parar.
DENT. Para, para.
ALONS. (*Dentro.*) Pues que ya mis hijas vienen,
poned luces en su cuarto.

ESCENA XII.

Don TORIBIO *y* MARI-NUÑO.

MAR. Ay de mí! que en él hay gente!
Quién es?
TOR. Yo soy, que no es nadie.
MAR. ¿Qué haces aquí desta suerte
con aquese guardainfante?
TOR. Aquí, si saberlo quieres,
me estaba pensando cosas.
MAR. Sitio habrá donde las pienses,
suelta, y mira no te hallen
aquí dentro, cuando llegue,
que ya vienen.
TOR. Mira tú
no me obligues á que vengue
el pasado mogicon.
MAR. Mejor será, si lo adviertes,
no quieras que te dé otro. (*Dala una puñada á D. Toribio.*)
TOR. Qué va que no es mayor que este?
Ay, que me han muerto, señores!
Acudid á socorrerme!
Ay, que me matan!

ESCENA XIII.

Dichos, Doña EUGENIA, *Doña* CLARA, *Don* ALONSO *y* BRIGIDA.

ALONS. Qué es esto?
CLAR. Qué voces?
EUG. Qué ruido es este?
TOR. Mari-Nuño, mi señora,
estando en este retrete,
porque la dije no mas
que buenas noches tuviese,
puso las manos en mí.
MAR. Mas me dijo, pues pretende
que le favorezca yo,
porque dice que no quiere
señora de guardainfante,
y trae por testigo este,

de quien está haciendo burla.
TOR. ¡Qué testimonio tan fuerte!
MAR. (A un traidor dos alevosos.)
ALONS. (Advertid vos, que no lleguen
á entender nada las dos,
que de vuestras sencilleces,
ó ignorancias, ó locuras,
estoy cansado de suerte....)
pero hablemos de otra cosa,
no sean delirios siempre.
Cómo en la fiesta os ha ido?
EUG. Como á quien viene, señor,
de ver el triunfo mayor,
que nuestra España ha tenido
desde que su monarquia
á ser la mayor llegó.
ALONS. Ya que no lo he visto yo,
de algun consuelo seria
oirlo de las dos aquí.
EUG. Yo, señor, te contaré
lo que me acuerdo. (Veré
si desvelar puedo así
la pena en que me ha tenido
la competencia cruel,
que vió Clara en su papel.)
CLAR. Viste á Féliz? (*Ap. á Mar.*)
MAR. Y advertido,
no dudo que venga. (*Ap. Nuño.*)
CLAR. Pues
vele á abrir.
MAR. Cómo, si aquí
todos están?
CLAR. Mira, así.
Como atento nos estés, (*A don Alons.*)
lo que ella olvide, señor,
yo acordárselo pretendo:
entiendesme?
MAR. Ya te entiendo. (*Ap. las dos.*)
EUG. Oirás la fiesta mayor,
que habrás oido en tu vida.
CLAR. Y vos oid tambien.
TOR. Pues no?
CLAR. Ve por él, mientras que yo
les doy con la entretenida.

ESCENA XIV.

Dichos menos MARI-NUÑO.

EUG. Llegó el dia, que trocando
la divina Mariana
en felices posesiones
perezosas esperanzas,
de Madrid amanecieron
para su dichosa entrada,
en felices aparatos,
cubiertas calles y plazas.
Todas las vimos, porque
trascendiendo por las vallas,
fingidas de jaspe y bronce,
llegamos á donde estaba
en el Prado un arco escelso,
que á las nubes se levanta.
Aquí en el racional trage
Madrid, de su antigua usanza,
esperó á su nueva reina,
vestida de blanco, y nácar.
Y para significar
de sus afectos las ansias
con que liberal quisiera
poner el mundo á sus plantas,
ya que no la puso el mundo,
puso por lo menos tantas
significaciones dél,
que en este arco, y los que faltan,
representó de sus cuatro
partes las coronas varias,
que en él amante la ofrece
quien la mereció monarca.
Y así, esta parte fué Europa,
como principal estancia
donde sus imperios tiene
las demas por tributarias.
CLAR. Querer pintar que en él vimos
en casi vivas estatuas
á Castilla y á Leon,
por los reinos, Alemania,
por la cuna, y por la fé
de la religion á Italia,
sin otras muchas señales,
imposible es ya; pues basta
que en este arco y los demas
apelemos á la estampa,
cuando lo espliquen sus letras
latinas y castellanas.
EUG. Solo por mayor diremos,
que á las cuatro dilatadas
partes del mundo, en quien tuvo
dominio el planeta de Austria,
correspondieron los cuatro
elementos, siendo en claras
significaciones, doctos
reversos de sus fachadas;
y así á Europa se dió el aire,
por ser en quien mas templadas
sus influencias se gozan
dulces, suaves y blandas.
CLAR. Y como del aire es
el águila remontada
emperatriz, cuyo nido
favorable aspira al aura,
el águila coronó
este elemento, adornada
de geroglíficos, que
todos del aire se sacan.
EUG. A esta puerta, pues, la villa,
la ceremonia acabada
del besamano, empezó,
haciendo al compas la salva,
no solo de los clarines,
las trompetas y las cajas,
sino de la voz del pueblo,
que es la mas señora salva,
á caminar con el palio,
con tanto aplauso, con tanta
magestad, que no se vió,
en términos de vasalla,
nadie con mas causa humilde,
ni soberbia con mas causa.
CLAR. De aquí, pues, á la carrera
de san Gerónimo pasa,
donde no menos vistoso
la recibió el triunfo de Austria.
EUG. De sesenta y dos coronas,

que en la India rinden á España
feudo, los bultos de algunas
significaron las ansias
de servir su buena reina
con dones y empresas, cuantas
mide este imperio al oriente,
donde su poder alcanza.

Clar. Y como Asia es la mayor
parte del mundo, que abraza
Ganjes; Nilo, Eufrates, Tigris,
señora de tierras tantas,
fué su elemento la tierra,
en quien se viò coronada
la melena del leon,
como su mayor monarca.

Eug. Llegó, pues, el sol del sol
á la puerta, en cuya estancia
Africa en el triunfal arco,
á vista suya se planta.
Y asi, todas sus pinturas
fueron las fuerzas y plazas,
que España en Africa goza,
desde que dos reinas santas,
política una en Madrid,
victoriosa otra en Granada,
arrancaron las raices
desta venenosa planta.
A Africa correspondiendo
el fuego, ò por su abrasada
Libia, ó porque siendo hoy
la puerta del sol su estancia,
el sol, planeta de fuego,
entre pirámides altas
se vió colocado, bien
como ecsaltado en su casa.

Clar. Siguióse la Plateria,
de tal manera adornada,
que solo un arte tan noble
así pudiera ilustrarla,
pues casi desde este arco
se corrieron dos barandas
de bichas y de coluna,
que empezándose desde altas
pirámides, prosiguieron,
basta que en otras rematan,
poblando sus corredores
por una y por otra banda
aparadores, cubiertos
de diamantes, oro y plata.

Eug. La América en otro arco
á Santa Maria estaba,
en cuyo templo el fiel culto
el Te-Deum laudamus canta.
Fueron divinas empresas
cuantas dió el agua á sus aras,
siendo perennes milagros
Manzanares y Jarama.

Clar. En la plaza de palacio,
animados en dos vasas,
que de Himeneo y Mercurio
sostenian las estatuas,
dos triunfales carros ví,
de cuya fábrica rara
fué la significacion,
si es que me atrevo á esplicarla,
que Mercurio, de los dioses
embajador, su jornada
á la vista de palacio
feneció; y asì, acabada
la fatiga del camino,
á Himeneo se la encarga;
porque uno su culto empiece,
donde otro su culto acaba.

Eug. Con este acompañamiento,
al compas de voces varias,
que del esposo y la esposa
decian las alabanzas.

Clar. En un bruto, que parece
que sabia que llevaba
todo un cielo sobre sí,
segun la noble arrogancia
con que obedecia soberbio
al impulso que le manda,
llegó nuestra invicta reina
á las puertas de su alcázar.

Alons. Tal la relacion ha sido,
que aunque el no verla da enojos,
el deseo de los ojos
se suple con el oido.

Tor. No á mí, que aquese deseo
nunca tuve.

Alons. Por qué no?

Tor. Como esas bodas vi yo.

Alons. Donde?

Tor. En Cangas de Tineo,
cuando los consejos todos
se juntan para llevar
las novias à otro' lugar,
entonando varios modos
de bailes y de cantares,
que es una fiesta bien rara:
si de alguno me acordára,
se os quitaran mil pesares.

Alons. Dejad locuras por Dios.
Brígida, á alumbrarme ven,
que ya recogerme es bien.

ESCENA XV.

Doña Clara, *Doña* Eugenia *y Don* Toribio.

Clar. ¿Por qué no os recogeis vos?

Tor. Porque para recogerme,
falta salir de un cuidado.

Clar. Qué cuidado?

Tor. No he cenado,
y tras esto, otro ha de hacerme
perder el juicio.

Clar. Qué es?

Tor ¿Vos dijisteis que habia en mi
mas en que vengaros?

Clar. Sí

Tor. Decidme la causa pues.

Clar. La causa es, que á Eugenia, á quien
(dél asegurarme quiero
para la ocasion que espero)
vos decis que quereis bien,
á otro favoreció.

Tor. ¡Ay, cielos!

Clar. Si averiguarlo quereis,
bien fácilmente podeis.

Tor. Si esto oyeran mis abuelos,
qué dijeran?

Clar. Pues estando

un rato en ese balcon,
oireis la conversacion,
que tiene en la calle hablando
con un hombre por la reja (*Abre el balcon.*)
de su cuarto.

TOR. Cómo, qué?
en el balcon me estarè,
si acaso el dolor me deja,
sin chistar, de penas lleno.

CLAR. (Ya este no me estorbará,
pues cerrado, se estará
toda la noche al sereno)
Eugenia? (Bueno será
engañarla.)

EUG. Qué me quieres?

CLAR. Avisarte cuanto eres
infeliz.

EUG. En què?

CLAR. En que está
mi padre tan sospechoso,
pues no sé qué, ha pasado,
Mari-Nuño le ha contado
á cerca de que zeloso
uno y otro amante tuyo,
hoy á esta puerta riñeron,
que sus sospechas le hicieron
desvelar, segun arguyo,
que no se acuesta. Por Dios,
que si tienes que temer,
me lo digas, para hacer
como hermana.

EUG. Si á los dos
en el coche y en la reja
viste que los despedí,
y que no ha quedado en mí
ni aun el ruido de la queja,
¿qué mas de mi parte puedo
haber hecho, ni saber
puedo ahora lo que he de hacer?

CLAR. Yo sí.

EUG. Qué es?

CLAR. Perder el miedo,
puesto que inocente estás
y cerrada en mi aposento,
desvelar tu pensamiento,
que yo desvelando mas
tu inocencia, allá entraré,
diciendo que estás dormida;
y mostrándome ofendida
á su enojo, le diré
muy bien dicho, que no tiene
razon, si en sospechar da
de quien tan segura está.

EUG. (Mi vida, hermana, previene
tu amistad; y porque mas
de mi asegurarse quiera,
ciérrame tu por defuera.) (*Entra y cierra doña Clara.*)

ESCENA XVI.

Doña CLARA *y despues* MARI-NUÑO.

CLAR. Eso habia de hacer? Ya estás
conmigo en campaña, amor;
aquesta es la vez primera
que te ví el rostro, no quiera
vencer tan presto el rigor
de tus iras. ¿Mari-Nuño,
donde está aquel caballero? (*Sale Mari-Nuño.*)

MAR. En mi aposento, señora,
rato ha que oculto le tengo,
mientras que la relacion
à todos tenia suspensos.

CLAR. Esto por Eugenia hago.

MAR. Por eso yo te obedezco.

CLAR. Dile, que salga á esta cuadra.

MAR. Voy.

ESCENA XVII.

Doña CLARA, *Don* FELIZ *y despues* MARI-NUÑO.

FEL. Rendido vengo, aunque
á serviros, es mayor
mi pena, que el rendimiento.

CLAR. De qué?

FEL. De ver que mi aviso,
ni vuestra cordura han hecho,
el efecto que esperamos,
sino tan contrario efecto,
que los dos conmigo hoy
á vuestra puerta riñeron;
y saliendo vuestro padre,
y vuestro primo á este tiempo,
queriendo acudir á todo,
á nada acudí, supuesto
que ni á uno ni á otro alcanzar
pude, y estoy con rezelo
de que se hayan encontrado,
puesto que ninguno ha vuelto,
siendo ambos huéspedes mios.
Y aunque por ellos lo siento,
lo siento por vos con mas
ventajas, pues si os confieso
una verdad, me debeis
vos mayor fineza, que ellos.

CLAR. Yo mayor fineza?

FEL. Sí.

CLAR. Cómo?

FEL. Perdonad os ruego,
porque no puedo decirlo,
aunque ya dicho lo tengo.

CLAR. ¿Dicho lo teneis, y no
podeis decirlo? No entiendo
tan nuevo enigma.

FEL. Yo sí.

CLAR. Declaraos mas.

FEL. No puedo,
que si el sentimiento es
por ser mis amigos, cierto
será, por ser mis amigos,
el callar mi sentimiento. (*Ruido dentro.*)

JUAN (*Dentro.*) Válgame el cielo!

FEL. Qué voces
son las que estamos oyendo?

CLAR. En el jardin fué. (*Sale Mari-Nuño.*)

MAR. Señora?

CLAR. Qué hay, Mari-Nuño? que es eso?

MAR. Por las tapias del jardin
se ha arrojado un hombre dentro,
á cuyo ruido, tu padre
baja ya de su aposento.

CLAR. Triste de mí! qué he de hacer,

si os vé aquí?

FEL. Buen remedio,
yo por aquese balcon
saldré á la calle primero,
que me vea.

CLAR. No le abrais.

FÉL. No es mejor? *(Abre el balcon y halla á don Toribio.*

ESCENA XVIII.

Dichos y Don TORIBIO *en el balcon.*

TOR. Esténse quedos,
no hagan ruido, que ya el hombre
á la reja llega, y quiero
oir lo que habla.

FEL. Hombre, quien eres?

TOR. Quien os mete á vos en eso?
métome yo en quien sois vos?
Agradecedme que tengo
que hacer aquí, que si no,
á fé que habia de saberlo.

FÉL. ¡Quién vió tan estraño lance!

MAR. Ya en el jardin se oye estruendo.

CLAR. Apartémonos de aquí.

ESCENA XIX.

Jardin, enfrente la casa; con una puerta y balcon.

Don PEDRO.

PED. Viendo mis rabiosos zelos,
que abriendo la puerta entró
mi enemigo hasta aquí dentro,
sin poderlo yo estorbar;
que llegar no pude á tiempo,
por las tapias del jardin
á entrar me atreví resuelto
á vengar.... Pero qué miro!
que es su padre, vive el cielo,
y brioso, con otro hombre
riñendo sale á este puesto.

ESCENA XX.

Don PEDRO, *Don* ALONSO *y Don* JUAN *que salen riñendo.*

ALONS. Al esfuerzo de mi brazo,
de mis iras al aliento,
pues me han hecho dos agravios
tu voz, y tu atrevimiento,
los dos vengarè. ¡Ay de mí!
que van mis penas creciendo,
pues cuando pensé de uno,
dos de quien vengarme tengo.

FEL. Tened la espada, don Juan,
don Alonso, deteneos.

JUAN. Mira si traidor amigo
eres, pues aquí te encuentro.

FEL. Oid sabreis que enemigo
no soy, ni suyo, ni vuestro.

ALONS. ¿Dentro de mi casa dos
enemigos?

FEL. Deteneos.

ESCENA XXI.

Dichos y Don TORIBIO *en el balcon.*

PED. Aunque estorbar aquí deba
de don Alonso el empeño,
primero venganza pide
lo rabioso de mis zelos.
Si por aquese balcon
te pasó el atrevimiento
de aquesa ingrata á mis ojos,
en ti he de vengar primero
los zelos con que te busco,
baja abajo, ó vive el cielo,
que esta pistola.... *(Saca unapistola.)*

TOR. Pistola?
hombre del diablo, está quedo,
que no es eso lo que yo
te dije; ¿pero qué veo?
que es esto, tio? *(Sale al tablado.)*

ALONS. A mi lado
os poned.

PED. Pues que le abrieron
la ventana, llegaré
á matarle, que no temo,
ya que estoy muerto á su dicha,
quedar á sus manos muerto.

JUAN. Traidor, tras ti... Mas qué miro?
por las ventanas resuelto
asi os entrais?

(Don Pedro, que hasta aquí ha estado junto á la reja, llega donde está don Juan don Feliz, y don Alonso.)

PED. Qué os admira?
si tanto ruido me ha puesto
en obligacion de entrar
á saber lo que es.

ALONS. Suspenso
en repetidos agravios,
no sé á cual he de ir primero.

FEL. Teneos, señor don Alonso,
que trances de honor, el cuerdo
los venga con su prudencia,
antes que con el acero.
Y si me escuchais, no dudo
quedeis honrado y contento.

ALONS. Uno entró por mi jardin,
otro por mi reja, ¿pero
vos que aquí dentro os hallais,
por donde entrasteis primero?
que haciéndome el mismo agravio,
me venis á dar consejo.

TOR. Entraria por la escala,
que escala habia ello.

FEL. Yo soy tan interesado
en este lance, que pienso
que vine á serviros mas
á todos, que no á ofenderos,
que fué á escusarle; mas ya
que conseguirlo no puedo
de una manera, de otra
lo intentaré, estadme atentos.
Doña Eugenia me ha tenido
en aqueste cuarto, á efecto
de estorbar entre los dos....

EUG. *(Dentro.)* Qué escucho? Dejar no puedo
de salir, al oir mi nombre.

CLAR. *(Dentro.)* Tente, no salgas.

ESCENA XXII.

Dichos, Doña Clara *y Doña* Eugenia.

Eug. *Sí* quiero.
que ya me importa saber
que es aqueste fingimiento.
Yo te he tenido, qué dices,
hombre, en mi cuarto?
Fel. Teneos,
que yo doña Eugenia he dicho,
no vos. (*Señala á doña Clara.*)
Alons. Cómo, cómo es eso?
¿luego tú eras la que un hombre
escondido tenias dentro?
Eug. ¿Luego tú con nombre mio,
Clara, la traicion has hecho?
Tor. ¿Luego tú por eso á mi
me tenias al sereno
hecho avestruz del amor?
Los 3. Què es esto, ingrata? qué es esto?
Clar. Esto es, que por estorbar
de Eugenia yo los empeños,
no pude estorbar el mio;
y pues que sois caballero,
no en el riesgo me dejeis,
cuando á otra sacais del riesgo.
Fel. Qué es dejaros? Con mil vidas
habeis de ver que os defiendo,
pues no amando la qne es dama
de mis amigos, bien puedo.
Juan. Pues supuesto que ya quedan
desvanecidos mis zelos,
yo os ayudaré.
Ped. Yo, y todo.
Alons. ¡Hay tan grande atrevimiento!
Tor. Quién tuviera aqui un lanzon
de tres que en mi casa tengo!
Alons. A mis ojos, y en mi casa,
nadie á mis hijos ¡ay cielos!
defenderá que no sea
su esposo.
Fel. Si basta eso,
yo lo soy suyo.
Clar. Y yo suya.
Alons. ¡Quién creyera, que en el yerro
mayor, fuera quien cayera
la mesurada mas presto!
Tor. Quién no lo creyera? pues
siempre en el mundo lo vemos,
que las aguas mansas son
de las que hay que fiar menos,
y tienen mayor peligro,
porque sin duda por eso,
guárdate del la agua mansa,
dijo un antiguo proverbio.
Eug. Pues yo, señor, á tus plantas
humildemente te ruego
me des estado á tu gusto,
que yo con mi primo quiero
irme á la montaña, donde
te asegures por lo menos,
de que nunca delincuentes
fueron mis esparcimientos.
Tor. A la montaña? eso no,
porque allá llevar no quiero,
ni filis, ni guardainfantes;
y así con mi alforja al cuello,
donde está mi ejecutoria,
habeis de ver, que me vuelvo
sin casar.
Alons. Ni yo tampoco;
que no tengo de dar dueño
tan bruto á una hija mia,
á quien mas atencion debo,
sino darla á quien su madre
la habia dado en casamiento:
y esperando mi licencia,
se quedó hasta ahora suspenso.
Juan. A vuestras plantas humilde,
os digo que soy el mesmo,
pues soy don Juan de Mendoza.
Alons. Con eso es del mal el menos.
Ped. Pues puedo sin esperanza
de mi amor, lograrla intento,
en pedir que perdoneis
de nuestras faltas los yerros.
Tor. Porque con la moraleja
de agua mansa y su ejemplo,
dando principio á serviros,
fin á la comedia demos.

FIN.